



Dossier sobre la crisis de 1890:
 Roquismo y juarismo
 La crisis política en Mendoza
 La literatura y la depresión
 Cambios en el mundo del trabajo

**Fotos, oralidad y construcción
 de identidades**

**La construcción de la cordillera
 como espacio social**

**Complejidades de una
 educación a la americana**

**La familia vista desde los
 números**

**Encapsular la historia: la
 experiencia de los museos de
 Zanzíbar**

Escriben:

Johnson / Serulnikov / Korol / Rocchi / Alonso /
 Bragoni / Baticuore / Laera / Suriano / James /
 Lobato / Lacoste / Puiggrós / Gagliano / Southwell /
 Santilli / Sheriff / Wirtz



24/25

ENTREPASADOS

REVISTA DE HISTORIA
 AÑO XII - NÚMERO 24/25 - AÑO 2003

ENTREPASADOS

REVISTA DE HISTORIA
 AÑO XII - NÚMERO 24/25 - AÑO 2003



24/25

Liberalismo, neoliberalismo
 y modelos socioeducativos

Aportes de la demografía
 histórica a la historia de
 la familia

¿De quién es la historia?
 La experiencia de los
 museos

Recordando a Enrique
 Tandeter

**Dossier: La crisis de 1890. Política,
 sociedad y literatura / Fotos de familia,
 narración oral e identidad / El ferrocarril
 y la construcción de la cordillera como
 espacio social**

ENTREPASADOS

REVISTA DE HISTORIA

AÑO XII - NÚMERO 24-25 - AÑO 2003

Consejo de dirección

Silvia Finocchio
Mirta Zaida Lobato
Lucas Luchilo
Gustavo Paz
Leticia Prislei
Fernando Rocchi
Juan Suriano

Director

Juan Suriano

ENTREPASADOS se publica con el aporte económico proveniente del premio Concurso de Revistas de Investigación en Historia y Ciencias Sociales organizado por un grupo de académicos argentinos residentes en Estados Unidos, gestionado por la Fundación Compromiso y con el apoyo financiero de la Fundación Ford. El Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de General San Martín permitió acreditar los fondos provenientes de la Fundación Ford.

ENTREPASADOS es una revista semestral que abre un espacio para el debate y la producción histórica. El consejo de dirección recibe todas las contribuciones que enriquezcan el campo del quehacer historiográfico. Las opiniones expresadas en los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Registro de la propiedad intelectual en trámite.

Suscriptores: En Argentina \$ 30

En el exterior, vía superficie u\$s 30, vía aérea u\$s 40

Entrepasados recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Juan Suriano, Cuenca 1949 (1417), Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4582-2925.

e-mail: entrepasados@websail.com.ar
entrepasados@swarthmore.edu

Distribución internacional: Cochabamba 248, D. 2, Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4361-0473. Fax: 4361-0493

e-mail: cambeiro@latbook.com.ar

Impresión: Indugraf, Sánchez de Loria 2251, Ciudad de Buenos Aires, República Argentina

La revista **ENTREPASADOS** ha resultado ganadora del premio del Concurso de Revistas de Investigación en Historia y Ciencias Sociales, organizado por un grupo de académicos residentes en Estados Unidos y por la Fundación Compromiso, gracias al apoyo financiero de la Fundación Ford.

Los integrantes del Consejo de Dirección manifestamos nuestro profundo agradecimiento por el premio que, sin dudas, nos permitirá en adelante enfrentar los vaivenes generados por las peculiaridades más perversas de la coyuntura económica. Además, el premio nos da nuevos bríos para generar emprendimientos culturales y, fundamentalmente, nos permite mantener un espacio para repensar con libertad reformulaciones en el contenido, en la forma, en la calidad y en el diseño de la revista, así como también regularizar la frecuencia de edición. En este sentido esperamos que éste sea el último volumen doble pues cada uno de ellos ha evidenciado las dificultades para mantener la regularidad.

Vaya entonces nuestro inmenso reconocimiento a los miembros del jurado, quienes creyeron que **ENTREPASADOS** ha reunido los méritos suficientes para acceder a tan importante galardón.

El Consejo de Dirección



Foto de tapa: *Obrera empleando una máquina de gas para planchar camisas*, Equipo de fotógrafos de *Caras y Caretas*, Colección Archivo General de la Nación.

Las ilustraciones de *El Quijote* corresponden al Proyecto Patrimonio Histórico, colecciones digitalizadas, Instituto Ravignani.

Recordando a Enrique Tandeter

Lyman L. Johnson

Sergio Serulnikov

Juan Carlos Korol

5

Dossier

La crisis de 1890. Política, sociedad y literatura

Introducción 19
Fernando Rocchi

La Tribuna Nacional, Sud-América y la legitimación del poder (1880-1890) 29
Paula Alonso

Gobierno elector, mercado de influencias y dinámicas políticas provinciales en la crisis política argentina del 90 (Mendoza, 1888-1892) 67
Beatriz Bragoni

La crisis de 1890 y su impacto en el mundo del trabajo 101
Juan Suriano

Lecturas, conversaciones y dinero en *La Bolsa* de Julián Martel 125
Graciela Batticuore

Danza de millones: inflexiones literarias de la crisis de 1890 en la Argentina 135
Alejandra Laera

Artículos

Fotos familiares, narraciones orales y formación de identidades: los ucranianos de Berisso 151
Daniel James y Mirta Zaida Lobato

El Ferrocarril Trasandino y la construcción de la cordillera como espacio social (1893-1947) 177
Pablo Lacoste

Donde se construyen los estereotipos: la revolución mexicana en la prensa ilustrada italiana 199
Camilla Cattarulla

Educación

Complejidades de una educación "a la americana": liberalismo, neoliberalismo y modelos socioeducativos 211
Adriana Puiggrós, Rafael Gagliano y Myriam Southwell

Lecturas

La familia vista desde los números. Los aportes de la demografía histórica sobre la etapa preestadística a la historia de la familia
Daniel Santilli 231

Archivos

Encapsular la historia. La experiencia de los museos de Zanzíbar
Abdul Sheriff 253

¿De quién es la historia? ¿Cuál es la historia? Comentarios sobre "Encapsular la historia. La experiencia de los museos en Zanzíbar", de Abdul Sheriff
Albert Wirtz 263

Reseñas

Oreste Carlos Cansanelo
De súbditos a ciudadanos. Ensayo sobre las libertades en los orígenes republicanos. Buenos Aires, 1810-1852
Nora Souto 271

Daño Macor y César Tcach (editores)
La invención del peronismo en el interior del país
Nicolás Quiroga 276

María Silvia Di Liscia
Saberes, terapias y prácticas médicas en la Argentina (1750-1910)
Adriana Alvarez 282

Fernando López Alves
Sociedades sin destino. ¿América Latina tiene lo que se merece?
Gustavo L. Paz 285

Diana Guelar, Vera Jarach y Beatriz Ruiz
Los chicos del exilio. Argentina (1975-1984)
Florencia Levín 287

Recordando a Enrique Tandeter



El 24 de abril falleció nuestro colega Enrique Tandeter. Entrepasados quiere recordarlo pero no como un simple formalismo sino con la tristeza por la convicción de que con su muerte no sólo desapareció un brillante historiador, sino también un muy buen amigo de nuestra revista. Y no olvidamos que, desde nuestra aparición en 1991 en un medio reticente a aceptar seriamente una propuesta generada de manera independiente de las instituciones, sus palabras de aliento, sus propuestas y su entusiasmo por difundir esta iniciativa fue muy valiosa y estimulante para nosotros tanto en términos intelectuales como afectivos. Lyman L. Johnson, Sergio Serulnikov y Juan Carlos Korol escriben sobre diversos aspectos de la trayectoria académica de Enrique Tandeter.

De alguna manera yo conocía a Enrique Tandeter antes de conocerlo. Desde mis primeras semanas en Buenos Aires muchos de los jóvenes historiadores que había encontrado en el Archivo General de la Nación lo habían mencionado. Estas breves menciones ponían en claro que veían en él a un historiador talentoso y consumado, alguien de quien se esperaba que fuera un gran éxito, alguien que yo tenía que conocer. Pero fue sólo en 1973 que conocí a Enrique. Yo había pasado doce meses en Buenos Aires investigando para mi tesis doctoral en 1971 y 1972. Después de enseñar en Estados Unidos durante un año, volví para terminar mi investigación; mis noches transcurrían en una confitería de barrio donde trataba de revisar dos capítulos que me daban problemas.

Cuando finalmente nos conocimos quedé sorprendido al descubrir que Enri-

que era un hombre joven. Yo esperaba encontrar a alguien de la generación de mi director de tesis. Un amigo común nos presentó en una fiesta, un lugar poco auspicioso para una charla seria. Pero después de unos pocos minutos Enrique había dirigido nuestra conversación hacia mi investigación y me había pedido leerla cuando lograra terminarla. Me retiré del encuentro impresionado por la madurez y seriedad de Enrique, cualidades que –ahora me doy cuenta– se magnificaban y fortificaban por el compromiso inflexible de Enrique con nuestra disciplina. Para Enrique la historia era importante. No era sólo un trabajo o una carrera sino una vocación. Aunque nuestra amistad incluyó caminatas por París, parrilladas en su casa de fin de semana y visitas familiares, recuerdo hoy a Enrique encorvado sobre su escritorio, inclinando su peso en nuestras discusiones sobre la investigación o las controversias

teóricas que agitaban nuestra disciplina como si con ello agregara más sentido a sus palabras.

Desde el comienzo me impresionaron su seguridad, su confianza en sí mismo como historiador y como intelectual. En un momento en que aún me preocupaban la importancia de mi investigación y hasta mi habilidad para terminar mi tesis, su convicción y su inequívoca pasión por la historia fortalecieron mi decisión y me ayudaron a abrazar la historia como mi carrera. Poco después Enrique comprometió a Siglo Veintiuno Editores a publicar mi tesis, pero su carrera en la Argentina y ese compromiso fueron interrumpidos por la creciente ola de violencia e intimidación política. Como tantos otros brillantes y talentosos intelectuales argentinos, Enrique debió encontrar su lugar en otra parte. Para él eso significó París y Londres. Desde la Segunda Guerra Mundial la Argentina ha producido muchos historiadores cuyo trabajo les ha ganado reconocimiento internacional. En esta cohorte talentosa Enrique se destacó por su habilidad para obtener y preservar atención internacional.

Nuestros caminos se cruzaron nuevamente en Gran Bretaña a comienzos de la década de 1980. En ese entonces Enrique estaba asociado al Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres y yo estaba enseñando en Cardiff como profesor Fulbright. John Lynch nos convocó a una serie de conferencias y seminarios. Mis intereses habían virado hacia la reconstrucción de los precios y salarios en el Buenos Aires colonial, un interés que me había llevado a criticar una breve historia de precios publicada con anterioridad por el director de tesis de Enrique en París, Ruggiero Romano. Recuerdo haber ido a Londres a almorzar con Enrique. Inmediatamente después de ordenar nuestra

comida yo comencé a defender mi primera versión del trabajo. Por suerte había cargado conmigo los cuatro voluminosos tomos que detallaban las transacciones de conventos y hospitales que había usado en mi investigación. Recuerdo las agudas preguntas de Enrique acerca de las fuentes y la metodología, pero también recuerdo su disposición para evaluar mis resultados por sus propios méritos y examinar mis fuentes con una actitud abierta. Estas conversaciones nos llevarían años después a nuestra publicación, primero en Estados Unidos y luego en la Argentina, de una colección de ensayos sobre historia de los precios en la colonia. Aunque habíamos trabajado bien juntos y habíamos hablado varias veces sobre acometer otro proyecto conjunto, nuestros intereses se movieron en nuevas direcciones y las presiones de nuestras carreras dificultaron una posterior colaboración. Pero dejamos abierta la posibilidad de hacerlo; creíamos tener mucho tiempo.

En el momento en que completábamos nuestra colección sobre historia de precios Enrique dio el empujón final a su obra maestra sobre Potosí *Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826*. Tuve la fortuna de leer secciones del borrador de este impresionante estudio y de hablar con Enrique en detalle mientras trataba de resolver problemas de interpretación y organización. Después de publicado, el libro se convirtió en uno de los trabajos más celebrados sobre historia de América Latina colonial publicado por un miembro de nuestra generación y ganó los más importantes premios otorgados por la Conference on Latin American History y la Latin American Studies Association. A ellos les siguieron otros honores, que incluyeron un año como profesor Simón Bolívar de Historia Latinoamericana

en Cambridge y un período como profesor visitante en la Universidad de Chicago. Estos logros y honores figuran prominentemente en los muchos recordatorios escritos acerca de Enrique Tandeter. Pero yo quisiera retornar a un tema que mencioné en el primer párrafo de este escrito, la apasionada firmeza de Enrique sobre la importancia de la historia y su lugar en el mundo, nuestro mundo.

Conocí a Enrique durante treinta años. A pesar de que supimos de todos los placeres esperables de una relación de amistad: comidas compartidas, visitas a nuestras casas, viajes ocasionales juntos, la base de nuestra relación fue siempre la historia. No puedo recordar ningún momento compartido cuando nuestra conversación no girara en torno de libros e investigación. Aquellos que han visitado su casa recordarán sin duda la fantástica biblioteca que Enrique había reunido; creo que esa colección era la manifestación exterior de su esencia. Su familia fue siempre el centro de su vida pero la identidad de Enrique como historiador fue una de las piedras fundacionales sobre las que construyó su vida adulta.

Enrique siempre buscó grandes desafíos y en ocasiones experimentó decepciones y frustraciones. Las conozco sobre todo de segunda mano por medio de conversaciones con colegas y amigos. Cuando regresaba a Buenos Aires y volvía a ver a Enrique nunca me hablaba sobre política universitaria o su breve experiencia en el Archivo General de la Nación; alzaba su mano desdeñosamente y la conversación giraba hacia nuestro trabajo. De todos modos sé que algunas de estas decepciones fueron difíciles de aceptar. La desilusión es uno de los resultados más predecibles de la ambición y de la pasión por los logros, y todos los que tenemos ambiciones la expe-

rimentamos. Pero Enrique resistió y rápidamente halló nuevos desafíos y nuevas ambiciones.

La etapa final de su carrera, caracterizada por nuevos intereses y su típico gran entusiasmo, coincidió con la enfermedad y trágica muerte de Dora Schwarztein y con la valiente lucha de Enrique contra el cáncer. Mi esposa y yo hemos hablado muchas veces sobre nuestra última noche con Dora y Enrique en Buenos Aires. Mientras esperábamos nuestra cena Enrique nos contaba las novedades de la familia, los planes de Freddie para avanzar en su carrera, y Dora hablaba animadamente con Leah por teléfono celular. Nunca olvidaremos el optimismo de ambos, el enorme placer y orgullo que les daban sus hijos, sus planes de viajes futuros, congresos y períodos como profesores visitantes. La pérdida de ambos es muy difícil de aceptar. Lo que quiero recordar es su fortaleza y amor, no sus muertes.

Enrique desplegó una enorme fortaleza hasta el final planeando nuevos proyectos e impulsando a sus estudiantes antes de que la terrible enfermedad lo alcanzara. Creo que su amor por la investigación y su compromiso con la historia fueron apoyos esenciales en su lucha final. Su excitación por su investigación era la misma que cuando lo conocí en 1973. Y su compromiso con sus estudiantes era también muy profundo.

En nuestra última conversación hablamos sobre sus estudiantes. A lo largo de los años Enrique pidió frecuentemente que les ofreciera mi consejo sobre las ventajas de los programas de posgrado en Estados Unidos o que redactara cartas de recomendación para apoyar sus solicitudes. Enrique presentaba a sus estudiantes con entusiasmo y promovía sus ambiciones. Estoy convencido de que estos jóvenes y talentosos

académicos argentinos, tanto los que se quedaron en la Argentina como los que se educaron en Europa y Estados Unidos, representan uno de los legados más grandes de Enrique. Todos ellos incorporaron su pasión por la historia y al mismo tiempo aprendieron las reglas de nuestra tarea. Su trabajo, y en su momento el de sus estu-

diantes, se contará como el recordatorio más apropiado y perdurable de Enrique.

Lyman L. Johnson

(Department of History, University of North Carolina-Charlotte)

(Traducido del inglés por Gustavo L. Paz)



Días atrás, a los cincuenta y nueve años, falleció Enrique Tandeter. Es una triste coincidencia que apenas un año antes *Entre pasados se viera* también precisado a recordar la desaparición de su esposa, la historiadora Dora Schwarzstein. Su fallecimiento constituye una sentida pérdida para los cientos de colegas y estudiantes que tuvieron la fortuna de beneficiarse de su inteligencia e inagotable entusiasmo por la historia. Uno de los más prominentes historiadores de su generación, sus investigaciones sobre la sociedad y la economía andina en el siglo XVIII alcanzaron una repercusión y reconocimiento en el resto de Latinoamérica, Europa y Estados Unidos no menor a la que tuvieron en su propio país. Aquí, sin embargo, su temprana muerte dejará un espacio muy difícil de llenar en el campo de los estudios coloniales, un campo al que su sola estatura como historiador y docente, así como su capacidad para crear nuevos espacios institucionales y promover actividades académicas y proyectos editoriales, contribuyeron a prestigiar.

Si quisiéramos resumir la producción historiográfica de Tandeter, una producción que en los últimos años se fue diversificando y expandiendo hacia nuevos campos de análisis, podríamos decir que su obra gravita en torno a tres problemáticas fundamentales: la estructura y las transformaciones de

la producción minera potosina; el funcionamiento de los mercados coloniales, y la dinámica demográfica y sistemas de parentesco de las comunidades indígenas andinas. Del primer núcleo de interés surgió su trabajo más influyente y de más largo aliento: *Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826*.¹ Originado en una tesis doctoral (“3e cycle”) en la Université de Paris X bajo la dirección de Ruggiero Romano y en varios artículos aparecidos a lo largo de la década del 80 en revistas argentinas y europeas, el libro se propone dilucidar las causas de un fenómeno decisivo en la evolución económica del espacio peruano durante la segunda mitad del siglo XVIII y, por extensión, en la suerte del imperio español en su conjunto: el resurgimiento y la posterior decadencia de la industria minera potosina. Lo hace mediante una exhaustiva reconstrucción de la estructura de propiedad, los incentivos a la inversión e innovación tecnológica, las formas de apropiación y circulación de la plata y los diversos mecanismos de explotación de la fuerza de trabajo indígena. La principal tesis que emerge de este estudio —una tesis recogida en todos los trabajos sobre el período y cuyas implicaciones para la interpretación global del régimen colonial pueden ser apreciadas, por ejemplo, en los debates de Steve Stern e Immanuel Wallers-

tein en torno a la aplicación del modelo del sistema de la economía-mundo al caso latinoamericano—² es que el motor del crecimiento minero no fue, como en el caso de México, la modernización productiva o los subsidios estatales sino la imposición de renovadas y más crudas formas de coacción económica sobre la mano de obra forzada. Tandeter demostró que para comprender el último ciclo de expansión de la minería de plata del cerro Rico de Potosí es preciso dirigir nuestra atención a la antigua institución de la mita, a su compleja evolución cuantitativa y cualitativa, a los conflictos económicos, sociales y morales suscitados en torno de ella, a los significados que adquirió a los ojos de los diversos sectores de las elites coloniales y de los propios trabajadores mitayos.

La misma preocupación por analizar las relaciones sociales que subyacen detrás de los ciclos económicos se observa en sus estudios sobre los mercados coloniales. Sus investigaciones en este campo se centraron en la participación indígena en los circuitos comerciales sudandinos y en la evolución de los precios. Ambos temas demandaron un masivo relevamiento de fuentes primarias —series de alcabalas, diezmos, listas de precios, etc.— y ambos, como no podía ser de otra manera, resultan algo áridos y poco accesibles a los no especialistas. Sin embargo, el objetivo de este análisis cuantitativo no es en absoluto técnico o meramente descriptivo. Tanto en sus artículos como en las dos colecciones de ensayos que editó en colaboración con Brooke Larson, Olivia Harris y Lyman Johnson, el interés primordial es replantar interpretaciones lineales acerca de la interacción entre la economía mercantil europea y la economía campesina, mostrar cómo los miembros de las comunidades andinas intentaron adecuar sus sistemas económicos a los imperativos de la explotación

colonial y aprovechar las oportunidades brindadas a los mercados urbanos para asegurar la reproducción de ciertas formas tradicionales de organización social.³ Este enfoque se apreciaba ya en su estupendo estudio sobre los *kajchas*, los “ladrones de minas” que mediante su tenaz defensa de la práctica de explotar los socavones durante los fines de semana para su propio provecho lograron crear “un verdadero sector independiente en la minería potosina”.⁴ Del mismo modo, la historia de precios es utilizada aquí como una herramienta indispensable para evaluar los cambios en la distribución de los ingresos entre las masas indígenas, los sectores vinculados al comercio trasatlántico y al comercio regional, y, en términos más generales, como una vía de aproximación al modelo de crecimiento económico colonial.⁵

Los trabajos sobre la población y los sistemas de parentescos andinos se basaron en un análisis de fuentes no menos arduas: los registros parroquiales. Mientras para el caso europeo y norteamericano existe una sólida tradición de estudios demográficos fundados en este tipo de fuentes, sus investigaciones sobre los pueblos de Sacaca y Acacio, provincia altoperuana de Chayanta, y varias parroquias de la villa de Potosí se cuentan entre las escasas y preciosas monografías que proveen datos confiables sobre los movimientos poblacionales andinos durante el largo siglo XVIII. Asimismo, el examen de series de bautismos y defunciones y de visitas fiscales le permitieron explorar, en diálogo con la antropología, la etnohistoria y la demografía histórica, el impacto de las epidemias en los grupos rurales, el grado de expansión de la poliginia en la sociedad campesina y otras prácticas matrimoniales indígenas.⁶ Desde un punto de vista metodológico, merece notarse que a semejanza de sus estudios sobre la producción y los mercados,

también aquí la reconstrucción de las estructuras de parentesco y las fluctuaciones demográficas de corto y largo plazo tuvo como uno de sus objetos centrales identificar las complejas lógicas de comportamiento de los actores sociales, en especial los grupos subalternos. Durante la última década este tipo de historia cuantitativa parece haber ido perdiendo algo de impulso, debido en parte al auge de la historia cultural y la nueva historia política y, no en poca medida, a la dilatada y costosa investigación que exige. Pero Tandeter nunca se dejó impresionar demasiado por los cambios en las tendencias historiográficas. Consideró que esta investigación de base representaba un aporte indispensable para el conocimiento de la sociedad andina y siempre contó con la energía y los recursos para organizar los equipos de trabajo necesarios para llevarla a cabo. Vale agregar aquí que no sólo nuestra comprensión del pasado colonial se vio beneficiada por esta tenacidad: a lo largo de los años, numerosos estudiantes comenzaron a ganarse la vida en la profesión recabando datos sobre población y comercio para sus proyectos de investigación, una labor fructífera aunque no necesariamente amena. Acaso sensibilizado por sus estudios sobre la “renta mitaya”, toleraba con alegre indulgencia una productividad que empezaba siendo dudosa y sólo declinaba con el paso de las semanas.

Este interés en la historia económica colonial emergió en el contexto de los debates en torno de los “modos de producción”, la teoría de la dependencia y la transición del feudalismo al capitalismo que tuvieron lugar en la Argentina y en otros países latinoamericanos durante los años 60. No obstante, a diferencia de muchos de sus colegas, nunca tuvo la inclinación de construir modelos interpretativos abstractos demasiado apartados de los procesos históricos concretos. Acaso no sea coincidencia que su interven-

ción más directa y explícita en las discusiones de la época (un llamado a abandonar el análisis taxonómico althusseriano y las ideologizaciones en pro y contra de la “leyenda negra” y a elaborar, en cambio, conceptos propios de las formaciones sociales colonial-americanas y una “historia total” definida como “aquello de lo cual el todo depende, así como aquello que depende de todo”) haya tenido como marco una elogiosa reseña de un libro sobre la historia de Charcas colonial sin pretensión teórica global alguna.⁷ El marxismo teórico, por otro lado, se vio atemperado por la temprana influencia de ciertas corrientes historiográficas, sin duda ellas mismas vinculadas también al pensamiento marxista: la escuela francesa de los Anales, en particular aquellos estudios que se centraban en movimientos económicos y demográficos de largo plazo, y la historia social inglesa, algunos de cuyos trabajos más influyentes divulgó en nuestro país como editor de la colección de historia de Siglo Veintiuno Editores. Es preciso añadir que la generalizada creencia respecto de la asociación entre conocimiento científico y cambio social, entre actividad historiográfica y prácticas políticas, si existente durante sus años formativos, se desvanecieron por completo hacia comienzos de los años 80. Aunque nunca dejó de respetar y alentar la producción que consideraba de calidad, cualesquiera fueran sus orientaciones teóricas o ideológicas, su distanciamiento con la historiografía de izquierda, en todas sus variantes, fue en este punto tajante. Como solía afirmar por esos días en las reuniones de cátedra de Historia de América Colonial de la Facultad de Filosofía y Letras, sabiendo que muchos de sus integrantes dudarían de que ello fuera posible o deseable, buscaba afrontar su actividad como historiador con la misma objetividad y actitud aséptica que un biólogo o físico afron-

tan las suyas.

Pero su concepción de la función social del conocimiento histórico no se extendía desde luego a su visión sobre la función pública de los historiadores. Todo lo contrario. Su compromiso con la construcción institucional de las ciencias sociales en la Argentina fue profundo y constante. De una u otra manera, Tandeter estuvo siempre involucrado en la vida de las instituciones académicas, desde la dirección del Archivo General de la Nación y del Departamento de Historia de Filosofía y Letras hasta la integración de diversas juntas de gobierno a nivel de la facultad y de la Universidad de Buenos Aires, del CONICET y de innumerables jurados docentes. Muchas de sus decisiones –como cabría esperar de alguien que ejerció considerable influencia en el diseño de políticas académicas y la asignación de méritos y recursos escasos– engendraron en ocasiones polémicas y controversias. Pero pocos discutirán, entre otros aportes, su decisiva contribución a la consolidación de un programa de doctorado en Historia en la Universidad de Buenos Aires, sus esfuerzos por incrementar los fondos destinados a la investigación histórica, la promoción de la historia latinoamericana a través de la creación de ámbitos institucionales como el Programa de Historia de América Latina (PROHAL) o el uso de su extendida red de relaciones a nivel internacional con el fin de que prestigiosos historiadores extranjeros ofrecieran cursos y conferencias en el país.

Si en sus investigaciones nunca abandonó del todo sus iniciales preocupaciones sobre los Andes tardocoloniales y su énfasis en la historia socioeconómica, su labor como docente y director de becarios y tesis de licenciatura y doctorado ilustran una amplia gama de intereses, una vasta erudición y, sobre todo, una singular apreciación de la pluralidad de aproximaciones posibles al

pasado histórico. Nada resume mejor su actitud en este campo que una observación hecha en 1979 por Lawrence Stone en referencia al resurgimiento de la historia narrativa y al relativo declive de la historia cuantitativa y estructural: “History has always had many mansions, and must continue to do so if it is to flourish in the future. The triumph of any one genre or school eventually always leads to narrow sectarianism, narcissism and self-adulation, contempt and self-defeating characteristics. We can all think of cases where this has happened”.⁸ Tanto en la materia Historia de América Colonial como en los numerosos cursos y seminarios que dictó y organizó en universidades argentinas y extranjeras, abordó temas relativos al estudio de las clases subalternas en una perspectiva comparativa, problemas de historiografía, historia cultural y etnohistoria, movimientos sociales, etc. No es casual que pocos de los estudiantes que dirigió se dedicaran a cuestiones de historia económica o a problemas de historia colonial andina. Nunca pretendió, ni explícita ni implícitamente, imponer una agenda de estudios. Leía y comentaba con igual atención trabajos sobre los más diversos temas y períodos. Esta curiosidad intelectual quedó plasmada en tres de sus últimos emprendimientos: la historia económica de América Latina que publicó en colaboración con Juan Carlos Korol (1999) y los volúmenes sobre la sociedad colonial que dirigió para la Nueva Historia Argentina de la editorial Sudamericana (2001) y la Unesco (2002).

Permítaseme concluir este recordatorio con una nota algo más personal. Al igual que la mayoría de los miembros de mi generación, conocí a Tandeter cuando se reincorporó al plantel docente de la Facultad de Filosofía y Letras en 1984. No es difícil imaginar la impresión que, tras la imbatible

mediocridad de la universidad de la dictadura, causó en los estudiantes que abarrotábamos un aula del edificio de la calle Marcelo T. de Alvear este hombre elegante, algo formal, con modos de diplomático más que de profesor universitario (menos aun de alguien con un pasado vinculado a la izquierda peronista...) que podía sintetizar con extraordinaria claridad los cambios en las formas de dominación colonial, los patrones de desarrollo económico y las respuestas de los pueblos indígenas a la dominación europea, al mismo tiempo que desmontaba las opuestas orientaciones teóricas y el tipo de evidencias empíricas sobre las que nuestra visión de esos complejos procesos estaba construida. Cuando lo vi por última vez, su apariencia no ocultaba el grave mal que lo aquejaba; su cabeza funcionaba como siempre: hablaba con entusiasmo de proyectos de investigación, planes de viajes y publicaciones, el comienzo de una nueva etapa en su vida personal. Enfrentó con una admira-

ble entereza no sólo el peso de la enfermedad sino también, como él mismo decía con palabras más crudas, ver el final reflejado en la mirada de los otros. Los veinte años que pasaron entre un encuentro y otro vieron acumularse una gran deuda intelectual y personal de gratitud, una continua admiración por su producción historiográfica, acuerdos y desacuerdos. Pero no es esto lo que ahora interesa. Es aquella primera imagen de Enrique —la de un profesor todavía joven que en los albores de la nueva democracia, y de nuestra propia vida académica, nos ayudó a pensar la escritura de la historia como un ejercicio de argumentación, una laboriosa tarea de reconstrucción a partir de testimonios parciales y fragmentarios, una aventura del pensamiento— la que quiero evocar aquí. Y también la última.

Sergio Serulnikov

(History Department and Director of Latin American Studies, Boston College)

Notas

¹ Este libro fue publicado en 1992 simultáneamente en la Argentina por la editorial Sudamericana y en Perú por el Centro de Estudios Bartolomé de las Casas. Existe una reciente reedición de Siglo Veintiuno de España (2002). La versión inglesa, publicada por University of New Mexico Press en 1993 como *Coercion and Market: Silver Mining in Colonial Potosí, 1692-1826*, obtuvo el Hebert Eugene Bolton Memorial Prize de la Conferencia on Latin American History de Estados Unidos.

² Steve Stern, "Feudalism, Capitalism, and the World-System in the Perspective of Latin America and the Caribbean"; Immanuel Wallerstein, "AHR Froum. Comments on Stern's Critical Tests" y S. Stern, "Reply: «Ever More Solitary»", *American Historical Review*, vol. 93, N° 4, 1988, pp. 829-897.

³ Olivia Harris, Brooke Larson y Enrique Tandeter (eds.), *La participación indígena en*

los mercados surandinos. Estrategias y reproducción social. Siglos XVI a XX, La Paz, CEDES, 1987; Lyman L. Johnson y Enrique Tandeter, *Essays on the price History of Eighteenth-Century Latin America*, University of New Mexico Press, 1989. Véase, asimismo, Enrique Tandeter y Nathan Wachtel, *Precios y producción agraria: Potosí y Charcas en el siglo XVIII*, Buenos Aires, CEDES, 1984.

⁴ "La producción como actividad popular: «ladrones de minas» en Potosí", *Nova Americana*, 4, 1981.

⁵ Para una síntesis de la interpretación de Tandeter sobre la crisis en la rentabilidad empresarial y "en el bienestar de las comunidades indígenas andinas" que se produce a fines del siglo XVIII, véase "Población y economía en los Andes (siglo XVIII)", *Revista Andina*, año 13, N° 1, 1995.

⁶ Entre los trabajos sobre estos temas se destacan, "Crisis in Upper Peru, 1800-1805", *Hispanic American Historical Review*, vol. 71, N° 1, 1991; "Teóricamente ausentes, teóricamente solas. Mujeres y hogares en los Andes coloniales (Sacaca y Acasio en 1614)", *Andes. Antropología e Historia*, 1997; en colaboración con Mario Boleda, "Dinámica demográfica en los Andes

centro-meridionales", *Desarrollo Económico*, N° 168, 2003.

⁷ "Sobre el análisis de la dominación colonial", *Desarrollo Económico*, vol. 16, 1976.

⁸ Lawrence Stone, "The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History", *Past and Present*, N° 85, 1979, p. 4.



Recordar a Enrique Tandeter es un deber tan doloroso como necesario. Doloroso, sin duda, pues seguramente somos varios los que algunas mañanas extrañamos el llamado de Enrique o de Dorita. Necesario, también, pues Enrique encarnó como pocos todo un proyecto político-cultural que marcó a una generación; y lo hizo tanto como historiador riguroso como por su entrega a las instituciones públicas y en particular a la Universidad de Buenos Aires y al Departamento de Historia de esta Facultad.

Fue, en efecto, director del Departamento de Historia en tiempos difíciles en 1974 y nuevamente en la década de 1990. Luego de 1974, Enrique continuó en Europa sus trabajos de historiador, presentó su tesis de doctorado sobre el Potosí en París en 1980 y encontró refugio en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres. Se reintegró a la facultad en los años 80 con la restauración democrática. Aquí desarrolló su tarea como docente al frente de la cátedra de Historia de América Colonial, al mismo tiempo que participaba en las tareas de reconstrucción de la universidad, primero como miembro del Consejo Asesor de la intervención de la Facultad a cargo de Norberto Rodríguez Bustamante, más tarde como miembro del Consejo Superior de la universidad.

Como ya dije, en los 90 fue nuevamente director del Departamento de Historia

cuando éste se consolidaba como uno de los focos de la nueva oleada de renovación historiográfica, de la que él también era protagonista, y que se había ido preparando en el exilio interno y externo durante los largos años de la dictadura y que era de alguna manera heredera de la renovación de los años 60. Como director del Departamento, durante los 90, entre otros proyectos que impulsó, convocó a una comisión externa evaluadora de la carrera. Tarea por demás necesaria en tiempos de consolidación, pero no de autocomplacencia. Comisión que, ahora advierto incluso en los muchos volantes que solemos recibir a nuestro paso por la facultad, es designada como comisión de notables. Lo cual no podría ser más acertado. Los notables existen, los miembros de esa comisión lo son, y Enrique era uno de ellos.

Continuó sus actividades en muchos ámbitos, que no voy a detallar, pero que incluyeron, por supuesto, la cátedra de historia colonial, pero también sus cursos en universidades de Europa, Estados Unidos y Jerusalén, la creación del PROHAL en el ámbito del Instituto Ravnani, su labor en las comisiones del CONICET, sus tareas al frente del Archivo General de la Nación, como presidente de la Asociación de Historia Económica, y en el Centro de Estudios Franco-Argentino o como miembro del Consejo Editor del Boletín del Instituto Ravnani. Todo ello mostraba claramente el impulso que podía

generar en la formación de alumnos y discípulos, en las tareas institucionales y en sus trabajos como historiador.

Pero creo que fue en su gran libro, algunos de cuyos temas había adelantado en sus artículos de *Past & Present* y los *Annales* durante la década de 1980, *Coacción y mercado* (1992) dedicado a Dorita “por tantos motivos” en palabras de Enrique, donde paradójicamente puede verse cómo un estudio sobre la minería de la plata en el Potosí colonial del siglo XVIII conjuga las indagaciones propiamente historiográficas con las preocupaciones impuestas a Enrique por el clima de los tiempos que le daba un tono propio a su proyecto político-cultural.

Los temas del libro, nos decía Enrique, partían de la doble inspiración obtenida de la renovación historiográfica de los años 60, liderada por José Luis Romero, y del lugar central que en las discusiones de la izquierda en esos años ocupaban temas como los modos de producción en América Latina o la transición del feudalismo al capitalismo. Y recordemos también que Enrique había tenido un papel destacado en la discusión y difusión de esas discusiones desde su participación en la editorial Siglo Veintiuno de esos años.

Recordemos que estudia en ese libro la historia de lo que alguna vez se pensó fue el ciclo de decadencia en la extracción de plata del Potosí durante el siglo XVIII, y que demuestra fue en realidad el de una recuperación. Son los mecanismos de esta recuperación el tema central de su libro, pero hay mucho más. Primero, el análisis del complejo mundo del trabajo que se constituyó a partir de la minería de la plata. Éste abarcaba desde la ominosa institución del trabajo forzado a través de la mita hasta el de los trabajadores cuyo salario se establecía en el mercado, y esa peculiar combinación de mitayos y asalariados libres en las excursiones finisemana-

les de robo honesto que constituían el *kajcheo*, una forma de trabajo independiente para extraer el metal. No es difícil percibir en esta descripción el surgimiento de una persistente y ambigua tradición de dominio y explotación, de sumisión y resistencia, opresión y libertad en el mundo andino.

Analiza también la organización de la producción, las características de las empresas y los empresarios mineros, su vinculación con el comercio, el crédito y el Estado colonial. Era justamente la separación entre propietarios de las explotaciones mineras y los encargados de su explotación, los arrendatarios azogueros, el factor que llevó a aumentar durante el siglo XVIII la explotación de los trabajadores. Fue ésta la fórmula hallada por los azogueros para incrementar la renta, más significativa que las eventuales ganancias, y cuya apropiación implicaba un conflicto con los propietarios.

Es ese esclarecedor análisis el que le permite reconstruir la racionalidad económica de un sistema que no puede explicarse sin la renta mitaya. Sistema excepcional incluso frente a otras formas de coacción, puesto que la reproducción de la fuerza de trabajo y su manutención durante períodos de desempleo estaba a cargo de la comunidad indígena y que incluso el salario nominal difícilmente cubría las necesidades inmediatas.

Claro que no fue sólo en este libro donde Enrique plasmó sus virtudes de historiador; están sus varias publicaciones en colaboración o como coordinador o editor, y como muestra de algunas de sus preocupaciones recientes y permanentes sobre la población indígena, los oprimidos, el artículo publicado con Mario Boleda el año pasado en *Desarrollo Económico* (“Dinámica demográfica en los Andes centro-meridionales”, N° 42, 2003)

Pero yo quisiera, finalmente, compartir con ustedes algunos de los momentos en los

que tuve el privilegio de acompañar a Enrique y donde fueron para mí más notorios sus mejores rasgos.

El primero de ellos tiene que ver con la redacción del libro que escribimos juntos y donde continuamente reaparecían en las discusiones esas dotes de historiador riguroso que lo caracterizaban.

El segundo tiene que ver con las tareas que Enrique se impuso al frente del Archivo General de la Nación. Fue allí, nuevamente en circunstancias difíciles para el país, que Enrique trató de preservar y acrecentar ese reservorio documental que debe cumplir con un mandato esencial de la sociedad: permitirle confrontar racionalmente su pasado.

El último y más cercano fue la creación del seminario intercátedras de Historia de América en el Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde se hacían evidentes sus dotes de docente e historiador y también su creatividad y generosidad intelectual. Allí volvimos a discutir los eternos temas de la resistencia y la opresión.

Enrique nos dejó un legado. El del compromiso institucional y la labor de un intelectual comprometido con su tiempo y con la verdad histórica. El de un historiador cuyos grandes temas, como los de la opresión y la explotación y la resistencia a esa opresión, no eran producto de un quehacer meramente académico, sino de su inmersión en un mundo a veces dolorosamente real. También el de un profesor preocupado por la calidad de la enseñanza y al mismo tiempo dispuesto a construir esa calidad a partir del trabajo y, sobre todo, del diálogo plural que incluía especialmente a aquellos con los que no coincidía.

Enrique murió en la plenitud de su vida y sus muchas actividades.

Quiero creer que seremos fieles a su legado. Sé que no lo olvidaremos.

Juan Carlos Korol

(Universidad de Buenos Aires, CONICET)
(Texto leído en el homenaje a Enrique Tandeter realizado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires el 1 de junio de 2004)

Introducción

Fernando Rocchi*

El siguiente dossier es el resultado parcial de un debate más amplio desarrollado en 2003 en las III Jornadas de Historia de la Universidad Torcuato Di Tella. El tema central de las ponencias fueron las causas y consecuencias de la crisis de 1890. Los aspectos estudiados iban de los más tradicionales relacionados con la economía, pasaban por una nueva visión de la política en esos años, se adentraban en el novedoso fenómeno de la transformación social e incluían los aspectos estéticos y literarios relacionados con la misma. La crisis fue, sin duda, un fenómeno de tal magnitud como para dar lugar a la atención de contemporáneos e historiadores.

La Argentina sufrió en 1890 la crisis económica más profunda de su historia moderna. Por lo menos, podemos afirmarlo con seguridad, hasta las tribulaciones de 2001-2002. La catástrofe de 1890 fue la más dura desde la incorporación del país al capitalismo internacional; ni siquiera la de 1930 puede comparársele en cuanto a sus efectos devastadores. Entre 1889 y 1891 el producto bruto interno total cayó un 20 por ciento, el nivel de importaciones –una variable indicativa del nivel de vida en un país en el que el consumo masivo incluía una buena cantidad de bienes extranjeros– se desplomó de 164 a 67 millones de pesos oro y la inmigración neta pasó de 220 mil personas a tener un inédito saldo negativo de 30 mil ante el retorno masivo de inmigrantes a sus países de origen y la llegada de muy pocos nuevos. Los números sólo revelan en parte la dimensión económica y social de un terremoto que dejó tras su paso un tendal de víctimas. El sistema bancario quedó literalmente en ruinas, con pocas instituciones sobrevivientes y un desfile de ahorristas empobrecidos. El impacto social fue desolador, especialmente en las ciudades; la mendicidad inundó sus calles mientras la Sociedad de Beneficencia redoblabla sus esfuerzos con campañas de ayuda contra el hambre. El país tuvo que esperar hasta mediados de la década de 1890 para que aparecieran signos de recuperación. Y sólo a partir de 1903 volvió a gozar de

* Universidad Torcuato Di Tella.





un ritmo de crecimiento económico similar al anterior a la crisis. La Argentina entró en cesación de pagos de su deuda internacional en julio de 1890 y recién pudo terminar de solucionar los problemas de sus deudas impagas a fines de 1906. La crisis fue profunda y duradera, los intentos por salir de ella fueron erráticos y frustrantes; el país vivió por años una situación agónica.

Las crisis económicas no son peculiares de la Argentina, por lo que su examen ha fascinado a historiadores y economistas, especialmente en los tiempos en que el presente los convierte en víctimas de este fenómeno que parece repetirse sin fin. ¿Cuáles son las causas que las desencadenan? ¿Cómo se desarrollan una vez desatadas? ¿Es posible evitarlas? ¿Qué podemos hacer para superarlas? Las preguntas pueden multiplicarse, así como los análisis de quienes han intentado responderlas. El temor a una repetición en el futuro, las angustias de una depresión en el presente y el intento por evitar que la economía estalle han llevado a que una de las formas privilegiadas para responder a estas preguntas haya sido estudiar las crisis del pasado. Las interpretaciones varían (como resulta esperable en estudios sobre historia económica) y las discusiones generan bandos opuestos que no hacen más que encontrar cada vez más armas para usar en una batalla interminable; pero el debate ofrece una variedad de causas —estrechamente ligadas a las estrategias para evitar o, en el peor de los casos, manejar la depresión— que les brindan a quienes sufren o intentan esquivar la crisis la posibilidad de actuar con una información de la que carecían aquellos que debieron enfrentarla sin el conocimiento riguroso del pasado. Uno de los ejemplos más interesantes ha sido la gran depresión de 1930, la más severa sufrida por el mundo capitalista (y que adquirió, a diferencia de otros colapsos económicos internacionales, los ribetes más dramáticos en los países más desarrollados, como Estados Unidos y Alemania). Muchas han sido las interpretaciones sobre las causas que la produjeron, y nunca se ha llegado a un consenso general sobre las mismas. Pero el terror que genera la posibilidad de repetirla ha permitido que se hayan tomado casi todos los recaudos que las enfrentadas interpretaciones ofrecían. Y esta estrategia parece haber tenido éxito. Los países centrales han vivido varias de las experiencias previas a esa crisis —los días negros en la Bolsa, la expansión supuestamente exagerada en el consumo, las poco felices políticas monetarias— pero algo se ha podido hacer para que no se repita un desastre de tal magnitud; cada vez que aparece algún signo que lleva al recuerdo de la depresión, se ha implementado (usando todas las interpretaciones disponibles) alguna acción que la evite. La historia económica merece el crédito de haber

aportado sus lecciones: la repetición del desastre de 1930, aunque siempre anunciado, nunca se ha vuelto a presentar.

Las crisis no son un fenómeno esencial de cualquier economía sino que son propias del nuevo sistema que surgió en los tiempos modernos: el capitalismo. Hasta su surgimiento, los mercados se habían desenvuelto durante siglos sin patrones de comportamiento repetibles y, a lo sumo, se hallaban sujetos a vaivenes impredecibles de euforia y colapso, que se denominan en la jerga económica “booms and busts” y eran el resultado de cambios climáticos, hambrunas, pestes, guerras, imperios que se expandían, otros que colapsaban. Estos momentos de expansión y derrumbe no revelaban periodicidad alguna ni mostraban entre ellos un comportamiento similar. El desarrollo del capitalismo transformó esta conducta milenaria; el siglo XIX no sólo fue testigo de su expansión a escala mundial sino también de derrumbes y recuperaciones que se producían cada cierta cantidad de años (y cada país que se incorporaba al entramado de este pujante sistema sentía periódicamente sus efectos).

El siglo XIX también produjo los primeros análisis de las “crisis” como fenómeno en el cual una profunda recesión irrumpía en el escenario. Las interpretaciones sobre sus causas y consecuencias desplegaron un amplio abanico que iba del pesimismo al optimismo. Karl Marx sostuvo que eran el destino fatídico de un capitalismo en el que el progreso sólo agudizaba el conflicto. Con un diagnóstico tan desesperanzado, sólo una transformación radical de las relaciones económicas podía ofrecer una salvación; ese cambio iba a venir de la mano de la revolución que, en lenguaje marxista, transformaría las relaciones sociales de producción, crearía una nueva sociedad sin clases y dejaría las crisis en el olvido. Clement Juglar, un médico francés que encontró en la tasa de descuento del Banco de Francia un indicador del estado de “salud” de las sociedades, le dio a la crisis un tono menos dramático e inició un nuevo campo en los estudios económicos. En 1860 publicó *Des crises commerciales*, un libro en el que no sólo anunciaba —como Marx— el surgimiento de un mundo liderado por la modernidad capitalista, sino que mostraba que el mismo no se enfrentaba a su propia destrucción. Juglar estudió el comportamiento cíclico y lo consideró como una característica permanente del capitalismo; como resultado, sugirió que las crisis serían muchas e inevitables pero que, más que una enfermedad mortal, eran un trastorno casi natural de un sistema económico destinado a sobrevivir. Según su óptica, a “períodos prósperos le siguen automáticamente períodos de «liquidación» de los procesos ligados a la prosperidad”. Y hasta se aventuró a periodizar la frecuencia con la que ocurrirían, que él estimaba en ocho años.¹





Así como los economistas se adentraban en la naturaleza del fenómeno de las crisis, los países que se unían al sistema económico imperante se volvían las víctimas de este proceso recurrente. La Argentina se incorporó a la economía mundial en la segunda mitad del siglo XIX (de manera paralela a la construcción de un Estado central). La prueba más concluyente de este fenómeno fue la repercusión que las crisis internacionales tuvieron en la economía local; la ocurrida en 1857 –que tanto afectó, en América Latina, al Imperio brasileño– pasó casi inadvertida. Pero el derrumbe de 1873 reveló que las ligazones económicas con el capitalismo internacional eran lo suficientemente fuertes como para que la Argentina fuera víctima del contagio. De ahí en más, toda depresión internacional la tendría como uno de los participantes (y víctimas). Más aún, en 1890 fue la propia Argentina una de las generadoras de una crisis internacional a la vez que la principal perjudicada.

El siguiente dossier, sin embargo, no se va a ocupar de los aspectos económicos, que son los que más interés han suscitado, sino que lo va a hacer sobre los aspectos menos estudiados de la misma. La crisis de 1890 fue también política y produjo la renuncia de Miguel Juárez Celman después de la fallida revolución realizada por la Unión Cívica. Este movimiento puso en jaque el sistema político de legitimación del poder iniciado en 1862 con la presidencia de Bartolomé Mitre y de Julio A. Roca en 1880. Si bien resulta difícil hablar de una crisis de legitimidad, la revolución del 90 resultó en el principal cuestionamiento realizado a la política del Estado desde que el mismo comenzara a consolidarse. Fue, justamente, este aspecto político el que más estudios ha suscitado, después del económico, en el análisis histórico. En los últimos años se ha discutido sobre el papel de la misma en la historia política reciente. ¿Fue el comienzo de una nueva era, con un sistema de partidos en el que sobresale el radicalismo? ¿O fue el fin de un período, el remate de los eventos ocurridos en los años 80? Los artículos de Paula Alonso y Beatriz Bragoni analizan esta discusión y brindan aportes novedosos sobre este debate historiográfico.

En “*La Tribuna Nacional, Sud-América y la legitimación del poder (1880-1890)*” Paula Alonso nos muestra la ruptura entre las ideas de Roca y Juárez. Para ello toma como objetos de análisis los diarios *La Tribuna Nacional* y *Sud-América*, representantes del roquismo y el juarismo respectivamente. El trabajo de Alonso distingue la continuidad verbal entre el discurso de ambos grupos de ideas como las del progreso, la república y el federalismo. Como resultado, estas palabras cambian de significado en el entramado ideológico. El juarismo, como bien señalara Ezequiel

Gallo en las jornadas a que aludimos en el primer párrafo, se caracterizó por su amor a los extremos y el cultivo de la agresión. El artículo de Alonso nos brinda una nueva perspectiva sobre la dificultosa relación entre Roca y Juárez y profundiza entre los propios conflictos dentro del Partido Autonomista Nacional. Asimismo, al asociar su desempeño con una forma casi contable del progreso, el éxito de Juárez Celman, como muestra Alonso, la gestión del presidente queda atada a que los mismos muestren cifras positivas. Si ello no ocurre, vendrá el descontento potenciado por la desilusión.

Para Juárez y el juarismo, las provincias debían ocupar un espacio mucho mayor al que habían tenido hasta entonces en un escenario político demasiado influido por Buenos Aires. Por ello resulta importante el artículo de Beatriz Bragoni “Gobierno elector, mercado de influencias y dinámicas políticas provinciales en la crisis política argentina del 90 (Mendoza, 1888-1892)”. En este trabajo, Bragoni nos muestra la complejidad y volatilidad del entramado político mendocino, en el que sobresalen los cambios de bando. Asimismo, este artículo resalta la importancia del fenómeno del juarismo por la calidad y cantidad de adherentes que encontró en Mendoza. Debemos recordar que ésta no es una provincia más para la historia del gobierno de Juárez Celman. Fueron los sucesos de marzo de 1889 y la intervención del juarismo nacional en la política nacional los que hicieron que finalmente se rompiera la estructura del PAN entre roquistas y juaristas. Finalmente, Bragoni nos hace pensar en la repercusión que una revolución tan porteña como la de 1890 tuvo en las provincias y en los realineamientos que produjo en el escenario local.

La crisis de 1890 fue más allá de la economía y la política. El mundo de las ideas se vio convulsionado por un fenómeno que no registraba antecedentes. Por lo tanto, no resulta sorprendente encontrar las causas del desastre en los lugares más extraños. Así, aparecía la obra del médico Carlos Rojo, titulada *El noventa*, que indagaba sobre el concepto de crisis y mostraba a la de 1890 como un ejemplo de sociología aplicada. Para Rojo, un seguidor de Herbert Spencer, estos eventos dejaban bien en claro que las sociedades se movían al mismo ritmo que los organismos de la naturaleza, tanto en sus aspectos estáticos como dinámicos, que eran justamente los generadores de la crisis:

[Al intentar] estudiar y apreciar las causas que produjeron la gran catástrofe argentina de 1890, vulgarmente llamada crisis [...] bien que la palabra sea demasiado vaga y deficiente para indicar, como debiera, las diferentes fases que pre-





sentó el suceso en el orden económico, político y social. [Las analogías] constituyen un criterio seguro para analizar los fenómenos sociales, cuyas leyes no podemos descifrar por otros medios [...] donde falta el conocimiento de las leyes sociales pueden aplicarse con toda seguridad los principios que rigen la organización individual, y echar, con las bases de la biología, los cimientos de la sociología.

En su polémica obra, Rojo realizaba un análisis lombrosiano de los políticos argentinos (quienes, como conjunto, habrían sido los que llevaron al país a su orfandad) encontrando características físicas que los asimilaban con criminales. El criminal político, para Rojo, se reconoce “por su autoritarismo y por su reconocida facultad de herir con mano pesada”. Lo caracterizaban las prominencias orbitarias exageradas y la frente fugitiva que, según su visión, compartían los rostros de la mayoría de los políticos argentinos. Como contracara, decía Rojo:

Obsérvese la frente del Dr. Rawson [el frustrado sucesor de Mitre en la presidencia en 1868], el tipo de la actitud coercitiva en la conducta, que repudió la presidencia que se le brindaba, por escrúpulos de alta y estoica moralidad. ¡Qué belleza de conformación! ¡Qué contraste saltante con los anteriores!²

La confusión en el mundo de las ideas no era sino el reflejo de una crisis que había cambiado el mundo social. En “La crisis de 1890 y su impacto en el mundo del trabajo”, Juan Suriano analiza las transformaciones producidas en esta esfera poco analizada de la gran hecatombe del 90. Suriano incursiona en el debate sobre optimistas y pesimistas en torno a los salarios reales de la vuelta del siglo XX a partir de una nueva óptica, que es la de un período en el que la crisis opera como una divisoria de aguas. Para ello realiza una comparación con el período previo que rompe con las más conocidas apreciaciones que se realizaban entre la década del 90 y el posterior período de principios de siglo. Por otro lado, Suriano señala los cambios cualitativos que experimenta el movimiento obrero, tanto en la faceta organizativa cuanto en la relación con el contexto nacional en el que se desarrollaba.

La crisis también encontró su paralelo en una literatura que veía en los excesos del gobierno y en las operaciones especulativas realizadas en el mercado de valores las causas de la tragedia. Siguiendo un clásico universal, el símbolo perverso de la crisis fue precisamente la Bolsa, en este caso la de Buenos Aires, en la que se compraban y vendían acciones, bonos y oro. El impacto de la

crisis fue tal que los años posteriores produjeron un conjunto de novelas que, por su cantidad y trascendencia, fue denominado el “ciclo de la Bolsa”. Familias venidas a menos que intentaban defender su posición, individuos ingenuos y esperanzados que encontraban la posibilidad de concretar sus sueños y sórdidos especuladores que sólo buscaban la ganancia propia a costa de la ajena formaban parte de este drama. La tragedia generalmente terminaba en el suicidio de uno de los protagonistas, que casi siempre evocaba un pasado hispano de hidalguía que había cedido su lugar frente a los tiempos modernos signados por el arribismo y las promesas de riqueza fácil.³

La novela emblemática de ese ciclo fue *La Bolsa* que, en agosto de 1891, José María Miró (con el seudónimo de Julián Martel) comenzó a publicar en *La Nación* bajo el formato del folletín. Graciela Batticuore indaga en “Lecturas, conversaciones y dinero en *La Bolsa* de Julián Martel” la relación entre sociedad y literatura que esta novela permite. Los conflictos sociales, disfrazados de étnicos, transpiran toda la obra, como señala Batticuore. En este artículo aparece un análisis puntual sobre la figura del especulador, tema que la autora aprovecha para profundizar en el debate de la época sobre la naturaleza reversible o irreversible de los seres humanos. Finalmente, el análisis de Batticuore profundiza sobre la figura de la mujer en las novelas del ciclo de la Bolsa y obtiene conclusiones que pueden ser leídas junto al resto de los artículos para alcanzar una nueva perspectiva de la crisis de 1890.

Alejandra Laera propone en “Danza de millones: inflexiones literarias de la crisis de 1890 en la Argentina” una respuesta a la pregunta de por qué fue *La Bolsa* la novela emblemática del ciclo. En un abordaje desafiante, Laera rechaza la similitud que tradicionalmente se ha encontrado entre el ciclo argentino y la publicación de *L'Argent* en 1890 en París, con la autoría de Émile Zola. Como contraposición a una más lineal comparación con otras novelas del ciclo, Laera propone una diferente, realizada con una obra que no pretende ser ficción ni novelada, como fue *Buenos Aires, sus hombres, su política*, de Carlos D'Amico, en 1890. Esta comparación resulta importante dado el rol político jugado por D'Amico antes y después de Juárez Celman. Fue gobernador de la provincia de Buenos Aires entre 1884 y 1887, año en el que el candidato juarista Máximo Paz venció en las elecciones provinciales y comenzó la catarata de acusaciones sobre corrupción que lo llevaron a huir del país y a escribir sus sesgadas memorias.

Quizá resulte interesante, como corolario, resaltar que el ciclo de la Bolsa pone su mayor acento en la crisis económica. En ese





contexto, la publicación de la novela *El candidato*, de Carlos María Ocantos, resulta una rareza. Allí Ocantos muestra la corrupción de la política provinciana a través de la figura de un político catamarqueño que es el candidato oficial a la presidencia y en la que puede verse con claridad la del propio Juárez Celman. Asimismo, la figura del general Ordenado, con sus virtudes cívicas a flor de piel, sólo puede llevar a la imagen de Bartolomé Mitre. Sin embargo, como ya dijimos, esto resulta una excepción. No es extraño, entonces, que la propia historiografía haya puesto más acento en los aspectos económicos que en los políticos y aun más que en los sociales. Es posible que la crisis vivida por la Argentina desde la recesión de 1997 y la debacle de 2001 encuentren una acogida en la historiografía y en la literatura que, si bien no necesariamente nos lleve a la clave para entender los ecos de 1890, nos impulse a realizar más estudios como los que se presentan en este dossier.



El Quijote, 5 de octubre de 1890.

Notas

¹ El tomo I de *Das Capital* de Karl Marx fue publicado en 1867, el tomo II en 1885 y el tomo III después de su muerte y revisado por Friedrich Engels en 1894. La primera edición del libro de Juglar *Des crises commerciales* se produjo en 1860 y fue ampliada en 1889. Para Juglar: a) las crisis son parte de un proceso regular y continuo; b) tienen tres momentos: la prosperidad, la crisis y la liquidación; c) son un epifenómeno del desarrollo económico; d) se transmiten entre mercados que funcionan como vasos comunicantes; e) se inician en la banca, desde donde se propagan al resto de la sociedad; f) los ciclos son discernibles a partir de datos estadísticos, y g) el ciclo es previsible a partir de barómetros económicos. A principios del siglo XX, Arthur Spiethoff –un seguidor de la es-

cuela histórica alemana, más empírica que la clásica anglosajona y más orientada al uso de la teoría en la política económica y en el manejo de los negocios– se obsesionó por encontrar un método para aplicar a la teoría de los ciclos (cuáles eran las etapas, cómo era su forma). Con ello abrió las puertas para que el ciclo de ocho años de Juglar fuera sólo el primer paso para que los investigadores encontraran oscilaciones que abarcaran diferentes períodos, tanto a corto plazo (el llamado “*business cycle*”, que duraba de dos o tres años) como a un plazo mayor que el de Juglar. Los trabajos de Arthur Spiethoff se publicaron en 1902, 1903 y 1923. En 1913 se publicaron tres libros importantes sobre las crisis: Wesley Mitchell, *Ciclos comerciales*; Albert Aftalion, *Las crisis periódicas de la producción*, y John Maynard Keynes, *La moneda y las finanzas de la India*.

² *La Nación*, 30 de enero de 1893.

³ Se escribieron por lo menos once novelas que tuvieron a la Bolsa y a la crisis de 1890 como tema central. Estas novelas, en orden cronológico, son: Manuel Bahamonde, *Abismo*, Buenos Aires, Lajouane, 1890; Julián Martel, *La Bolsa*, Buenos Aires, La Nación, 1891; Carlos María Ocantos, *Quillito*, París, Garnier, 1891; Segundo Villafañe, *Horas de fiebre*, Buenos Aires, Imprenta de Juan Alsina, 1891; Eduardo de Ezcurra, *Buenos Aires en el siglo XX*, Buenos Aires, Imprenta de Juan Alsina, 1891; Alberto del Solar, *Contra la marea*, Buenos Aires, 1894; Pedro G. Morante, *Grandezas*, Buenos Aires, 1896; Francisco Grandmontagne, *La Maldonada*, Buenos Aires, 1898; José Luis Cantilo, *Quimera*, Buenos Aires, 1899; Osvaldo Saavedra, *Grandezas chicas*, Buenos Aires, 1901, y Emilio Gouchón Cané, *El 90*, Buenos Aires, 1928. Ver Noé Jitrik, “El ciclo de la Bolsa”, en *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980-1986, t. II, p. 161.



La Tribuna Nacional, Sud-América y la legitimación del poder (1880-1890)*

Paula Alonso**

La década de 1880 estuvo enmarcada entre dos revoluciones. La de junio de 1880 fue liderada por el partido perdedor en las elecciones presidenciales llevadas a cabo tres meses antes bajo el argumento de que las mismas habían sido ilegítimas ya que, a través de la imposición de una liga de gobernadores, se había impedido el verdadero ejercicio de la expresión popular. La continuidad en el poder de la misma liga y las transformaciones llevadas a cabo a lo largo de la década fueron el argumento esgrimido en julio de 1890 por el mismo grupo, aliado ahora a otros opositores, para justificar el alzamiento. Las dos revoluciones más importantes de finales del siglo en la Argentina comparten ciertos rasgos interpretativos. Ambas han sido mayormente abordadas como el choque de fuerzas políticas, sociales y/o ideológicas rivales, y ambas por lo general han sido signadas como el comienzo de una nueva etapa. La primera, y ayudada en esto por el discurso emanado desde el mismo gobierno que asumió en octubre de 1880, ha sido vista como el comienzo de la Argentina moderna, una iniciación marcada por la consolidación del Partido Autonomista Nacional (PAN), el fortalecimiento del Estado Nacional (dotado ahora de capital permanente y de una serie de recursos materiales comparativamente mayores a los de los tres presidentes anteriores), por el rápido crecimiento económico que caracterizó estos años y por un marcado consenso ideológico. Por su parte, la revolución del 90, y ayudada en esto por los discursos enunciados por sus protagonistas, ha sido por lo gene-

* Estas páginas constituyen una versión sustancialmente modificada de "La Tribuna Nacional y Sud-América: tensiones ideológicas en la construcción de la «Argentina moderna» en los años 80", en Paula Alonso (comp.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina (1820-1920)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004. El presente trabajo ha contado con el apoyo de The Leverhulme Trust, Fundación Antorchas y The Hewlett Foundation. Quisiera agradecer, además, los comentarios recibidos por Natalio Botana, Paula Bruno y Ezequiel Gallo a versiones preliminares.

** Universidad de San Andrés - CONICET.





ral señalada como el momento germinal del sistema partidario en la Argentina, el inicio de la lenta formación de partidos modernos que, si bien no tuvieron un impacto inmediato en revertir la hegemonía del grupo dominante, su victoria llegará en 1916.¹

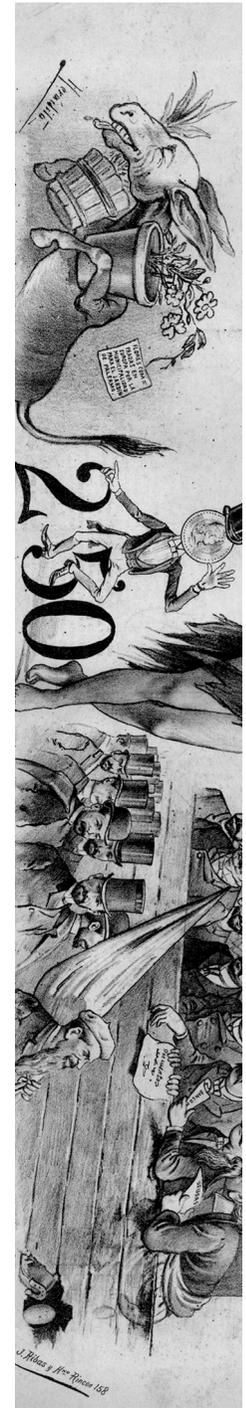
Las interpretaciones tradicionales del período de 1880 a 1916 de férrea hegemonía de un solo partido y de un marcado consenso ideológico han entrado en revisión en los últimos años.² Trabajos puntuales sobre el mundo político del período han mostrado las fricciones existentes en el partido de gobierno y las dificultades encontradas por sus dirigentes para mantenerlo unido.³ El PAN, lejos de ser un partido compacto y sistemático, englobaba un sistema de competencia interna. Asimismo, escrutinios más detallados en el campo de las ideas sobre los sucesivos integrantes del gobierno y de la administración pública han podido reflejar las distancias y discordias ideológicas que convivían (a veces no fácilmente) entre ellos.⁴ Por lo general, sin embargo, los trabajos dedicados al campo de las ideas se han concentrado en las tensiones y divergencias que emergieron a partir de 1890 tanto entre el gobierno y sus opositores como entre los mismos hombres del gobierno. La década de 1880 se ha mantenido en la historiografía como de marcado consenso ideológico, apenas perturbado por los debates religiosos. Incluso quienes han analizado la revolución de 1890 desde el ángulo de las ideas en un marco comparativo, han sostenido que mientras los alzamientos contemporáneos de Brasil, México y Chile fueron producto de fricciones dentro de la clase gobernante, en la Argentina la revolución fue resultado del antagonismo ideológico entre gobierno y oposición, marcando una mayor homogeneidad ideológica del partido en el gobierno en comparación con otros países, incluyendo el México de Porfirio Díaz.⁵

El presente trabajo sugiere un nuevo flanco interpretativo para analizar el recorrido entre 1880-1890 cuestionando la visión de homogeneidad ideológica de estos años, pensada como apenas perturbada por los debates religiosos. Tanto el gobierno como la oposición, atrincherada principalmente detrás de sus periódicos, pusieron en disputa sus respectivas interpretaciones sobre el pasado, presente y futuro de la República en acalorados debates.⁶ Pero, como veremos, incluso entre las dos administraciones del 80 se presentaron importantes contrastes. Mientras que en clásicos estudios del período los discursos de Roca y de Juárez han sido interpretados como idénticos entre sí, como mutuamente intercambiables,⁷ estas páginas argumentan que dichos discursos presentaron fuertes tensiones, convirtiéndose incluso en antagónicos hacia el final de la década.⁸ En parte, dichas tensiones se

relacionaron con el proceso de competencia interna entre roquistas y juaristas generado en estos años dentro del partido en el gobierno.⁹ Sostenemos, sin embargo, que las tensiones entre sus respectivas ideologías no fueron mero reflejo de dicha competencia sino también su causa.

Las discrepancias ideológicas entre el roquismo y el juarismo fueron en parte producto del distinto proceso de legitimación que emprendieron sus respectivos portavoces: *La Tribuna Nacional* y *Sud-América*. Por proceso de legitimación entendemos la actividad desarrollada por el gobierno para asentar su autoridad, las acciones que emprenden para cultivar su reclamo de ser obedecidos, la inversión que realizan en darse a sí mismos una identidad que lo distinga y que a su vez le dé validez a su acción de gobernar.¹⁰ No se trata de comprender si ese gobierno era o no legítimo según distintos estándares normativos sino de dar cuenta de una actividad que de distinta forma es llevada a cabo por quienes gobiernan. Dicha actividad es diversa y comprende el accionar de rituales, emprendimientos arquitectónicos, ceremoniales de distinto tipo, etc. Lo que nos interesa analizar aquí son las estrategias empleadas por Julio A. Roca (1880-1886) y Miguel Juárez Celman (1886-1890) para crear una identidad para sus respectivas administraciones que justificara su reclamo de gobernar y dar sentido a sus políticas. Las circunstancias que enmarcaron la década del 80 dan cuenta tanto de la urgencia de emprender un discurso legitimador como de sus resultados. Tanto la revolución de 1880 como la de 1890 son evidencia de que las elecciones aun entonces mantenían su dualidad decimonónica: legitimizaban y deslegitimizaban a la vez, eran condición necesaria pero aun no suficiente para alcanzar (y mantenerse en) el poder.¹¹ La legitimidad debía construirse por otros medios que fuesen más allá de haber alcanzado el poder mediante una elección.

Las características mismas de la vida política de finales del siglo XIX hicieron de los diarios partidarios un elemento central. Fue en ellos que gobernantes invirtieron grandes esfuerzos en su proceso de legitimación, esfuerzos dedicados a investir a sus acciones y a sus programas de coherencia, en darle un argumento justificatorio a sus políticas. El partido único no estuvo solo en dicho emprendimiento. Los grupos opositores invirtieron similares esfuerzos en crearse a través de su prensa su propia identidad y legitimizar su rol de partido opositor. En la década del 80, dicho esfuerzo fue incluso fundamental cuando sus organizaciones partidarias se encontraron mayormente desbandadas y optaron por no concurrir a las urnas. Tanto para el partido en el gobierno como para los opositores, por lo tanto, la prensa se tornó en un as-





pecto fundamental de su actividad política tanto para mantener su propio frente como para debatir contra el adversario. El proceso de legitimación tiene una audiencia concéntrica: es importante para quienes gobiernan, para sus colaboradores y sus círculos más mediatos generando un sentido a sus políticas y una identidad al grupo. El debate con el opositor, a su vez, colaboraba a delimitar los campos y señalar al enemigo.¹² La naturaleza misma de esta prensa denota que su audiencia eran ellos mismos, es decir, los políticos activos tanto en el gobierno como en la oposición, independientemente de que sus debates pudieran ser leídos por un público más amplio.

Las siguientes páginas están destinadas a analizar el proceso de legitimación de Roca y de Juárez a través de sus respectivos diarios. Nuevamente, no se trató de la única actividad emprendida con dicho objetivo, pero sí de una de las más importantes. Fundamentalmente nos centraremos en sus definiciones de progreso y de temas clave de la política del 80 como fueron el rol de los partidos políticos, la prensa y el sistema federal. *La Tribuna Nacional* y *Sud-América* fueron para Roca y Juárez el principal medio para establecer una jerarquización de valores, crear identidades y distribuir roles. Como veremos, lejos de ser ideologías idénticas entre sí, presentaron tensiones que se tornaron significativas hacia el final de la década.

La Tribuna Nacional

El diario roquista apareció en las calles el domingo 2 de octubre de 1880, unos días antes de la asunción presidencial de Roca. Su director, Olegario Andrade, había sido discípulo de Roca en el Colegio de Concepción del Uruguay y solventó una vida inclinada a las letras a través del periodismo.¹³ A su muerte en 1882, la dirección del diario pasó a manos de Agustín de Vedia y de su hijo Mariano. *La Tribuna Nacional* fue financiada por créditos del Banco Nacional, por el sistema habitual de accionistas entre simpatizantes y amigos de confianza y, principalmente, por suscripciones del gobierno nacional y de los gobiernos provinciales. Su impresión diaria se ponía a la venta a las dos de la tarde, tenía formato y tipografía ordinaria, costaba igual que los otros y profesaba ser en cuerpo y alma un digno representante de la prensa política. *La Tribuna Nacional* insistía en que ella no era la voz oficial del gobierno nacional, que éste tenía otros medios formales para hacer conocer su labor. Ella, en cambio, se presentaba a sí misma como la voz del roquismo, como el instrumento político del presi-

dente y de su círculo íntimo, posicionándose a sí misma como un partícipe más de las batallas ideológicas que se libraban a través de la prensa gráfica. De este modo el gobierno no se responsabilizaba por los contenidos del diario y sus miembros tenían en *La Tribuna Nacional* la oportunidad de esgrimir la pluma, de asentar sus ideas en forma anónima y de defenderse directamente “del desprestigio que pueden atraerle las opiniones inconsistentes, apasionadas o alarmantes de la prensa opositora”.¹⁴ Naturalmente, durante el sexenio 1880-1886 la línea demarcatoria que *La Tribuna Nacional* intentaba establecer entre ella y el gobierno era borrosa; el diario pertenecía al presidente, era el mismo Roca quien impartía las directivas sobre su contenido, y eran las suscripciones del gobierno y los créditos de un banco nacional sus principales fuentes de financiamiento.

Durante los primeros seis años de la década de 1880 *La Tribuna Nacional* fue el instrumento a través del cual el gobierno construyó una imagen para sí mismo, explicitó sus objetivos y se defendió de sus adversarios. La imagen a construir fue principalmente de ruptura con el pasado, de cambio y de iniciación: la Argentina había entrado definitivamente en una nueva era. Lo que marcaba la división entre el antes y el ahora era la llegada, finalmente, del progreso.¹⁵ Su arribo, se insistía, tenía fecha exacta -1880- y sus manifestaciones decían ser sentidas de inmediato en todo el país. Para enero de 1881, a menos de tres meses de iniciada la nueva presidencia, *La Tribuna Nacional* anunciaba sin preámbulos que los signos de la llegada del progreso eran irrebatibles, palpables en la construcción de vías férreas, puentes y caminos, en el volumen de las cosechas, la vitalidad de las colonias, y el derrame de expediciones por todo el territorio. Súbitamente, el diario anunciaba, “el país despierta a la vida, al trabajo, a la esperanza”.¹⁶ El programa del gobierno decía afirmarse en la certeza de que el progreso llevaba consigo una serie de beneficios que iban mucho más allá de los intereses puramente materiales. Como hemos analizado en más detalle en otra ocasión, “Paz y administración” suponía que el progreso económico, lejos de ser un fin en sí mismo, era el medio para alcanzar una serie de beneficios individuales, sociales, políticos e institucionales.¹⁷ El punto de partida era una concepción pesimista de la naturaleza humana, común en el pensamiento europeo del siglo XVIII y trasladada a Estados Unidos, en la que el hombre se encuentra constituido por pasiones. En forma zigzagueante se fue configurando a partir del siglo XVII la idea de que algunas de estas pasiones (también llamadas vicios) podían ser controladas por otras. Habría por lo tanto pasiones “domadoras” y pasiones “salvajes”, y el buen gobier-





no, la libertad y el crecimiento económico dependían de que las primeras supieran controlar a las segundas. Con el tiempo, las pasiones domadoras fueron conocidas como “intereses” los cuales, se decía, eran promovidos por actividades relacionadas con la industria y el comercio, y desarrollaban en el hombre hábitos de planeamiento ordenado y predecibilidad, contrarrestando (o domando) las pasiones desenfrenadas. La aceptación cada vez más generalizada de estos intereses como aspectos positivos de la naturaleza humana así como el gradual reconocimiento de su impacto benéfico en la sociedad permitieron, como es sabido, construir el sustento teórico del desarrollo del capitalismo moderno.¹⁸

En las páginas de *La Tribuna Nacional* se encuentran ecos de esta tradición adaptada a la propia historia y circunstancias. Las pasiones eran identificadas por el diario con lo más oscuro de la naturaleza humana, con sus instintos destructivos y violentos, en contraste con los intereses conservadores, sostenedores y promotores del amor al trabajo ordenado, del apego a la ley y del respeto a la autoridad. El diario, por lo tanto, predicaba que los intereses conservadores, “si bien no influyen directamente en los destinos del país, no dejan por ello de ejercer una función poderosa, contribuyendo al desarrollo de la vida ordenada y regular, a formar la independencia y el carácter en los hábitos de orden y en las necesidades del trabajo”.¹⁹ Y también afirmaba que el perfeccionamiento de las cualidades individuales de las personas resultante de su búsqueda por satisfacer su interés individual, tenía a su vez positivos efectos políticos que se veían reflejados en el tipo de instituciones que los individuos eligen para gobernarse. Los pueblos modernos, proclamaba el periódico, poseen cualidades para diseñar leyes sabias y fecundas ya que han desarrollado su carácter reflexivo, la conciencia de sus propios actos y el dominio de sí mismos.²⁰ Las pasiones, por el contrario, expresadas y fomentadas por la política, eran las responsables de la destrucción, los antagonismos desbordados y las guerras. *La Tribuna Nacional* repetía una y otra vez que si el gobierno había logrado comenzar una nueva etapa en 1880 era, justamente, porque había encontrado la fórmula a través de la cual las pasiones destructivas de la política podían ser domadas por el desarrollo de los intereses conservadores asociados con la industria y el progreso material. *La Tribuna Nacional* reproducía así uno de los fundamentos del liberalismo: que es el progreso material el que lleva al progreso moral, que es a través del desarrollo económico que se construye la civilización.²¹

Para el diario, los resultados prácticos de estas ideas puestas en marcha por el presidente Roca habían sido notorios, profun-

dos e inmediatos. En enero de 1881 ya anunciaba que gracias al progreso, los viejos odios habían dado lugar a la tolerancia, la división irrevocable a la conciliación, la violencia a la paz y la rebelión al respeto por la autoridad.²² La paz era levantada por *La Tribuna Nacional* como el estandarte de la administración de Roca, su fruto máspreciado, el valor que el presidente más estimaba, la hazaña por la que sentía mayor orgullo.²³ La paz alcanzada, según el periódico, era también el resultado natural del desarrollo material ya que “las guerras civiles, las rebeliones contra la autoridad, los movimientos de sediciones que se sucedían sin intervalo hasta hace algunos años, tenían principalmente por causa el profundo malestar, la despoblación, la miseria, la falta de trabajo”. A través del desarrollo de las fuerzas productivas, *La Tribuna Nacional* continuaba, el gobierno había logrado erradicar las causas de la anarquía y hoy podían anunciar que “el tiempo de la política teatral ha pasado. No hay multitudes ociosas que fragüen revoluciones”. Este feliz resultado era, se insistía, un derivado natural del progreso material ya que “los ferrocarriles, los bancos, los telégrafos y demás agentes de civilización y de progreso llevados al interior, están destinados a desarrollar hábitos de trabajo, a dar unidad y solidaridad a las poblaciones, a elevar la personalidad humana y a desarrollar en ella el espíritu de independencia y el sentimiento de responsabilidad”.²⁴ Para subrayar los cambios positivos experimentados desde 1880 hasta el presente *La Tribuna Nacional* repetía una y otra vez en sus páginas una versión de la historia argentina en la que los años desde la independencia hasta el 80 eran presentados como tiempos oscuros donde todo intento de construcción institucional había sido devorado por el fuego encendido por las pasiones políticas. La llegada de Roca a la presidencia había abierto las compuertas del progreso inundando con sus beneficios todo el territorio.²⁵

El discurso de Roca sobre el progreso, si bien parte fundamental de su administración, no agotó su estrategia discursiva. Además, *La Tribuna Nacional* abrió un segundo frente que, si bien se relacionaba con el primero, contenía sus propias lógicas. Dicho frente fue la campaña que lanzó el periódico para difundir que el presidente ejercía su gobierno con un recto apego a la Constitución de 1853, un ejercicio que por su fidelidad al credo constitucional incluso lo diferenciaba de las tres presidencias que le antecedieron. Día tras día *La Tribuna Nacional* se encargó de sostener que en la República Argentina todas las libertades sostenidas por la Constitución Nacional eran ampliamente respetadas y los derechos constitucionales se hallaban en pleno ejercicio. El diario sentaba las bases de su doctrina en largas reflexiones sobre





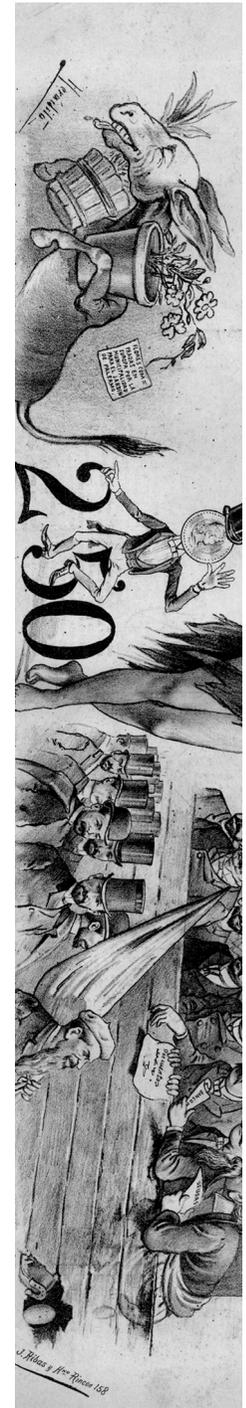
los elementos clave del sistema institucional: 1) la prensa; 2) los partidos políticos, y 3) el sistema federal.

1) La estrategia de *La Tribuna Nacional* sobre el tema de la prensa fue doble. Por un lado se dedicó a remarcar en forma regular que la libertad de expresión era un derecho cuyo ejercicio era plenamente respetado por el gobierno. Y si bien éste fue un tema reiterado en sus columnas, *La Tribuna Nacional* no necesitó aludir demasiado a él ya que hasta la oposición públicamente reconocía que la libertad de prensa era un derecho vigente. Por el otro lado, *La Tribuna Nacional* enunció sus propias ideas sobre el tema de la prensa y su rol en el sistema republicano. En la República que el diario decía visionar “la prensa aborda las cuestiones generales, económicas o financieras, políticas o sociales”, mientras que sobre el particular rol de la prensa opositora afirmaba que ésta “llena de mejor modo su misión, cuando trae su contingente de ideas al estudio de los problemas morales y políticos de la época, en vez de esterilizarse en el círculo vicioso del personalismo”.²⁶ *La Tribuna Nacional* sostenía que cuando se trataba de la lucha por la libertad en contra de la tiranía o de denunciar una violación al orden institucional, era legítimo que la prensa adoptara una actitud apasionada; pero en el momento actual, aclaraba, dicha actitud estaba totalmente injustificada.²⁷ Para *La Tribuna Nacional* la prensa opositora se encontraba muy lejos de cumplir su rol de contribución en la discusión general de los asuntos públicos. “La prensa”, en cambio, “ha sido entre nosotros instrumento de acusación más que de enseñanza, arma de combate brutal, más que de contradicción y de luz”.²⁸ En manos de los partidos políticos, la prensa era uno de los instrumentos “que irritan las llagas de la política”, con la que se alienta el fuego de las pasiones. Y así como los partidos desbordados resultaban anacrónicos en la Argentina moderna también, insistía *La Tribuna Nacional*, resultaba anacrónica su principal arma de lucha, la prensa partidaria.

Para *La Tribuna Nacional* esa prensa facciosa era, además, un organismo privilegiado dentro de las instituciones del país ya que no estaba sometida a control alguno. Podía incitar a la revolución y, de llevarse a cabo, sus dirigentes eran penados por la ley pero no así su herramienta de propaganda.²⁹ Hacia el final de la presidencia de Roca *La Tribuna Nacional* predicaba que “mientras la mayoría del país tiene opiniones templadas”, la prensa de la oposición continuaba agitando las pasiones con una prédica revolucionaria injustificada.³⁰ ¿Cuál era la solución posible, se preguntaba el diario, frente a la prensa belicosa de los partidos, frente a la impunidad de las calumnias y de sus expresiones extremas,

y frente a su agitación revolucionaria? *La Tribuna Nacional* insistió en que no estaba en los planes ni dentro de los principios del gobierno promover la aplicación de límites o restricciones a la libertad de prensa.³¹ Instituciones tales como tribunales de opinión para atender querrelas por calumnias, difamaciones o informaciones infundadas eran rechazadas por *La Tribuna Nacional* como “cosas pasadas de moda”.³² La solución para la extinción de ese tipo de prensa el gobierno la encontraba, una vez más, en la acción civilizadora del progreso, en el desarrollo que éste promovía en la razón pública.³³ El reemplazo de una prensa facciosa por una constructiva prensa opositora estaba, una vez más, comprendido dentro de los muchos vicios que la acción benéfica del progreso se encargaría de erradicar en la república.

2) Una estrategia discursiva similar fue desplegada en las páginas de *La Tribuna Nacional* sobre el tema de los partidos políticos. Como hemos señalado, la jerarquía de valores construida por el roquismo colocaba a la política y a los partidos políticos en un escalón muy por debajo de la paz y del crecimiento económico. Para el diario, la Argentina y los demás países latinoamericanos testimoniaban con su trágica historia lo que ocurre cuando las pasiones políticas, “esas pasiones ciegas y subversivas [...] que ha(n) solido convertirse en llama”, se desbordan.³⁴ Esa llama destructora había sido alentada por “el espíritu de partido que sopló el incendio de las guerras civiles, que reanimó el esfuerzo de la barbarie, y que reprodujo tantas veces la lucha de sus elementos contra la civilización”.³⁵ Y si el proceso de destrucción había sido revertido en 1880 era porque sólo entonces las pasiones políticas habían sido amordazadas por los efectos del progreso.³⁶ Las lecciones sobre el nocivo potencial de los partidos para la vida republicana, según el diario, no se fundamentaban sólo en la historia de los países latinoamericanos sino también en las enseñanzas de George Washington, “el padre de las democracias modernas”.³⁷ Reproduciendo largos extractos de sus discursos, *La Tribuna Nacional* fundamentaba sus propios temores hacia esas organizaciones agitadoras que en su accionar irresponsable “suspenden el curso de los intereses materiales y morales del país, suprimen la seguridad, y todas las garantías del derecho”.³⁸ La nueva era comenzada en 1880 en el país exigía, por lo tanto, “humanizar las luchas políticas y la impaciencia de los partidos y difundir nociones más racionales y prácticas sobre nuestra situación”.³⁹ El rol de la política ya no podía consistir en obstaculizar el avance del progreso levantando banderas y fabricando especulaciones teóricas con poco contacto con la realidad.





A pesar de las características belicosas e intolerantes que *La Tribuna Nacional* les adjudicaba a los partidos opositores, el diario se ocupó de resaltar algunos puntos centrales. En primer lugar, que a pesar de la naturaleza de la oposición el gobierno nacional llevaba a cabo una política de libertad y tolerancia que contrastaba marcadamente con las experiencias pasadas. En segundo lugar, e insistirá más firmemente sobre esto a partir de 1885, que el gobierno de Roca, si bien llamaba a calmar las pasiones partidarias y les asignaba a los partidos un rol más modesto que en la historia pasada, no debía concluirse por ello que el gobierno ansiaba la desaparición de los partidos políticos. En uno de los tantos editoriales dedicados al tema *La Tribuna Nacional* sostenía que “los partidos, lejos de ser un mal, o un síntoma de debilidad, son una condición de la vida libre [...] así como la uniformidad y la indiferencia política, son siempre un signo de opresión o de incapacidad”.⁴⁰ Su existencia, por lo tanto, era sostenida como esencial en la vida republicana; su ausencia como un símbolo de tiranía. En otra ocasión, por ejemplo, *La Tribuna Nacional* predicaba: “(l)a lucha es deber cívico y es educación democrática. Todos los partidos concurren a hacer triunfar la ley de la mayoría desplegando sus banderas, ejercitando su aptitud y respondiendo a sus aspiraciones. La lucha en el círculo de las leyes, la agitación de los partidos en la función del sufragio, es un elemento indispensable de la vida republicana, como es una condición necesaria del sufragio libre y del triunfo legal de la mayoría”.⁴¹ Lo que *La Tribuna Nacional* reclamaba desde 1880 es que los partidos políticos, lejos de desaparecer, debían adaptarse a los nuevos tiempos. La experiencia de países como Inglaterra enseñaba, según ella, que los partidos opositores tenían un rol institucional fundamental como los controladores, los fiscalizadores del gobierno así como en la promoción de ideas y proyectos para el país.⁴² La diferencia en énfasis de *La Tribuna Nacional* a lo largo de la década fue notable. El llamado a la pacificación, a la desmovilización, a templar las pasiones partidarias más acentuadas en el primer quinquenio de la década, tenía como telón de fondo la más sangrienta revolución de la vida constitucional. Para 1885, sin embargo, *La Tribuna Nacional* si bien seguirá insistiendo sobre la necesidad de templar las discusiones públicas y que los partidos no sean organizaciones en permanente agitación, reafirmará con mayor frecuencia el rol fundamental de los partidos políticos en el sistema republicano.⁴³

3) Otro de los temas institucionales centrales en las páginas de *La Tribuna Nacional* fue el sistema federal. *El Nacional* y *La Na-*

ción denunciaban constantemente lo que definían como la violación del sistema federal y la concomitante ausencia de autonomías provinciales debido al montaje de una liga de gobernadores que controlaba las catorce provincias y a un Poder Ejecutivo que había centralizado una inusitada cuota de poder.⁴⁴ Contrarrestando dichas acusaciones, *La Tribuna Nacional* una y otra vez sostuvo que el principio que regía la relación de Roca con las provincias era el de *self-government* (sic).⁴⁵ La mejor prueba de ello, decía, era la abstención del presidente de utilizar la intervención federal para revertir situaciones adversas en las provincias. Dicha política lo distanciaba, una vez más, de las prácticas llevadas a cabo por los gobiernos anteriores que abusando de la Constitución habían hecho de la intervención federal “el martirólogo de los pueblos del interior”.⁴⁶ Incluso la política del presidente hacia las provincias, insistía *La Tribuna Nacional*, era menos intervencionista que la de otros órganos del gobierno nacional. Así, frente a un pedido de intervención federal en la provincia de Santiago del Estero en 1882 aprobado en el Senado y públicamente repudiado por el presidente, *La Tribuna Nacional* sostenía que este último tenía mayor consideración por la soberanía política provincial que el cuerpo legislativo.⁴⁷ La abstención de utilizar la intervención federal no significaba, *La Tribuna Nacional* aclaraba, que el presidente no interfiriera en los asuntos provinciales; significaba que optaba por hacerlo por otros medios que él consideraba más legítimos. La influencia personal del presidente como mecanismo para injerir en la política de las provincias fue elevada a rango de doctrina constitucional en las páginas de *La Tribuna Nacional*. Así, cuando en 1882 se desató una revolución en Corrientes y el presidente se dirigió personalmente a la capital provincial para mediar entre las partes y convenir un acuerdo, *La Tribuna Nacional* intentó contrarrestar las denuncias de los diarios opositores sobre imposición presidencial sosteniendo el hecho satisfactorio de que Roca, “con sólo su presencia, ha apagado el fuego de un incendio, ha extinguido la tempestad preñada de rayos”.⁴⁸ Unos meses más tarde, cuando sus indicaciones privadas volcaron la victoria de la elección a la gobernación de Entre Ríos a favor de su candidato, *La Tribuna Nacional* volvió a sostener que: “(u)n poder que se ejercita a favor de la paz y por medios pacíficos, no merece, pues, en nuestra opinión vituperio”. El diario repetía una y otra vez que: “(e)l presidente no usurpa su influencia; la ejerce con el apoyo de la parte bien intencionada de la Nación”.⁴⁹

La doctrina que *La Tribuna Nacional* definía en materia federal se sustentaba en un doble frente. El primero era constitucional: ante las quejas de la oposición por la centralización de poder





operada durante la década, el diario subrayaba que la vigorosidad del gobierno nacional estaba contemplada en la Constitución de 1853. Una de las principales diferencias con el modelo estadounidense, insistía, era el haber definido un Poder Ejecutivo fuerte y la política llevada a cabo por el gobierno de Roca estaba dentro de los límites fijados por la carta constitucional.⁵⁰ El segundo frente consistió en la defensa del uso de la influencia personal del presidente como un sano sustituto de las viejas formas de intervención federal o la agitación revolucionaria orquestada desde, o apañada por, el gobierno nacional. Ahora en cambio, si el presidente Roca “se ha mezclado alguna vez en los asuntos de las provincias, no ha sido nunca en nombre de su autoridad o con las fuerzas que están a sus órdenes, sino particularmente y solicitado por los mismos gobiernos y los partidos, siempre para evitar algún conflicto, para dar soluciones satisfactorias a incidentes lamentables o para dirimir amistosamente disidencias pasajeras entre sus miembros correligionarios”. Dicho accionar, concluía el diario, lejos de ser un delito era “el resultado sencillo y natural de una influencia personal legítimamente adquirida y discretamente ejercitada”.⁵¹ Para *La Tribuna Nacional*, por lo tanto, el principio de *self-government* al que el presidente Roca decía adscribirse en su política hacia las provincias significaba trocar las viejas formas intervencionistas del gobierno nacional por una forma más personal y directa con la que el presidente ejercía el rol de árbitro en los conflictos provinciales. La legitimación de esta forma de injerencia personal la hallaba el diario en los medios y en los resultados. Una sugerencia del presidente era preferible a los abusos con los que se había practicado la intervención federal hasta el presente y había probado ser más eficaz en obtener una solución pacífica de los conflictos.

La Tribuna Nacional, por lo tanto, construyó para el gobierno de Roca una legitimidad basada tanto en el progreso como en la recta aplicación de la Constitución. Es en el ejercicio del gobierno, sostenía *La Tribuna Nacional*, donde se expresa la soberanía del pueblo. “Paz y administración”, insistía el diario, es la “síntesis que comprende la armonía de los intereses sociales y políticos, el respeto a la libertad y la limitación del Poder público”.⁵² “La Constitución de la República”, *La Tribuna Nacional* predicaba, “garantiza la libertad del pensamiento, la libertad de la prensa, la libertad de la asociación, la libertad de la palabra o de la tribuna, la libertad de la industria, de comercio, etc. ¿Hay alguna de estas libertades suspendida o suprimida en la República?”⁵³ *La Tribuna Nacional* explicitaba de este modo lo que Natalio Botana ha definido como el sistema invertido de representación en el cual esta

última se encuentra garantizada por el ejercicio del gobierno y no por el origen de los representantes.⁵⁴ Con las siguientes palabras *La Tribuna Nacional* se dirigía a sus opositores:

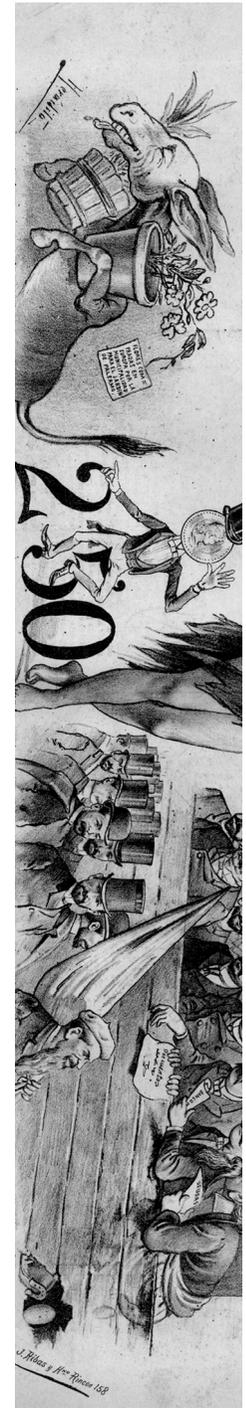
El orden y la libertad, las garantías en el ejercicio de las instituciones, la espontaneidad de la opinión, el desembarazo de los Poderes Públicos para legislar y gobernar en las materias más trascendentales, la propaganda y la discusión de la prensa, todos estos derechos y todas estas fuerzas morales, son precisamente las condiciones en ejercicio de esos progresos que tienen que reconocer.

Y todo este haz de condiciones morales y materiales, constituyen la fuerza del sistema representativo que aparentan *echar de menos*.

La legislación, la iniciativa de gobierno, la deliberación de los congresos y la acción vivaz e incesante del Ejecutivo, no es elemento fabricado por tiranías, ni importado al país como especie manufacturada, ni visiones imaginarias, sino la expresión de la soberanía pública en cuyo nombre se gobierna. *Éste es el sistema representativo al punto de vista de la doctrina universal y al punto de vista de nuestra organización*.⁵⁵

Sud-América: ¿más de lo mismo?

Cuando a fines de enero de 1887, a sólo tres meses de la asunción de Juárez a la presidencia, *La Tribuna Nacional* pasaba revista al estado actual del país, no escatimaba en subrayar los logros recientes. Según su análisis, la Argentina ya había recorrido su primera fase de evolución “y después de luchas sangrientas ha conseguido salir de la época salvaje, deshaciendo el caudillaje”. “Su sociedad”, continuaba el largo editorial, “tiende a tomar las formas de un organismo definido; su gobierno es democrático; el poder está dividido; las diversas partes que lo constituyen tienen señaladas sus atribuciones, y sobre el conjunto de sus variadas piezas domina el espíritu de la institución”. “¿Qué le queda aún por hacer?”, se preguntaba, “Continuar en su camino”, era la respuesta; “Hacer, en una palabra, lo que se está haciendo”.⁵⁶ El editorial del periódico roquista pautaba así públicamente la política que debía seguir el nuevo presidente. Juárez, sin embargo, tenía sus propios planes y, en gran parte, éstos fueron elaborados, expresados y construidos a través de su propio emprendimiento gráfico: *Sud-América*. Aparecida el 5 de mayo de 1884, con una redacción política encabezada por Carlos Pellegrini, Delfín Gallo y Roque Sáenz Peña, y una redacción literaria a cargo





de Lucio V. López y Paul Groussac, *Sud-América* fue fundada para derrotar a Dardo Rocha, el principal rival de Roca durante su administración y el primer contendiente de Juárez para las elecciones presidenciales.⁵⁷ Una vez avanzada la campaña electoral, la mayoría de sus redactores y accionistas se inclinaron abiertamente por la candidatura de Juárez Celman; Gallo y Groussac, partidarios de Bernardo de Irigoyen, se apartaron del diario. Desde entonces y hasta 1890, *Sud-América* fue el órgano oficial del juarismo.⁵⁸

En forma más acentuada que cualquier otro diario partidario *Sud-América* fue al mismo tiempo reflejo del juarismo y su creación. Cada palabra pública del presidente, cada gesto y cada política llevada a cabo era reproducida, explicada, explayada, justificada y reelaborada con cotidiana insistencia por el diario, al tiempo que también se encargaba de defender a su líder de las embestidas cotidianas de la prensa opositora. En su accionar de reproducción, reelaboración, definición y justificación de Juárez Celman, el personaje, sus palabras y sus gestos eran (re)creados por *Sud-América*.⁵⁹ Este rol del diario estaba íntimamente ligado a la concepción de Juárez sobre la prensa y la opinión pública. A diferencia de *La Nación* que se asumía a sí misma como su única representante, *Sud-América*, voceando al presidente, sostenía una visión distinta sobre “el verdadero papel que desempeñan los diarios: discuten, ilustran las cuestiones, las examinan de su punto de vista y de acuerdo con sus pasiones, para formar opinión, no para representarla”.⁶⁰ Formar opinión a favor del gobierno de Juárez era, por lo tanto, la principal función del diario.

Juárez Celman y *Sud-América* compartieron muchos rasgos. El más notable fue su inclinación por los extremos. Si en Juárez la historiografía ha resaltado la patología de sus políticas institucionales y económicas, *Sud-América* también se destacó por la forma extrema en que utilizó en sus columnas el abuso y la mordacidad, rasgos típicos de la prensa política de estos años.⁶¹ Su contenido fue mucho menos reflexivo que el de sus semejantes y más batallador. En su guerra no mostró misericordia, agudizó los antagonismos ahondando rupturas y creando cismas, y nunca le interesó cicatrizar. Una de las manifestaciones más contundentes del extremo del juarismo fue la forma en que algunos conceptos de la administración anterior fueron recogidos por *Sud-América* y empujados a sus límites. Especialmente durante los primeros meses de gobierno, prédicas de paz y orden propias de *La Tribuna Nacional* fueron continuadas con la reproducción de ecuaciones ya conocidas, tales como: “Un gobierno de paz es un gobier-

no de progreso”⁶² y “de un extremo al otro del país no se eleva más rumor que el grato rumor del trabajo pacífico ejercido con la resuelta dedicación que nace de la confianza en el futuro”.⁶³ Sin embargo, es notable como la reiteración de fórmulas ya conocidas, a partir de 1887, fue desplazada mes a mes por expresiones más extremas. Así, en una de sus típicas celebraciones, el diario se expresaba del siguiente modo:

Los ferrocarriles se multiplican en el territorio, poderosas empresas industriales se fundan, numerosos establecimientos de crédito se establecen, las tierras centuplican su valor, los fondos argentinos se cotizan a subido precio, la deuda pública disminuye, la renta oficial aumenta en proporciones que sorprenden, el comercio adquiere un desarrollo inaudito, la inmigración afluye y se radica, se siente en todo el país el bienestar que proporciona el trabajo y la confianza que inspira un gobierno de orden, de administración y libertad.

*Somos la nación más grande y feliz de Sud América.*⁶⁴

Para 1888, en la cúspide del poder político del presidente, *Sud-América* no retaceaba en declarar que “[n]uestro país es hoy día una especialidad en el universo: es el pedazo del planeta en que más vivamente se agita el progreso moderno. Lo repiten con profunda convicción todos los que leen las publicaciones estadísticas de las naciones, incluso [sic] las de Estados Unidos”.⁶⁵ Y cada una de estas declamaciones era seguida por un detallado inventario de triunfos contabilizados en número de inmigrantes, renta nacional y activos de los bancos. De las innumerables columnas sobre el progreso publicadas en *Sud-América* se destaca, además de su exageración, entusiasmo y soberbia, la idea de que finalmente la Argentina se encontraba encauzada y que incluso hasta la oposición “tendrá que convenir en que la Nación avanza vertiginosamente hacia el cumplimiento de sus grandes destinos”.⁶⁶ El mito de una Argentina “condenada al progreso”, que perdurará incluso hasta la actualidad, tiene en las páginas de *Sud-América* uno de sus principales hacedores.

Sería un error, sin embargo, interpretar a Juárez como una expresión extrema de su antecesor. Naturalmente, pueden encontrarse coincidencias y semejanzas en las bases discursivas sobre las cuales ambas presidencias legitimaron sus mandos y, en algunos casos, las diferencias pueden pensarse como una cuestión de estilos. Lo que nos interesa reparar aquí, sin embargo, son los contrastes entre Roca y Juárez —o más específicamente entre *La Tribuna Nacional* y *Sud-América*— en la forma en que ambos in-



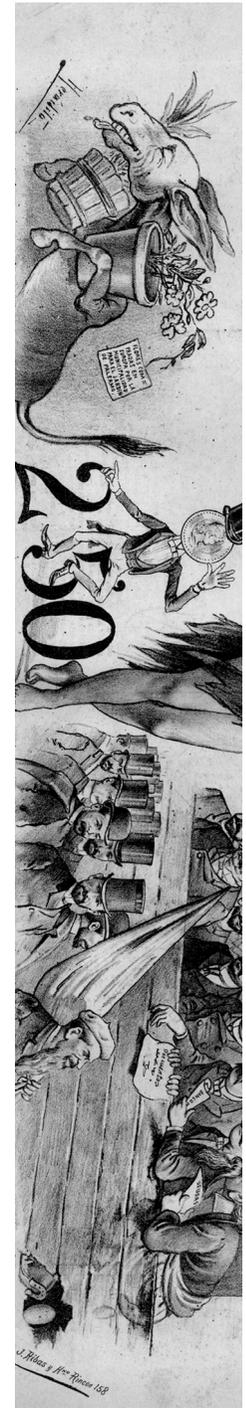


terpretaron el significado del progreso y sus alcances y en la forma en que definieron el rol de la prensa, de los partidos políticos y del sistema federal, como hemos dicho, conceptos clave para la política de la época. Dichos contrastes hicieron que Juárez no solamente quedara aislado durante su administración de los miembros de la oposición, sino que también resultará irreparablemente distanciado del sector roquista del PAN.

Mientras que el progreso recibía diarias celebraciones eufóricas, el tema de la prensa fue objeto de escasa reflexión en *Sud-América*. Como hemos visto, *La Tribuna Nacional* se ocupó de dejar sentada su postura subrayando las garantías de libertad de prensa sostenidas por el gobierno de Roca y contrastando la prensa infundadamente belicosa del presente con su deber ser fiscalizador y de constructiva crítica dentro de un gobierno republicano. *Sud-América* optó en cambio por lanzarle agudos latiguillos a “Don Bartolo”, pero en ningún momento éstos fueron enmarcados dentro de reflexiones más aquilatadas sobre la naturaleza de la prensa, tanto real como ideal. Pero la diferencia más fundamental en la forma que ambos diarios abordaron el tema radicó en las soluciones propuestas como remedios contra la prensa facciosa. Mientras que *La Tribuna Nacional* dejaba en manos del progreso la transformación que debía operarse en la prensa opositora, *Sud-América* defendía su limitación por la ley. En 1886, unos meses antes de que Juárez asumiera la presidencia, el diario se dedicó a defender un proyecto de ley de imprenta presentado en Córdoba por el ministro de Gobierno Ramón J. Cárcano a la Legislatura que tenía como fin “terminar con las exageraciones de la prensa facciosa” a través del establecimiento de tribunales populares “que resuelvan si una prédica que pretende servir a los intereses generales, es honrada y verídica o sólo sirve para saciar malevolencias perversas y difundir fermentos de anarquía e inmovilidad”. El ministro recomendaba que un proyecto similar fuese enviado al Congreso para que una ley de imprenta que limitase sus excesos pudiera aplicarse a nivel nacional.⁶⁷ La propuesta fue abandonada ante el vendaval de protestas que suscitó (incluso de la misma *La Tribuna Nacional*) pero *Sud-América* continuó defendiendo el principio de que crímenes derivados de la prensa no debieran ser juzgados por la justicia penal común, sino por tribunales especiales. “El espíritu esencialmente positivista que domina todas las esferas de la actividad humana, considera en la actualidad estas cuestiones desde un punto de vista humanamente práctico”, sostenía el periódico, “(a)nte los principios de la ciencia constitucional moderna hoy no se admite libertad alguna sin limitaciones”.⁶⁸

Las principales tensiones entre *Sud-América* y *La Tribuna Nacional*, sin embargo, se encontraron en sus respectivos tratamientos hacia los opositores, los cuales derivaban de concepciones disímiles sobre el rol destinado a los partidos políticos y a la política. Como hemos visto, *La Tribuna Nacional* trató estos temas en largos y reiterados editoriales en los cuales, partiendo de su concepción sobre la naturaleza humana, defendía una fórmula del progreso que gradualmente liberaría al país de sus males. Dentro de este esquema, *La Tribuna Nacional* le destinaba a la política y a los partidos políticos un rol mucho más modesto del que habían desplegado hasta entonces, aunque subrayaba la importancia de su existencia para el sistema republicano. *Sud-América*, en cambio, se limitó a ridiculizar a sus oponentes. En sus primeros dos años de vida, su principal blanco fue Dardo Rocha hasta que lo dio por “Cuestión concluida”, como lo tituló la columna que festejaba el anuncio de su retiro de la vida pública.⁶⁹ No le faltaron nuevos objetivos para sus dardos. La Iglesia Católica fue uno predilecto cuando la discusión de la ley de matrimonio civil en el Congreso durante el segundo semestre de 1888 reabrió heridas surcadas en la administración anterior. En lugar de debates de tono constitucional sobre los alcances institucionales de la Iglesia Católica, *Sud-América* redujo sus apreciaciones en frases como: “(e)l clero es, por regla general, ignorante y de un nivel intelectual más que mediocre”,⁷⁰ al tiempo que se refería a sus colegas en la prensa católica como “los maricones de *La Unión*”.⁷¹ Tampoco intentó *Sud-América* cicatrizar la vieja división entre Buenos Aires y el interior, reanimada durante la campaña presidencial de 1886 por la distribución geográfica de las fuerzas en pugna. *Sud-América* retrataba a la oposición porteña como “el bouquet de flores marchitas”,⁷² la agonía de una época que se resistía a morir, y a sus diarios como “débiles explosiones del viejo localismo, raquíuticos retoños alimentados por la savia senil”.⁷³ El periódico invertía de este modo la fórmula sarmientina: ellos eran la civilización y Buenos Aires la barbarie.

“Don Bartolo”, símbolo para *Sud-América* de ese localismo, era otro blanco preferido. Cuando, por ejemplo, el mitrismo anunciaba su inminente abandono de la abstención electoral para competir en las elecciones legislativas en febrero de 1888, *Sud-América* se mofaba del líder de “una lista de vejetes con que ha de disputar unas becas en el Congreso para sus políticos vergonzantes”.⁷⁴ Los “vejetes” derrotados del ayer eran contrastados regularmente con los jóvenes triunfantes de hoy, “sobre las viejas lápidas, cuántas inscripciones nuevas”.⁷⁵ El Partido Nacional era





definido por *Sud-América* como una organización compuesta “por la juventud ilustrada de la República y por hombres liberales y progresistas que no pretenden hacer de sus años y experiencia el único mérito legítimo para servir a la patria. Por hombres jóvenes en fila, de avanzadas ideas y espíritu moderno”.⁷⁶ Del mismo modo, ninguno de los argumentos esgrimidos por la oposición sobre la centralización del poder, la ausencia de vida cívica, el fraude electoral o la corrupción provocaban en *Sud-América* reflexión alguna. Su réplica alteró entre el insulto, la burla y el menosprecio. “Esas invectivas procaces”, insistía el diario, “no son la consecuencia de un estado anormal en la política del país —son los desahogos de unos cuantos rezagados en el desenvolvimiento de nuestros adelantos, que viven contemplándose a sí mismos como el Narciso de la fábula, creyéndose hombres necesarios en su inmensa vanidad”.⁷⁷

Los contrastes entre *La Tribuna Nacional* y *Sud-América* en cuanto al trato dispensado a los opositores no se reduce a una cuestión de estilos diferentes sobre cómo lidiar con los adversarios. *La Tribuna Nacional*, como hemos visto, abiertamente reclamaba por un redimensionamiento del protagonismo de los partidos en la nueva etapa; *Sud-América* exigía su desaparición. La estrategia del juarismo de borrar la existencia de los opositores fue temprana. Los escasos artículos que el diario les destinó alternaban entre aquellos que, como vimos, los ridiculizaban, con aquellos que los daban por desaparecidos. Ambas estrategias estuvieron presentes desde el principio. Así, cuando luego de la derrota en las elecciones presidenciales de 1886 se rumoreaba la existencia de conflictos internos dentro del mitrismo, *Sud-América* se apresuraba a decir que el mitrismo “no está ciertamente dividido, pues no existe”.⁷⁸ En sus discursos oficiales, el presidente utilizó constantemente el tiempo verbal pasado para referirse a la oposición, adjetivándolos como los “viejos” partidos opositores. Cuando estos últimos daban señales de intentar reorganizarse para la lucha abandonando la abstención electoral, *Sud-América* se mofaba de ellos dentro de una columna regular titulada “Notas risueñas”. En una de ellas, por ejemplo, podía leerse: “El metropolitanismo grosero, intolerante e hiriente no se resigna a mirar en silencio la obra política y administrativa del partido dominante”.⁷⁹

Resignarse a mirar en silencio era el rol que el juarismo le destinaba a la oposición. Se trataba de un rol que cuadraba cómodamente dentro de la actitud del presidente hacia los partidos políticos, definidos por su diario a los pocos días de su asunción como “la ley fatal de la democracia”.⁸⁰ Al abrir por primera vez las

sesiones del Congreso, el discurso público anual más importante del presidente, Juárez sostuvo que “la verdadera y sana política, consiste sencillamente en la administración”,⁸¹ sin dedicarle mayor reflexión a la vida política e institucional del país. Los conceptos del presidente sobre la política y los partidos políticos fueron acentuándose año a año, como puede registrarse al analizar cronológicamente sus discursos de apertura de las sesiones legislativas. Al año siguiente fue más definitivo y provocó, por lo tanto, mayores tormentas. En esta ocasión Juárez se refirió a la política de la siguiente forma:

Para bien de nuestra patria pronto hemos de prescindir de ella o transportar su sentido a los hechos administrativos, que ninguna conexión tengan con los movimientos electorales, para presentar el cuadro de nuestra verdadera política en la enumeración de datos relativos a la rapidez de las soluciones judiciales sobre conflictos de intereses o derechos de los habitantes del país; a la extensión y eficacia de la educación pública y a la construcción de obras materiales que fomentan el trabajo, moralizando por sus vías peculiares la masa social.⁸²

Y en el mismo discurso el presidente les recomendaba a los legisladores: “(p)oco tenéis, pues, que preocuparos de leyes políticas que el país no reclama, ni por el momento exige la opinión pública”. “El pueblo argentino empieza a convencerse”, terminaba el discurso, “que se hace más por la patria en el trabajo que la engrandece, que en la constante agitación electoral, que aleja a los hombres de la faena”.⁸³

La reacción a estas palabras no se hizo esperar. Incluso *La Prensa*, un diario que reivindicaba los avances económicos llevados a cabo y que no representaba agrupación partidaria alguna, expresó su desaprobación hacia un gobierno que hacía de la desaparición de los partidos políticos y de la vida cívica un símbolo del progreso. “Hemos sostenido y sostenemos”, publicaba, “que el estado político-eleccionario de la Nación es anormal, pues los movimientos característicos del régimen republicano están suprimidos: no hay controversia cívica, y esta controversia es inherente, como el alma al cuerpo, a las instituciones representativas”.⁸⁴ A lo cual *Sud-América* contestaba insistiendo en que “las declamaciones sobre la indiferencia pública [...] son el testimonio más acabado de los progresos que ha realizado la opinión pública”.⁸⁵ La ausencia de oposición organizada, insistía el diario haciéndose eco de las palabras del presidente, era la mejor evidencia de que la población “se apartó de la mala senda y ha buscado en la labor





reproductiva la satisfacción de sus necesidades”.⁸⁶ En el mismo sentido, *Sud-América* anunciaba:

La República Argentina, tiene sobre muchas naciones de la orbe el inmenso privilegio de no tener partidos políticos que dividan a sus ciudadanos por cuestiones de principios radicales. [...] Aquí no hay conservadores y liberales, no hay *Whigs* y *Tories*, aquí no hay republicanos ni demócratas.⁸⁷

En 1889, el mensaje del presidente profesó una versión más extrema aún de la misma doctrina. La sección sobre política fue desplazada de la tradicionalmente primera parte del discurso a la última y, además de celebrar una vez más la ausencia de partidos políticos opositores, Juárez se felicitaba de que ahora en la Argentina “cada una de sus provincias aisladamente, responde a las mismas ideas, a los mismos propósitos del único partido organizado que hoy existe y que ha llevado a sus hombres a ejercer el gobierno en todas las administraciones”. Juárez decía no ignorar que “los grandes pensadores” sostenían la necesidad de partidos políticos para la vida democrática, pero ellos se referían a partidos de propósitos definidos que nunca habían existido en la Argentina y que por ahora no se reclamaban. La ventaja de la situación actual, insistía el presidente, consistía en que al no existir otro partido que el partido en el gobierno, “(s)i alguna vez surgen pequeñas disidencias domésticas, en que jamás se comprometen los principios, la solución se halla inmediatamente dentro del seno mismo del partido y sin que ellos afecten en lo más mínimo la política general de la República”. El presidente finalizaba sus palabras con la esperanza de que “el bienestar que la actualidad produce, haya convencido a la gran mayoría de los argentinos de que no existen por el momento necesidades premiosas que los obliguen a organizarse”.⁸⁸ *Sud-América*, en lenguaje más coloquial, asestaba:

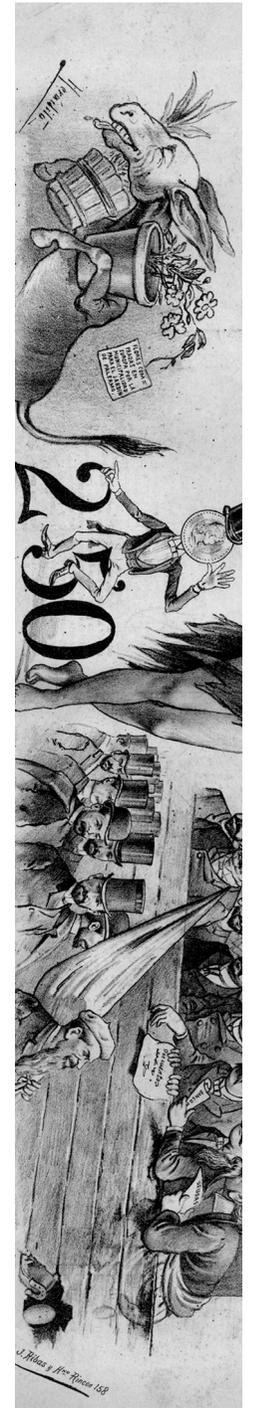
Se alarman porque no escuchan gritos roncros ni ademanes descompuestos [...]. No se debe culpar tampoco de este cambio al gobierno porque ya no sea como aquellos gobiernos endebles, sin influencia ni poder, que un gobernador de provincia conmovía sin esfuerzos.⁸⁹

Más que celebrar la ausencia de partidos políticos en la Argentina, sería más exacto decir que el presidente y su diario celebraban la existencia de uno solo, el propio, el Partido Nacional. La idea de “unicato”, si bien insistente al final de la presidencia, se insertaba dentro de una doctrina más general sobre los partidos y

la política que estuvo presente en el gobierno desde el primer día de su administración. Dicha doctrina de partido único, si bien relevante en la definición de la relación entre el gobierno y sus opositores, fue mucho más crucial en la definición de las relaciones dentro del PAN. Después de todo, era dentro del partido único que el presidente insistía en definir lealtades ya que los límites a su poder, tenían su potencial base dentro del partido mismo. Una oposición desarticulada y atrincherada en un par de periódicos escasamente podía representar amenaza alguna. Dentro del PAN y su dinámica de competencia interna, el roquismo era la única fuerza política que podía imponer ciertos límites al poder único del presidente. Eliminar al roquismo significaba eliminar el único límite al ejercicio del poder.

La relación entre el roquismo y el juarismo fue larga y compleja, mezcló lazos familiares y rivalidades políticas, y sólo es posible en estas páginas esbozar algunos de sus rasgos.⁹⁰ La relación entre Roca y Juárez se remonta a años anteriores, pero 1880 fue un año crucial en ella ya que representó la cristalización de tensiones entre ambos líderes desde sus respectivos roles institucionales: Roca desde la presidencia y Juárez desde la gobernación de Córdoba. En varias oportunidades este último le reclamó repetidamente a Roca su insatisfacción por lo que definía como reticencias del presidente a retribuir el apoyo prestado por Córdoba a su candidatura y tampoco escatimaba sus quejas por el escaso empeño que, decía, *La Tribuna Nacional* mostraba en defenderlo de los ataques que recibía de la prensa porteña.⁹¹ La dinámica de fuerte competitividad interna que se configuró dentro del PAN en estos años también ocasionó frecuentes roces entre ambos líderes, tensiones que aumentaron en las cercanías de las elecciones presidenciales de 1886, ya que Roca evitó darle a Juárez el temprano, público y decidido apoyo a su candidatura del que éste deseaba gozar.⁹²

Una vez que Juárez llegó a la presidencia, las tensiones entre ambos se agudizaron como resultado de la puesta en marcha de la doctrina del Unicato. Dicha doctrina demandaba la lealtad explícita al presidente de parte de los miembros de su partido, del cual los gobernadores eran los principales miembros. Las ventajas para éstos de declararse leales al presidente eran infinitas: a cambio Juárez les otorgaba total libertad para manejar sus asuntos políticos sin interferencias así como también de disponer a su antojo de las delicias crediticias que posibilitó la Ley de Bancos Garantidos de 1887. En instantes los presupuestos provinciales se duplicaron y se emprendieron grandes obras públicas y ambiciosos programas educativos en las provincias, que permitían a su vez un más fácil ma-





nejo de su política por parte de quienes detentaban el poder. Los costos de no declararse leal al presidente eran tan grandes como los beneficios. En las provincias, grupos desplazados del gobierno que aullaban su lealtad al presidente estaban dispuestos a utilizar cualquier medio disponible para alcanzar el poder local y gozar de sus beneficios. Contaban para ello con la colaboración del círculo íntimo del presidente formado principalmente por Manuel J. Cárcano, Eduardo Racedo y su hermano Marcos Juárez y con la promesa del primer mandatario de no inmiscuirse en los asuntos provinciales y, por lo tanto, dejar caer a los gobernadores dubitativos. La revolución producida en Tucumán en 1887 sentó las bases de la nueva política, cuyas lecciones fueron rápidamente aprendidas por varios gobernadores. Los más lentos en su aprendizaje aguardaron la segunda y tercera lección que representaron el juicio político a Olmos en 1888 y la revolución en Mendoza en enero de 1889 para declarar su lealtad al presidente.⁹³

La doctrina de lealtad al jefe único del partido único, aunque sostenida desde el inicio, fue afianzándose a lo largo de los años. En diciembre de 1887 *Sud-América* publicó, para despejar cualquier duda, que el candidato presidencial de un partido era su jefe y cuando éste llegaba a la presidencia continuaba siéndolo.⁹⁴ El tema de la jefatura del partido se reavivó cuando Roca, luego de una estadía de más de un año en Europa, retornó al país a fines de 1888. Aquí, los editoriales de *Sud-América* se mostraron más agresivos y bajo el título “Ya llegó el general” el periódico declaraba: “El Partido Autonomista que reconoció como jefe al general Roca, ya no existe. Lo reemplazó el Partido Nacional –nombre con que por primera vez le designó el doctor Juárez Celman al aceptar su candidatura en Buenos Aires– y por lo tanto es perfectamente lógico le reconozca a éste como jefe”. La columna finalizaba asegurando (con énfasis en el original) que sobre este tema no existía disidencia alguna dentro del partido ya “que incluso el general Roca reconocía a Juárez como jefe del Partido Nacional”.⁹⁵

Hasta 1888, Roca y su diario aguantaron las embestidas juaristas con estoico silencio. El mismo resultaba en parte del hecho de que el ex presidente estuvo hasta entonces de viaje, durante el cual no cesaron de llegarle las quejas de sus amigos victimizados por los juaristas.⁹⁶ Pero su silencio derivaba principalmente de su concepción sobre el rol que el PAN estaba destinado a jugar en la historia del país. Como le había escrito al mismo Juárez en 1882: “Es necesario conservar la unidad del partido en todas partes para conservar la paz y tranquilidad de la república”.⁹⁷ El PAN era para él el principal instrumento para implementar su política de orden y, por lo tanto, era de total prioridad mantener su unidad. Llegado el mo-

mento del traspaso de la presidencia, su principal recomendación a Juárez había sido la de “desempeñar con ventaja para el progreso del país la consolidación del principio de autoridad, y la conservación del gran partido que lo lleva a Ud. al gobierno”.⁹⁸ Para los roquistas, por lo tanto, resultaba inadmisibles la actitud antagónica del juarismo que amenazaba provocar un cisma partidario.⁹⁹

Inicialmente, por lo tanto, las tensiones entre roquistas y juaristas no se reflejaron en las páginas de *La Tribuna Nacional* y *Sud-América*. Ni aun cuando cayeron los gobernadores de Tucumán y Córdoba *La Tribuna Nacional* rompió lanzas públicamente con el presidente. Pero el tema de la jefatura del partido provocó una primera fisura en este frente común. Cuando se instaló por primera vez en la prensa juarista a fines de 1887, *La Tribuna Nacional* dejó la puerta abierta a una posible detracción de la ofensiva juarista, insistiendo en que “descreía de que el presidente quiere ser al mismo tiempo jefe de la nación y jefe del partido”, y aprovechó la ocasión para sentar su postura sobre los partidos políticos. “Los pueblos más libres y más adelantados”, publicaba en sus páginas, “son aquellos en que han tomado mayores proporciones las luchas políticas, así como los más retardatarios se distinguen por la ciega uniformidad que centraliza la vida política en el Estado”. Dado que la existencia y la competencia partidaria eran elementos centrales de la vida republicana, insistía *La Tribuna Nacional*, al presidente le cabía un rol fundamental en ella como el “poder colocado fuera de los partidos o sobre ellos, alejado de sus contiendas, dispuesto a hacerles justicia y a acordarles una protección igual”. Pero hacer del presidente el jefe del partido, continuaba la columna, era degradar al estadista “retrocediendo en el camino de las nobles conquistas”.¹⁰⁰

Sud-América no cedió. Insistió en que, en la tradición del país, el presidente siempre había sido el jefe de su partido e insistió en que no podía esperarse que el jefe de una agrupación partidaria convertido en presidente se transforme “en una especie de ente, ajeno a las palpitaciones de la vida”.¹⁰¹ En realidad, Roca también había sido proclamado formalmente jefe del PAN en 1881, en cuya ocasión *La Tribuna Nacional* celebró la designación preguntándose: “¿Qué otro podría ser que aquel hombre designado por el país para acaudillar la más fecunda de las evoluciones políticas y sociales de la historia argentina?”.¹⁰² *Sud-América* no sólo se ocupó de confirmar una y otra vez a Juárez como presidente del Partido Nacional, sino también de inundar sus páginas con cartas y telegramas de apoyo que decían llegar de todos los rincones de la república.¹⁰³ Dado por vencido en la batalla por la jefatura del partido, *La Tribuna Nacional* hizo públicas las razo-





nes que llevaban a aceptar la derrota definiendo el rol que Roca se reservaba para sí mismo en la jornada:

Debe haber entre los amigos bastante filosofía para comprender que no debe forzarse la influencia legal de que han estado investidos una vez, y que el prestigio de un hombre público se acentúa cuando se ha de inclinarse ante las leyes, y después de haber sido el primero en autoridad se apresura a disputar el mérito de ser el primero en la obediencia. *Es de ese modo que se salva la unidad de los partidos y se conserva la merecida autoridad moral después de haber usado el poder de la ley.*¹⁰⁴

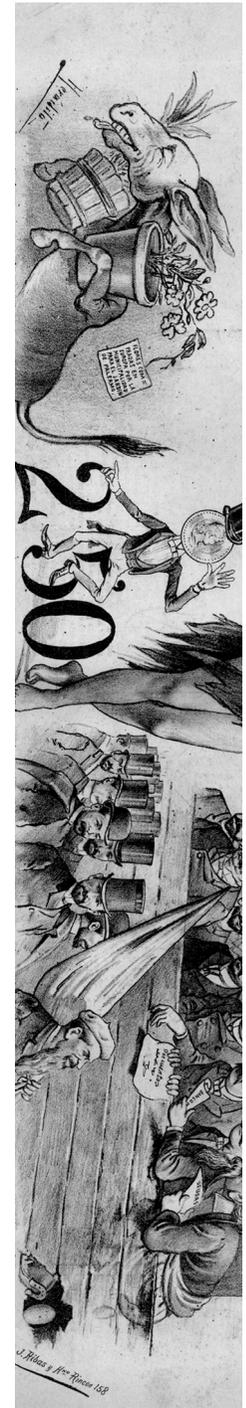
La doctrina de jefe único contenía fuertes implicancias sobre el sistema federal. Dichas implicancias no se desprenden únicamente del hecho de tratarse de un partido único con conexiones en las catorce provincias sino, más bien, del tipo de relación que el presidente aspiraba a establecer dentro del partido. Si bien durante la presidencia de Roca el PAN también había sido el único partido organizado, Roca había permitido que se desarrollara dentro de sus filas una dinámica interna de dura competencia entre líneas rivales, optando por utilizar su influencia personal por sobre otros medios para lograr sus objetivos.¹⁰⁵ Juárez tenía otras ideas sobre la relación que debía existir entre el presidente y los gobernadores la cual, naturalmente, estaba íntimamente ligada a su doctrina del Unicato. Dicha doctrina, como hemos dicho, demandaba la total y pública adhesión de los gobernadores provinciales al presidente a cambio de libertad de acción en sus respectivos asuntos políticos y financieros. Las ventajas para ambas partes eran evidentes ya que el presidente obtenía así una completa adhesión a su persona a nivel nacional.

La enunciación pública de la doctrina federal del juarismo, si bien presente desde el primer día, fue madurando con el transcurso de los años. Desde el inicio, *Sud-América* desplegó algunas peculiaridades en la relación entre el periódico y las provincias otorgándole a estas últimas regulares y centrales espacios. A diferencia de otros diarios, incluso de *La Tribuna Nacional*, *Sud-América* destinó largas columnas a un exagerado inventario del crecimiento y las transformaciones que se producían en lugares distantes para los lectores porteños. Naturalmente, las adulaciones correspondían a las provincias amigas mientras que aquellas cuyos gobernadores no eran incondicionales al presidente fueron hostigadas desde las páginas del diario hasta que dejaron de existir. Pero si *Sud-América* era generosa con las situaciones provin-

ciales, a cambio esperaba una retribución tanto simbólica como real. El diario reproducía regularmente innumerables telegramas de apoyo al presidente al igual que transcripciones detalladas de los incascentes banquetes que en todos los rincones de la república se decía tenían lugar para brindar por su salud.¹⁰⁶

Conjuntamente a estas manifestaciones, *Sud-América* comenzó a ofrecer a partir de 1888 su particular definición sobre el sistema federal. Para ese entonces el gobernador de Tucumán (antijuarista) había sido removido de su puesto por una revolución llevada a cabo por el círculo íntimo del presidente; en marzo de ese año el gobernador de Córdoba, amigo personal de Roca, fue expedido de su puesto por un juicio político organizado por Marcos Juárez. A pesar de que en ambos casos el roquismo resultaba la facción herida (y a pesar de que más tarde *La Tribuna Nacional* condenaría los episodios), en su momento el diario de Roca se remitió a darle un tibio apoyo al presidente frente al conflicto de Tucumán,¹⁰⁷ a defender las cualidades personales del gobernador (cuestionadas por *Sud-América*) en el caso de Córdoba, y a recordar a sus lectores que “(n)o vale el triunfo efímero de un partido el sacrificio de ninguna garantía permanente de la sociedad política”.¹⁰⁸ *La Tribuna Nacional* continuó defendiendo a Juárez de los ataques de la prensa opositora y, aunque intermitentemente dejó escapar alguna discrepancia, no rompió abiertamente con el gobierno sino hasta enero de 1889, cuando un conflicto en la provincia de Mendoza enfrentó irrevocable y públicamente a las dos facciones del partido. Un grupo de hombres, vitoreando al jefe único, derrumbó al gobernador (aliado de Roca) porque éste se negaba a declarar públicamente su adhesión a Juárez.

Para ese entonces, la doctrina de Juárez sobre el federalismo había llegado a su punto de madurez. En todo momento el presidente se declaró prescindente de los asuntos provinciales.¹⁰⁹ Pero gradualmente comenzó a elogiar las bondades de un sistema que permitía “los grandes progresos realizados en todo el país y el enorme desarrollo de su riqueza”, posibles gracias a que en su labor “había sido decididamente secundado por los gobernadores de provincia como agentes del gobierno nacional, para los fines de la administración y para la ejecución de las leyes y resoluciones de los poderes federales”.¹¹⁰ La doctrina juarista en materia federal era por lo tanto una extensión de su concepción de jefe único y de la política como administración enunciada desde el primer día, dentro de la cual los gobernadores, *agentes naturales del presidente*, se encargaban de implementar la administración nacional. *Sud-América* fue la incansable portavoz de la nueva doctrina que era desplegada en sus páginas en extractos como el siguiente:





La constitución argentina ha señalado bien terminantemente cuáles son las relaciones entre los gobernadores y el Presidente de la República estableciendo que ellos son los *agentes naturales del gobierno federal*, y ha creado así un poder nacional hasta hace poco desconocido y al presente reconocido y proclamado por todos desde un extremo al otro de la nación, reconociendo a la vez los beneficios que se deben a este poder y cuánta influencia ha tenido en este rápido engrandecimiento nacional asegurando el orden y la paz, por lo que se ha permitido el desarrollo de las industrias y la prosperidad y el aumento de la riqueza pública.¹¹¹

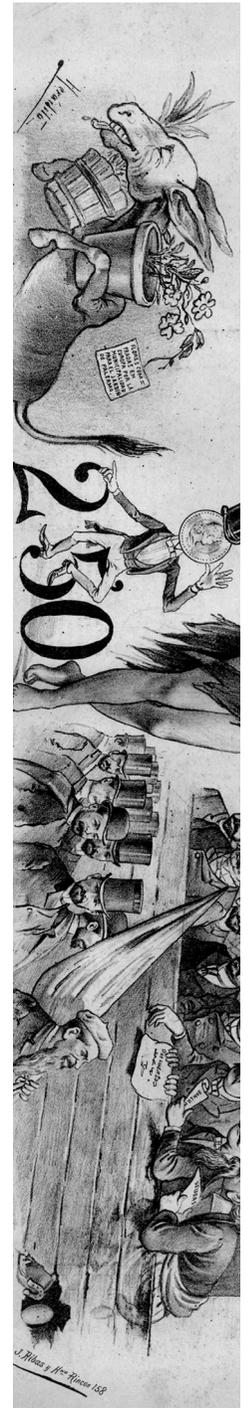
La división de poderes impresa en el federalismo constitucional quedaba públicamente trocada por un sistema central en el que los gobernadores eran los meros ejecutores de la política presidencial. Una y otra vez el diario se refería a los gobernadores de provincia como los “infatigables soldados y decididos colaboradores de la política nacional”.¹¹²

La revolución de Mendoza en enero de 1889 incentivó la embestida de la prensa opositora contra Juárez. Más importante aún, también provocó el definitivo y público rompimiento de *La Tribuna Nacional* con el gobierno. Juárez respondió cortando las suscripciones del gobierno. Obligada a cerrar, *La Tribuna Nacional* alcanzó a publicitar sus objeciones contra un presidente que amparaba el desorden en una provincia para derribar a un gobernador.¹¹³ Fundamentalmente, sus quejas se dirigían al efecto que esta política tenía sobre el orden alcanzado en la república a partir del 80, amenazado por una política presidencial que permitía que dichos alzamientos se hicieran en su nombre. “¿Quién no sabe”, preguntaba *La Tribuna Nacional*, “que una perturbación local, por transitoria que sea, puede bastar para sembrar la desconfianza y esterilizar los beneficios de que han sido dotadas las provincias?”.¹¹⁴ Para el periódico, lo ocurrido en Mendoza era resultado de la doctrina de jefe único “que no cabe en el orden constitucional”,¹¹⁵ que había hecho del presidente el jefe de una facción política y había “lanzado al gobierno y al país en una pendiente peligrosa; que quitaba a los partidos el freno de una autoridad serena e imparcial”.¹¹⁶ Para *La Tribuna Nacional*, Juárez había caído así en el peor peligro: “El que nace del extravío de los propios amigos”.¹¹⁷ *Sud-América* respondía aferrándose a la doctrina de adhesión incondicional al jefe único, sosteniendo: “No creemos en la imparcialidad de los amigos cuando olvidando sus deberes de tales, se convierten en los jueces de su propio partido”.¹¹⁸

Conclusiones

La reconstrucción de las estrategias discursivas del roquismo y del juarismo testimonian que la revolución de 1890 no fue únicamente resultado del antagonismo entre el gobierno y la oposición sino también de fuertes tensiones ideológicas entre las dos líneas internas del PAN, esfumadas en la historiografía por una interpretación simplificada de estos años o por haber sido reducidas a conflictos intrapartidarios por los espacios de poder. Dicho antagonismo, como hemos visto, contenía una idea distinta sobre el progreso, tanto en su definición como en su rol en la construcción de la república. La idea de progreso, robustecida en el último cuarto del siglo XIX en otras latitudes, irrumpía con fuerza en la Argentina del 80 y dentro del partido gobernante.¹¹⁹ Para el roquismo el progreso era un medio para alcanzar una serie de beneficios, un bálsamo que gradualmente erradicaría los males sociales, institucionales y políticos; el principal propulsor de la transformación de la “república posible a la república verdadera”. Sin embargo, mientras *La Tribuna Nacional* dedicaba largas columnas a expandir la idea de que el progreso para el gobierno era fundamentalmente moral, *Sud-América* lo reducía a la materialidad, a lo contabilizable. Para el juarismo el progreso era un fin en sí mismo cuya consecución requería y justificaba el reemplazo de la política por la administración y la concentración de un poder absoluto, centralizado e ilustrado.

La definición del progreso y su ponderación, si bien importantes, no fueron los únicos elementos que distanciaron los discursos de ambos diarios. *La Tribuna Nacional*, como hemos visto, desplegó con fuerza un discurso destinado a legitimar a Roca sobre la constitucionalidad del ejercicio del poder, una particularidad, insistía el diario, que lo separaba de sus antecesores. Una y otra vez *La Tribuna Nacional* sostuvo que el poder de Roca era ejercido dentro de los límites fijados por la Constitución, que durante su administración se respetaba la libertad de prensa, se llamaba a los partidos opositores a ejercer su rol dentro del sistema republicano, se mejoraba la democracia a través del progreso en la educación y bienestar del ciudadano y se protegían las autonomías provinciales minimizando el uso de la intervención federal y reemplazándolo por formas más efectivas y pacíficas en la resolución de los conflictos provinciales. Según el periódico, la soberanía del pueblo se manifestaba, justamente, en el ejercicio de un poder limitado por la Constitución. *Sud-América*, en cambio, ignoró el tema de la representación y del fraude, defendió el principio de limitar la libertad de prensa, sostuvo las bondades del partido único, reclamó el poder absoluto para el jefe único de la nación, y





redefinió el sistema federal vaciándolo de contenido y resignificándolo como un sistema unitario de administradores provinciales. El roquismo, fiel a la fórmula alberdiana, no pretendía la erradicación de la política sino su eclipse y decía encontrar en el progreso una forma de administrarla, de reencauzarla, de matizar su rol.¹²⁰ El juarismo, en cambio, en materia política demandaba su erradicación; reducir la política a la administración era a la vez requisito y efecto positivo del progreso.

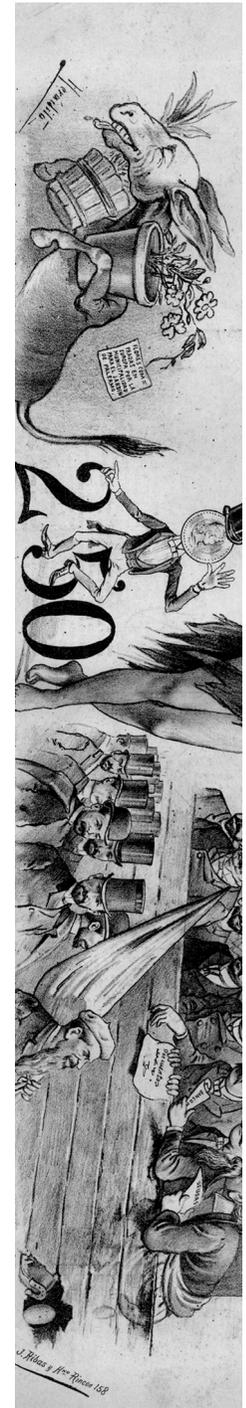
Mientras que Roca intentó legitimarse a través del consenso, Juárez lo hizo a través del antagonismo. El camino de Juárez para obtener la unanimidad del poder nacional eliminando el disenso a través del conflicto y del antagonismo probó tener corta vida, así como también la tuvo la estrategia de atar la legitimidad del gobierno a la contabilidad. Una de las principales debilidades del juarismo radicaba, justamente, en la reducción de su legitimidad a un discurso de progreso como fin. Juárez llegó al poder prometiendo grandezas materiales y por casi cuatro años el país vivió una de sus mayores ilusiones económicas. El éxito de la economía sobre el cual el gobierno basaba su ejercicio quizá inhibió al periódico de ofrecer reflexiones más aquilatadas (o simplemente reflexiones) sobre aspectos centrales del ejercicio del poder del presidente. En cambio, una legitimidad construida sobre lo materialmente contable se derrumbó junto con los signos negativos de la economía.

A medida que nos acercamos al final de la década, las diferencias entre el roquismo y el juarismo, siempre presentes, emergieron a la superficie en sus respectivos periódicos en el momento en que se percibieron como irreconciliables, cuando su convivencia dentro del mismo partido se tornó imposible. La objeción del roquismo no se redujo a la forma en que el juarismo anteponía la lealtad partidaria por sobre el orden de la nación; a las consecuencias de una dinámica partidaria que intentaba garantizar la uniformidad a nivel nacional, poniendo en riesgo el orden en las provincias. *La Tribuna Nacional* rechazó argumentando que dicha dinámica se encontraba en los antípodas del principio de gobierno limitado por la Constitución y del mismo sistema representativo que ella decía defender. En los ojos de *La Tribuna Nacional*, el discurso juarista se tornó tan objetable para *La Tribuna Nacional* como lo había sido desde un principio para la prensa opositora.¹²¹

Las tensiones registradas entre *La Tribuna Nacional* y *Sud-América*, lejos de ser originales, son propias de la naturaleza misma del liberalismo, una doctrina laxa y fácilmente permeable por distintos lenguajes que irremediablemente resultan en una convivencia no siempre armónica dentro de la misma.¹²² En los discursos de *La Tribuna Nacional* y *Sud-América* puede percibirse, jus-

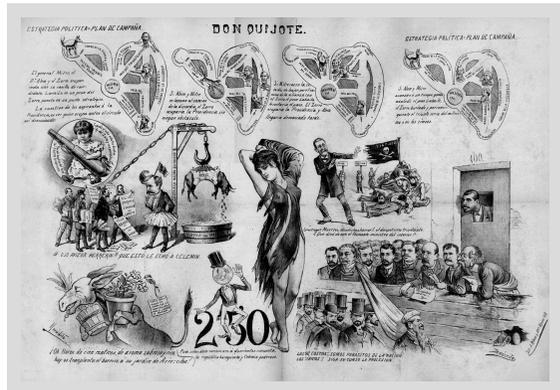
tamente, el carácter políglota del liberalismo. En *La Tribuna Nacional* pueden rastrearse los rasgos del liberalismo clásico o constitucional en el acento sobre el gobierno limitado, del conservadurismo en la defensa del poder central y de la desmovilización ciudadana, democráticos en la defensa del sufragio universal aun con sus imperfecciones, republicanos en la defensa de la libertad de prensa y de los partidos políticos en la vida cívica, las ideas positivistas en la defensa del orden. *Sud-América*, por su parte, evidencia un mayor autoritarismo acentuado en su lenguaje de política como administración, en la defensa de la centralización del poder, en el desdén hacia un lenguaje de derechos y libertades (ya sea de representación o expresión), en la defensa del poder absoluto del presidente, en el acento en la juventud, en su lenguaje científicista, rasgos todos ellos que apuntarían a subrayar el impacto del positivismo.¹²³ Sin embargo, resultaría poco relevante intentar hacer un ejercicio de clasificación de este tipo, ya sea por la dificultad inherente para definir términos probados tan esquivos a la definición como son “liberalismo”, “republicanismo”, “conservadurismo” y “positivismo”; por la dificultad de trasladarlos a otros contextos, en este caso la Argentina, con sus distintas tradiciones y traducciones; por el hecho de que sus protagonistas no se identificaron a sí mismos o a sus contrincantes con ninguno de los rótulos que un análisis retrospectivo de las ideas que expresaron podría adjudicarles.

Pero la razón principal para abstenerse de un ejercicio de este tipo radica en que se trata aquí del análisis de periódicos partidarios destinados a hacer política y, por lo tanto, sería fácil caer en el riesgo de otorgarles un nivel de abstracción que exceda y distorsione su misma naturaleza. El análisis de sus contenidos les otorga inevitablemente a estos diarios una textualidad de la que no gozaron; el objetivo de esta prensa no era el de la reflexión pausada sobre los destinos de la nación sino el del combate en la vida política. *La Tribuna Nacional* y *Sud-América* no eran el vehículo de reflexiones abstractas de varios intelectuales, eran herramientas de gobierno, medios para legitimar su acción y en dicha tarea sus preocupaciones más inmediatas se encontraban en ese ámbito tan ambivalente y escurridizo como es el espacio entre algunos principios generales, muchos de ellos definidos en la Constitución, y su aplicación práctica. En este sentido, por lo tanto, no es casual que sus páginas apelaran al arsenal de ejemplos disponibles, no tanto en textos teóricos, sino de situaciones históricas definidas donde también habían tenido lugar tensiones similares (entre, por ejemplo, autoridad y libertad, centralización o federación) como lo indican las largas citas sobre George Washington, la España de Castelar y la Tercera República Francesa que inundaban sus páginas.





Por lo tanto, lo que intenta rescatarse aquí no es la genealogía de lenguajes entrecruzados sino la historicidad de las tensiones en pugna y el desarrollo de dichos lenguajes. Los diarios partidarios difundían, jerarquizaban y contraponían principios en constante diálogo, sus columnas contenían la estrategia de legitimación fijada por la facción política de quienes eran portavoces. La historicidad de las tensiones ideológicas desplegadas en *La Tribuna Nacional* y *Sud-América* aporta un nuevo ángulo a la década de 1880 y a la crisis de 1890. En lugar de analizarlas como luchas entre liberalismo y conservadurismo, entre conservadurismo y positivismo o entre distintas “versiones” de liberalismo,¹²⁴ nos interesa interpretarlas como tensiones mismas dentro del liberalismo que se desprenden de su capacidad expansiva de incorporar distintos lenguajes. Asimismo, dicha capacidad expansiva hacía posible la constante reformulación de conceptos por parte de distintos grupos para la lucha política. En el caso de los discursos de *La Tribuna Nacional* y *Sud-América* aquí desplegados, el funcionamiento de la palabra se nos presenta en una de sus versiones más crudas. La crisis de 1890, entre otros factores, resultó no solamente de una estrategia ideológica errada por parte del gobierno para construir su legitimidad sino, fundamentalmente, de que dicha estrategia no alcanzó consenso incluso dentro del PAN. Cuando las tensiones entre el roquismo y el juarismo se tornaron irreconciliables, *La Tribuna Nacional* contribuyó a arrinconar política e ideológicamente al presidente.



El Quijote, 5 de octubre de 1890.

Notas

¹ Las principales excepciones a esta interpretación de la revolución del 90 pueden verse en Timothy Duncan, “Government by Audacity. Politics and the Argentine Economy (1885-1892), Ph.D. Dissertation, University of Melbourne, 1981; Hilda Sabato, “La Revolución del 90: prólogo o epílogo”, *Punto de Vista*, 39; Paula Alonso, *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años 90*, Buenos Aires, Sudamericana-Universidad de San Andrés, 2000.

² Entre los trabajos recientes que aún mantienen esta visión tradicional véase David Rock y Fernando López Alvez, “State-Building and Political Systems in Nineteenth-Century Argentina and Uruguay”, *Past and Present*, N° 67, mayo de 2000.

³ Uno de los primeros trabajos en señalar este aspecto de la política del período fue el de Ezequiel Gallo, “El roquismo, 1880-1916”, *Todo es Historia*, N° 100, septiembre de 1975. Véase también Gustavo Ferrari, *Apogeo y crisis del liberalismo (1886-1890)*, Buenos Aires, La Bastilla, 1978; Timothy Duncan, “Government...”; Donald M. Peck, “Argentine Politics and the Province of Mendoza, 1890-1904”, D.Phil. Dissertation, Oxford University, 1987; Paula Alonso, *Entre la revolución y las urnas...*, y “La política nacional entre 1880 y 1886 a través del Partido Autonomista Nacional”, documentos de trabajo, N° 26, Departamento de Humanidades, Universidad de San Andrés, 2002.

⁴ Para las principales revisiones sobre la homogeneidad ideológica de la época, véase Natalio Botana y Ezequiel Gallo, *De la república posible a la república verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Espasa-Calpe-Ariel, 1997; Eduardo A. Zimmermann, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina (1890-1916)*, Buenos Aires, Sudamericana-Universidad de San Andrés, 1995; Paula Alonso, *Entre la revolución y las urnas...*; Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires de fin de siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

⁵ Charles Hale, “Political and Social Ideas in Latin America (1870-1930)”, en L. Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, Cambridge University Press, 1986, vol. V, p. 392.

⁶ Paula Alonso, “Liberalism in the Foundational Decade of «Modern Argentina». The Political Debates of the 1880s”, trabajo presentado en The Boston Area Latin American History Workshop, Harvard University, 7 de abril de 2004.

⁷ El ejemplo más acabado de esta interpretación puede verse en José Luis Romero, *Las ideas políticas en Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1959, pp. 188-192.

⁸ Nos hemos centrado aquí en las ideas sobre gobierno e instituciones pero creemos que un análisis de las ideas económicas de ambas facciones del PAN también despuntaría discrepancias significativas.

⁹ Véase Th. Duncan, “Government...”; G. Ferrari, *Apogeo y crisis...*





¹⁰ Véase Rodney Barker, *Legitimizing Identities. The Self-Presentations of Rulers and Subjects*, Cambridge University Press, 2001.

¹¹ Véase Natalio Botana, "Comentarios finales", en Antonio Annino (coord.), *Historia de las elecciones en Iberoamérica, siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 478.

¹² R. Barker, *Legitimizing Identities...*

¹³ Sobre la relación de Roca con Andrade véase Agustín Rivero Astengo, *Juárez Celman (1844-1909)*, Buenos Aires, Guillermo Kraft Ltda., 1944, pp. 75-150.

¹⁴ "Nuestra propaganda", *La Tribuna Nacional* (en adelante, *LTN*), 19-20 de marzo de 1888.

¹⁵ La definición del progreso de *La Tribuna Nacional* ha sido analizada con mayor extensión en Paula Alonso, "En la primavera de la historia. El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, tercera serie, N° 15, pp. 35-70.

¹⁶ "Progresos que no se mencionan", *LTN*, 1 de enero de 1881.

¹⁷ P. Alonso, "En la primavera de la historia".

¹⁸ Como ha sido elocuentemente señalado, entre otros, por Albert O. Hirschman, *The Passions and The Interests. Political Arguments for Capitalism before its Triumph*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1977, y Joyce Appelly, *Liberalism and Republicanism in the Historical Imagination*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1992.

¹⁹ "La lucha legal", *LTN*, 8 de enero de 1886.

²⁰ "El progreso moderno", *LTN*, 11 de febrero de 1887.

²¹ Véase, "Los grandes fines", *LTN*, 17 de enero de 1886; "El mensaje y la política", *LTN*, 11 de mayo de 1888.

²² "Progresos que no se mencionan", *LTN*, 1 de enero de 1881.

²³ Véase, por ejemplo, "Decretar la anarquía", *LTN*, 3 de mayo de 1882; y "Política", *LTN*, 11 de noviembre de 1885.

²⁴ "La antigua escuela", *LTN*, 3 de marzo de 1887.

²⁵ La versión roquista de la historia ha sido analizada en más detalle en Paula Alonso, "En la primavera de la historia".

²⁶ "Educación política", *LTN*, 13 de marzo de 1887.

²⁷ "La misión de la prensa", *LTN*, 8 de marzo de 1888.

²⁸ "Falta de temas", *LTN*, 9 de octubre de 1880.

²⁹ "La prensa irresponsable", *LTN*, 26 de febrero de 1881.

³⁰ "La fuente del mal", *LTN*, 19 de febrero de 1886.

³¹ Véase, además, "La audacia de las aseveraciones", *LTN*, 29 de octubre de 1880; "Prácticas inconvenientes", *LTN*, 4 de marzo de 1887; "Política", *LTN*, 12-13 de septiembre de 1887.

³² "Cosas pasadas de moda", *LTN*, 22 de junio de 1881.

³³ "Falta de temas", *LTN*, 9 de octubre de 1880.

³⁴ "Atavismo moral", *LTN*, 13 de febrero de 1886.

³⁵ *Ibidem*.

³⁶ "Política", *LTN*, 11 de noviembre de 1885.

³⁷ "Atavismo moral", *LTN*, 13 de febrero de 1886. Sobre los temores de Washington hacia los partidos políticos véase Richard Hofstadter, *The Idea of a Party System. The Rise of Legitimate Opposition in the United States (1780-1840)*, Berkeley, University of California Press, 1969.

³⁸ "Política", *LTN*, 11 de noviembre de 1885.

³⁹ "El medio y la aspiración", *LTN*, 19 de febrero de 1887.

⁴⁰ "Los partidos", *LTN*, 28 de abril de 1886.

⁴¹ "Una anécdota", *LTN*, 23 de diciembre de 1885.

⁴² "Oposición negativa", *LTN*, 5 de mayo de 1887; "Oposición", *LTN*, 3 de junio de 1888.

⁴³ Véase, por ejemplo, "Los partidos", *LTN*, 28 de mayo de 1886; "El jefe de la nación ante los partidos", *LTN*, 10 de diciembre de 1887.

⁴⁴ Véase P. Alonso, "La inasible legitimidad en la formación de la Argentina moderna. Combates en la prensa partidaria en la década de 1880", presentado en el simposio "Construcciones impresas. Diarios, periódicos y revistas en la formación de los Estados nacionales en América Latina y Estados Unidos, 1820-1920", Universidad de San Andrés, mayo de 2000.

⁴⁵ "La política en las provincias", *LTN*, 1 de marzo de 1888.

⁴⁶ "Intervenciones. Derechos. Doctrinas", *LTN*, 12 de enero de 1889. Véase también, por ejemplo, "De regreso", *LTN*, 19 de abril de 1882. Sobre el federalismo en estos años véase Natalio Botana, "El federalismo liberal en Argentina: 1852-1930", en Marcelo Carmagnani (coord.), *Federalismos latinoamericanos: México/Brasil/Argentina*, México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 1993.

⁴⁷ "Conducta del presidente", *LTN*, 2 de noviembre de 1882. Esta prédica no fue sólo retórica. La primera presidencia de Roca quedará históricamente registrada como aquella en la que tuvo lugar un menor número de intervenciones federales por administración. Véase Natalio Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977.

⁴⁸ "De regreso", *LTN*, 19 de abril de 1882.

⁴⁹ "Conducta del presidente", *LTN*, 2 de noviembre de 1882.

⁵⁰ "Las instituciones políticas", *LTN*, 13 de junio de 1886.

⁵¹ "Los gobernadores", *LTN*, 30 de agosto de 1885.

⁵² "Historia contemporánea", *LTN*, 15-16 de enero de 1886.





⁵³ “Libertades públicas”, *LTN*, 6 de febrero de 1886.

⁵⁴ “Los grandes fines”, *LTN*, 17 de enero de 1886; “Función electoral”, *LTN*, 7 de febrero de 1886; “Hechos contra palabras”, *LTN*, 24 de enero de 1886. Sobre el concepto de inversión de la representación de Botana véase *El orden conservador* y “Comentarios finales”, A. Annino, *Historia de las elecciones...*

⁵⁵ “El sistema representativo”, *LTN*, 15-16 de octubre de 1883. El primer subrayado se encuentra en el original, el segundo es mío.

⁵⁶ “La República Argentina. Su estado actual”, *LTN*, 26 de enero de 1887.

⁵⁷ Así también lo reproduce el propio diario al celebrar el tercer año de vida. Véase, “Un año más”, *Sud-América*, 5 de mayo de 1887.

⁵⁸ Paul Groussac, *Los que pasaban*, Buenos Aires, Huemul, 1972, pp. 215-219.

⁵⁹ Para una caracterización de *Sud-América* que ha servido de punto de partida de estas páginas véase Tim Duncan, “La prensa política: *Sud-América* (1884-1892)”, en G. Ferrari y E. Gallo (comps.), *La Argentina del 80 al centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, pp. 761-784.

⁶⁰ “La prensa. A propósito del mensaje”, *Sud-América*, 11 de mayo de 1888.

⁶¹ Ídem, p. 765.

⁶² “La nación y las provincias”, *Sud-América*, 7 de marzo de 1887. Véase también “Roca y Juárez”, *Sud-América*, 19 de octubre de 1886.

⁶³ “La nación y las provincias”, *Sud-América*, 7 de marzo de 1887.

⁶⁴ “En progreso”, *Sud-América*, 13 de septiembre de 1887. El subrayado es mío.

⁶⁵ “El año nuevo. La situación del país”, *Sud-América*, 2 de enero de 1888.

⁶⁶ “El país”, *Sud-América*, 23 de agosto de 1887.

⁶⁷ “Libertad de prensa. Necesidad de una ley sobre la materia”, *Sud-América*, 20 de julio de 1886.

⁶⁸ “Delitos de la prensa”, *Sud-América*, 14 de mayo de 1888. Véase además “Sobre delitos de imprenta”, *Sud-América*, 10 de agosto de 1886; “Ecos del mensaje. El presidente Sarmiento y la prensa”, *Sud-América*, 17 de mayo de 1888.

⁶⁹ *Sud-América*, 6 de diciembre de 1886.

⁷⁰ “El obispo Toro”, *Sud-América*, 1 de septiembre de 1888.

⁷¹ Véase, por ejemplo, *Sud-América*, 3 de septiembre de 1888.

⁷² *Sud-América*, 24 de marzo de 1887.

⁷³ “En progreso”, *Sud-América*, 13 de septiembre de 1887.

⁷⁴ “Notas risueñas”, *Sud-América*, 18 de enero de 1888.

⁷⁵ “Viva Mitre!...vivaaa!!!”, *Sud-América*, 21 de enero de 1889. Véase también “Los hombres de ayer y los hombres de hoy”, *Sud-América*, 7 de marzo de 1888; “Los jóvenes y los viejos”, *Sud-América*, 8 de febrero de 1888.

⁷⁶ “Rol de la juventud”, *Sud-América*, 7 de marzo de 1889.

⁷⁷ “Ecos del mensaje. El presidente Sarmiento y la prensa”, *Sud-América*, 17 de mayo de 1888.

⁷⁸ “Divisiones imaginarias”, *Sud-América*, 16 de julio de 1886.

⁷⁹ “En progreso”, *Sud-América*, 13 de septiembre de 1887.

⁸⁰ “La oposición y las palabras del doctor Juárez”, *Sud-América*, 28 de septiembre de 1886.

⁸¹ Mabragaña, *Los mensajes: historia del desenvolvimiento de la Nación Argentina redactada cronológicamente por sus gobernantes*, Buenos Aires, Compañía General de Fósforos, 1910, p. 175.

⁸² Ídem, 215.

⁸³ Ídem, p. 259.

⁸⁴ “El mensaje presidencial”, *La Prensa*, 9 de mayo de 1888.

⁸⁵ “El mensaje. Política”, *Sud-América*, 10 de mayo de 1888.

⁸⁶ *Ibidem*.

⁸⁷ “Ya llegó el general”, *Sud-América*, 5 de noviembre de 1888. Partes de estas citas también se encuentran en T. Duncan, “La prensa política”, p. 772. Conceptos similares también pueden verse en “Jefaturas de partido”, *Sud-América*, 5 de diciembre de 1888.

⁸⁸ Mabragaña, *Los mensajes...*, pp. 340-341.

⁸⁹ “Reflexiones”, *Sud-América*, 16 de mayo de 1889.

⁹⁰ Sobre la relación entre Roca y Juárez véase A. Rivero-Astengo, *Juárez Celman*; Duncan, “Government...”, y G. Ferrari, *Apogeo y crisis del liberalismo...*

⁹¹ Véase, por ejemplo, Miguel Juárez Celman a Julio A. Roca, 10 de febrero de 1881; Miguel Juárez Celman a Roca, 24 de febrero de 1881 (ambas en Archivo Roca, leg. 14); Miguel Juárez Celman a Julio A. Roca, 5 de julio de 1883 (Archivo Roca, leg. 32); Julio A. Roca a Miguel Juárez Celman; 27 de junio de 1881 (Archivo de Miguel Juárez Celman, leg. 9).

⁹² Sobre la competencia interna entre el roquismo y el juarismo durante la presidencia de Roca véase P. Alonso, “La política nacional”.

⁹³ La dinámica interna del juarismo ha sido analizada en detalle en P. Alonso, “The Dynamics of One-party Rule. The Partido Autonomista Nacional in Argentina (1880-1910)”, paper presentado en The David Rockefeller Center for Latin American Studies, Harvard University Press, 7 de abril de 2004.





⁹⁴ “Jefaturas de partido”, *Sud-América*, 10 de diciembre de 1887.

⁹⁵ “Ya llegó el general”, *Sud-América*, 5 de noviembre de 1888. Véase también “Política”, *Sud-América*, 14 de noviembre de 1888.

⁹⁶ Véase, por ejemplo, Emilio Civit a Julio A. Roca, 8 de junio de 1888 (Archivo Roca, leg. 57); Chavarría a Roca, 29 de enero de 1888 (Archivo Roca, leg. 57); Carlos Pellegrini a Roca, 2 de septiembre de 1887 (Archivo Roca, leg. 56); Eduardo Wilde a Roca, 4 de febrero de 1888 (Archivo Roca, leg. 58).

⁹⁷ Julio A. Roca a Miguel Juárez Celman, 12 de octubre de 1882 (Archivo Miguel Juárez Celman, leg. 11).

⁹⁸ Julio A. Roca a Miguel Juárez Celman, 14 de junio de 1886 (Archivo Miguel Juárez Celman, leg. 22).

⁹⁹ Carlos Pellegrini a Roca, 2 de septiembre de 1887 (Archivo Roca, leg. 56); y véase Carlos Pellegrini a Julio A. Roca, 31 de marzo de 1888 (Archivo Roca, leg. 57).

¹⁰⁰ “El jefe de la nación ante los partidos”, *LTN*, 10 de diciembre de 1887.

¹⁰¹ “El partido nacional y el progreso”, *Sud-América*, 11 de marzo de 1889.

¹⁰² “Jefe de partido”, *LTN*, 22 de diciembre de 1881.

¹⁰³ “El general Roca”, *LTN*, 12 de enero de 1888.

¹⁰⁴ “La política en las provincias”, *LTN*, 1 marzo de 1888. Incluso al año siguiente *La Tribuna Nacional* recordó a su audiencia que si bien difería con el presidente sobre el tema de jefaturas de partido, el partido debía permanecer unido. Véase “Deberes políticos”, *LTN*, 15 de noviembre de 1888.

¹⁰⁵ Véase P. Alonso, “La política nacional”.

¹⁰⁶ P. Duncan, “La prensa política”.

¹⁰⁷ Véase, por ejemplo, “La situación en Tucumán”, *LTN*, 1 de junio de 1887; “Tucumán”, 5 de junio de 1887; “Investigación e intervención”, *LTN*, 8 de junio de 1887; “Procedimientos justificados”, *LTN*, 9 de junio de 1887; “El gobierno federal en las provincias”, *LTN*, 15 de junio de 1887; “El poder nacional en Tucumán”, *LTN*, 16 de junio de 1887; “Intervención y oposición”, *LTN*, 19 de junio de 1887; “La intervención”, *LTN*, 30 de junio de 1887. Y para la crítica retrospectiva véase “La moral del conflicto”, *LTN*, 24 de marzo de 1888.

¹⁰⁸ “Conflicto político”, *LTN*, 22 de marzo de 1888. Véase además “La moral del conflicto”, *LTN*, 24 de marzo de 1888.

¹⁰⁹ Véase *Sud-América*, 29 de noviembre de 1887.

¹¹⁰ Mabrugaña, *Los discursos...*, p. 262.

¹¹¹ “La política nacional”, *Sud-América*, 13 de mayo de 1889. El subrayado es mío.

¹¹² “La política nacional”, *Sud-America*, 13 de mayo de 1889.

¹¹³ Véase “El orden público”, *LTN*, 13 de mayo de 1889.

¹¹⁴ “La cuestión política”, *LTN*, 9 de enero de 1889.

¹¹⁵ “La conciliación de Mendoza”, *LTN*, 27 de enero de 1889.

¹¹⁶ “El flagelo político”, *LTN*, 26 de enero de 1889.

¹¹⁷ “La conciliación en Mendoza”, *LTN*, 27 de enero de 1889.

¹¹⁸ “La Tribuna Nacional”, *Sud-América*, 31 de enero de 1889.

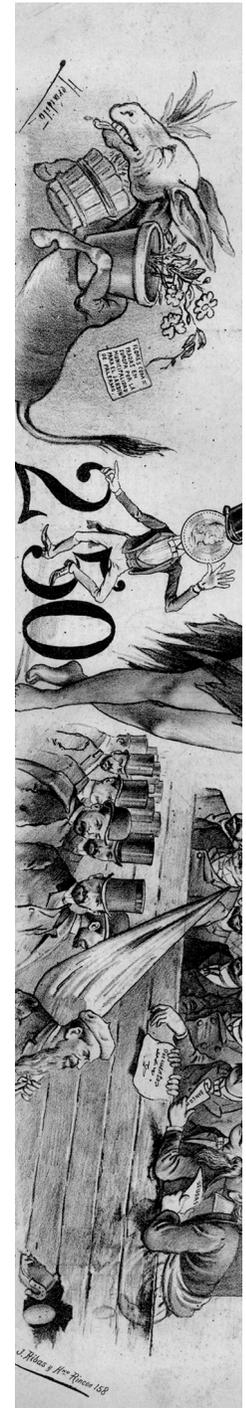
¹¹⁹ Sobre la idea del progreso en la década de 1880 en los ámbitos científicos y universitarios en la Argentina véase Marcelo Montserrat, “La mentalidad evolucionista: una ideología del progreso”, en G. Ferrari y E. Gallo (comps.), *La Argentina del 80 al centenario*, pp. 785-818; O. Terán, *Vida intelectual*.

¹²⁰ Tulio Halperín Donghi, “Un término de comparación: liberalismo y nacionalismo en el Río de la Plata”, en Roderic A. Acamp, Charles A. Hale y Josefina Zoraida Vázquez, *Los intelectuales en el poder en México*, El Colegio de México, 1991, p. 115.

¹²¹ Las objeciones de *La Tribuna Nacional* hacia Juárez fundamentan la tesis sobre la voluntad de las elites en la Argentina de defender el constitucionalismo y ejercer el gobierno dentro de sus límites. Véase Gabriel Negretto y José Antonio Aguilar Rivera, “Rethinking the Legacy of the Liberal State in Latin America: The cases of Argentina (1853-1916) and Mexico (1857-1910)”, *Journal of Latin American Studies*, vol. 32, Part 2, mayo de 2000, pp. 361-398.

¹²² Sobre la naturaleza del liberalismo véase Alan Gibson, “Ancients, Moderns and Americans: The Republicanism-Liberalism Debate Revisited”, *History of Political Thought*, vol. XXI, N° 1, verano de 2000, pp. 261-307.

¹²³ El análisis del positivismo en la política de estos años ha ofrecido una multiplicidad de interpretaciones. Versiones más extremas, como la de David Foster, sostienen sin matices la asimilación del positivismo por los gobernantes de estos años para apoyar un programa de economía liberal. David Foster, *The Argentine Generation of 1880. Ideology and Cultural Text*, Columbia, University of Missouri Press, 1990. Oscar Terán, por su parte, ha argumentado que el positivismo, aunque atravesado por distintas corrientes, fue el pensamiento hegemónico de estos años y, en el plano de la política, Roca es señalado como su principal exponente. Véase su *Positivismo y nación en la Argentina* (Buenos Aires: Puntosur, 1987). Aunque no directamente vinculado al tema de la política, dicho pensamiento se encuentra más matizado en sus trabajos más recientes donde se inclina por reemplazar el término positivismo por el de “cultura científica” dada la heterogeneidad del mismo. O. Terán, *Vida intelectual*. Notemos aquí que, si bien algunos rasgos de *Sud-América* y del mismo Juárez Celman dan indicios de cierta permeabilidad del lenguaje científico en la política de estos años, dichos indicios también testimonian lo limitado y desarticulado de ese impacto en comparación al de otros países de América Latina, principalmente Brasil y México. Sobre el primero véase José Murilo de Carvalho, *La formación de las almas. El imaginario de la república en el Brasil*, Univer-



sidad Nacional de Quilmes, 1997, y sobre México, Charles Hale, *The Transformation of Liberalism in Late Nineteenth-Century Mexico*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1989.

¹²⁴ Para esta última interpretación véase Juan Fernando Segovia, “El liberalismo argentino de la generación del 80. Coincidencias y diferencias ideológicas”, en *Historia y evolución de las ideas políticas y filosóficas argentinas*, Córdoba, Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba, 2000.

Gobierno elector, mercado de influencias y dinámicas políticas provinciales en la crisis política argentina del 90 (Mendoza, 1888-1892)*

Beatriz Bragoni**

Lo primero que hace un político sudamericano es fabricar en pura fantasía un programa imposible para enmendar la plana de sus predecesores, y lo segundo, desbarrar igual o peor que ellos. Y así sucesivamente.

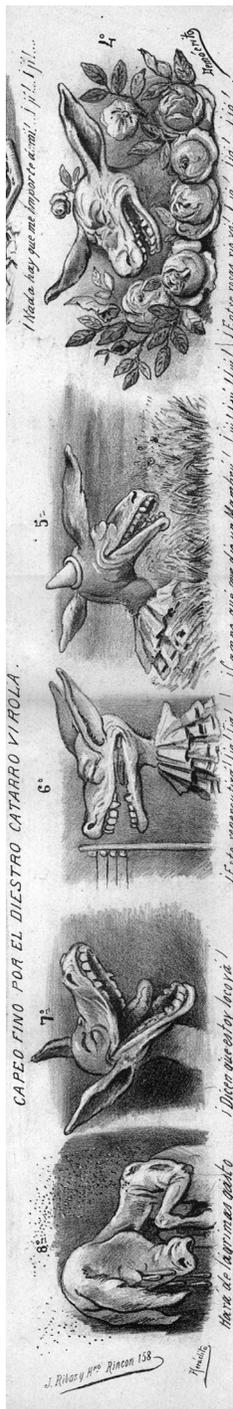
Agustín Álvarez, *Extravíos y enfermedades de la razón*, 1894, p. 109

Hacia 1880 el ciclo político abierto con Caseros en torno de la formación de un centro político autónomo capaz de subsumir las apetencias centrífugas de los poderes territoriales que habían vitalizado la vida política del país llegaba a su fin. En esos “treinta años de discordia” los padres fundadores de la Argentina republicana fueron desplazados por una generación de políticos que pretendieron clausurar los usos y estilos de sus antecesores anteponiendo el precepto de paz y administración que sirviera de sustento a la prosperidad material.¹ La presidencia de Roca (1880-1886) contó con los beneficios del nuevo clima de ideas: las leyes de unificación promulgadas durante su mandato fueron acompañadas de una compleja amalgama de alianzas personales e institucionales organizadas en torno del partido oficial. El Partido Autonomista Nacional (PAN), esa “coalición de partidos provinciales”, suponía una estructura laxa en la cual se dirimían influencias e identidades políticas complejas entre líderes nacionales y políticos provinciales.² Esos mecanismos fueron

* Una primera versión del trabajo fue presentada en el LI Congreso Internacional de Americanistas, Santiago de Chile, en julio de 2003 y en las II Jornadas de Historia organizadas por la Universidad Torcuato Di Tella en agosto de 2003. Agradezco los comentarios, sugerencias y reflexiones recibidos por parte de colegas como a la Fundación Antorchas el apoyo recibido para su realización.

** UNCuyo - CONICET.





eficientes a la hora de controlar la sucesión presidencial en 1886 cuando Juárez Celman accedió a la primera magistratura del país después de contar con la mayoría del colegio electoral en detrimento de su adversario Bernardo de Irigoyen. En rigor, la confianza depositada en que la época de rebeliones armadas que habían envuelto los comicios había quedado definitivamente atrás se visualizó en los preparativos electorales. Es todo un síntoma advertir que para un operador de Irigoyen encargado de mover influencias en el interior, el eventual triunfo del candidato oficial no suponía riesgo alguno. Confesaba Lucas González en 1885:

No me desesperaré si triunfa el Dr. Juárez Celman, porque es un joven inteligente, liberal y que contará con todo el concurso o juicio para mantener el orden y la paz, que es lo que más necesitamos más que todo. Como Irigoyen desea conocer la opinión de todos Uds. te escribo a ti para que converses con todos los demás y me contestes.³

La administración de Juárez Celman distó de tener las condiciones propicias de su antecesor: crisis económica, exclusivismo político y las diferencias con Roca son presentados por la literatura como las principales razones para señalar las condiciones que terminaron con la revolución de 1890, la posterior renuncia del presidente y la emergencia de nuevas agrupaciones que modificaron el sistema de partidos poniendo en jaque el orden político configurado a partir de 1880.⁴

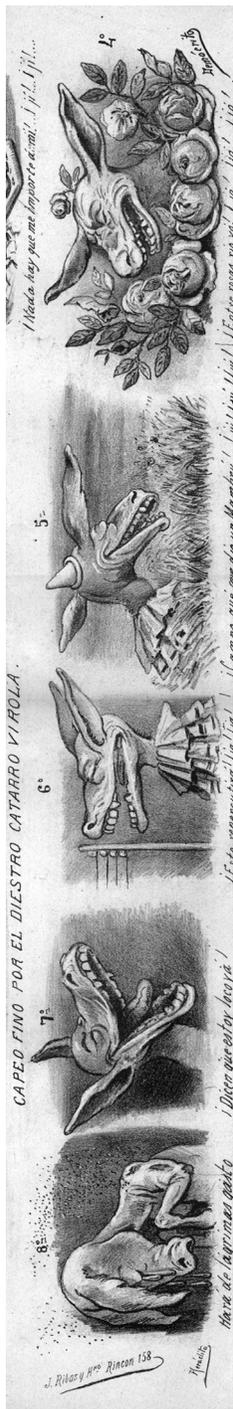
En un estudio pionero, Natalio Botana forjó una imagen del régimen de control electoral que rigió la política argentina entre 1880 y 1916 cuya centralidad residía en los vínculos establecidos entre los gobernadores de provincia y el poder presidencial. Privilegiando la observación en la composición y las funciones de los principales órganos del Estado, la definición del esquema federal de poder que alcanzaba a todo el territorio nacional le permitía trazar una tipología relativamente fiel de diferentes perfiles provinciales que concurren en su diseño.⁵ Se trataba de una geografía política dispar en la cual la configuración de la hegemonía conservadora se había edificado en torno de provincias leales, díscolas y adversas. Esa figura intermedia servía para dar una respuesta interpretativa de tipo transaccional de provincias como Mendoza que no se encuadraba necesariamente entre las provincias oficialistas que servía a la mayoría electoral sino que podía sumarse a la aspiración electora del gobierno de acuerdo con coyunturas o situaciones específicas. El presente trabajo está dedicado a examinar algunos aspectos de esa dinámica política con el

fin de precisar el alcance de los gobiernos electores. En particular el estudio considera acontecimientos políticos provinciales que permiten apreciar las complejas direcciones de la política local y nacional, y que, al mismo tiempo, ayudan a diferenciar las intenciones de las tendencias electoras del gobierno del resultado último de esas pretensiones.

Como se sabe, no se trata de un período escaso de significaciones para el régimen político argentino edificado desde 1880. Los sucesos mendocinos a los que se hará referencia suelen ser reconocidos por la literatura como uno de los eslabones que anticiparon la crisis institucional y política de 1890 que dio como resultado la renuncia del presidente Juárez Celman y la modificación del sistema de partidos que había dominado el escenario político argentino desde hacía una década. Sin duda la revolución de 1889 abrió un ciclo de inestabilidad política en la provincia que se verifica en la existencia de siete gobernadores y dos interventores federales entre 1889 y 1892. Esa situación sin embargo no impide advertir la variabilidad de situaciones en las que dimensiones de la política provincial y nacional arrojan adaptaciones y resistencias que están lejos de ser arbitradas tan sólo por los principales referentes del poder nacional o local. Por el contrario, esa densidad política desnuda con precisión la complejidad de un régimen de poder sujeto a competencias políticas y territoriales en la que se dirimían grupos e individuos insertos en la vida política por móviles muy diversos. El artículo arroja nuevas evidencias sobre el funcionamiento del mercado de influencias del que dependía aún el elenco estable de notables a nivel provincial o nacional, lo que da lugar a plantear la relativa capacidad de autonomía de los actores en función de coyunturas precisas que permite apreciar –entre otras cosas– la inestabilidad de los grupos políticos locales que convergían en el PAN; y que, a su vez, imprimiría el sentido de las nuevas agrupaciones partidarias que dinamizaron la política provincial después de 1890.

Generalmente el desarrollo político provincial ha sido analizado en la dirección auspiciada por la política nacional. Pensado el 90 como bisagra del esquema de poder nacional y provincial, algunos historiadores pusieron el acento en la capacidad de los hombres del régimen para sortear los obstáculos del huracán que se precipitaría con la irrupción de las masas en el juego político. Así desde Lucio Funes a Dardo Pérez Guilhou la política provincial habría dependido de la capacidad pragmática de los notables que agrupados en “gobiernos de familia” condujeron las riendas del poder desde 1861, dando lugar a la edificación del régimen político que funcionó como sustento del progreso material expe-





rimentado en la provincia entre 1880 y 1914.⁶ Visto el fenómeno con otras lentes, el 90 supuso el quiebre de las formas de hacer política y la irrupción de nuevos actores y liderazgos. Allí emergen prototipos opuestos al perfil político de los notables como el de José Néstor Lencinas, el líder de la Unión Cívica Radical desde 1891, ungido por Alem, que accedió a la gobernación en 1918 después de romper con la conducción del radicalismo liderado por el presidente Hipólito Yrigoyen.⁷ Aunque diferentes ambos enfoques comparten un supuesto que en el desarrollo de estas páginas me ocuparé de despejar: dan por existente la formación de los grupos políticos cuando en realidad se trataba de constelaciones móviles de individuos involucrados por distintas vías en la vida política. Una prefiguración a priori de roles políticos que se ve acompañada de una imagen de centralización administrativa temprana del Estado provincial (y nacional) cuando en realidad ambos están en permanente organización.

Las páginas que siguen se ocupan de despejar el peso que han tenido estas imágenes en la comprensión de la vida política provincial entre 1888 y 1892, para lo cual he dividido el trabajo en cinco apartados: en el primero realizo una breve descripción de los sucesos políticos que dieron lugar a la intervención federal de 1889. El segundo está dedicado a examinar el funcionamiento del mercado de influencias entre políticos locales y nacionales, destacando recursos y prácticas que concurrían en la dinámica del “círculo” y la búsqueda de opinión, situaciones ambas que refieren a las lógicas que vitalizaban la arquitectura flexible del PAN. A continuación me ocupo de las organizaciones políticas provinciales que adscribieron al juarismo en cuanto ayudan a precisar los móviles que guiaron la revolución de 1889. El cuarto apartado lo he destinado a presentar la convergencia de críticas al gobierno provincial y al poder del *Único* en cuanto exhibe una suerte de simultaneidad política entre los marcos políticos nacionales y provinciales; por último, procuro mostrar hasta qué punto la política del 90 no terminaba en los círculos áulicos de los “gobiernos de familia” sino que se difundía en todo el territorio provincial porque allí residía una clave de su éxito.

1889: revolución e intervención nacional

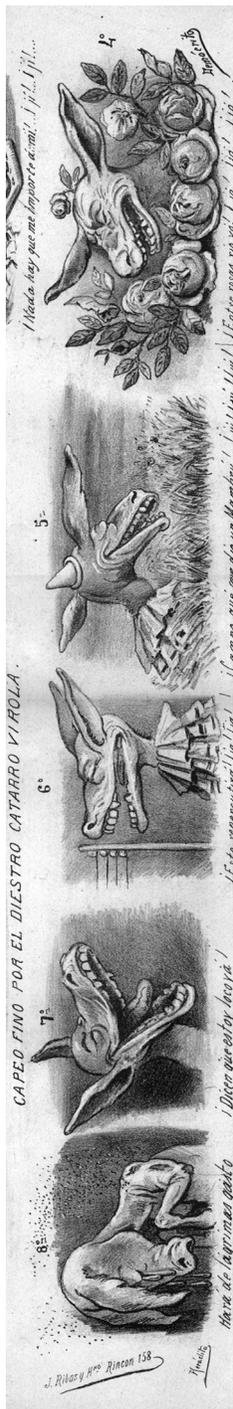
“Los primeros días de enero de 1889 E. García Mérou, de visita en Mendoza, escribía al ex presidente Julio A. Roca que el orden y la paz anhelados desde 1880 estaban lejos de quedar afianzados en el país. Su opinión derivaba de los sucesos ocurridos en

Mendoza cuando el gobernador Tiburcio Benegas había sido depuesto del cargo que desempeñaba desde 1887 como consecuencia de una insurrección armada liderada por el senador Rufino Ortega que había forzado su renuncia”.⁸ Lo peor, continuaba, era que todo había pasado entre amigos: Ortega por un lado, y Benegas y Civit por otro.⁹

La revolución había sido el corolario de una serie de operaciones políticas en pos de la sucesión a la gobernación provincial que había desnudado de igual forma las pretensiones exclusivistas del juarismo como las aspiraciones del círculo oficial afín a Roca desde 1874. Si los preparativos que auguraban un futuro poco auspicioso para el gobierno de Benegas y su candidato Emilio Civit se remontaban a noviembre de 1888, primero el arribo a la ciudad de un operador del juarismo y más tarde el regreso del coronel Ortega a la provincia terminaron por complejizar el tablero político hacia fines de diciembre cuando después de vitalizar el comité del partido autonomista provincial se proclamó la candidatura de Ortega en medio de una intensa movilización que llegó a incluir distantes distritos de campaña como el de 25 de Mayo. Finalmente el 6 de enero de 1889 un reducido grupo de personas atacó la casa del gobernador. No se trataba de una conspiración desconocida por los hombres del gobierno. El jefe de policía, Agustín Álvarez, tenía información del movimiento de armas que días antes Ortega había realizado en las inmediaciones de su casa, en la periferia de la ciudad, y la resistencia dispuesta no logró impedir la “fusilería” que culminó con la detención de los hombres del gobierno, el control de la Casa de Gobierno, del Departamento de Policía y de la Municipalidad. Las crónicas identificaron a Rodolfo Zapata y Adolfo Calle –activo dirigente autonomista, enemigo de Civit y editor de *Los Andes*– al frente del movimiento compuesto por veinticinco artesanos que tenía como cabezas a Miguel Madrovejo, el capitán de Guardias Nacionales Castro y Salvador Laborda, el entonces presidente del Club de Artesanos que días antes había proclamado a Juárez Celman presidente del PAN y a Ortega como candidato a gobernador.

Según las crónicas, casi todos los distritos de campaña fueron controlados por los revolucionarios, con lo cual se daba cuenta de una suerte de recepción favorable del movimiento en la provincia. En efecto, al día siguiente la prensa rebelde concluía su editorial celebrando que la contienda sólo había arrojado tres heridos, lo que ponía fuera de duda la impopularidad de Benegas y el prestigio obtenido por Ortega: “Puede decirse que ha sido la noche más tranquila que ha tenido Mendoza”, sentenciaba *Los Andes*, para concluir afirmando que “las tropas populares siguen





armadas para garantizar el orden”.¹⁰ El éxito obtenido por los revolucionarios fue evaluado de diferente manera por la prensa oficial para la cual el apoyo brindado por el Batallón 12 de Guardias Nacionales había sido decisivo para derrocar al gobierno. En cambio la prensa favorable a la revolución liderada por Ortega, como *Los Andes* y *El Ferrocarril*, negaron la participación de las fuerzas nacionales y atribuyeron el éxito del movimiento a la acción de los artesanos dirigidos por un capitán de guardias nacionales, el señor Baldrich. En sentido estricto, la opinión de la prensa insurrecta fue compartida con la del mismo comandante del Batallón 12 acantonado en San Luis, Ignacio Fotheringham, quien confesó no haber participado de la revuelta ni a favor de los insurrectos ni tampoco para sostener a las autoridades instituidas. Años después el mismo militar al recordar los sucesos de 1889 afirmaría: “En Mendoza estábamos como dos potencias aparte: por un lado las fuerzas nacionales; por el otro, las de la provincia. Pedí al interventor su autorización para apoderarme de la policía. Ninguno de sus jefes se me había presentado, por lo tanto debían considerarse como rebeldes”.¹¹ Aunque éste no sea el lugar para un desarrollo más pormenorizado del fenómeno aludido, el testimonio sugiere algunas apreciaciones en torno de la escasa diferenciación de competencias entre ambas instituciones. En tal sentido los reclamos del jefe de Policía al ministro de Gobierno de la provincia parecen resolverse en esos términos al considerar que los oficiales del ejército se atribuían prerrogativas sobre los agentes de policía.¹²

Controlada la situación por los rebeldes, y mientras la proclama revolucionaria que justificaba el movimiento afín a Juárez Celman alcanzaba difusión destacada,¹³ Benegas firmó su renuncia que fue aceptada por la Legislatura. Ésta proclamó gobernador a Manuel Bermejo por tres meses, en cuyo término se nombraría un propietario por tres años. Una vez en libertad, y después de haber mantenido estrecha comunicación con las autoridades nacionales, Benegas solicitó la intervención federal. Días más tarde, el interventor Derqui ordenó la reposición de Benegas después de evaluar que su renuncia al cargo, como la elección de Bermejo, se había dado en medio de un violento clima político y de presión moral que hacía dudosa la validez del acto. La reposición de Benegas produjo divisiones en el gobierno nacional: la medida sólo fue firmada por el vicepresidente en ejercicio Carlos Pellegrini y el ministro del Interior, Eduardo Wilde. A pesar de ello, el informe elevado por el interventor nacional planteaba concretamente la debilidad política de Benegas al comprobar que la mayoría de la “opinión” de Mendoza era favorable al senador Ortega. El gobierno nacional previó

entonces una solución transaccional complementaria a la intervención: designó como enviado de las negociaciones al doctor Calixto de la Torre, leal al presidente, con el fin de concertar una conciliación entre los grupos en pugna que se materializó en la designación de un nuevo candidato a gobernador que fue aceptado por las partes. Por consiguiente, los sucesos locales habían obstruido por igual las candidaturas sostenidas por las pretensiones electoras del gobierno provincial y del círculo presidencial.

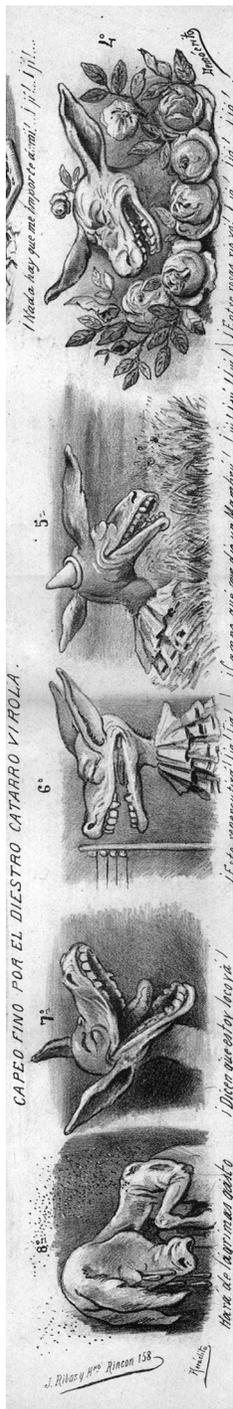
Puja por candidaturas: posiciones y límites del gobierno elector

Como se adelantó, los acontecimientos que dieron por tierra con el gobierno de Benegas tenían como epicentro la competencia entre los aspirantes a ocupar la cúspide del poder provincial. Se trataba de una disputa que trascendía los estrechos marcos locales de la política porque el eventual triunfo de Civit o de Ortega inclinaba la balanza a favor de los candidatos a suceder al presidente Juárez Celman: por un lado, Cárcano, su delfín político; por el otro Roca, su adversario en la conducción del PAN y aspirante a ocupar la primera magistratura del país para un segundo mandato. Esas diferencias se agudizaron en el curso de 1888 cuando las pretensiones exclusivistas del juarismo procuraron socavar la red de apoyos construida por Roca desde 1874, a través de operaciones políticas destinadas a utilizar las diferencias que desde entonces dividían a la elite local con el fin de utilizarlas en su beneficio. Lejos de representar una intromisión externa o ajena a dinámicas políticas provinciales, esas acciones deliberadas de los allegados al presidente hallaron eco en la medida que podían ser aprovechadas por conglomerados de individuos desplazados de posiciones de poder desde 1874 que integraban las filas del PAN.

En junio de 1888 el ex diputado Isaac Chavarría –socio comercial de Civit y amigo de Roca– no había dudado en confesarle que la candidatura de Civit era “cosa arreglada” y que la escisión con Ortega podía ser considerada como radical:

Civit me dice que te ha escrito y que te escribe. Benegas está ya decidido a sostenerlo y el Presidente lo sabe y al parecer lo acepta. La escisión con Ortega es radical, porque Benegas no quiere reanudar relaciones. Así es que su influencia está reducida a cero, dada la naturaleza humana, la época de paz que atravesamos y la falta de un círculo propio que lo mantenga a flote.¹⁴





En efecto, hasta fines de noviembre la candidatura de Emilio Civit no sólo contaba con el apoyo decidido del gobernador sino que había ganado adhesiones en la provincia. La influencia de Emilio Mitre había limado algunas asperezas aunque no había alcanzado a evitar la fuga de apoyos que antes se consideraban seguros. Aunque los trabajos electorales en la provincia daban al gobierno un papel predominante para asegurar la sucesión, el gobernador Benegas advertía bien hasta qué punto cada elección suponía reeditar acuerdos personales que nunca eran del todo estables: “Por lo demás salvo dos o tres amigos que lo eran personales míos y con los cuales creía poder contar, fueron perturbados desde esa haciéndoles creer brujerías y se alzaron con el santo, todo lo demás sigue bien, habiendo incorporado siempre algunos nuevos elementos. Haga lo posible por realizar el mayor bien posible, y con el conocimiento que tengo de los hombres de este pueblo, aguanto, porque mucho hay que aguantarles, y los trato siempre bien”.¹⁵ En consecuencia, la dinámica de influencias y de relaciones podía moverse de un punto a otro según preferencias o intereses muy dispares que podía incluir rencillas personales, el uso discrecional del crédito a través del Banco Provincial o el otorgamiento de títulos sobre las tierras del sur incorporadas desde 1880.

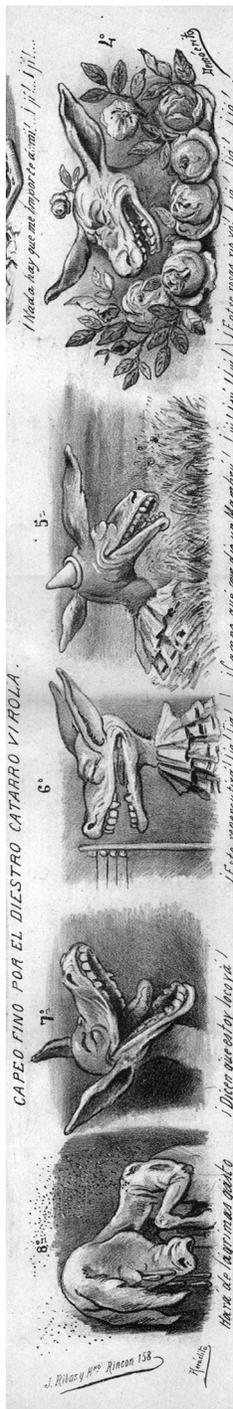
Las impresiones de Benegas no fueron desacertadas. Durante los primeros días de diciembre el panorama alentador que antes había marcado el ritmo de su correspondencia se diluyó significativamente ante las operaciones juaristas de hacer del presidente el jefe del partido. Como era previsible, la prensa se convirtió en escenario de disputa de manera inmediata. Mientras *Los Andes* no tuvo reparos en proclamar que el presidente Juárez Celman debía encabezar la jefatura del partido,¹⁶ *El Derecho* —el diario afín al círculo oficial— no sólo lo juzgó inoportuna sino que también consideró que la imposición del presidente sobre el poder público era contraria a la forma republicana y representativa prescripta por la Constitución. Para entonces *El Derecho* afirmaba: “Los Estados Unidos, modelo como forma republicana y representativa, lejos están de creer que su Presidente es la única persona capaz de pesar eficazmente en los acontecimientos políticos”.¹⁷ A juicio de sus editores, no se trataba de desconocer el progreso del país operado desde 1880. Pero esa marcha ascendente no debía distraerse por “luchas entre caudillos”. Atraer al extranjero, poblar zonas desiertas, generar riqueza “bajo el amparo del orden y de la ley”, era la mejor política instrumentada por la administración juarista.¹⁸ Para *Los Andes* en cambio la postura asumida por el oficialismo suponía desconocer la autoridad del

presidente y poner reparos a sus pretensiones de liderazgo nacional. Si en un comienzo la polémica quedó circunscripta a un pugilato en el cual el “pueblo” no tomaba partido, la reproducción del polémico artículo atribuido al círculo oficial ganó mayor impacto al ser publicado en *Sud-América*.

El tablero político provinciano se tensó aun más ante el arribo a Mendoza de Héctor C. Quesada. En la ciudad el experimentado operador del juarismo utilizó las diferencias entre los autonomistas locales para encauzar adhesiones hacia la égida del presidente y aspirante a presidir el partido. ¿Qué pasos siguió Quesada en las operaciones políticas dirigidas contra el gobierno? Utilizando el clima propicio en torno de la dudosa posición del gobierno local frente al presidente, que se diferenciaban de las manifestaciones favorables obtenidas en varias provincias,¹⁹ los trabajos de Quesada procuraron reconducir influencias y relaciones para disminuir el círculo de Benegas y las chances de su protegido. Por un lado, organizó un centro de resistencia al grupo oficial a través de la confección de una lista de diputados para la Legislatura argumentando que seguía las indicaciones del presidente; por otro, inició una serie de conversaciones con personajes locales invitándolos a escribir cartas a Juárez Celman manifestándole que el autor del artículo publicado en *El Derecho* y reproducido en el diario “amigo” había sido inspirado por Benegas, el ministro Juan Serú o Emilio Civit. Quesada, “el más altivo de los insolentes juaristas”, manifestaría finalmente, “mañana se asegurará que yo combato candidatos [...] que Civit gobierne o que gobierne Serú. Del primero me conviene más que el otro, por su insignificancia, su poco valor político”.²⁰

De cara a los acontecimientos, el gobernador Benegas no dudó en dirigirse a Juárez Celman para manifestar la duda sobre su beneplácito respecto de los pasos seguidos por Quesada: “Con una impaciencia injustificada y atribuyéndose la representación de los propósitos políticos de usted, ha tratado de comprometer a algunas personas a favor del Dr. Cárcano, para organizar trabajos que respondan a su elección para la presidencia de la República”. Pero no ha sido sólo esto, continuaba: “Quesada ha tratado de organizar elementos de resistencia a mi gobierno y a la candidatura de Emilio Civit, todo, quizá, porque no oía de mis labios ni de los de Civit, terminantes y claras manifestaciones de adhesión a favor de sus precedentes trabajos”.²¹ Como se advierte, si el argumento utilizado por Benegas a que era prematuro manifestar su adhesión al candidato presidencial podía funcionar como estrategia dilatoria en función de su lealtad con Roca,²² su retórica pone en escena dos opciones de liderazgo que dependían de igual forma





de una necesaria y persistente búsqueda de mediaciones. Así, mientras Civit no dudaba en confesarle a Roca que las intenciones de Quesada buscaban producir un efecto en Buenos Aires revelando que su círculo resistía la autoridad del presidente con lo cual su candidatura podía darse como liquidada, Benegas le solicitaba también que escribiera a Ortega a fin de evitar su adhesión al círculo juarista que pretendía disminuir la capacidad del gobierno para imponer su candidato. Escribía Civit a Roca en diciembre de 1888:

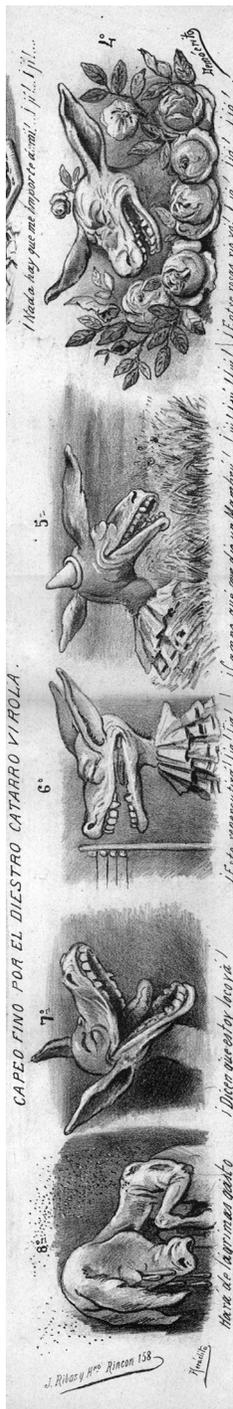
Hoy la cosa cambia y se acentúa más. *Los Andes* trae un artículo tremendo contra mí dándome ya como único autor de lo que ha ocurrido y como resistente a reconocer la autoridad del presidente. El objeto es claro: hacerme pelear con el presidente y matar mi candidatura. Ese ha sido el propósito que lo ha traído a Quesada, se ha manejado con algún tino, ha mandado a [Adolfo] Calle, que nunca dejará de ser canalla y a Rodolfo Zapata y entre los tres han preparado el pastel. Como no tengo tiempo de dejarme operar en silencio, por este correo le escribo al Presidente y le refiero todo lo que ha ocurrido, el complot existente y el objeto que se proponen. Tengo confianza en el Dr. Juárez le hablo claro y no dudo que mi palabra honrada sabrá apreciarla más que la de los tres canallas que están en danza.²³

El interés por disminuir la “capacidad del sujeto como gran dispensador de favores e influencias” que podía ser interpretada como una obra de maquiavelismo en procura de poner en duda la lealtad de los locales o, en cambio, la sostenida tarea de disminuir la influencia del gobierno elector (sea en clave local como nacional) parece poner en escena una especie de autonomía de relaciones entre los imbricados en aquellas constelaciones políticas. Valdría la pena preguntarse entonces: ¿era un movimiento dirigido necesariamente desde arriba? Aunque escasas, las evidencias disponibles parecen sugerir que los individuos involucrados en este tipo de constelaciones políticas podían modificar sus posiciones relativas en función de situaciones o móviles variados transformando las relaciones de fuerza de los supuestos líderes de la política local. Esa suerte de dinámica habría de expresarla el propio Benegas con ajustada claridad en carta a Juárez Celman cuando manifestó que el diputado nacional doctor Videla como “otros caballeros” se habían negado rotundamente a “secundar” los planes de Quesada.

El clima político se agudizó con el arribo a la provincia del senador Rufino Ortega. Munido del apoyo de políticos mendocinos

allegados a Juárez Celman, como Benito Villanueva, se dispuso a vitalizar el Comité Provincial del PAN con el fin de quebrar el poder de Benegas y liquidar la candidatura de su protegido. *Los Andes* y *El Ferrocarril* se sumaron a la propuesta de instalar como candidato a Ortega. La movilización de recursos fue intensa para los grupos en pugna. Mientras los esfuerzos realizados por el círculo oficial dieron pobres resultados,²⁴ la convocatoria de Ortega fue exitosa. El 31 de diciembre consiguió reunir a cerca de tres mil personas que dieron origen a un club formado por varios patriarcas de la política provincial, un Comité de la Juventud y el Club de Artesanos. Las tres organizaciones reconocían como líder máximo a Juárez Celman y como presidente local a Ortega. Una vez concluidos los discursos que estuvieron a cargo de Manuel Bermejo, Rodolfo Zapata, Adolfo Calle y el capitán Baldrich, se proclamó la candidatura de Ortega a la gobernación provincial. Un desfile por las calles de la ciudad completó el cuadro de la movilización política que anticipaba un futuro poco auspicioso para el gobernador y su círculo. Si algunos podían pensar que las elecciones municipales previstas para el 6 de enero podían ser el escenario de la disputa,²⁵ los planes de Ortega seguían un recorrido diferente: derrocar al gobierno era el medio más expeditivo para contrarrestar el peso de los recursos que disponían la situación oficial para imponerse como gobernador bajo la cobertura del PAN y de su jefe único. Para hacerlo contaba con un capital político considerable: a “la inmensa mayoría de la opinión” que debía proclamar en toda la república a Juárez Celman como jefe único y verdadero del partido,²⁶ se sumaba la vigorosa propaganda dispuesta por *Los Andes* que invitó a pegarse a la contienda argumentando que el gobierno utilizaría el poder de policía para sostener la “raquílica e impopular candidatura de Civit”, e indicando que ya era tiempo de que “los amigos del coronel Ortega se armen para rechazar el ataque, para llevar al convencimiento del pueblo [...] que tenemos tanta o más fuerza que ellos, y que si se atreven a hacer uso de las armas por segunda vez, nuestros elementos tomarán la defensa”. Finalmente el clima adverso al gobierno de Benegas se vislumbró el 5 de enero cuando Ortega escribió a Cárcano manifestándole que la conspiración no sólo estaba en marcha sino que su éxito sería mayor si lograba interferir el eventual apoyo de las fuerzas nacionales a las autoridades provinciales. La búsqueda de abstención del Batallón 12 era funcional a Ortega en la medida que pretendía demostrar “que mi poder y mi influencia no están basados en las bayonetas de ese batallón, sino en la inmensa opinión que me acompaña en esta cruzada”.²⁷





En suma, si muy pocos dirigentes nacionales no desconocían el tablero político provinciano, y algunos conocían incluso los atributos personales de Ortega, casi ninguno pudo anticipar el rápido desenlace de los acontecimientos de los sucesos del 6 de enero de 1889. Días después de la insurrección que evocaba prácticas de un pasado que se creía clausurado, le confesaba Roca al presidente:

Ortega estuvo en mi casa antes de salir para Mendoza. No me comunicó sus planes sino a medias, a pesar de que él sabe que, aunque hubiera sido contra mí yo era capaz de guardar reserva; pero yo reconocí que iba dispuesto a hacer cualquier barbaridad; que iba persuadido de que había sido “ungido” en el Café de París y que podía contar con su apoyo en todo y para todo, a pesar de que Ud. le hubiese repetido, por varias veces, de que Ud. había dado su palabra a Benegas y a Civit de sostenerlos; pero nunca me podía imaginar que las cosas iban a marchar tan a la carrera.²⁸

Entre el círculo y el comité: perfiles y móviles de adhesión

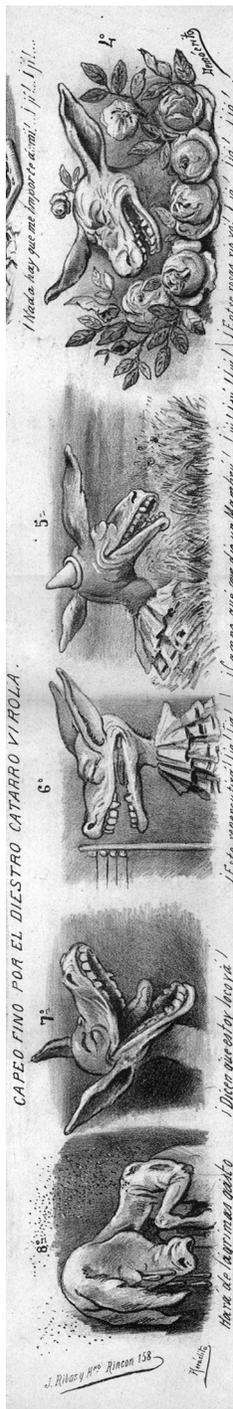
Los historiadores han advertido en los sucesos mendocinos de 1889 la interferencia del gobierno nacional evaluando el fenómeno como un eslabón más del ciclo abierto en 1888 con las intervenciones federales a Tucumán y Córdoba que procuraba controlar situaciones provinciales adversas al poder central privilegiando de esa forma una imagen unidireccional del juego de poder entre centro y periferia. En algunos casos esas interpretaciones están imbuidas de supuestos no siempre explícitos que destacan el avance del juarismo en el interior como expresión de tendencias centralizadoras ajenas a dinámicas políticas provinciales. Los págs. anteriores han permitido complejizar ese esquema al ponderar en qué medida las situaciones provinciales habilitaban un juego de ida y vuelta de los involucrados en la lucha por el poder local y nacional. No se trataba entonces de una dinámica motorizada exclusivamente entre los principales líderes de la política nacional como tampoco se agotaba en el estrecho margen de los que ocupaban los principales cargos electivos del ámbito provincial. En tal sentido la competencia entre los grupos de la elite política de la provincia se dirimía en la capacidad de ganar adhesiones personales o apoyos entre los involucrados por diferentes vías en la vida política. No en vano Ortega podía confesar que frente a la fuga de adhesiones habidas entre diciembre y enero “el go-

bernador Benegas en persona, ha pedido de rodillas a Domingo Bombal que retire su nombre de nuestro Comité”. Esas posiciones móviles de personas podían inclinar el predominio o la fractura de liderazgos personales y políticos. En otras ocasiones hemos insistido que la presencia de vínculos familiares en el juego de poder local no impedía sino que habilitaba la conducción de cadenas de control político además de aglutinar identificaciones de estricta competencia política.²⁹ En consecuencia, una de las claves del éxito político consistía en conquistar la opinión entre los influyentes. Lejos de basarse en adhesiones estables, precisamente la lógica del círculo convergía en estrategias dirigidas a quitar y ganar apoyos entre los personajes que tuvieran algún tipo de notabilidad.³⁰

Vale considerar entonces la fisonomía de las agrupaciones que dieron curso a la insurrección liderada por Ortega, el perfil de los adherentes y los móviles que los impulsaban. Como se anticipó la convocatoria realizada el 31 de diciembre en la casa del senador Ortega fue exitosa. Cerca de tres mil personas, “entre las que figuraban la mayoría de las que por su posición social y antecedentes políticos representan la opinión consciente de esta provincia”, aclamaron y reconocieron a Juárez Celman como jefe del PAN. Jóvenes y artesanos completaban el cuadro. Entre los primeros figuraban un poco más de “cien jóvenes de las familias más notables de esta ciudad” que dieron origen al club “Juventud Juárez Celman”. Finalmente, los artesanos organizaron un club político bajo el nombre de “Presidente Juárez” manifestando adhesión completa a “las ideas sostenidas por los anteriores”.³¹ *Los Andes* no demoró en saludarlos expresando: “Los artesanos están de pie y día tras día se acercan al coronel Ortega a significar su adhesión”.³²

Quienes integraban el Comité Autonomista Nacional, presidido por Ortega, y el Club de la Juventud juarista, no eran personajes de escasa injerencia en la política provincial. Un buen número de ellos contaba con importantes trayectorias que se retrotraían a las décadas previas cuando el espacio político provincial había sido escenario de la contienda entre “gonzalistas” y “civitas” durante las elecciones provinciales de 1873, y la contienda electoral por la presidencia de 1874 que terminó con el levantamiento liderado por Mitre.³³ En consecuencia, y a diferencia de lo señalado por algunos historiadores, estas pertenencias e identidades políticas, más que representar un avance de los hombres del gobierno nacional, suponía un reacomodamiento de grupos e individuos desplazados, aunque no ausentes, del poder político provincial. En otras palabras, la adhesión al juarismo de los antiguos





gonzalistas y ex mitristas representaba una oportunidad favorable para dar por tierra con la sostenida influencia de los civitistas, vinculados a Roca (que vale recordar había sellado la derrota militar de Santa Rosa en 1874) que se disponían a ubicar a Emilio Civit en la gobernación. ¿Esas inclusiones respondían sólo a una eventual rencilla sujeta a saldar derrotas viejas? De ningún modo, en 1885 Melitón González había aspirado a la gobernación para intentar “estar nuevamente en el candelerero”,³⁴ y esa metáfora servía para desnudar las pretensiones de acceder a cargos electivos. Integrar la constelación de actores y asociaciones que bajo la sombra del juarismo preparaba la insurrección, suponía reeditar prácticas para nada desconocidas con el fin de recuperar las posiciones políticas que antes habían ocupado y a las que no casualmente accederán después de 1890.³⁵

Tales adscripciones o pertenencias suponen una imprevisible aunque nada sorprendente puesta en marcha de recursos variados anclados en tradiciones políticas y familiares. Si en 1889 Carlos González disponía el uso de su barraca de la calle Bolivia para la reunión de simpatizantes del juarismo, y no tenía inconvenientes para financiar de vuelta panfletos o diarios, la creación del Club de Artesanos permite advertir un componente novedoso de la movilización política en la provincia que se retrotraía sin embargo a 1883. Esa innovación institucional y política destinada a ganar adeptos en un ámbito preferentemente urbano con el fin de conquistar espacios ajenos a la órbita oficial, reconocía perfiles sociales diferentes a los nucleados en el comité. Entre los atributos profesionales de los cien allí reunidos algunos, como el tipógrafo y editor Francisco Calle, contaba con una larga tradición periodística que se retrotraía a la primera mitad del XIX en Valparaíso que luego continuó en Mendoza con la edición del *Eco de los Andes*, afin a Mitre y a los González en 1873 y 1874.³⁶ Otros integrantes eran mucho menos conocidos. Figuraban en carácter de vicepresidentes José Morales García, un carpintero que residía en la calle Entre Ríos, el “empresario de obras” Ruperto Recio, el carpintero Pablo Martínez con domicilio en San Martín 460. Asimismo acompañaba como secretario Ciriaco Bravo, uno de los pocos procuradores judiciales que la *Guía* de Flavio Pérez registró en 1888. El más emblemático era su presidente Salvador Laborda, uno de los caudillejos ligados a Ortega, vecino propietario del departamento de Las Heras que en 1891 tendría que dar cuenta de haber perseguido a peones de Lavalle.³⁷

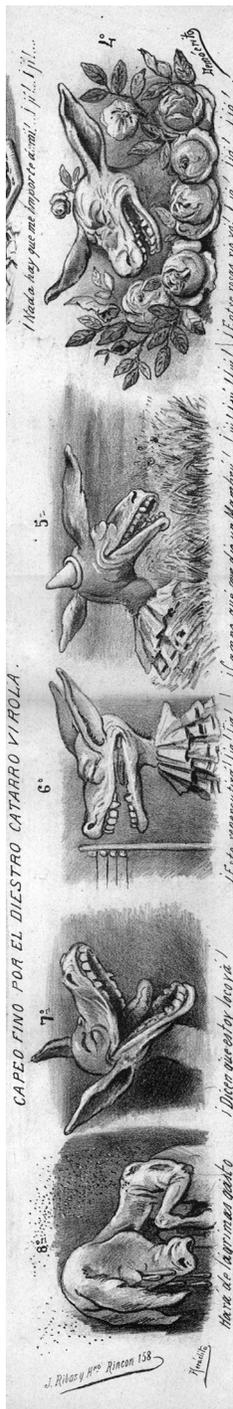
La insurrección liderada por Ortega parece encontrar no sólo sus raíces en disputas entre partidos alentados por disputas personales sino que éstas se inscribían en un clima de tensiones y

protestas donde convergían asuntos públicos y negocios privados. Para entonces *Los Andes* juzgaba que Benegas había caído por ser hijo de un “pequeño círculo formado de cuatro o seis personas respetables” que combinaba planes políticos contrarios a la política del presidente de la nación y del PAN “creando en nuestra provincia un estado de cosas contra los intereses de este partido y de sus organizadores más espectables”.³⁸ Si esa opinión ajustaba cuentas sobre un perfil empresario que se alejaba de los atributos que podían retener aquellos sujetos surgidos de la arena política, años más tarde Agustín Álvarez, en su *Breve historia de Mendoza*, vinculó la insurrección a la prescindencia manifestada por Benegas sobre la sucesión presidencial porque puso en duda la lealtad al presidente. Sin embargo, las crónicas de la época suman razones de otra índole al acontecimiento provinciano como el aumento de impuestos y el uso del crédito. Es muy probable que los gravámenes impuestos al comercio establecidos por Benegas hayan colaborado en la pérdida de adhesiones por parte de los comerciantes; de manera complementaria, el uso discrecional del crédito público habría funcionado como detonante de la huida de apoyos. El Banco Nacional y el Provincial, a juicio de Adolfo Calle, eran el “cuartel general” del gobierno: “Ambos establecimientos están completamente a disposición de Benegas. Sus gerentes son los principales agentes, y el de la Provincia amenaza ya con ejecuciones a los que no se pliegan a su lado”.³⁹ Por fin, la emisión de títulos de propiedad de tierras se convertía en un asunto para nada menor de los estímulos privados que podrían haberse sumado a los móviles de los conspiradores. En un momento de progresiva valorización de la tierra disponible para el cultivo de la vid,⁴⁰ la gestión de Benegas impulsó la emisión de títulos de propiedad entre empresarios locales y compañías formadas por empresarios porteños; Ortega no figuraba entre los beneficiarios a pesar de ocupar por ley extensos territorios en Malargüe desde 1874.⁴¹

La política impugnada: el régimen y sus vicios

Otros contemporáneos evaluaron de diferente forma lo sucedido. Para el interventor Derqui, el “escándalo de Mendoza” tenía su origen en la disgregación del partido creado por Roca —ese edificio que se pensó debía elevar la “nacionalidad sobre todo y sobre todos”—, en las prácticas políticas ensayadas y en los políticos que no comprendían con claridad la distancia que existía entre poder y gobierno. A su juicio los medios utilizados para imponer un





candidato opuesto al gobierno no sólo causaban sorpresa sino que ponían en evidencia las tendencias de “una montonera política” que abrigaba necias pretensiones de imponerse por la vía de la fuerza, no de la negociación.⁴²

Aunque la Legislatura había aceptado la renuncia de Benegas, el hecho de que había sido confeccionada en reclusión puso en duda su eventual legitimidad. Ese criterio defendido por los hombres del gobierno aparecía apoyado por Pellegrini que, en ejercicio de la presidencia, no convalidó al gobernador resultante de la conspiración, Manuel Bermejo, y sostuvo en cambio la autoridad instituida de Benegas. Una vez restablecido en su cargo, Benegas solicitó la intervención del gobierno nacional, con lo cual se procuraba rectificar el curso político provincial que, desde 1874, había exhibido una relativa estabilidad institucional acompañada de importantes signos de prosperidad material.⁴³

Bajo la mediación del comisionado nacional, se llevó a cabo la reconciliación de las partes que terminó obstruyendo las aspiraciones de los candidatos en disputa instalándose en cambio la de Oseas Guiñazú, un abogado mendocino que ejercía la magistratura en Córdoba desde años antes. Como gobernador propietario, Guiñazú pretendió ensanchar las filas de “su partido” a través de una política de conciliación entre el grupo afín a Ortega y el sector de Benegas pero ningún resultado positivo obtuvo de las negociaciones, a pesar de las intenciones del gobernador y de su antecesor.⁴⁴ Fracasada la instancia de la conciliación, Guiñazú organizó su gobierno con el apoyo de dos grupos. Uno encabezado por Ortega y el otro liderado por el diputado provincial José Néstor Lencinas, un abogado del foro local, hijo de un hacendado de San Carlos que integraba la maquinaria electoral del PAN al menos desde el 80. Si las diferencias entre ambos personajes anunciaban tensiones que se manifestaron durante los meses que siguieron, el equilibrio entre los autonomistas locales era el resultado directo del sostén del gobierno nacional. En otras palabras, ni Guiñazú ni Ortega ni Lencinas dejaron de integrar las filas juaristas ni postergaron ningún tipo de manifestación pública contraria al presidente ni a la política surgida de sus allegados.⁴⁵

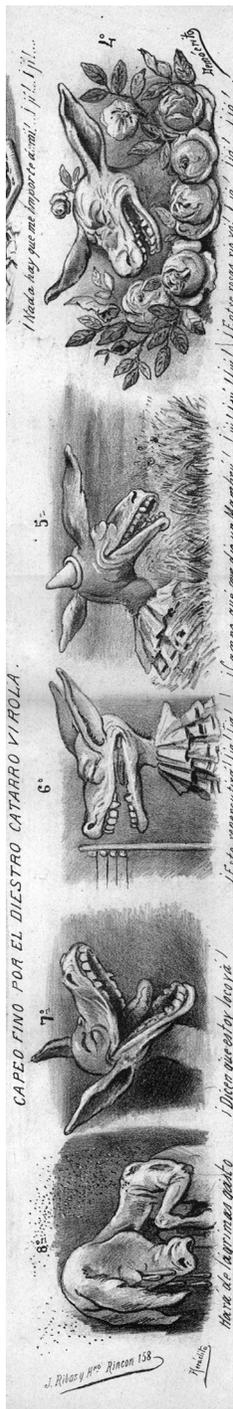
Las manifestaciones afines a Juárez y su gobierno eran correlativas a importantes innovaciones originadas en el espacio político provincial. En medio de un contexto político nacional donde el juarismo era cuestionado desde 1889, en abril de 1890 los amigos políticos de Civit y otros “independientes” invitaron a los “buenos ciudadanos” de Mendoza a formar un “partido popular” que debía inspirarse en principios democráticos y en la constitución de 1853.⁴⁶ Los Andes –a esa altura el principal órgano de

difusión del PAN provincial– recibía la nueva agrupación señalando que se trataba de “una insignificante ramificación de la Unión Cívica de Buenos Aires” dirigida por dos hombres resistidos por la política nacional, preocupados por restaurar los “gobiernos de familia”. Esos hombres –concluía el editorialista con tono mordaz– eran Francisco y Emilio Civit que vivían aspirando al poder porque no tenían “hábito de trabajo”.⁴⁷ La vitalidad de los cívicos se manifestó en una intensa propaganda a través de un nuevo periódico y de sostenidas críticas al gobierno de Guiñazú como expresión local del régimen. La nueva agrupación reunía al elenco estable del civitismo y su formación se introducía en un clima de tensiones que desde febrero había invadido la vida política provincial. Las páginas de *El Debate* arrojan evidencias suficientes como para evaluar la forma en que gobierno y oposición trazaba un cuadro agudo de convivencia política que auguraba días de agitación. Primero fueron las denuncias sobre las presiones oficiales dirigidas a los deudores bancarios que finalmente fueron corroboradas con la publicación del telegrama recibido por un deudor. Luego siguieron querellas y agresiones a los editores de *El Debate* como voz opositora por parte de los jueces y comisarios leales al régimen; después se sumó la expulsión de dos profesores del Colegio Nacional, Héctor Monneret de Villars y Agustín Álvarez.⁴⁸

Si las prácticas políticas antes revisadas hacen visible la simultaneidad de acciones y condiciones entre diferentes escenarios provinciales, los argumentos políticos que daban cuerpo a las denuncias o críticas al régimen convergían en un núcleo “regeneracionista” común. A juicio de los promotores de la renovada cultura cívica, la política encabezada por los hombres del gobierno estaba plagada de vicios y desviaciones cuyo remedio curativo dependía de una moral ciudadana que instrumentara los principios de la democracia liberal en sustitución de las morales tradicionales, asentadas sólo en las costumbres o en principios ideales.⁴⁹

Quizá lo sucedido en el Colegio Nacional sea un acontecimiento ilustrativo para ilustrar el recorrido de una argumentación que no sólo representaba las filiaciones teóricas de algunos de los más furiosos opositores al régimen como Agustín Álvarez, el ex jefe de policía del gobierno de Benegas, para quien la insurrección de 1889 y los sucesos porteños de julio de 1890 supondrían experiencias medulares de una biografía intelectual inserta en ese momento positivista de la Argentina finisecular en el que el juarismo era identificado como promotor del materialismo que invadía el clima de época. La pluma “satírica” de Álvarez en *El Debate* adquirió un papel predominante en las críticas al régimen y en la formación de opinión en Mendoza.⁵⁰ En mayo de 1890 ante la





expulsión de su colega Monneret de Villars de su cátedra, el joven intelectual destacó las vicisitudes a las que estaban expuestos aquellos que no integraban el círculo de los “incondicionales”:

Usted y yo, y todo el mundo sabe perfectamente por ingrata experiencia que el actual presidente no ha destituido a ningún partidario incondicional del Jefe Único del PAN, por más inservible que haya podido ser, y que en cambio se ha hecho un deber de patriotismo en destituir a todos los empleados que se permitieron el lujo de lo *prohibido*, es decir, dignidad política, y que por ese motivo contrariasen su *política patriótica, sabia, etc.* [...] Con toda lealtad reconozco que el *Único* sólo ha tenido talento y tino para dos cosas: para enriquecerse y para perseguir implacablemente a los hombres de dignidad, que como es natural no podían encajar en el *Unicato* ni en el *incondicionalismo*. Estas cosas son originales del Dr. Juárez y no las han cometido Mitre, Sarmiento, Avellaneda ni Roca, pero también es verdad que estos caballeros no eran *patriotas, ni sabios, ni progresistas, como el Único*.⁵¹

La impugnación al *Unicato* y al gobierno de Guñazú como jefe local del juarismo de Mendoza adquirió vigor entre actores y escenarios diversos aunque convencionales. En mayo a lo ocurrido en el colegio vino a sumarse el escándalo suscitado durante las elecciones del departamento 9 de Julio (San Carlos). Los pasos seguidos por el sector oficial ofrecieron una inmejorable ocasión para elevar voces contrarias al gobierno al impedir el ejercicio de los “sagrados derechos del pueblo”. En un mínimo espacio político –el registro apenas sobrepasaba cien electores–⁵² la presión oficial había llegado a extremos al amenazar a los propietarios por la vía del crédito público, y a los peones del Melocotón y La Consulta con balazos y prisión.⁵³ Hacia julio el clima era más tenso: frente al aumento de tarifas del Gran Oeste Argentino un nutrido grupo de empresarios –nativos y extranjeros– elevó un petitorio que atribuía el aumento a la “política sabia, previsora y patriótica del Dr. Juárez” reclamando al gobierno intervenir en el conflicto. Finalmente, la visita a la provincia de Ramón J. Cárcano y de Marcos Juárez dio la oportunidad para que jóvenes estudiantes del Colegio Nacional e “independientes” emprendieran una silbatina de marras en la estación del ferrocarril que terminó con una trifulca que incluyó al jefe de policía, Saturnino Torres –que defendía a los jóvenes– y el intendente de la capital, el Dr. José N. Lencinas, que comandaba una soldadesca integrada por peones municipales.⁵⁴ Pocos días después *El Debate* se hacía eco de las resistencias surgidas en provincias como Entre Ríos y San Juan, y después de manifestar que

la Convención del PAN había sido una “grotesca farsa”, saludaba a sus lectores anticipando nieblas por todos lados, días de agitación y de violencia revolucionaria.

En Mendoza los sucesos revolucionarios de Buenos Aires se vivieron en tensa calma.⁵⁵ Sin embargo, conocida la renuncia de Juárez las calles de la ciudad fueron el escenario de movilizaciones que fueron acompañadas de discursos a cargo de los principales oradores de la oposición en la principal tribuna cívica como la plaza Cobos (después San Martín) y la Alameda.⁵⁶ Cívicos y civitistas confluyeron en la escena: las vivas a Alem se confundían con las vivas a Pellegrini y a Roca. En aquella oportunidad Agustín Álvarez repasaría minuciosamente cada uno de los síntomas de la “patología política” que a su juicio afectaba la vida política argentina de 1890:

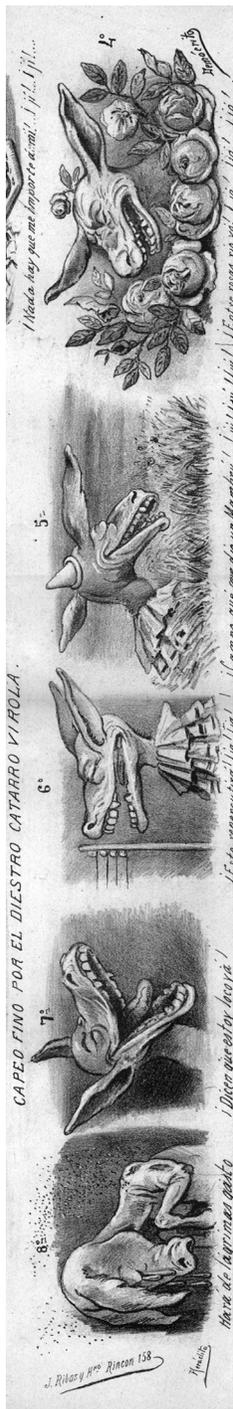
El servilismo sistemático erigido en programa de gobierno... la prensa independiente enmudecida a palos... la oligarquía de familia dedicada a la explotación inicua de la nación entera; las autonomías provinciales enfeudadas en el *Unicato*; los representantes del pueblo enmudecidos por la unanimidad sistemática y regimentada. Muertos los partidos de principios habíales sucedido el personalismo en su forma más repugnante y torpe. La ineptitud más desesperante, la avaricia más insaciable, la inmoralidad más descarada, los más ruines rencores de aldea, se encarnaron en un hombre, y ese hombre era presidente de la República y jefe único del partido único que existía... Señores lo que acaba de caer no es un gobierno propiamente dicho; es la orgía oficial del servilismo. Rotas las barreras de la moral, las pasiones innobles se desbordaron y la fiebre del oro se aprovechó de la bestia humana.⁵⁷

Frente a las desviaciones y vicios del *Unicato* que obturaban el ejercicio de los derechos políticos de los que se resistían a enmarcarse entre los “incondicionales”, la prédica de Álvarez convergía entonces en una línea argumentativa que asociaba moral y política.⁵⁸

La política más allá del círculo: territorios en disputa

La impugnación al *Unicato* en los meses previos a la revolución porteña había servido a la reunión de los disidentes en un núcleo opositor que pronto iba a ganar vigor con el abandono de antiguos antonomistas a las filas de los cívicos. En efecto, días des-





pués la Unión Cívica realizó un acto en el Teatro Municipal donde Daniel Videla Correas anunció las bases de acción futura de la organización proclamando la libertad de sufragio. Pero si en el lenguaje de Álvarez la Unión Cívica enarbolaba la “honradez” como bandera y programa, la dinámica del nuevo partido adquiría un carácter distinto para aquellos políticos prácticos que, como los Civit, advirtieron modificaciones en el tablero político provinciano. Se dice que el viejo patriarca Francisco Civit evaluó en reunión con otros “caballeros” que la única manera de conservar las posiciones políticas que tenían era hacerse “cívicos” en cuanto se trataba de “un movimiento con impulsos de ciclón”.

La irrupción de la nueva agrupación dio lugar a una puja de posiciones entre los principales dirigentes del autonomismo provincial como Ortega y Lencinas que mantuvieron su fidelidad a Juárez hasta que conocieron su renuncia. Si el primero se mantuvo en los carriles del partido oficial y recompuso su relación con Roca, a través del Partido Nacional, la trayectoria de Lencinas se resolvió en términos diferentes al convertirse en referente del radicalismo provincial. Poco se sabe de las razones que lo condujeron a las filas de la Unión Cívica. En cambio su expulsión en 1891 como el reconocimiento de Alem de su liderazgo están mucho más documentadas al igual que el itinerario que lo condujo a elevarse como “caudillo popular”. La densa trama de conflictos que se suceden a lo largo de esos meses de convulsión social y política ofrece un cuadro de violencia en la experiencia política provincial que culminó en una nueva intervención nacional en enero de 1892.⁵⁹ No desarrollaremos aquí los pormenores de esa madeja de tensiones ni tampoco nos dedicaremos a revisar las negociaciones que condujeron al realineamiento de los cívicos moderados y las huestes conservadoras lideradas por los Civit que permitieron reconstituir la trama notabiliar del régimen político provincial a un ritmo de arbitraje semejante al registrable en el orden nacional. En su lugar hemos preferido perseguir algunos síntomas de ese tejido político en diferentes escenarios con el objetivo de examinar otros problemas y otros actores.

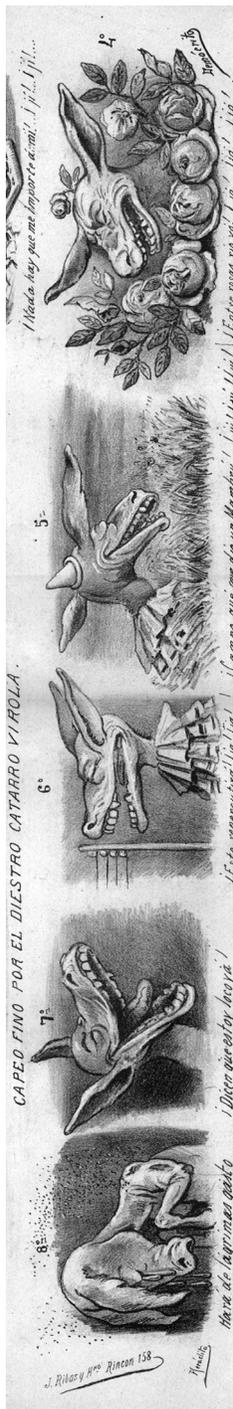
La renuncia de Juárez abrió el panorama de tal modo que condujo a realineamientos políticos de individuos y grupos en todo el territorio provincial. Las tensiones se hicieron visibles en diferentes escenarios. Algunos eran bastante convencionales, como la inscripción del registro en pos de los comicios de diciembre; otros, en cambio, eran más novedosos, como la apertura de comités por parte de los cívicos en localidades de la campaña.

En torno de los primeros veamos dos ámbitos diferentes: por un lado el distrito Capital y por el otro Luján. En el principal dis-

trito urbano, la confección del registro dio lugar a una serie de controversias. Los comicios debían celebrarse en diciembre de 1890 y Lencinas como intendente interino arbitró todos los medios disponibles para impedir la inscripción de los cívicos en las secciones proclives a garantizar el triunfo de Emilio Civit como jefe de la corporación municipal. Los sucesos transcurridos dan cuenta de la puja de posiciones en torno de los integrantes de las mesas de inscripción en las dos secciones de la ciudad: en septiembre el gobierno sustituyó los nombres propuestos por la corporación municipal por los jueces de paz, Manuel García de la sección este y Juan de Dios Seguel de la sección oeste. Mientras que el primero completó la inscripción de seiscientos ciudadanos en sólo dos domingos, Manuel García suspendió la inscripción en la sección a cargo a causa del desorden provocado por un puntero de Lencinas, Antenor Pereyra. El asunto no hubiera pasado a mayores si frente al pedido de arresto del susodicho los gendarmes y el jefe de policía hubieran cumplido con las órdenes del juez. Dar cumplimiento a la orden de arresto suponía para García que la fuerza pública se convertía en garante de la función desempeñada por los encargados de la inscripción como de los electores evitando con ello que el atrio se convirtiera en un “campo de batalla” haciendo imposible que “ciudadanos pacíficos” ejercieran el derecho a sufragar.⁶⁰ Impedir la inscripción era la estrategia diseñada por el gobierno elector de la ciudad. En efecto, entre octubre y diciembre los artificios coactivos transitaron por la pérdida de boletas, ausencia de integrantes de las mesas electorales y la pérdida de registros.

El cuadro resultante de la inscripción en una localidad de la campaña distó de lo ocurrido en Capital. En Luján la inscripción no dio lugar a inconvenientes que merecieran ser denunciados por la prensa opositora. El padrón alcanzó 407 inscriptos, número que superó a los electores de 1887 y 1881. Idénticas cualidades profesionales caracterizaban a los electores. La edad promedio de los inscriptos era de treinta y cuatro años de los cuales el 53,81 por ciento eran casados y más de la mitad declararon saber leer (56,27). Como en 1881 menos de la mitad de los inscriptos declaró habitar en el primer distrito (42,75); el 16,22 declaró vivir en el sexto, el 20 por ciento habitaba en el segundo y el quinto; muy pocos, el 4,42 por ciento, dijo vivir en el cuarto. Jornaleros y gañanes representaban más de la mitad del padrón; le seguían propietarios (23,83), comerciantes (6,14) y hacendados (5,41). Una discreta gama de oficios completaban el cuadro de profesiones de los inscriptos en Luján en septiembre de 1890 como agricultores, albañiles, carpinteros, capataces,





herrerros.⁶¹ En medio de ese universo anónimo de inscriptos emerge sin embargo un elenco regular de electores: algunos personajes como Marcelino Cejas o Tomás Maldonado eran electores corrientes de la villa desde 1873. Asimismo, y en contraste con lo ocurrido en la ciudad, es probable que la permanencia en la administración local de figuras como Pedro Nolasco Rosas, como subdelegado o jefe político, haya favorecido la notable movilización que refrendó la inscripción del registro a sólo cuatro días de su apertura.

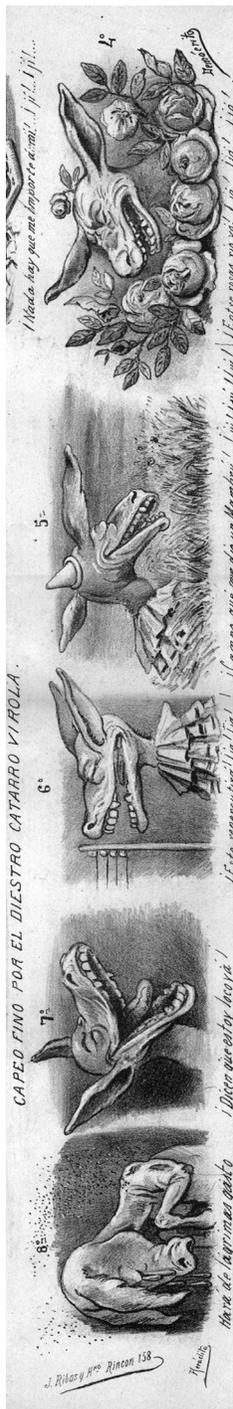
En Las Heras, una localidad de campaña, la organización del comité de la Unión Cívica dio lugar a trifulcas y amenazas de violencia. El incidente tuvo lugar el domingo 5 de octubre a las tres de la tarde en casa de Ramón Sifón cuando un reducido número de vecinos se aprestaba “a formar el Comité Cívico junto con otros ciudadanos por ser ese día el de la Organización de la U.C. en el departamento”. Todo parecía indicar que era una reunión entre propietarios dedicados a tareas rurales pero ninguno de ellos eran personajes expectables cuyos perfiles se hubieran elevado más allá de los márgenes del Algarrobal. Fue en ese momento cuando la casa fue invadida por una “gavilla de personas” que dijeron ser “orteguistas”. Los primeros en arrimarse fueron el jefe del Batallón 1 de Guardias Nacionales José G. Giménez, Carlos Blanco y el Capitán Castro, uno de los actores más visibles de la jornada insurrecta de 1889, que no tardaron en dar vivas a Ortega y Roca. Para el dueño de casa el griterío equivalía a provocación. De allí que respondió con otro grito: “¡Muera Ortega! ¡Viva la Unión Cívica!”. Entonces Giménez echó mano a su revolver a lo que Sifón respondió que no necesitaba arma alguna para darle unas trompadas. Ante semejante desafío Jiménez entregó el arma y cuando se aprestaban a medir fuerzas ingresaron a escena otros personajes dando vivas a Ortega y a Roca y mueras al gobierno de Guinazú. El perfil de los recién llegados era diferente: Juan Antonio Zapata y su hermano Abel eran importantes propietarios de la zona sumado cargos políticos en el departamento y en la Legislatura; José N. Gomensoro también era un personaje influyente: frecuentaba el círculo de Ortega desde 1880 como teniente coronel de la nación. Berutti, Correa y Amador Parejas aunque de importancia relativa no eran desconocidos para la gente del lugar. Hasta aquí el episodio aludido podría convertirse en un asunto banal dado que el sumario elevado al día siguiente por la denuncia de Sifón se resuelve en términos convencionales. Ningún argumento político se desprende de su lectura. La mayoría de los testigos que aportaron sus versiones de los hechos declararon conocer a los actores involucrados aludien-

do que la trifulca se debía a que los denunciados sólo estaban ebrios.⁶² Seguramente la injerencia social y política de los acusados pudo impedir o interferir una resolución judicial favorable para el denunciante. Aun así tres evidencias emergen de lo sucedido en la casa de Sifón: por un lado, en cuanto el juego político no se reducía los estrechos límites de los movilizados por acceder u ocupar los cargos electivos; por otro, el papel desempeñado por los enrolados en guardias nacionales;⁶³ finalmente, que la dinámica del poder territorial constituía las nervaduras del régimen de notables. Sería justamente por estos carriles donde se resolverían las tramas para nada invisibles de la lógica del poder local. En enero de 1892 cuando Lencinas y sus clientes más directos emprendieran el embate contra los miembros de la Legislatura que dejó como saldo varios muertos y heridos, un reducido grupo de personas pretendía asaltar la casa del subdelegado y la comisaría de Las Heras. Entre los acusados de atentar contra la autoridad se encontraba Salvador Laborda, el ex presidente del Club de Artesanos leales a Juárez Celman que había tenido un papel destacado en la revolución de 1889.

A modo de epílogo

Estas páginas han servido para revisar algunas características del espacio político provincial con el fin de examinar la dinámica del régimen de notables y las agrupaciones políticas entre 1889 y 1892. La trama conspirativa en la que se resuelve la denominada revolución de 1889 ha permitido matizar algunas convenciones sobre la capacidad del gobierno elector en el orden provincial entendido como mecanismo automático de una política dirigida “desde arriba”. En rigor, y como lo señalaron algunos contemporáneos, fue producto de la competencia entre individuos integrados al esquema de distribución y alternancia en los principales cargos electivos. Con esto quiero decir que la lógica del orden conservador suponía un movimiento de ida y vuelta en el que resulta tan relevante tener en cuenta la capacidad del poder central como la forma en que su influencia podía ser utilizada por los poderes locales. En nuestro caso Ortega y Civit buscaban por idénticos medios –opiniones y relaciones– el apoyo de dirigentes nacionales para dirimir su posición en el espacio político local. Asimismo, esas prácticas ponen de manifiesto la fisonomía de un mercado de influencias caracterizado por posiciones móviles de individuos y grupos en el interior de la estructura laxa del PAN. Los acuerdos que filiaban a los estables se traducían en negocia-





ciones muchas veces precarias pero indispensables para obtener apoyos o poner en marcha conspiraciones.

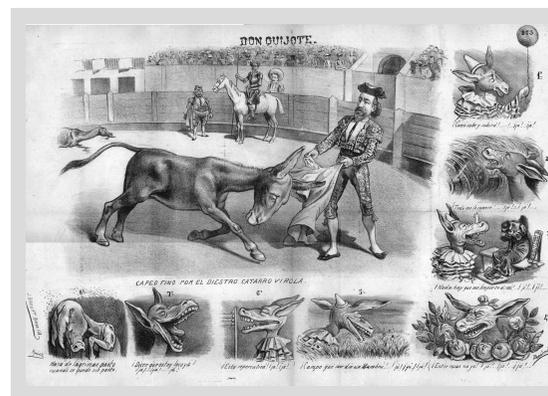
La lógica del círculo consistía justamente en la capacidad de conquistar o quitar adeptos, casi siempre personajes expectables de la política provincial. Resulta claro entender cómo el contexto de 1889 puso en duda la capacidad del gobierno de Benegas para imponer su candidato, aun contando con los recursos del aparato oficial. Es probable que esa situación se vincule con la escasa centralización administrativa que se visualiza con bastante claridad en una dimensión de la gestión provincial como la función de policía. El carácter poco profesional del personal, la inestabilidad de los funcionarios, las limitaciones de armamento y su vinculación con las guardias nacionales dan cuenta de que la injerencia del Estado era bastante limitada y que esta cualidad hacía posible las interferencias de los actores frente a las pretensiones centralizadoras del gobierno.

Aludir al contexto supone tener en cuenta situaciones que no se limitan ni a Mendoza ni a las cualidades de los actores involucrados en el conflicto. Si los planes de Ortega podían ser conocidos, el derrocamiento de Benegas no se explica tan sólo por la acción de un tosco coronel convertido en senador provincial después de haber ejercido la gobernación provincial. Allí se detectan los móviles de la disminución progresiva del capital político de Benegas y de su círculo en las que las críticas a la gestión se unían con las aspiraciones de los que habían sido excluidos o postergados de los cargos electivos al menos desde 1874. Resta explicar sin embargo las razones que movilizaban a otros sectores o actores sociales como los que se reunieron en el club de artesanos. Si en torno de ella pueden ensayarse conjeturas provisionarias —como por ejemplo el peso del reclutamiento militar y la reestructuración administrativa y policial—, la composición de los clubes juaristas supone un anclaje social y político que desmienten algunas versiones acerca de que las manifestaciones juaristas en la provincia eran resultado o producto de maquinaciones dirigidas desde Buenos Aires.

Con todo, la revolución de 1890 a pesar de reconocer un escenario eminentemente porteño habilita a pensar que las tensiones crecientes contra el *Unicato* se visualizaban más allá del espacio político de Buenos Aires. Las críticas y manifestaciones de protesta al poder del Único pudieron ser revisados en el caso mendocino con bastante nitidez. Las razones de esos simultáneos síntomas de oposición cívica dependían obviamente de situaciones locales y sociabilidades comunes organizadas en torno a posiciones regeneracionistas que unían moral y política. Pero si ese lenguaje que podía reconocerse en un espectro amplio que iba de Álvarez

a Lencinas podía reconocer filiaciones y tradiciones políticas comunes, el dilema de su efectiva difusión requería de un anclaje territorial que desde temprano se convirtió en escenario de disputa.

Lo último aunque no menos importante. Para cuando Agustín Álvarez consideraba que el juarismo había introducido una serie de novedades en la cultura política argentina que debía ser combatida por acciones morales y políticas, Julián Barraquero oponía severas críticas a la forma en que el gobierno provincial invadía jurisdicciones municipales que dialogaba con las de aquellos defensores de la tradición federal que elevaban sus voces contra la creciente centralización política y administrativa que introducía en un cono de sombras las autonomías provinciales.



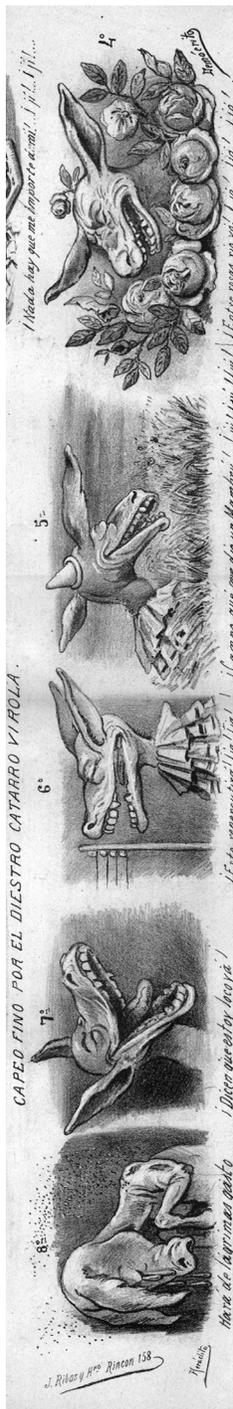
El Quijote, 16 de agosto de 1890.

Notas

¹ Tulio Halperín Donhi, *Proyecto y construcción de una nación. Argentina, 1846-1880*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984; Natalio Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1979; Natalio Botana y Ezequiel Gallo, *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Ariel, 1997.

² Ezequiel Gallo y Silvia Sigal, “La formación de los partidos políticos contemporáneos: la Unión Cívica Radical (1890-1916)”, en Torcuato Di Tella, Gino Germani, Jorge Graciarena y colaboradores, *Argentina, sociedad de masas*, Buenos Aires, Eudeba, 1971, p. 126 (1ª ed. 1965); Ezequiel Gallo, “Sociedad y política en la Argentina, 1870-1914”, en L. Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, t. X, Barcelona, Cambridge-Crítica, 1992, y “La consolidación del Estado nacional y la reforma política 1880-1912”, en *Nueva Historia de la Nación argentina*, t. IV, ANH-Planeta, 2001. Paula Alonso, *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años*





90, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, y “La política y sus laberintos: el Partido Autonomista Nacional entre 1880 y 1886”, en Hilda Sábato y Alfredo Lettieri (comps.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

³ *Archivo Familiar Panquegua*, Correspondencia de Lucas González a su hermano Carlos fechada en Buenos Aires, 1885 (en adelante AFP).

⁴ Hilda Sábato, “La revolución de 1890: prólogo o epílogo?”, *Punto de Vista*, año XIII, N° 39, 1990, y “El ciudadano en armas: violencia política en Buenos Aires (1852-1890)”, *Entrepasados. Revista de Historia*, año XII, N° 23, fines de 2002, pp. 149-169.

⁵ Natalio Botana, *El orden conservador...*, cap. IV. Además, “El federalismo liberal en Argentina: 1852-1930”, en M. Carmagnani (coord.), *Federalismos latinoamericanos. México/Brasil/Argentina*, México, Fideicomiso Historia de las Américas-Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 224-255.

⁶ Véanse respectivamente Lucio Funes, *Gobernadores de Mendoza. La oligarquía*, 2 t., Mendoza, Best, 1942 y 1951. Dardo Pérez Guilhou, “Repercusiones de Pavón en Mendoza (1859-1870)”, en *Pavón y la crisis de la Confederación*, Buenos Aires, Equipo de Investigación Histórica, 1965, pp. 561-590; “La revolución de 1889 en Mendoza”, *Revista de Historia Argentina y Americana*, N° 1-2, 1956-1957; “Mendoza y la crisis del 90”, *Boletín de Estudios Políticos*, N° 7, 1957; “Emilio Civit, el último de los notables”, en G. Ferrari y E. Gallo, *Del ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980.

⁷ Dardo Olgúin, *Dos políticos y dos políticas. Emilio Civit y José N. Lencinas. La oligarquía nacional y la democracia popular*, Mendoza, D'Accurzio, 1956; Benito Marianetti, *Mendoza la bien plantada*, Buenos Aires, Sílabas, 1972; Celso Rodríguez, *Lencinas y Cantón. El populismo cuyano en tiempos de Yrigoyen*, Buenos Aires, De Belgrano, 1979; Pablo Lacoste, *Poder y hegemonía en el oeste argentino*, 2 t., Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1990.

⁸ Tiburcio Benegas había sido electo en 1887 después de haber sido senador. Había llegado a Mendoza en 1880 desde Rosario como gerente del Banco Nacional, convirtiéndose en personaje influyente en el mundo de los negocios: suegro de Emilio Civit, devino luego uno de los pioneros de la vitivinicultura. Fueron sus ministros Juan Serú (Gobierno), Elías Villanueva (Hacienda), Carlos O'Donnell (jefe de Policía) después reemplazado por el doctor Agustín Álvarez. Vale recordar que el Ejecutivo provincial se acompañaba de un Consejo de Gobierno integrado por Elías Villanueva (ex gobernador), el coronel Rufino Ortega hasta su elección como senador, el abogado Agustín Videla (presidente del Tribunal de Justicia), Fabián Correas y el comerciante y financista Francisco Raffo. Durante su gestión se concreta un préstamo de la Cahen D'Anvers que sirvió a la creación del Banco de la Provincia de Mendoza, sociedad mixta, ejemplo fiel de un gobierno provincial sostenido por una figura de empresarios-políticos.

⁹ AGN-Archivo Roca, Legajo 1286 (en adelante AR) de E. García Merou a Roca, Mendoza, 7 de enero de 1889.

¹⁰ *Los Andes*, 1243 y 1249, “La Revolución” (en adelante LA).

¹¹ Ignacio H. Fotheringham estaba al tanto de lo sucedido por carta de Ortega y de Saturnino Torres para quien el 12 apoyaba a Ortega. Sin embargo, cuando el militar emprendió el camino a Mendoza desde San Juan para someter el movimiento después de informar a Racedo, ministro de Guerra, encontró en Guanacache al regimiento aludido. Son interesantes las percepciones que vierte sobre las personalidades de Ortega y de Benegas: mientras que del segundo opinaba que era un “hombre culto, afable y honorabilísimo. Demasiado suave y cultó quizá”, el perfil de Ortega se infiere a de un comentario casual: “Difícil fue hallar un baquiano: todos tenían un miedo atroz a Ortega”. Ignacio H. Fotheringham, *La vida de un soldado. Reminiscencias de las fronteras*, Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1999, pp. 473-476.

¹² El comisario Benjamín Palacios terminaba su pedido al entonces jefe de Policía argumentando que “hoy se ha presentado a este departamento el Capitán de línea N. Cambas reclamando al individuo Valdés detenido en ésta y no habiendo accedido a su pedido, prometió que encargaría a sus soldados usasen del mayor vigor posible con los vigilantes que encontrasen a su paso en la calle”. Archivo General Mendoza, Época Independiente, Carpeta 182, documento 70 (en adelante AGM).

¹³ Nótese el contenido de la “Proclama Revolucionaria” publicada por *Los Andes* en la que se destaca la noción de “opinión unánime” y el apoyo explícito al presidente Juárez entre otras: “El Partido Nacional Autonomista, que tan profundas raíces tiene en la República entera y que está vinculado a los gigantescos progresos alcanzados por esta joven nación, en los doce últimos años de su fecunda existencia necesitaba tener vías libres y desembarazadas, para la acción de sus nobles esfuerzos, y las necesitaba tanto más, cuanto en Mendoza, constituye la inmensa mayoría de la opinión. [...] Un sentimiento unánime de simpatía y de espontánea adhesión proclamaba en toda la extensión de la República, el nombre del Dr. Juárez Celman, como jefe único y verdadero, del partido que lo llevó al poder. [...] No obstante, en medio de ese consentimiento general, una voz se levanta para turbar tan espontáneo concierto de voluntades y esa voz era la del órgano oficial del gobierno de Mendoza, que discutiendo ese título que la opinión discernía al presidente de la República, buscaba en el concepto hiriente y en la intención mordaz, un desahogo de rencores, al parecer reconcentrados”. LA, N° 1242, 8 de enero 1889.

¹⁴ AR, Legajo 1285, de Isaac Chavarría a Roca, 30 junio 1888.

¹⁵ AR, Legajo 1285, de Benegas a Roca, 5 de noviembre 1888.

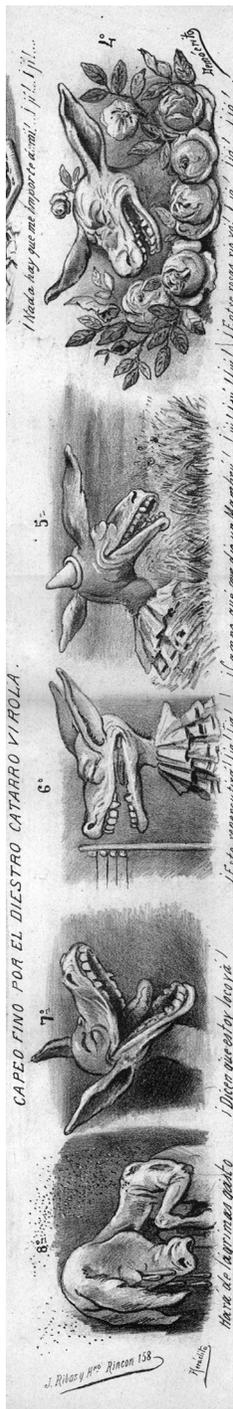
¹⁶ *Los Andes* no reconoce otra autoridad que Juárez Celman, que “por su ilustración y su carácter” es el jefe del partido; en oposición a *El Derecho*, “cuyo jefe distinguible es el Sr. Benegas”, LA, N° 1208, 25 de noviembre 1888 (“Criterio político”).

¹⁷ *El Derecho* (en adelante ED), N° 341; “Criterio político”.

¹⁸ ED, N° 343 y N° 357.

¹⁹ *Los Andes* juzgaba que mientras “El Sud-América, el *Censor*, el *Interior*, han honrado a Juárez Celman”, *El Derecho* tenía “una actitud





equilibrista” porque se trataba de un diario que pertenecía “al círculo oficial que domina la situación en Mendoza”. El ejemplo a seguir era el del *Interior* de Córdoba que ha sido “un soldado leal, digno representante del Partido Liberal Mendocino”, a diferencia de *El Derecho* “que ha desertado de su puesto” para rematar afirmando: “A los amigos dudosos preferimos los enemigos declarados”. *LA*, 1225 (“Opinión de la prensa”).

²⁰ *LA*, N° 1224 “Carta abierta”, de Héctor Quesada a Adolfo Calle.

²¹ De Benegas a Roca, 10 de diciembre de 1888, *AR*.

²² En esa ocasión Benegas argumentaba: “Me temo que el señor Quesada haya dado informes inexactos sobre la estimación que le tenemos al Dr. Cárcano los «hombres del gobierno», cómo él nos llama; pero confío, también, en la circunspección del Dr. Cárcano, quien ha dado, en todo momento, pruebas de seriedad y prudencia, para apreciar los sucesos que ocurren diariamente”. Es fácil advertir la fragilidad del argumento que pretendía justificar que no apoyar al candidato oficial, para Benegas, no suponía estar en contra: “Él comprenderá perfectamente que nuestra resistencia a ocuparnos tan prematuramente de la elección del Presidente, nace de los respetos que le debemos a Ud., y que él, más que nadie, se los guarda cumplidamente, y no de la mala voluntad que pudiera atribuirnos en contra suya. Cualquiera que nos inculpe propósito de favorecer con esta actitud a otras personas, falta a la verdad a sabiendas; porque yo no hago misterio con nadie en este asunto, y al que quiera oírme se lo digo, que esta cuestión no se moverá hasta tanto no llegue su oportunidad, y que yo no reconozco más influencia en la dirección de estos asuntos que la de Ud., con quien me he de entender, como se lo he dicho en otras ocasiones”, ob. cit.

²³ *AR*, Legajo 1285.

²⁴ El 30 de diciembre *Los Andes* se explayó sobre la personalidad de Benegas y adujo que era “desconocido hasta que fue gerente del Banco de Mendoza”. Lo definió como “buen financista que pretende ser buen político” aunque se trataba de ese tipo de “hombres débiles y faltos de carácter, se van con el primero del que se enamoran”. *LA*, N° 1236 (“El anillo de hierro”).

²⁵ Una resolución de 5 de enero en torno al control de los comicios sugiere que el gobierno esperaba que fuera el escenario del conflicto. El comisario de sección, Saturnino Torres, en uso del poder de policía, expresó: “La existencia de partidos hace temer que el libre ejercicio del voto público pueda ser coartado en el momento de la elección”, cit. por Pérez Guilhou, “La revolución de 1889 en Mendoza”, ob. cit., p. 354.

²⁶ *LA*, N° 1242, “Proclama revolucionaria” (reproducida como panfleto que circuló el 6 de enero)

²⁷ Carta de Ortega a Cárcano, 2 de enero 1889, en Agustín Rivero Astengo, *Juárez Celman 1844-1909*, Buenos Aires, Kraft, 1944, pp. 480-482.

²⁸ Carta de Roca a Juárez Celman, citado en A. Rivero Astengo, ob. cit., pp. 496-499.

²⁹ Véase B. Bragoni, *Los hijos de la revolución. Familia, negocios y poder en Mendoza en el siglo XIX*, Buenos Aires, Taurus, 1999.

³⁰ Aunque para otro período y con otros objetivos, aspectos ligados a las prácticas asociativas inspirados en el modelo de Aghulon, han sido abordados por la literatura histórica dedicada a examinar la política del siglo XIX. Véase a modo de ejemplo Pilar González Bernaldo, *Civilité et politique aux origines de la nation argentine. Les sociabilités à Buenos Aires (1829-1862)*, Publications de la Sorbonne, 1999 (edición en español por Fondo de Cultura Económica) y “Los clubes electorales durante la secesión del Estado de Buenos Aires (1852-1861): la articulación de dos lógicas de representación política en el seno de la esfera pública porteña”, en H. Sabato (coord.), *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*, México, El Colegio de México, 1999. Una aproximación al funcionamiento concreto de las “ligas” en el interior del PAN realizada a partir de liderazgos nacionales pertenece a Paula Alonso, “La política y sus laberintos: el Partido Autonomista Nacional entre 1880 y 1886”, en Hilda Sabato y Alberto Lettieri (coords.), *La vida política. Armas, votos y voces en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

³¹ Carta de Rufino Ortega a Cárcano, 2 de enero 1889, en A. Rivero Astengo, ob. cit., pp. 480-482

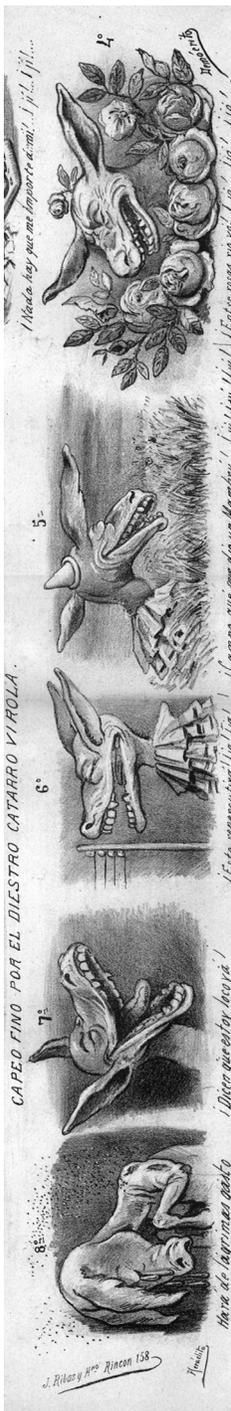
³² *LA*, N° 1237.

³³ El Comité Autonomista Nacional reconocía como presidente honorario a Miguel Juárez Celman y presidente local a Rufino Ortega. Así también como vice figuraban Manuel Bermejo y Nicolás Villanueva, hermano del senador Benito Villanueva, su tío Carlos González, ex gobernador 1863-1866 y líder del partido gonzalista en 1873 y 1874; el legendario empresario Domingo Bombal, varias veces gobernador. Como secretario figuraban Rodolfo Zapata, hijo del convencional constituyente de 1853, Martín Zapata que sus biógrafos lo ubican como rector del Colegio Nacional en 1913, Adolfo Calle, editor del *Eco de los Andes* durante los 70 a favor de Mitre y de González, Alejandro y Félix Suárez, Ramón Rodríguez y Nicasio Morales, un médico graduado en Buenos Aires, casado con una Guñazú e intendente de un distrito de campaña, 9 de Julio, por el autonomismo. Como vocales se encontraban el empresario Salvador Civit, hermano de Francisco y tío de Emilio, Melitón González, hermano de Carlos y otros conspicuos locales provenientes de linajes criollos o de inmigrantes tempranos como Lisandro Moyano, Abel Biritos, Pedro Lobos Amigorena, José Gibbs, José Mármol, Carlos y Tomás Evans, Francisco Alvarez (escribano público desde 1892 y gobernador en 1914 después de derrotar a Emilio Civit en elecciones reñidas, y depuesto por intervención de Yrigoyen), Alberto González Videla, E. Ruiz Huidobro, Benjamín Naraz y Olaquer Reinal.

³⁴ *AFP*, Correspondencia de Daniel a Carlos González desde San Rafael de 1885.

³⁵ Carlos González fue presidente de la Legislatura en 1891; Melitón y Sixto fueron diputados y electores de gobernador en 1893; en ese año Melitón y su consuegro Fernando Raffo fueron miembros de la Junta de





Crédito Público. En 1897 Carlos fue elector de Emilio Civit (el hijo de su viejo adversario Don Francisco); en 1899 Daniel González fue nombrado asociado del subdelegado del Departamento de 25 de Mayo para “practicar el inventario y avalúo de los capitales introducidos por el Coronel Ortega en las tierras que ocupa por ley del 14 de setiembre de 1874”, AFP, nota de Adolfo Calle al ciudadano Daniel González, 12 de diciembre de 1899). Véase Lucio Funes, *Gobernadores de Mendoza...*

³⁶ AGM, Época Independiente, Carpeta 452, documento 6. Querrela criminal y demando por daños promovida por subdelegado de San Carlos contra *Eco de los Andes*, 18 de marzo de 1874.

³⁷ Véanse respectivamente, *Guía de Comercio, Profesiones e Industrias. Centro de Suscripciones*, Mendoza, s/d; además, *Sumario levantado con motivo de desorden ocurrido en casa de D. Ramón Sifón*, Las Heras 7 de octubre de 1890. AGP, Época independiente, Carpeta 183, documento 23.

³⁸ LA, 1249 y 1246, aparecen denuncias contra Benegas sobre la propiedad de la imprenta de donde se difamaba a la Legislatura y que había comprado con recursos del banco.

³⁹ *Los Andes* publicó el telegrama enviado por Benito Villanueva a Ortega comentando los telegramas que enviaba Civit en el que le manifestaba que Civit “se siente desfallecer porque lo abandonan sus partidarios de ayer, pues los nombramientos del Banco Hipotecario demuestran que desde aquí se protege la candidatura de Ud.” En consecuencia, el nombramiento de funcionarios y la asignación de empleos se convertía en herramienta central de la pérdida o conquista de adhesiones.

⁴⁰ Vale considerar el testimonio de Isaac Chavarría al respecto: a fines de 1886 había comprado por consejo de Roca una finca en Maipú por la que pagó 285 pesos por cuadra; en julio de 1889 –confesaba– nadie se conformaba con menos 900 pesos por cuadra de simples potreros. En poco más de dos años el precio por cuadra se había casi triplicado.

⁴¹ En agosto de 1890 la puja entre Ortega y Civit seguía vigente. Nótese cómo Civit reconoce el conflicto pero deslinda a su modo los móviles políticos de los privados. En carta a Roca le expresa: “Por lo que hacer a su estado personal no le deseo mal alguno ni se lo haría tampoco, como para impedirle que arregle su situación financiera con el comercio y con los Bancos y para obtener los títulos de propiedad de Malargüe, cuya ley de concesión no olvido lleva al pie la firma de mi padre. Una cosa es la política y otra la situación personal de individuo, Ortega tiene mujer e hijos que no me han hecho daño y persiguiéndolo yo en sus intereses privados haría un mal inútil e injustificable a aquellos”, Sala VII, Archivo Roca, Legajo 1287.

⁴² Interventor Derqui a Roca, Sala VII, Archivo Roca Legajo 1286. Buenos Aires, 7 de febrero de 1889.

⁴³ Inmigrantes europeos, ferrocarriles (1885), estímulos oficiales a la producción vitivinícola (crédito y desgravaciones impositivas) se convierten en la tríada de la transformación económica y social de la provincia. Vale recordar que en 1869 la población de la provincia era de 65.413 habi-

tantes; en 1895 de 116.142 y en 1914 de 277.535. Entre 1860 y 1895 la población total de la provincia habría de aumentar en un 155 por ciento y, entre 1895 y 1914 un 139 por ciento. Asimismo, la producción de vinos se modificó sustancialmente: en 1888 Mendoza produjo 58.900 hectolitros de vinos y se importaron 713 mil hectolitros. En 1895 la producción local aumentó a 300 mil hectolitros y los vinos importados descendieron a 654 mil hectolitros; en 1899 decayó a 460 mil y la producción provincial alcanzó los 855 mil hectolitros (y a 776 mil la del resto de las provincias vitícolas). Véase Jorge Balán, “Una cuestión regional en la Argentina: burguesías provinciales y el mercado nacional en el desarrollo agroexportador”, *Desarrollo Económico*, N° 69, 1978, y Jorge Balán y Nancy López, “Burguesías y gobiernos provinciales en la Argentina. La política impositiva de Tucumán y Mendoza entre 1873 y 1914”, *Desarrollo Económico*, N° 67, 1977. Los nuevos avances habidos pueden verse en Richard Jorba y Beatriz Bragoni, “Empresarios-políticos y el control del Estado. Renovación en la elite y construcción de una economía regional en el marco nacional. Mendoza, Argentina”, *Historia y Geografía*, México, 1997. Beatriz Bragoni, “«Meritorios españoles, ejemplares nobles». Inmigración, redes y mercado: notas sobre la formación de emporios vitivinícolas en Mendoza, 1860-1940”, en A. Fernández y J. Moya, *La inmigración española en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1999.

⁴⁴ Escribía Guiñazú a Roca: “Quiero aprovechar esta oportunidad para rogar a Uds. en obsequio a los intereses de Mendoza por lo cual siempre tuvo Ud. sinceros afectos, por el bien de sus amigos, sin excluir mi interés personal, que influya Ud. con Benegas y Ortega, por un arreglo político entre ellos, pues no dudo que la palabra de Ud. en este sentido le será escuchada y respetada sin vacilación. Mientras tanto, yo no abandono el gran deseo de arribar a una verdadera conciliación con Benegas y los suyos, objeto al cual Uds. puede contribuir con positiva eficacia. Ojalá que por lo menos la mayoría de amigos de Benegas fueran como es él, porque todo había concluido satisfactoriamente conforme se lo he manifestado en persona. Parece que esos amigos no quisieran o no alcanzaran a colocarse en mi verdadera y especial posición, lo que siento muchísimo. AGN, Sala VII Archivo Roca, Legajo 1287.

⁴⁵ Como ejemplo de las adhesiones locales al juarismo pueden verse editoriales de *Los Andes* y del *Eco de Mendoza*; como también carta de los legisladores provinciales del 31 de mayo de 1889 y del mismo Ortega cursada a Juárez Celman en pleno embate de los cívicos del 17 de abril de 1890.

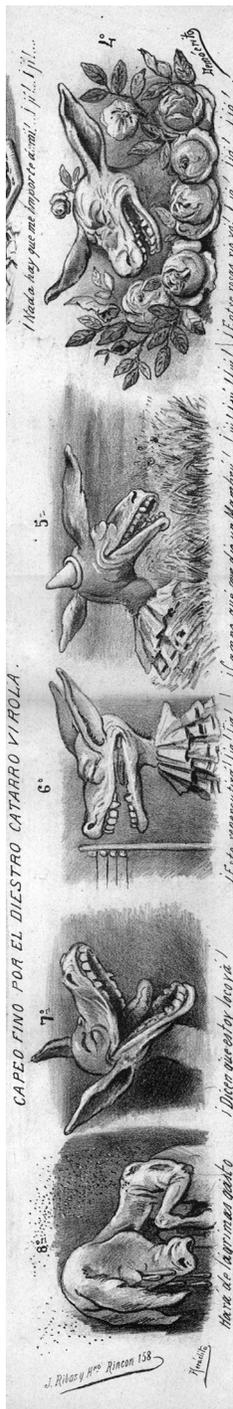
⁴⁶ *El Debate*, N° 40 (1 de mayo de 1890) Cabe agregar que la lista de adherentes no figura ninguno de los reunidos entre los agrupados en los clubes juaristas de enero de 1890.

⁴⁷ LA, N° 1626, 17 de mayo de 1890.

⁴⁸ En febrero de 1890 el fiscal público Dr. Marcos Flores inició querrela a los directores de *El Debate*, Juan de Rosas y Eduardo Tessaire, por publicar artículos contra el gobierno nacional. Según recuerdos de Lucio Funes, cuando se presentaron ante el juzgado del crimen fueron agredidos por el hermano del fiscal, comisario Jerónimo Flores y otros policías.

⁴⁹ Dante Ramaglia, *El pasado y el presente. Reflexiones sobre mo-*





ral, política y sociedad. *Antología de Agustín Álvarez*, Mendoza, Ediciones Culturales, 1998, pp. 13 y ss.

⁵⁰ El ejercicio periodístico de Álvarez se completaría años más tarde en *La Tribuna* como autor de varios folletos, agrupados luego bajo títulos sumamente ilustrativos como *Manual de patología política* y *Shout américa* (finalmente editados por José Ingenieros en 1915).

⁵¹ El subrayado es del original.

⁵² Se utilizó el padrón de 1887 que en apariencia no registraba la inscripción de los cívicos. Véase *LA*, N° 1645.

⁵³ *El Debate*, N° 47 (“La elección en 9 de Julio”), 24 y 25 de mayo de 1890. Aunque éste no sea el lugar para hacerlo, interesa destacar que la prédica periodística hace hincapié en la vulnerabilidad de los actores políticos. Cabe agregar que Lencinas era quien comandaba la fuerza pública.

⁵⁴ La silbatina continuó ante el almuerzo ofrecido por el gobernador al día siguiente. Véase Lucio Funes, ob. cit. Bajo el título “La juventud mendocina. Libertad de pitos”, los editores del *Debate* celebraron que “Mendoza tiene el insigne honor en estos tiempos de sometimiento universal y de postración cívica, de ser el único pueblo de la república que resiste por todos los medios prácticos a su alcance, el contagio y el ejemplo del servilismo”.

⁵⁵ El gobierno provincial dispuso el envío de tropas reclamado por el gobierno nacional. Sin embargo, el reclutamiento de guardias nacionales no fue sencillo. El jefe del Batallón 9, Juan A. Aguirre, informaba el 28 de julio al gobernador Guñazú que le resultaba imposible reunir a doscientos hombres del departamento a no ser que por su orden se proceda a sacarlos de sus casas. AGM, Época Independiente, Carpeta 491, Documento 84.

⁵⁶ Hicieron uso de la palabra el senador por Mendoza, doctor Zapata, Agustín Álvarez, José a. Salas y Pedro A. Guevara. El acto terminó con una manifestación que las crónicas señalan de cinco mil personas que se dirigió por calle Gutiérrez hasta la calle principal y siguió luego a la Alameda donde nuevamente se dirigieron encendidos discursos a cargo de Julio Leonidas Aguirre, Juan Serú y Pedro Julián Ortiz, quien afirmó que la caída de Juárez se debía a la acción de la Unión Cívica.

⁵⁷ Arturo A. Roig, “Los escritos juveniles de Agustín Álvarez”, en *Mendoza en sus letras y sus ideas*, Mendoza, Ediciones Culturales, 1996, p. 206.

⁵⁸ “No hay pues cuestión de principios que nos divida como dice el pontífice del PAN; en este terreno estamos todos de acuerdo, pero una exigua minoría de argentinos que no responden a ningún principio político, según su propio jefe, y han convenido tácitamente en tomar el gobierno de la República como casa comercial, partirse las utilidades, y han convenido también en designar con el nombre de patriotismo la profesión que ejercen; en llamar traidores a la patria a los que pretenden moralidad y honradez; y en impedir a todo trance por medio de la fuerza pública de que disponen, el ejercicio de todos los derechos políticos a todos los que no obedezcan al cabestro de la sumisión incondicional al Presidente del

PAN”. “Política contemporánea”, 1 de junio de 1890, *El Debate*, cit. por D. Ramaglia, ob. cit., p. 19.

⁵⁹ La historiografía ha señalado las condiciones de la fractura entre cívicos moderados y cívicos radicales o intransigentes donde Lencinas y su clientela adquiere un papel protagónico. Los sucesos aludidos se dieron en el marco de la gobernación de Ortiz cuando el legendario caudillo tenía alta injerencia sobre el gobernador, y obtenía importantes resistencias por parte de los miembros de la Legislatura. El conflicto dejó como saldo varios muertos y heridos. Al respecto puede verse Dardo Olgúin, *Dos políticos y dos políticas*; y Pablo Lacoste, *Poder y hegemonía...*

⁶⁰ AGM, Municipalidad Capital, Carpeta 140, Documento 72a y 72b. Cabe agregar que el nombramiento de los jueces de paz y decuriones, como de los suplentes, se había realizado a principios de 1890 bajo la administración de Benegas y de Fernando Raffo.

⁶¹ AGM, Época Independiente, Carpeta 211, documento 11.

⁶² Entre los ciudadanos que actuaron como testigos de lo sucedido se encontraban Jaime Capmany (oriental, mayor de edad, vecino del departamento) que declaró que “no iba a dejar que pelearan porque ambos eran amigos Sifón y Jiménez”. Ciro Segura (argentino, mayor de edad, casado, propietario y vecino del Algarrobal, agregó que Juan A. Zapata capitaneaba el grupo. Juan de Dios Castro, viudo, mayor de edad, argentino y nacido en el departamento, afirmó que en el acto de inauguración de la Unión Cívica, Jiménez se subió a la mesa dando mueras al gobernador porque estaba ebrio. Nicolás Vila, casado, mayor de edad, argentino y vecino del departamento, recordó que cuando llegaron los orteguistas atropellaron a “todas las personas que allí había”, y que por esa razón Ramón Sifón había respondido al embate con el grito de “¡muera Ortega!”.

⁶³ En agosto de 1891 los batallones de ciudad sumaban 5.183 plazas; los de la campaña 8.646 que se sumaban a los 3.509 de los regimientos. El total general era 17.338. Cabe agregar la distribución territorial de los mismos. En ciudad 5.183 distribuidos en cuatro batallones; Guaymallén y San Martín tenían dos; Belgrano, Las Heras, Luján y Maipú, Junín, Rivadavia, Chacabuco, La Paz y Carrizal uno; la organización de guardias en Lavalle, Tunuyán, Tupungato, 9 de Julio, 25 de Mayo, Coronel Beltrán y La Paz era por regimientos. AGM, Carpeta 492, Documento 69.



La crisis de 1890 y su impacto en el mundo del trabajo

Juan Suriano*

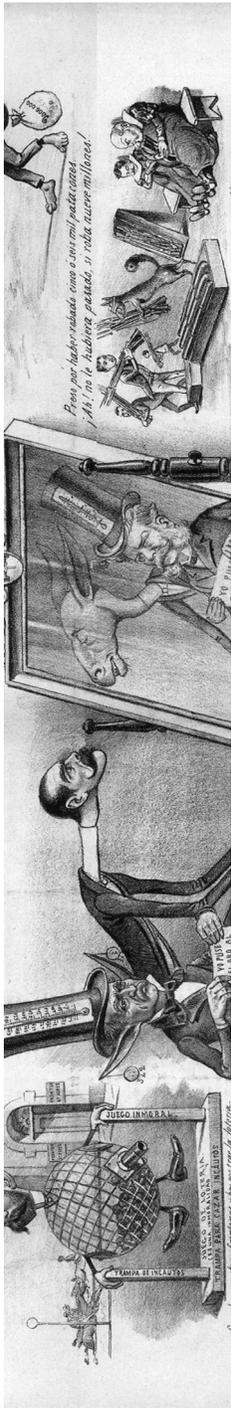
La crisis de 1890 significó un quiebre en las certezas que amplios sectores de la sociedad argentina tenían sobre un futuro pleno de bienestar y riqueza, y un manto de desánimo y pesimismo reemplazó y desplazó el optimismo, ciertamente exagerado, de los años 80 y los mismos hombres de Estado reconocieron esa gravedad. Como sostienen Natalio Botana y Ezequiel Gallo, “la severidad de la crisis económica introdujo cambios significativos en el discurso oficial. El lenguaje del progresismo económico fue reemplazado por una retórica donde las palabras habituales eran sacrificio y austeridad”.¹ Ese pesimismo también se irradió hacia el campo político donde radicales, roquistas o mitristas efectuaban lecturas diferentes y matizadas que los llevaban a diagnósticos y soluciones disímiles, aunque podían coincidir en la culpabilidad central del juarismo por los problemas suscitados durante su administración.

Los sectores vinculados a la economía y las finanzas, acostumbrados al enriquecimiento fácil y rápido, pasaron del asombro inicial al pánico provocado por el derrumbe de la Bolsa que podía implicar la caída en la pobreza de quienes habían amasado fortunas con la especulación. El malestar, el temor y la insatisfacción se trasladaron a una amplia gama de hombres (periodistas, funcionarios, escritores) que comenzaron a buscar en la crisis las claves de comprensión del país. Una crisis que era económica y política pero interpretada por muchos en una clave moral que ponía en tela de juicio las mismas bases sobre las que se había construido el Estado moderno.

La literatura de los 90, además de efectuar el registro social de esos años, reflejó esa lectura moralista en lo que se ha denominado “el ciclo de la Bolsa”,² una serie de novelas que intentaba desentrañar las causas del quiebre económico poniendo énfasis en la propia estructura económica y social y en el comportamiento moral de la sociedad. La más difundida de ellas fue, sin du-

* Universidad de Buenos Aires - IDAES, Universidad Nacional de General San Martín.





da, *La Bolsa* de Julián Martel, escrita a fines de 1890 pero publicada como folletín en el diario *La Nación* entre el 24 de agosto y el 4 de octubre de 1891, hecho que le otorgó una amplia difusión. Allí Martel ponía énfasis en quienes corrompían y trataban de apoderarse del país, intentando destruir las bases morales de los argentinos. Si bien la culpabilidad última de la crisis recaía en los judíos, símbolo del dinero y la especulación, valores opuestos al “honor, la nobleza, la nación, la religión”,³ echaba un manto de sospecha sobre otros sectores de la inmigración y, por lógica consecuencia, en los sectores populares:

A lo largo de la cuadra de la Bolsa... se veían esos parásitos de la riqueza que la inmigración trae a nuestras playas desde las comarcas más remotas... Turcos mugrientos...; charlatanes ambulantes...; mendigos...; bohemias idiotas...; madres embrutecidas...⁴

Claro que los culpables de la crisis variaban de acuerdo a quién formulara el diagnóstico y por supuesto la apreciación de Martel, sin duda compartida por muchos, era sólo una de tantas y no reflejaba una opinión unánime. Segundo Villafaña en *Horas de fiebre* compartía el enfoque moral al criticar la vorágine materialista que atravesaba la sociedad porteña y contraponía la audacia y la falta de escrúpulos imperantes en la superficial aristocracia local con el escaso valor adjudicado al mérito y la honestidad. A diferencia de Martel, Villafaña sostenía que la riqueza rápida y la excesiva especulación fomentada por el propio Estado a través de licitaciones y concesiones, perjudicaba a toda la población pero particularmente a los sectores más humildes quienes veían deteriorar sus salarios y aumentar desproporcionadamente el costo de vida (alquileres, alimentos), y enfocaba su crítica en la indiferencia de los grupos dominantes por la suerte de los sectores más pobres de la sociedad.⁵ La lectura de Villafaña sobre la crisis, aunque superficial, alertaba sobre el problema de la pobreza, un tema que también fue tomado en consideración por la prensa que, dando un paso más, comenzó a percibir los problemas provocados por la crisis en el mundo del trabajo.

Este desplazamiento de la preocupación moral de la elite a las preocupaciones por las consecuencias socioeconómicas de la crisis en el mundo del trabajo nos acerca al tema de este artículo centrado tanto en el impacto generado por la crisis entre los trabajadores y sus representaciones ideológicas, políticas y gremiales como en la percepción que ellos tenían de la misma. El supuesto central sostiene que la crisis afectó a los trabajadores y a

sus instituciones en varias direcciones:

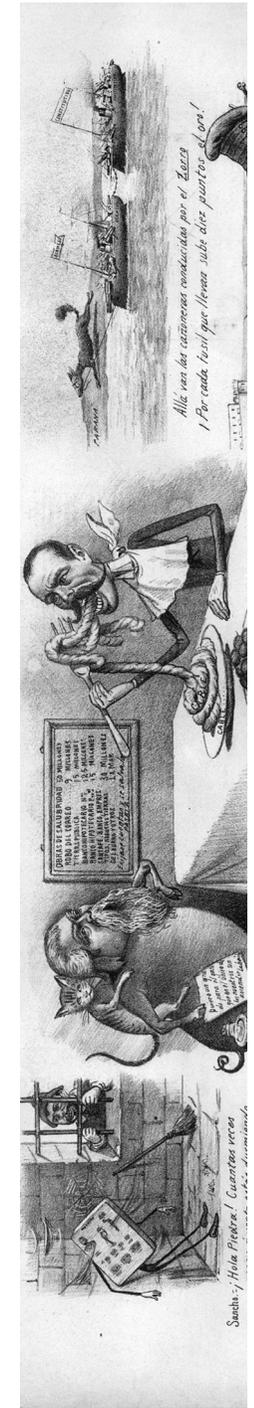
- 1) Los trabajadores fueron perjudicados materialmente por el aumento de la desocupación y por la baja del salario real.
- 2) Se interrumpió o, mejor, disminuyó por un tiempo (entre tres y cuatro años) el ciclo huelguístico y organizativo del movimiento obrero. Sin embargo, cuando a partir de 1893 se intensificaron las huelgas y el número de organizaciones gremiales, se produjo un salto cualitativo importante en relación a la década de 1880.
- 3) La transformación más relevante se relaciona al crecimiento y a cierta madurez alcanzada por las representaciones político-ideológicas de los trabajadores. Me refiero a cambios sustanciales producidos principalmente en el socialismo y también, aunque en un plazo más largo, en el anarquismo.

I

Los síntomas de la crisis entre los trabajadores comenzaron a evidenciarse desde la segunda mitad de 1888 cuando se inició el declive de la edificación privada. Durante 1891 las obras públicas sufrieron una paralización impresionante y se detuvieron de manera temporal grandes obras como la apertura de la avenida de Mayo, la construcción de los edificios del Correo, el Congreso y el puerto de Buenos Aires.⁶ Si bien no hay datos fiables, sabemos que las obras públicas y la construcción privada eran unas de las mayores fuentes de ocupación y la paralización de las obras debe haber implicado un incremento en los niveles de desempleo. En enero de 1891, antes de que se produjeran los mayores índices de desocupación, el Comité Internacional de la Federación Obrera de la República Argentina dirigió una presentación al presidente Carlos Pellegrini en la que manifestaba: “Deseamos sobre todo llamar la atención de Va sobre la inmensa multitud de proletarios que hoy viven aquí en Buenos Aires sin poder hallar trabajo”.⁷ La mayoría de los observadores tienden a ratificar el aumento del desempleo.⁸

Roberto Cortés Conde pone en duda la veracidad de los testimonios de época y sostiene:

...cuando la actividad económica se redujo como resultado de la caída de las importaciones, el exceso de oferta de mano de obra se compensaba con: a) el desplazamiento del personal desocupado al sector agrario por el incremento de la superficie cultivada, b) el desplazamiento del personal a las tareas es-





tacionales de la cosecha, c) suspensión de los flujos inmigratorios. Una vez dadas estas circunstancias se volvía a estabilizar el mercado de trabajo”.⁹

Ahora bien, esta forma de analizar la relación entre ocupación y desocupación puede ser correcta en el mediano y en el largo plazo, pero para la coyuntura de la crisis sin datos fehacientes de ocupación y desocupación es difícil sostener esta apreciación. En primer lugar porque parece incierto que el aumento de la superficie cultivada y de las cosechas correspondientes pueda haber absorbido la desocupación del sector urbano, suponiendo que quienes perdían su empleo pudieran acceder al trabajo agrícola. En el mismo sentido, la propia estacionalidad de las tareas agrícolas era un impedimento para equilibrar la caída del empleo urbano. Con respecto al flujo migratorio debería tenerse en cuenta en primer término que entre 1887 y 1889 el saldo migratorio fue impresionante, alcanzando las 450 mil personas, superando al acumulado durante la década anterior y saturando el mercado de trabajo. La caída del flujo migratorio a partir de 1890 puede haber evitado el aumento de la desocupación al moderar la oferta de trabajo pero es difícil que hayan bajado sus índices; además también es un claro indicio de la crisis: los inmigrantes no vienen porque hay escasez de trabajo y el aumento en el índice de retornos es también una evidencia de la crisis y de la desocupación.¹⁰ Por otro lado, una parte de los trabajadores extranjeros que arribaron a nuestro país entre 1890 y 1893 se encontraban ante la alternativa de quedar varados en el Hotel de Inmigrantes y vagar por la ciudad a la búsqueda de empleo o aceptar algunas de las pésimas propuestas de trabajo en el interior del país efectuadas por intermediarios que lucraban con la escasez laboral y la necesidad de los trabajadores.¹¹

En todo caso, en la versión más optimista podría sostenerse que se mantuvieron y hasta aumentaron los niveles de empleo agrícola pero, en sentido contrario, se produjo una fuerte caída del empleo urbano que afectó las condiciones de vida material de los trabajadores. En primer lugar a los salarios que tendían a estancarse debido a la sobreoferta de mano de obra. Las denuncias de las débiles e incipientes organizaciones gremiales se reiteraban constantemente: “Todos los patrones”, se sostenía desde la Federación Obrera, “aprovechan actualmente de la grande oferta de brazos, para sacar beneficios desproporcionados del trabajador”.¹²

Debido a la falta de series de salarios y de precios de artículos de consumo de primera necesidad entre 1880 y 1900, no es fácil determinar con cierta precisión qué ocurrió con los salarios reales en los primeros años de la década de 1890.¹³ Durante años

primó una versión historiográfica de carácter pesimista que sostenía que al menos hasta 1896 los salarios se habían deteriorado a consecuencia de factores monetarios. Esto es, se habría producido una devaluación del peso debido al aumento de la emisión monetaria como consecuencia del abandono del patrón oro. Esta situación habría provocado un fuerte aumento del precio del oro simultáneamente a la depreciación de alrededor de 60 por ciento del peso papel perjudicando a los trabajadores que vieron reducida su capacidad de gastos. Ésta es la argumentación básica desarrollada originalmente por el diplomático estadounidense William I. Buchanan y retomada por el dirigente obrero socialista Adrián Patroni.¹⁴ La investigación de Buchanan se basaba en una importante cantidad de datos sobre salarios y precios de artículos de consumo. Para el primer caso reunió información sobre un centenar de categorías laborales para los años 1886, 1890, 1892, 1894 y 1896; sobre artículos de consumo la información es mucho más fragmentaria. Sus conclusiones fueron retomadas por otros estudiosos del tema.¹⁵

Vale la pena recordar que existía en la época una creencia generalizada del deterioro del salario real y no sólo de los voceros obreros. Un diario insospechado de simpatías obreristas como *La Prensa* sostenía en 1895:

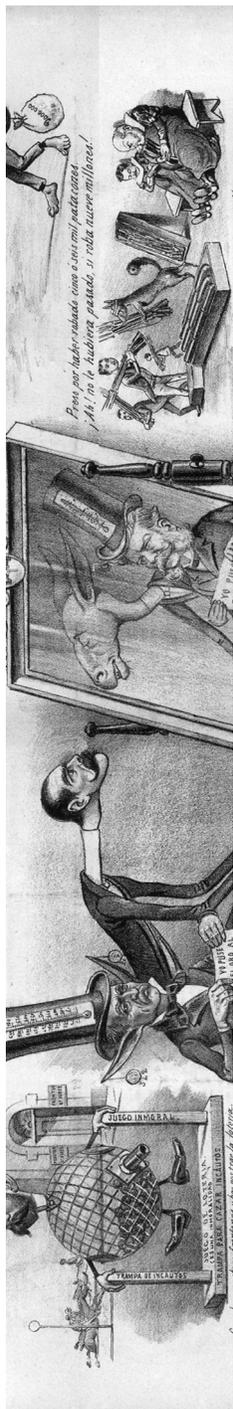
Pero donde el pobre obrero es más esquilado, es en las ventas al detalle: un café, un té, una copa, y de todos los demás artículos que costaban antes una cuarta parte más al negociante y una cuarta parte menos al consumidor, hoy en relación al valor de la moneda y sin variar la cantidad ni la calidad del artículo, le cuestan una cuarta parte más al consumidor.

De esta manera nuestra capital, que era hasta hace poco una de las ciudades donde la vida era más barata, va en camino de llegar a ser una de las más caras.

Pagando alquileres más caros que los que se pagan en París y Londres, y el pan, la carne y demás artículos de primera necesidad casi a los mismos precios que en dichas capitales, no podremos vanagloriarnos durante mucho tiempo de ser el primero y el mejor país de inmigración.¹⁶

Las apreciaciones de los historiadores pesimistas fueron criticadas por Cortés Conde, quien señaló con justicia que la falta de series continuas de salarios y la escasa fiabilidad y fragmentación de los datos sobre costo de vida imposibilitan efectuar conclusiones valederas sobre salario real en las dos últimas décadas del siglo XIX. Como contrapartida, propuso evaluar la evolución salarial a partir de las dos series continuadas y homogéneas que pu-





do reconstruir; por un lado, la de obreros no especializados de la administración pública (peones de policía) y, por otro, la de obreros de la alimentación (Bagley). Para conocer el poder adquisitivo de los salarios monetarios analizó datos parciales del consumo de alimentos y para algunos años de alquileres y vestidos.¹⁷ Sus conclusiones son diferentes a las del grupo pesimista en tanto sostiene que los salarios reales de los trabajadores crecieron en torno al 2,5 anual entre 1883 y 1899.¹⁸

Más allá de la notable seriedad del trabajo de Cortés Conde, de sus conclusiones tampoco puede efectuarse una lectura cierta de la evolución de los salarios reales en este período, en todo caso es también una referencia aproximada. Es difícil establecer la representatividad de los salarios de los obreros de Bagley y de los peones de la policía porque no conocemos (o conocemos mal) las series de otros oficios y ramas. La evolución en cada una de ellas no necesariamente siguió el mismo derrotero que los ejemplos analizados por Cortés Conde y, menos aún, pueden sacarse conclusiones a escala nacional. Y está la cuestión de las variaciones salariales a partir de la regularidad del trabajo, por ejemplo. ¿Cómo medir el salario real de quienes estaban sujetos a variaciones estacionales? Tampoco sabemos si la cantidad de horas diarias trabajadas se mantuvo constante y no disminuía en los momentos de escasez laboral afectando los sueldos mensuales. Por otro lado la comparación de la evolución salarial entre el trabajo de Cortés Conde y el de sus predecesores tiene el problema de que parten de años índice y fechas inicial (1883 y 1886) y final (1899 y 1896) diferentes. De esta manera, como ocurriera en la a veces rica, a veces infructuosa, polémica entre optimistas y pesimistas ingleses los resultados son notoriamente diferentes y no permiten llegar a conclusiones sólidas.¹⁹

Ahora bien, si los datos empíricos ofrecen tantas dificultades para medir el estándar de vida, los datos cualitativos (tanto si se lee *El Obrero* como *La Prensa* y *La Nación*) nos brindan una versión diferente en tanto se aproxima a la forma en que era vivida y percibida la crisis por los protagonistas (y por los contemporáneos).²⁰ Esas fuentes nos hablan casi abrumadoramente de un deterioro de las condiciones de vida de los trabajadores durante los años inmediatos a la crisis desatada en 1890.²¹ Es indudable que estas fuentes son subjetivas y se basan sólo parcialmente en las estadísticas, pero en este punto no se trata de medir sólo los aspectos cuantificables del nivel de vida de los trabajadores sino de tener en cuenta también aquellos aspectos de la existencia de los individuos que E.P. Thompson denomina “imponderables”, que no pueden medirse a través de los datos y se relacionan a la salud, al ocio, a las formas

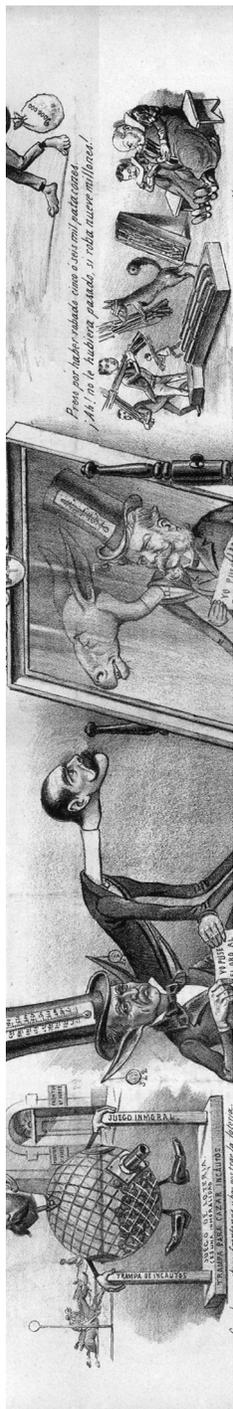
de habitar, a las maneras de percibir la propia existencia, en definitiva, a la calidad de vida.²² Y en situaciones de crisis, como bien sabemos por la experiencia reciente de nuestro país, la calidad de vida puede deteriorarse con suma rapidez y los trabajadores pueden resignarse o vivir estas situaciones como una suma de agravios a su propia dignidad. Así se desprende de la carta que el trabajador José Wanza enviara desde Tucumán a *El Obrero* en septiembre de 1891. Austríaco de nacimiento, llegó a la Argentina seducido por la propaganda de los agentes argentinos en Viena quienes “hacían descripciones tan brillantes de la riqueza del país y del bienestar que esperaba aquí a los trabajadores, que a mí con otros amigos nos halagaron y nos vinimos”. Pero una vez en Buenos Aires no encontraron ocupación y fueron alojados en el Hotel de Inmigrantes “una inmundicia sucia, [y] los empleados nos trataron como si hubiésemos sido esclavos. Nos amenazaron de echarnos a la calle si no aceptábamos su oferta de ir como jornaleros para el trabajo de las plantaciones en Tucumán”. Narra luego las penurias del viaje, el maltrato recibido al arribar a aquella provincia, el hacinamiento de sus nuevas viviendas y las formas de sujeción obligatoria al empleo a partir de la retención salarial de los primeros meses de trabajo y las deudas contraídas en los almacenes de la empresa.²³ ¿Cómo medir el salario real en casos como éstos?

II

Entonces, los datos empíricos, especialmente los cualitativos, sugieren que la crisis económica de 1890 implicó el aumento de la desocupación, el deterioro de los salarios y un empeoramiento en las condiciones de vida material y en la calidad de vida de los trabajadores. Aspectos, todos, importantes a la hora de analizar el rumbo de los conflictos obreros, el surgimiento y la consolidación de las ideologías contestatarias durante los 90, puesto que la intensificación de la explotación fue generando un clima de malestar entre los trabajadores que veían frustradas sus aspiraciones de mejoramiento material.

El mundo de los trabajadores urbanos no era hacia 1890 un colectivo con identidad de clase. Se conformó en las décadas de 1870 y 1880 en una sociedad con altos niveles de movilidad social y cuyas características eran escasa dimensión, heterogeneidad, dispersión, multiétnica, ausencia de instituciones propias y una escasa y casi nula organización gremial.²⁴ Además, “se desarrollaba preferentemente en pequeños talleres, que tenían muchas veces un régimen de explotación familiar de la mano de obra





en los cuales frecuentemente el patrón trabajaba a la par de sus empleados. Las excepciones eran las grandes obras de construcción, los ferrocarriles, los puertos y los transportes urbanos”.²⁵ En esos pequeños talleres y establecimientos industriales las relaciones entre obreros y patrones (muchos de ellos recién improvisados como tales) se desarrollaban de manera poco conflictiva debido a la escasa distancia entre unos y otros y, a veces, por las redes parentales y sociales (paisanos) que los vinculaban. Muchos trabajadores calificados, especialmente aquellos que eran propietarios de sus herramientas, no sólo se percibían a sí mismos en una escala jerárquica superior a sus colegas no calificados sino que aspiraban a convertirse rápidamente en patrones. Por otra parte, como sostiene Ricardo Falcón, no eran pocos los que preferían el trabajo a destajo en función de la aspiración de ahorrar dinero, ya sea para encarar su propia empresa o para enviar ayuda económica a sus familiares en Europa.²⁶

No es casual entonces que durante ese período, caracterizado además por salarios relativamente altos y un mercado de trabajo demandante, los conflictos gremiales y la organización obrera hayan sido poco significativos. Los movimientos de protesta fueron episódicos y aislados al comienzo: algunas huelgas protagonizadas por yeseros, sombrereros, panaderos y cocheros en el primer lustro de la década del 80. Durante el segundo se crearon los primeros sindicatos: sin olvidar la Unión Tipográfica (1878), en 1885 apareció la Internacional de Obreros Carpinteros, Ebanistas y Anexos, un año más tarde la Sociedad de Resistencia de Obreros Panaderos, primer gremio organizado por los anarquistas. En 1887 se formó La Fraternidad de Maquinistas y Foguistas y comenzaron a organizarse algunas ramas aisladas de ferroviarios y obreros de la construcción. Fueron estos gremios los que orientaron las primeras huelgas importantes realizadas en la Argentina, generalmente en demanda de aumento salarial, reducción de la jornada laboral y mejoramiento de las condiciones de trabajo. En efecto, albañiles, panaderos, ferroviarios y carpinteros, entre otros, realizaron cerca de treinta huelgas entre 1887 y 1889.²⁷ Precisamente durante este último año, bajo los primeros síntomas de la crisis, se produjeron varios conflictos en busca de recomponer un salario que se deterioraba notoriamente después del abandono de la paridad con el oro: fueron a la huelga seis mil albañiles, varias seccionales de ferroviarios y tres mil obreros carpinteros que pudieron vencer la resistencia patronal pues, según la explicación de Oddone “...a pesar de la crisis que ya hacía estragos en todos los ramos de la industria y el comercio, aún no había exceso de mano de obra en el rubro carpintería, y los huel-

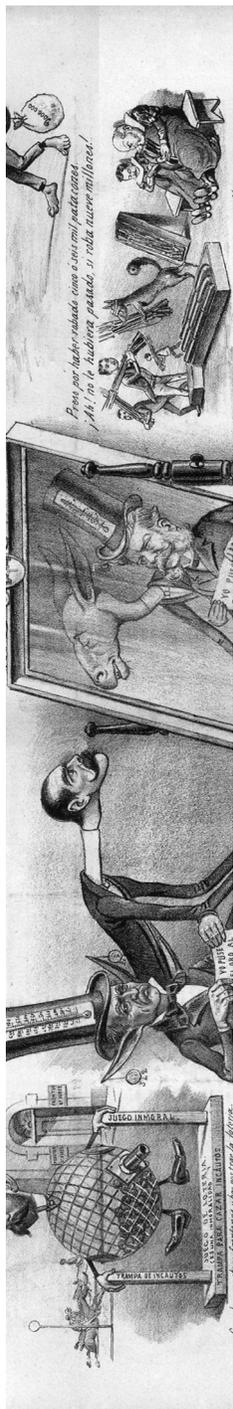
guistas obtuvieron un completo triunfo”.²⁸

La profundización de la crisis que generó la paralización de las obras públicas, la caída del empleo en la construcción privada y en algunas zonas de la incipiente industria, condujo lógicamente, más allá de la disminución del flujo inmigratorio, a un mercado de trabajo con una importante sobreoferta de mano de obra. Esta situación repercutió sobre la intensidad que estaba adquiriendo el movimiento huelguístico, deteniéndolo, y los pocos conflictos que se llevaron adelante entre 1890 y 1893 reflejaban la situación de recesión, pues los reclamos apuntaban a evitar despidos, frenar la baja salarial o al pago de jornales atrasados.

Hacia 1894 la situación comenzó a modificarse aunque la crisis aún hacía sentir algunos efectos. Ese año empezaron a cambiar las reivindicaciones que ahora se orientaban a exigir aumentos salariales, la jornada de ocho horas que los yeseros y pintores obtuvieron en 1895 y motivó a los albañiles a iniciar una larga lucha en ese sentido o la eliminación del trabajo nocturno, tema que generó uno de los conflictos más resonantes de ese momento. Los panaderos, estimulados por la presentación de un proyecto del concejal Pittaluga al Concejo Deliberante en 1894 por el cual se suprimía el trabajo nocturno, comenzaron una fuerte campaña a partir de la edición de *El Obrero Panadero* en septiembre de ese año.²⁹ La iniciativa no fue apoyada y en diciembre de 1894 los panaderos iniciaron la huelga por la eliminación del trabajo nocturno que duraría tres meses y alcanzaría un inusitado grado de adhesión. Si bien la huelga logró algunos éxitos parciales, terminó derrotada. No obstante fue un conflicto notable por su repercusión, su duración, la cantidad de adherentes (alrededor de dos mil trabajadores) y las novedosas tácticas empleadas por los huelguistas, que incluían entrega de pan gratuito a hospitales y asilos.³⁰

Entre 1894 y 1896 se produjeron 58 huelgas que involucraron a alrededor de 70 mil trabajadores, y terminaron triunfantes 26 de ellas. El núcleo impulsor estaba compuesto por los ferroviarios, estibadores, albañiles, carpinteros, pintores y panaderos. El 83 por ciento de las huelgas se llevó a cabo en la Capital Federal (frente al 94 por ciento de la década del 80).³¹ En 1894 se produjeron trece huelgas de las que participaron alrededor de 27 mil obreros. En 1895 las huelgas aumentaron su intensidad, se perdieron 629 jornadas de trabajo y si bien disminuyó el número de huelguistas a 24 mil, aumentaron a diecinueve los gremios que paralizaron tareas, entre los que se destacaban marineros, panaderos, pintores, estibadores, peones del puerto, sastres y cocheros de tranvías.³² En 1896 se produjeron veintiséis huelgas en las que participaron alrededor de 25 mil trabajadores, perdiendo 548





días de trabajo. Más de la mitad de los conflictos estuvieron destinados a obtener la reducción de la jornada laboral y en menor proporción el descanso dominical, la abolición del trabajo a destajo y aumento de salarios.³³ Se destacan entre ellos el de los constructores de carruajes que obtuvieron la jornada de ocho horas y otra vez los panaderos; pero el conflicto más importante de todo este período, por su impacto directo en la economía del país, es el que llevaron adelante los mecánicos del ferrocarril, particularmente de los talleres Sola y Tolosa, que iniciaron un movimiento por la reducción de la jornada laboral que terminó extendiéndose a todo el gremio, en lo que parece haberse constituido como la primera huelga general a nivel de una rama de actividad.³⁴ Más de 10 mil trabajadores ferroviarios participaron de la huelga que, después de tres meses de lucha, con fuertes enfrentamientos con la policía y los custodios de la empresa, terminó con la derrota de los trabajadores pues las empresas recurrieron a cientos de obreros contratados directamente en Italia (“langostas”) para reemplazar a los huelguistas.³⁵

El crecimiento del movimiento huelguístico no fue sólo numérico sino también cualitativo, tanto por el aumento del número de organizaciones gremiales y la participación creciente de socialistas y anarquistas como por el tipo de demandas (jornada de ocho horas, abolición del trabajo a destajo y del empleo nocturno). El malestar económico y social provocado por la crisis está en la base de ese movimiento y de la misma constitución de un colectivo con una identidad común, que también se relaciona a cambios vinculados a un proceso de cierta concentración de la incipiente industria urbana iniciado en realidad a mediados de los 80, “que dio lugar a industrias más grandes, con efectivos más importantes y una mayor capacidad productiva”.³⁶ La crisis profundizó este proceso al afectar y provocar el cierre de numerosos talleres y fábricas pequeñas cuya consecuencia inmediata fue una disminución de establecimientos industriales y el aumento de asalariados. Este proceso de transformación industrial, sumado al crecimiento de la actividad gremial, condujo a los patrones a la necesidad de imponer la disciplina colectiva de los trabajadores en los lugares de trabajo que implicó, después de 1890, la generalización de los reglamentos. En ellos se especificaban las reglas que los trabajadores debían observar durante la jornada laboral: respeto de los horarios de entrada y salida, prohibiciones (fumar, ir al baño reiteradamente, recibir visitas, etc.), multas y despidos por incumplimiento de los reglamentos.³⁷ Sin duda, esta situación implicó el aumento de la coerción y la explotación que, a la vez, potenció la actividad sindical y el crecimiento y la redefinición de los grupos

de izquierda que operaban en la sociedad urbana de entonces.

III

La crisis tuvo el efecto de una divisoria de aguas en una izquierda que durante la década del 80 estaba compuesta por pequeños grupos anarquistas y socialistas, integrados casi exclusivamente por activistas extranjeros que estaban insertos en una sociedad donde los extranjeros eran la mitad de la población y trasladaban aquí sus polémicas “europeas”, pensando escasamente en la transformación de la sociedad argentina, aunque ya en ese momento anarquistas y socialistas comenzaban a disputarse el control del embrionario y pequeño movimiento obrero. Los efectos de la crisis y el aumento del consecuente malestar obrero provocaron entre los dirigentes de ambas tendencias (mucho más en el socialismo que en el anarquismo) una mutación en las formas de interpretar la sociedad argentina. Esa transformación en la interpretación incidiría sobre el proceso de organización gremial y político en tanto, a partir de este momento, estos grupos comenzarían a manifestar un cierto arraigo en el mundo del trabajo.

En el caso del socialismo, en 1882 a iniciativa de los alemanes Gustavo Nocke y Carlos Mucke se fundó en Buenos Aires el Club Vorwarts con el objetivo de cooperar a la realización de los principios y fines del socialismo influenciado por el Partido Social Demócrata (PSD) alemán. Cuatro años más tarde el suizo José Winiger editaría el diario del club con el mismo nombre. Si bien contribuyeron a la incipiente organización gremial y huelguística, el extremo apego al PSD alemán y su sello idiomático se convirtieron en una fuerte limitación tanto en la comprensión de la sociedad argentina como en la captación de los trabajadores.³⁸

Más allá de los límites del Club Vorwarts, su iniciativa fue esencial para la organización del Comité Internacional Obrero (CIO) y para la convocatoria del acto del 1 de Mayo de 1890 a partir de las directivas emanadas del congreso de la II Internacional efectuado en París en 1889.³⁹ Al acto realizado el 1 de Mayo en el Prado Español asistieron algo más de mil personas (en su gran mayoría extranjeros) y cerca de treinta instituciones entre las que se encontraban organizaciones obreras y políticas (republicanos italianos) pertenecientes centralmente a Buenos Aires y unas pocas provenientes del interior de la provincia.⁴⁰ El acto fue importante en tanto implicó la primera demostración pública obrera de carácter político y porque marcó el punto de partida de la que sería en adelante la conmemoración obrera más importante.⁴¹

Tengo la impresión de que 1890 es un año clave en la formación y configuración del movimiento obrero argentino, fuerte-





mente cosmopolita, moldeado por anarquistas y socialistas. Confluyen en este proceso dos movimientos: uno interno relacionado a la crisis económica que activaría a partir de 1893, una vez paliados los efectos más duros de la recesión, las huelgas, y otro externo que, como un eco del socialismo europeo y de la Segunda Internacional, confluía en la celebración del 1 de Mayo, la creación de Federación de Trabajadores de la República Argentina a fines de 1890 y la aparición en ese mismo momento de *El Obrero*,⁴² periódico socialista editado por Germán Ave Lallemand, quien como señala Horacio Tarcus fue en ese momento el verdadero introductor del marxismo y los “conceptos marxistas” en la Argentina.⁴³ Aunque el impulso organizativo decayó rápidamente tanto por el efecto de la crisis como por la revolución de julio, ya unos meses después volvieron a ponerse en marcha los grupos socialistas.

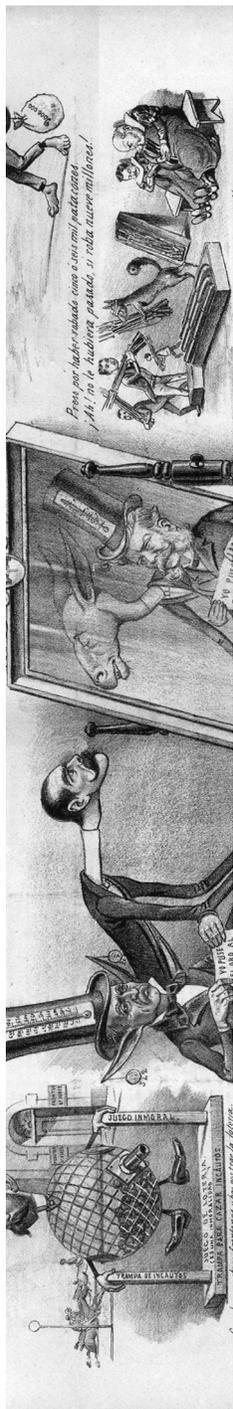
En este punto conviene detenerse en el análisis de *El Obrero* pues significó un quiebre con respecto al *Vorwarts*.⁴⁴ En principio, se trató de un periódico en el que se prestó especial atención a la realidad social, política y económica local no importa cuán acertada haya sido esa lectura y cuán apegado estuviera a la ortodoxia marxista prevaleciente en la socialdemocracia alemana.⁴⁵ Esa atención recaía en diversas cuestiones: la actividad parlamentaria, los discursos presidenciales, las elecciones, las propuestas políticas partidarias, el funcionamiento de los regímenes municipales, la legislación protectora del trabajo, las tarifas aduaneras, la naturalización de los extranjeros o la administración de justicia. En segundo término, como sostiene Julio Godio: “El periódico eludió el economicismo simplista y se lanzó a organizar el movimiento obrero desde la teoría y la política” con el objeto de desarrollar un movimiento gremial y un núcleo obrero capaz de conformar un partido socialista.⁴⁶ Por último, comenzaba a aparecer la preocupación por interpretar y llevar adelante una lectura más profunda y original de los problemas sociales, económicos y políticos locales. Y si ello mucho se debe a la perspicacia y al interés de Ave Lallemand, otra vez debemos recalcar el impacto provocado por la crisis en las apreciaciones del periódico que, en lugar de leerla en la clave moral efectuada por la elite, buscará las causas a través de “la develación de las fuerzas económicas ocultas”.⁴⁷

En su primer número publicaba un artículo titulado “La crisis económica y financiera” en donde, según Ratzer, “se partía de acontecimientos obreros argentinos. A diferencia de los anteriores grupos internacionales, afectados por un crónico espíritu doctrinario, a diferencia incluso del Club Vorwarts, la nueva hoja marxista tenía cabal noción sobre la existencia de un proletariado con arraigo

en la vida nacional. Hacía pie firme en los principios, enarbolaba las verdaderas condiciones en que se movía la clase trabajadora en el país”.⁴⁸ Es cierto que la apreciación de Ratzer es exagerada (¿cuál era en ese momento “el proletariado con arraigo en la vida nacional”?) y está teñida por su rescate del socialismo científico de Lallemand y su crítica al socialismo “reformista” de Juan B. Justo. No obstante no carece de pertinencia la idea de la lectura socialista de la realidad local como algo novedoso. Puede decirse que la crisis (y la revolución del 90) produjo una primera aproximación a la “nacionalización” del movimiento obrero no en el sentido de llevar adelante reformas republicanas, sino en el descubrimiento de las peculiaridades de la sociedad local y en la necesidad de trascender el marco de organización étnico-nacional.

En la nota editorial inaugural, denominada “Nuestro programa”, escrito por Lallemand, tras aclarar su adhesión a la doctrina marxista, efectúa un análisis histórico de la Argentina a la luz de la crisis y de la revolución del 90. Sin matices, remarca el predominio del “caudillaje” hispanoamericano a lo largo de todo el siglo XIX y su persistencia después de la sanción de la Constitución Nacional a partir de la implementación de un régimen electoral corrupto y clientelista. Con mayor agudeza, aunque con un marcado tono evolucionista,⁴⁹ analiza la incorporación al mercado internacional y la conformación de la Argentina como país capitalista; los aspectos civilizadores que incorporaron “echando sus capitales sobrantes a este país, tras de cuyos capitales han venido siguiendo muchos miles de obreros y trabajadores en busca de mercado en que podían vender su fuerza de trabajo”. Pero, a su juicio, falló la alianza de esos capitales internacionales con una oligarquía que “infringió arbitrariamente las leyes capitalistas, o sea de la sociedad democrático burguesa, convirtiéndose el Unicato incondicional en un absolutismo insufrible y absurdo”. En una lectura mecanicista se sostenía que el capitalismo acosó al gobierno a través de la Bolsa por medio del agio, la especulación y el aumento del oro, llevando el país a la bancarrota. Para Lallemand, aun cuando se lamenta de que en el movimiento de julio no hayan participado los trabajadores, la reacción de la Unión Cívica era considerada progresista e implicaba una acción correctora del proceso económico puesto que reflejaba la acción civilizadora del capital y “el régimen puro de la sociedad burguesa” y, aunque fue derrotada, consideraba su triunfo como un hecho inminente. “Comienza pues en este país la era de la dominación pura burguesa” y se cumplía así la “ley fundamental del materialismo histórico” que permitiría luego del triunfo del régimen democrático burgués el advenimiento de la sociedad socialista. Para ello la clase trabajadora argentina debía





organizarse gremial y políticamente.⁵⁰

Por supuesto, en el análisis de Lallemand se desliza una interpretación mecanicista de la sociedad argentina a partir de una, también mecanicista, lectura de la obra de Marx. Sin embargo resulta interesante y nuevo en el campo de la izquierda argentina, especialmente si se la compara con las chatas miradas del anarquismo,⁵¹ el intento de efectuar un diagnóstico de la crisis y comprender los factores presentes en ella: el rol de la herencia hispana, la persistencia del caudillismo, la política fraudulenta y clientelar, el capital internacional como factor de progreso social y de crecimiento económico, la constitución de una oligarquía que enquistada en el poder entra en colisión con el capitalismo internacional y la diferenciación de un sector burgués popular representado por Leandro N. Alem y la Unión Cívica que lleva adelante un enfrentamiento con la burguesía oligárquica.

El aspecto más interesante en las conclusiones de Lallemand se refiere a la participación política de la clase obrera y a la creación de un partido: “La lucha de clase proletaria por el mejoramiento de su situación económica es inseparable de la participación enérgica que como clase tiene que tomar en la política del país”.⁵² Esta voluntad de participación política se expresó desde un primer momento tanto en las peticiones de protección laboral a los poderes públicos⁵³ como en el impulso a la participación electoral de los trabajadores. En efecto, *El Obrero* sostenía que debía crearse un partido socialista obrero que luchara por la instauración de una democracia amplia y, en este contexto, por el acceso al poder. Ahora bien, desde un primer momento percibieron la cuestión migratoria y la necesidad de participación de los extranjeros en la vida política pero no separados de los nativos; entendían que había que eliminar las barreras de las discriminaciones nacionales en el seno de la clase obrera. Se trataba de integrarlos y para ello propusieron la ampliación de los derechos democráticos; la falta de participación no se debía sólo al carácter extranjero de buena parte de los trabajadores sino a la propia naturaleza del régimen que alejaba a los trabajadores nativos de las urnas. *El Obrero* pensaba que detrás de estas consignas comunes a inmigrantes y nativos podría unirse al proletariado, e incluso llevar adelante alianzas con otros sectores marginados del sistema político que predicaban las mismas reivindicaciones.

Así, desde las páginas de *El Obrero* se criticaban con dureza las posturas apolíticas de sectores sindicalistas y del anarquismo. El problema de los socialistas parece haber radicado en subordinar la actividad sindical de la Federación de Trabajadores de la República Argentina (FTRA) a los objetivos políticos, que no sólo llevó a la ruptura con los anarquistas sino también a la imposibilidad de cap-

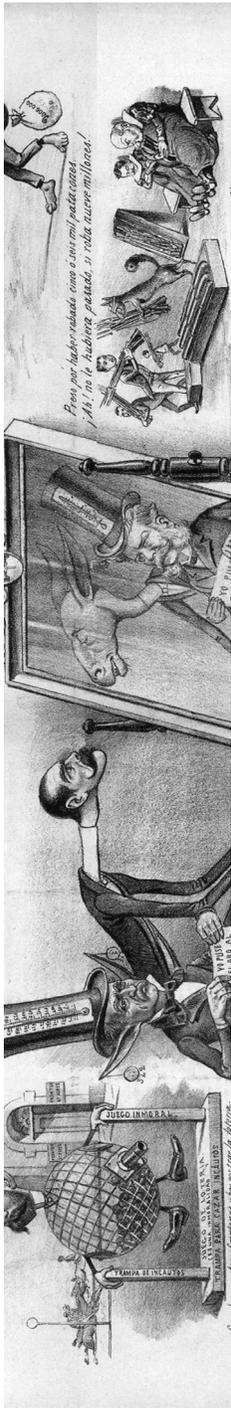
tar a unos trabajadores que intentaban satisfacer reivindicaciones inmediatas y parecían poco predispuestos a inmiscuirse en la lucha política. En este punto, esto es en las necesidades de los trabajadores, el anarquismo realizó una lectura más ajustada a sus deseos y allí se encuentra una de las explicaciones a su posterior predominio en el movimiento obrero argentino.

El Obrero dejó de aparecer a fines de septiembre de 1892 y durante el año siguiente aparecieron dos publicaciones efímeras impulsadas por ex redactores. Se trata de *El Socialista*, conformado por un grupo que privilegia la acción política sobre la sindical, y *El Obrero* (segunda época) que sostendrá una polémica con aquél en torno al rol de la Federación Obrera y el partido político.⁵⁴

Hasta 1894 los grupos socialistas estaban compuestos casi exclusivamente por obreros inmigrantes, generalmente trabajadores calificados y autodidactas. Ese año se produjo un cambio fundamental en el campo socialista al aparecer *La Vanguardia* y al incorporarse una buena cantidad de intelectuales y profesionales argentinos (o naturalizados) como Juan B. Justo, Leopoldo Lugones, José Ingenieros o Roberto Payró: “Estos intelectuales desempeñarán desde entonces un papel muy importante en el socialismo y en el movimiento obrero y un factor de nacionalización”.⁵⁵ A partir de este hecho se producirá una polémica entre los nuevos socialistas y el viejo núcleo de *El Obrero* que finalmente será desplazado del centro de las decisiones partidarias.⁵⁶

Las tácticas del anarquismo local también fueron afectadas por la crisis de 1890 aunque la lectura y el análisis que sus publicistas hicieron de ella fueron escasos y carecieron de cualquier matiz. Es más, casi no le prestaron atención a un fenómeno que, para ellos, era natural y parte inherente de un sistema injusto como el capitalismo. Hasta comienzos de la década del 90 entre los grupos anarquistas de Buenos Aires existía una tendencia a la dispersión y hacia el individualismo extremo, y la adhesión a los diversos grupos se efectuaba de acuerdo al país de procedencia. En cierta forma, reflejaba los problemas del anarquismo europeo en dos sentidos: por un lado se habían trasladado al ámbito local las polémicas del anarquismo español entre colectivistas bakuninistas catalanes partidarios de la organización y anarcocomunistas andaluces que apoyaban tácticas de acción violentas e individualistas. Estos últimos tendrían preeminencia durante la década del 80 en nuestro país.⁵⁷ Por otro lado, se hacía sentir la influencia de las decisiones del Congreso Libertario realizado en Londres en 1881 que había abandonado la política de participación en el movimiento obrero. En Buenos Aires muchos grupos adherían a esta táctica negándose a organizar sociedades de resistencia y reivin-





dicando un advenimiento abstracto de la revolución.

La excepción en este período estuvo dada por la presencia a partir de 1885 de los anarquistas italianos Enrique Malatesta y Héctor Mattei que organizaron varios sindicatos (entre ellos el de panaderos) e iniciaron la inserción libertaria en los gremios. Malatesta, apelando a su gran prestigio, sus conocimientos teóricos y una indudable capacidad oratoria, había tenido la virtud de neutralizar la polémica de los españoles e, incluso, logró establecer una convivencia relativamente pacífica con los socialistas basada en la polémica equilibrada y racional. Sin embargo, el desconocimiento del idioma castellano (que no hizo esfuerzo por aprender en los cuatro años de su estadía) y su obsesión por discutir con los republicanos de *L'Amico del Popolo* limitó su proyección y el alcance de su discurso a la colonia italiana. Así “la influencia del pensador italiano duró el tiempo de su estadía y durante los años siguientes a su partida nuevamente la dispersión y la fragmentación habrían de caracterizar la actividad libertaria”.⁵⁸

En los primeros años de los 90, coincidiendo con la caída de la actividad huelguística, se agudizó la tendencia individualista y antiorganizadora, ahora alimentada por la acción del anarcoterrorismo en Europa. La actividad en los sindicatos era ahora menor y durante estos años la principal tendencia del anarquismo estuvo representada en Buenos Aires por el grupo Los Desheredados, editor del periódico *El Perseguido* y en Rosario por el periódico *Demoliamo*. Estos grupos se dedicaron a criticar y obstruir sistemáticamente cualquier actividad organizativa, basados en el absoluto de que en la anarquía no puede haber más organización que aquella brindada por las leyes naturales. De esta forma no sólo se oponían a organizar a los trabajadores en sindicatos que consideraban perniciosos para la autonomía individual, sino que también terminaban destruyendo los agrupamientos culturales y educativos que ellos mismos creaban debido a esa marcada obsesión antiorganizativa. En efecto, estos “grupos de afinidad” difícilmente podían perdurar en el tiempo puesto que se “forman y disuelven constantemente por la libre espontaneidad”.⁵⁹

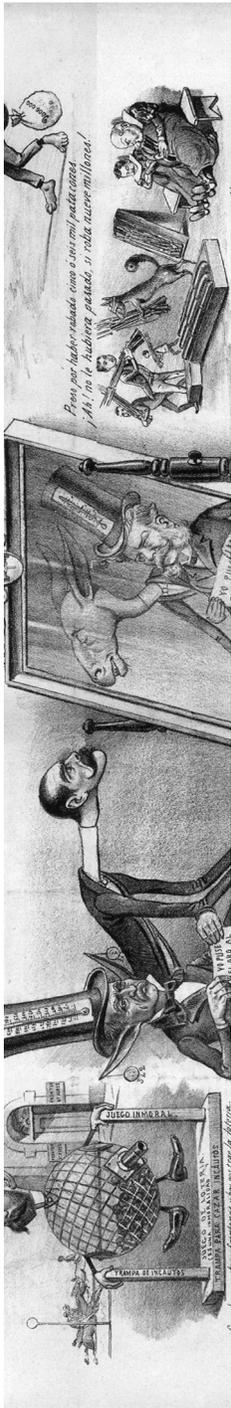
Si bien es cierto que el énfasis principal de estos grupos era la “destrucción del sistema”, dedicaron un gran gasto de energía en criticar y atacar a los socialistas. Un espacio importante de su prensa estaba destinado a polemizar con ellos, pero además pasaban generalmente a la acción irrumpiendo y disolviendo las reuniones socialistas. Si bien algunos anarquistas participaron en el acto del 1 de Mayo organizado por los socialistas y no se produjeron disturbios, la manifestación fue el blanco de ataque preferido por los libertarios durante 1890 y fue caracterizada como “una especie de academia políglota, resplandeciente de policías socia-

listas matriculados con una cinta roja en el abrigo. Cuántos discursos, cuánta infeliz palabrería, cuanta pompa y vaciedad, cuanta pobreza de conceptos, qué lujo de impotencia”.⁶⁰

Ahora bien, si una fuerte impronta de estos grupos pasaba por la polémica interna y la crítica al socialismo, había otra zona importante dedicada a la crítica del sistema capitalista. Ésta era una crítica abstracta, atemporal y teñida por un discurso fuertemente moral que, además, casi no tomaba en cuenta los problemas socioeconómicos argentinos. Su mirada estaba centrada en un ámbito geográfico incierto que en términos genéricos podía remitir a Europa. Allí estaban sus raíces, sus tradiciones, sus héroes, sus esperanzas y también sus enemigos. Desde esta perspectiva, la crisis no fue tomada en cuenta, sólo motivó en los diversos periódicos anarquistas referencias absolutamente tangenciales y ningún análisis relativamente serio.

Esta tendencia a la abstracción y a la superficialidad del análisis libertario se mantuvo en el tiempo y sería un gran obstáculo para su desarrollo, pero su inserción en la sociedad se modificó notablemente a partir del triunfo de las tendencias organizativas favorables a la penetración anarquista en el movimiento obrero. Y también se transformó la lectura de la crisis de 1890. Eduardo Gilimón, un importante activista libertario de comienzos del siglo XX, escribió en 1911 un largo folleto que intentaba ser una aproximación histórica del anarquismo argentino mechado con referencias autobiográficas.⁶¹ El interés central de su análisis radica en la percepción de que la crisis de 1890 fue un importante aliciente para el desarrollo de la actividad gremial en nuestro país. Allí, aunque de manera un tanto ligera, repasa la crisis: sin detenerse en las causas, sostiene que el presidente Juárez Celman comprometió por mucho tiempo las fuerzas productivas del país al permitir el “agio desmesurado”. Se explaya en cambio en las consecuencias de la crisis: “Las finanzas desquiciadas, el crédito del país en plena bancarrota, la inmigración casi interrumpida, la moneda nacional depreciada y la intranquilidad en todas las esferas sociales, eran la característica de la época”, que no pudieron ser resueltas por las nuevas autoridades “a pesar del talento del doctor Pellegrini, vicepresidente en ejercicio del P.E.”. Repasa el aumento irrefrenable del oro con su impacto directo en el mercado de trabajo, en el aumento del costo de vida y en la baja del salario real y cómo esta situación afectaba obviamente de manera más profunda a los hogares obreros, los verdaderos perjudicados por la depresión. Para Gilimón la crisis rompió la ilusión del progreso indefinido e hizo emerger con mayor claridad las desigualdades sociales y el malestar de miles de inmigrantes que no podían concretar sus sueños de ascenso social. “Así resultó suficientemente





predispuesta la tierra argentina para la siembra de las teorías socialistas y anarquistas...” y poco tiempo después “se incorporó casi por completo a las sociedades de resistencia...”.

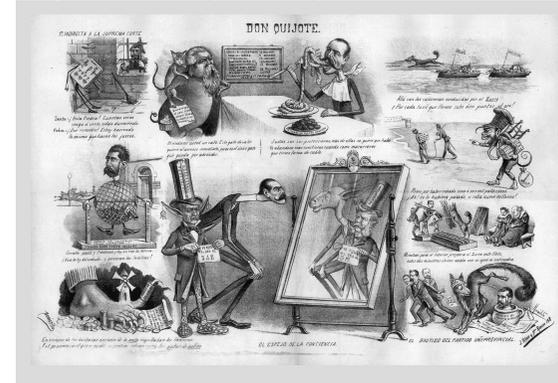
Cuando en 1894 se reinició la actividad sindical los anarquistas dieron un paso importante hacia la organización y se lanzaron a constituir las sociedades de resistencia, alentados también por algunas circunstancias externas. En efecto, las tendencias organizadoras se afianzaban en Italia (Congreso de Capolago en 1891), en España y en 1894 en el congreso anarquista de Nantes se decidió “establecer las bases de una nueva cooperación entre anarquismo y movimiento obrero, en que la lucha sindical equivale a la propia lucha revolucionaria”.⁶² Comenzaron a editarse varios periódicos proorganizadores (*El Oprimido*, *Lavennire*); rápidamente esta tendencia pasó a predominar dentro del campo anarquista y ya en 1895 varios sindicatos (panaderos, cortadores de calzado, albañiles, picapedreros, cigarreros de hoja, torneros, sombrereros, yeseros y pintores) estaban hegemonizados por el anarquismo que disputaba de igual a igual con los socialistas los favores de los trabajadores.

La crisis del 90 fue un punto de inflexión en la constitución del movimiento obrero e implicó un fuerte impacto en las ideologías contestarias de este período que, sin dejar de lado su internacionalismo, en cierta forma “nacionalizaron” su discurso y su acción.⁶³ El malestar provocado por la baja de los salarios, el deterioro de las condiciones de vida, la merma de oportunidades y el propio quiebre en la creencia en el progreso continuo generaron las condiciones, una vez atenuados los efectos de la crisis, para que socialistas y anarquistas se lanzaran a convencer a los trabajadores de que podían luchar por sus derechos y convertirse en protagonistas del proceso social y político.

Pero la forma en que llevaron adelante esta iniciativa fue absolutamente divergente pues mientras los socialistas pusieron el énfasis en la construcción de un partido político, los anarquistas centraron su acción en la organización gremial y se opusieron de manera tajante a la lucha política parlamentaria. El socialismo efectuaba una lectura de la realidad social, política y económica local mucho más sofisticada y profunda que el anarquismo. Sin embargo, al privilegiar como forma de mejoramiento obrero la participación electoral, que incluía la nacionalización de los extranjeros para convertirlos en ciudadanos, subordinaron la acción gremial a la política partidaria. Los anarquistas, en cambio, a pesar de su mirada arcaica y esquemática de la sociedad, supieron

interpretar con su lenguaje cargado de emocionalismo la miseria y el descontento popular. Y una vez lanzados a organizar los sindicatos lograron un éxito, aunque efímero, notable, y sacaron provecho de la frustración de las expectativas de mejoramiento material de los trabajadores inmigrantes.

En este punto, como ya ha sido planteado por otros autores, se podría afirmar que los trabajadores extranjeros eran más proclives a la lucha gremial para satisfacer reivindicaciones inmediatas que a nacionalizarse y participar de una incierta contienda electoral para obtener leyes de mejoramiento social.



El Quijote, 26 de enero de 1890.

Notas

¹ N. Botana y E. Gallo, *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Ariel, 1997, p. 71.

² El “ciclo de la Bolsa” se integra con *La Bolsa* de Julián Martel (1891), *Quilito* de Carlos María Ocantos (1891) y *Horas de fiebre* de Segundo Villafaña (1891). Aunque menos significativas también podrían encuadrarse en este ciclo *Abismos* de Manuel Bahamonde (1890), *Buenos Aires en el siglo XXX* de Eduardo Ezcurra (1891), *Contra la marea* de Alberto del Solar (1894), *Grandezas* de Pedro G. Morante (1896) y *Quimera* de José Luis Cantilo (1899).

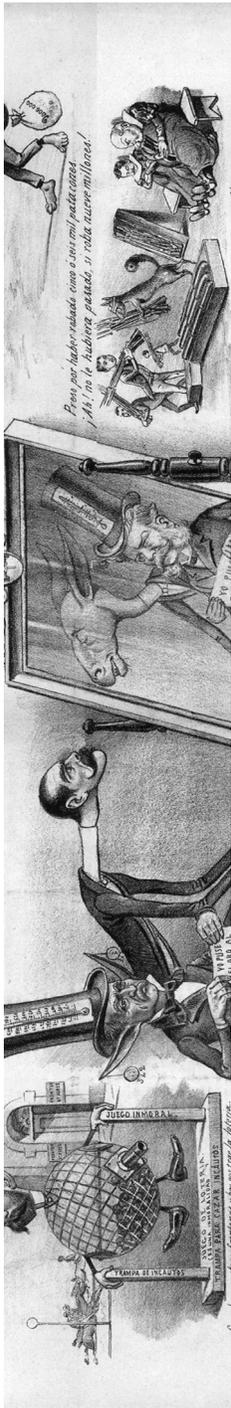
³ Sobre el antisemitismo de Julián Martel véase D. Lvovich, *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Javier Vergara, 2003, pp. 56-60.

⁴ Julián Martel, *La Bolsa*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1975, p. 54.

⁵ Segundo I. Villafaña, *Horas de fiebre*, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1960.

⁶ Roberto Cortés Conde ha elaborado un cuadro con la evolución de la edificación privada y las obras públicas tomando el año 1885 como in-





dice 100. De acuerdo a ello la edificación privada ascendió a 170 en 1888 y desde allí fue cayendo hasta llegar a 93 en 1891. Las obras públicas alcanzaron su punto más alto en 1889 (277) para caer de manera abrupta a 68 en 1891. Véase R. Cortés Conde, *El progreso argentino (1880-1914)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1979, p. 203.

⁷ *El Obrero*, N° 5, 24 de enero de 1891.

⁸ Diarios como *La Nación* y *La Prensa* publicaban diariamente notas sobre el impacto de la crisis y el aumento de la desocupación.

⁹ R. Cortés Conde, ob. cit., p. 206.

¹⁰ En 1887 el saldo migratorio favorable fue de 107.212 personas, al año siguiente 138.790, en 1889 se quedaron en el país 220.260 personas; un año después cayó a 30.375 y en 1891 se produjo un saldo negativo de 29.835 migrantes, único guarismo negativo en el movimiento migratorio desde 1869 hasta la crisis provocada por la Primera Guerra. Véase M.Z. Lobato y J. Suriano, *Atlas histórico*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, p. 571.

¹¹ El periódico *El Obrero* publicaba con frecuencia cartas de trabajadores extranjeros desde el interior del país en donde narraban las penurias vividas (maltrato, malas condiciones laborales, pago con vale, retención salarial, etcétera).

¹² *El Obrero*, N° 5, 24 de enero de 1891.

¹³ Las cifras elaboradas por Juan B. Justo sobre evolución del salario no pueden considerarse sin cierto cuidado. Según Justo el poder de compra de los trabajadores había caído sustancialmente como consecuencia de la crisis:

Poder adquisitivo de los salarios de los trabajadores (Argentina, 1887-1897)

	En 1887 cuando un \$ papel valía 74 cts. oro		En 1897 cuando un \$ papel valía 34 cts. oro	
	\$ papel	\$ oro	\$ papel	\$ oro
Albañiles	1,97	1,45	2,57	0,88
Carpinteros	2,08	1,54	3,00	1,03
Cigarreros	1,64	1,21	2,75	0,94
Fundidores	2,14	1,58	3,48	1,19
Herreros	1,80	1,33	3,00	1,03
Hojalateros	1,91	1,41	2,80	0,96
Pintores	2,03	1,50	3,66	1,25
Talabarteros	1,90	1,40	3,32	1,14
Tipógrafos	1,97	1,45	2,92	1,00
Término medio	1,93	1,43	3,05	1,04

Fuente: Juan B. Justo, "Conferencia dada en el salón de la Casa Suiza de Buenos Aires el 31 de mayo de 1903", en *La moneda*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1928, p. 38.

¹⁴ W.I. Buchanan, *La moneda y la vida en la República Argentina*, Universidad Nacional de Córdoba, 1965 (publicado originalmente en 1898 en la *Revista Argentina de Derecho y Letras*); A. Patroni, *Los trabajadores en la Argentina*, Buenos Aires, 1897. Si bien Patroni usa sus propios datos sobre salarios después de haber relevado cerca de sesenta gremios, toma los guarismos de consumo de Buchanan y, especialmente, la relación entre peso papel y precio del oro y el impacto que esta relación tuvo sobre los salarios reales. A. Patroni, ob. cit., pp. 115-126.

¹⁵ J. Williams, *Argentine International trade Under Inconvertible Paper Money*, Harvard University Press, Cambridge, 1920; J. Álvarez, *Las guerras civiles en Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1966 (editado originalmente en 1912); J. Panettieri, *Los trabajadores*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, y *La crisis de 1890*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984; H. Spalding, *La clase trabajadora argentina (Documentos para su historia - 1890-1912)*, Buenos Aires, Galerna, 1970.

¹⁶ Extraído de A. Patroni, ob. cit., p. 116.

¹⁷ R. Cortés Conde, ob. cit., pp. 213-240.

¹⁸ Ídem, p. 235.

¹⁹ Sobre el debate en torno al nivel de vida en Inglaterra, véase J. Taylor, *El nivel de vida en Gran Bretaña durante la revolución industrial*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985.

²⁰ Hay otro elemento que sugiere la caída de los salarios. Ya a fines de la década de 1880 se produjeron varias huelgas ferroviarias en las que se pedía cobrar los salarios en oro por la depreciación de los sueldos pagados en papel moneda. El oro pasó de la paridad 1 = 1 a 1,59 pesos en marzo de 1889, 2,20 en septiembre del mismo año, 2,86 en julio de 1890, 3,11 en diciembre para alcanzar los 4,40 pesos en octubre de 1891. Sabemos que los salarios no aumentaron al mismo ritmo y que los alimentos estaban directamente afectados por el aumento del oro, pues una parte de ellos se importaba y otra (productos agropecuarios) se exportaba. En este punto agradezco los datos y el comentario aportado por Fernando Rocchi.

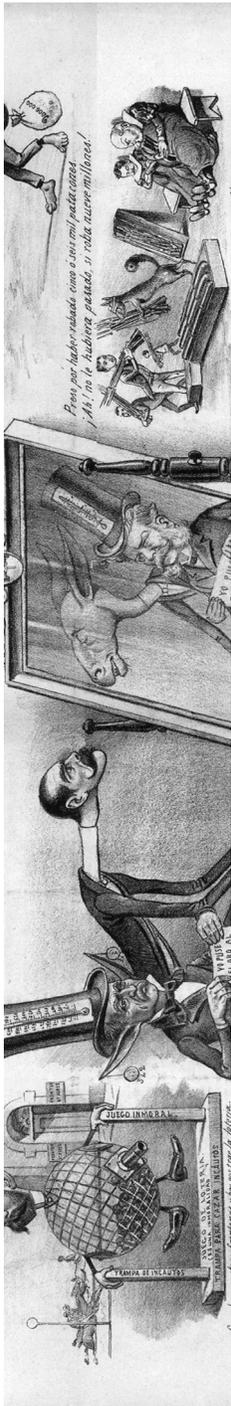
²¹ En 1895 *La Nación* sostenía que las huelgas eran causadas por "la desvalorización de la moneda, el encarecimiento de la vida, la mala alimentación, el alojamiento caro y pésimo", *La Nación*, 8 de enero de 1895. Este diario coincide con el dirigente socialista Adrián Patroni quien pensaba que el aumento de las huelgas entre 1894 y 1896 estaba motivado por "el profundo malestar de la clase obrera" debido al deterioro salarial y el aumento de los alquileres y los alimentos. Véase A. Patroni, ob. cit., p. 14.

²² E.P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989, vol. I, p. 221.

²³ *El Obrero*, N° 36, 26 de septiembre de 1891.

²⁴ Si bien la organización gremial era insignificante en estos primeros





tiempos, la necesidad de los inmigrantes de establecer nuevos lazos comunitarios condujo a la formación de un importante movimiento asociacionista de socorros mutuos. Véase S.L. Baily, *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985, pp. 21-22.

²⁵ R. Falcón, *El mundo del trabajo urbano (1890-1914)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986, p. 62.

²⁶ Ídem, pp. 103-105.

²⁷ Es importante señalar que desde la primera huelga realizada por los tipógrafos en 1878 hasta 1887 se produjeron cerca de una decena de conflictos protagonizados por cigarreros, empleados de comercio, panaderos de Rosario, peones de Aduana de Lanús, carteros, oficiales yeseros y albañiles. Véase Ricardo Falcón, *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984, pp. 79-80.

²⁸ J. Oddone, *Gremialismo proletario argentino*, Buenos Aires, Libera, 1975, pp. 73-74. Los datos sobre huelgas y organizaciones gremiales no son completos ni tampoco exhaustivos, sólo he nombrado los más significativos. Además del mencionado texto de Oddone, véase S. Marotta, *El movimiento sindical argentino*, Buenos Aires, Lacio, 1960, t. I, pp. 25-54; R. Falcón, *Los orígenes...*, G. Zaragoza, *Anarquismo argentino (1876-1902)*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1996, pp. 98-105 y 117-121, J. Godio, *El movimiento obrero argentino (1870-1910)*, Buenos Aires, Legasa, 1987.

²⁹ Sostenía el periódico: "Con gusto vemos que V. estimado señor, conocedor de los males que acarrea al cuerpo humano el trabajo nocturno, y deseoso de aliviar algún poco al obrero de sus penas, presentó un proyecto de ordenanza municipal prohibiendo un trabajo innecesario, anti-higiénico. Agradecemosle pues los esfuerzos que a nuestro beneficio hará en el seno de la Corporación municipal porque su humanitaria propaganda tenga eco entre los Consejales", *El Obrero Panadero*, N° 2, 1 de octubre de 1894, en R. Falcón, *El mundo...*, p. 119. Sobre la iniciativa del concejal Pittaluga, véase V.O. García Costa, *Adrián Patroni y "Los trabajadores en la Argentina"*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1990, t. 1, p. 18.

³⁰ R. Falcón, *El mundo...*, pp. 22-24; G. Zaragoza, ob. cit., pp. 217-223.

³¹ Julio Godio, ob. cit., pp. 118-121.

³² G. Zaragoza, ob. cit., p. 211.

³³ Ídem, p. 208.

³⁴ J. Godio, ob. cit., p. 119.

³⁵ S. Marotta, ob. cit., pp. 96-101.

³⁶ R. Falcón, *El mundo...*, p. 106.

³⁷ Ídem, pp. 107-108

³⁸ J. Ratzer, *Los marxistas argentinos del 90*, Córdoba, Pasado y

Presente, 1969, pp. 66-69.

³⁹ En ese congreso la Argentina había estado representada por el Club Vorwarts y por el dirigente Alejo Peyret. Véase J. Ratzer, ob. cit., p. 65.

⁴⁰ S. Marotta, ob. cit., pp. 80-84.

⁴¹ Juan Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires (1890-1910)*, Buenos Aires, Manantial, 2001, pp. 318-328.

⁴² *El Obrero* apareció durante veintidós meses entre diciembre de 1890 y septiembre de 1892. Véase D. Cúneo, *El periodismo de la disidencia social (1858-1900)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994, pp. 74-76.

⁴³ Horacio Tarcus, "¿Un marxismo sin sujetos? El naturalista Germán Ave-Lallemant y su recepción de Karl Marx en la década de 1890", *Políticas de la Memoria*, N° 4, verano de 2003-2004, pp. 71-90.

⁴⁴ Para un análisis actualizado de *El Obrero*, véase R.H. Martínez Mazzola, "Campeones del proletariado. El periódico *El Obrero* y los comienzos del socialismo en la Argentina", *Políticas de la Memoria*, N° 4, verano de 2003-2004, pp. 91-110

⁴⁵ Sobre la influencia de la socialdemocracia alemana en Lallemant, el verdadero mentor de *El Obrero*, véase H. Tarcus, ob. cit.

⁴⁶ J. Godio, ob. cit., p. 104.

⁴⁷ P. Geli y L. Prislei, "Una estrategia socialista para el laberinto argentino. Apuntes sobre el pensamiento de Juan B. Justo", *Entrepasados*, N° 4-5, fines de 1993, p. 23.

⁴⁸ J. Ratzer, ob. cit., pp. 96-97.

⁴⁹ Las concepciones evolucionistas eran en ese momento una plataforma común para la gran mayoría de marxistas (ortodoxos o revisionistas). Véase H. Tarcus, ob. cit., p. 78.

⁵⁰ *El Obrero*, N° 1, 12 de diciembre de 1890.

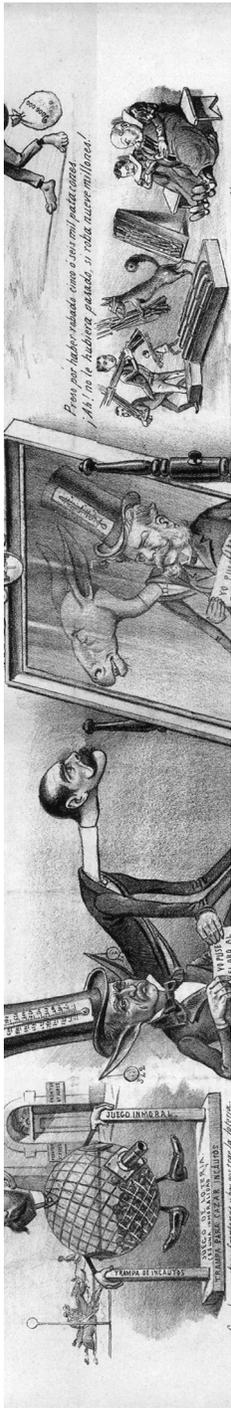
⁵¹ El periódico anarquista *El Perseguido* sostenía: "Los de aquí creen que Alem es mejor que Pellegrini, y Mitre que Roca y Juárez, y que en sufriendo los radicales todos vamos a ser millonarios y la Policía no se va a meter con nadie... Hay que desanimar a todos esos burros", en Eduardo Gilimón, *Hechos y Comentarios*, Buenos Aires-Montevideo, Imprenta B. Puey, 1911, p. 14.

⁵² *El Obrero*, N° 1, 12 de diciembre de 1890. La influencia de la socialdemocracia alemana en este sentido era notable, especialmente después del triunfo que obtuviera en febrero de 1890. Véase J. Aricó, *La hipótesis de Justo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, p. 40.

⁵³ Véase por ejemplo las peticiones de protección laboral del CIO a la Cámara de Diputados en julio de 1890 (*El Obrero*, N° 7, 7 de febrero de 1891); de la FTRA al presidente Carlos Pellegrini en enero de 1891 (*El Obrero*, N° 5, 24 de enero de 1891) y la de la FTRA al Honorable Congreso el 1 de mayo de 1891 (*El Obrero*, N° 19, 1 de mayo de 1891).

⁵⁴ R. Falcón, *Los orígenes...*, pp. 97 y 123-124.





⁵⁵ Ídem, p. 98.

⁵⁶ Sobre la polémica entre los socialistas “cosmopolitas” y Juan B. Justo, véase J. Aricó, ob. cit., pp. 40-44.

⁵⁷ G. Zaragoza, ob. cit., pp. 111-117.

⁵⁸ J. Suriano, ob. cit., p. 45. Sobre Malatesta en la Argentina, véase G. Zaragoza Ruvira, “Enrique Malatesta y el anarquismo argentino”, *Historiografía y bibliografía americanista*, vol. XVI, N° 3, Sevilla, diciembre de 1972.

⁵⁹ *El Perseguido*, 21 de diciembre de 1890, en G. Zaragoza Ruvira, ob. cit.

⁶⁰ *El Perseguido*, 18 de mayo de 1890, en G. Zaragoza Ruvira, ob. cit.

⁶¹ De alguna manera, el folleto de Gilimón inaugura una versión canónica del anarquismo argentino que sería retomada luego por Diego Abad de Santillán.

⁶² G. Zaragoza Ruvira, ob. cit., p. 111. También I. Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, México, Siglo Veintiuno, 1978, p. 50.

⁶³ “Nacionalizar” en el sentido de prestar atención a la realidad argentina y adaptar sus propuestas a esa realidad.

Lecturas, conversaciones y dinero en *La Bolsa* de Julián Martel

Graciela Batticuore*

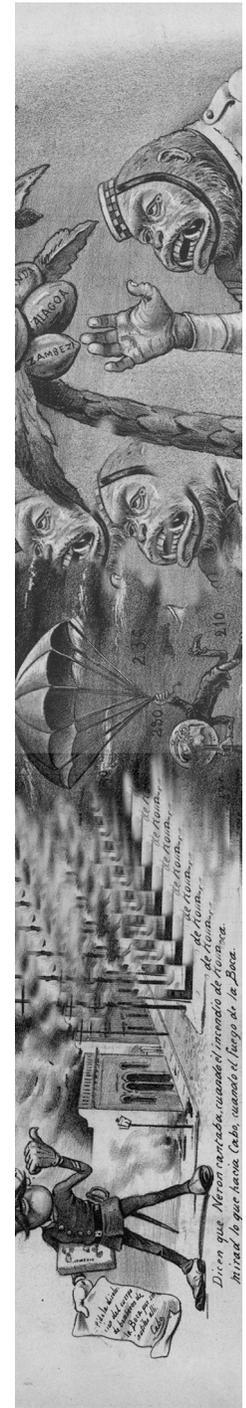
Palabras vacías (especuladores y farsantes en los umbrales del fin de siglo)

“**Q**ué nos importa la opinión, si ganamos mucho!”, susurra un bolsista a su socio en la oficina del protagonista de *La Bolsa*, la novela de Julián Martel publicada en el diario *La Nación* entre el 24 agosto y el 4 de octubre de 1891. La frase emerge como una suerte de sentencia de época que viene a confirmar que, en el mundo de los negocios, la opinión, las ideas y con ellas la instancia misma de la conversación pueden y deben ser relegadas en favor de los intereses y las conveniencias.

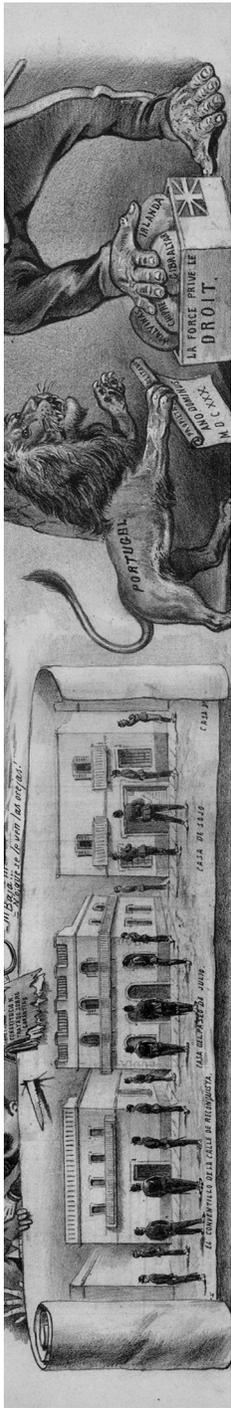
Estamos a fines del siglo XIX y en plena crisis financiera y política del 90. A lo largo de las páginas de *La Bolsa*, la conversación se presenta como un arte de la pura elocuencia y el engaño que remite al ámbito de los oradores y los sofistas y sirve tan sólo para escalar posiciones económicas. Esto salta a la vista en el diálogo que mantiene Glow, el protagonista de la novela, con uno de los habitués de su oficina, quien le propone un negocio que elevará colosalmente sus ganancias. Se trata nada menos que de la construcción de una “ciudad ficticia”, esto es, una ciudad completamente ilusoria, inexistente, una suerte de maqueta gigante que permitirá engañar a los inversionistas para que depositen su dinero en esta obra sin futuro real que, no obstante, reportará enormes réditos a sus inventores.¹

La primera reacción del protagonista frente a la propuesta recibida se expresa en una sola palabra: “robo”. Palabra que el propio Glow se aprestará a cambiar después de que su interlocutor se muestre ligeramente ofendido: “el negocio”, es éste el término con el que reemplaza el anterior, “me parece poco limpio, y en el primer momento se me ha escapado una palabra que me apresuro a retirar. ¡No hablemos más de la cosa!”.²

Sin embargo la conversación continúa y Glow se complace en dejarse convencer del carácter inofensivo de este tipo de nego-



* Universidad de Buenos Aires.



cios a los que necesariamente hay que adecuarse para estar al día. Es precisamente este punto el que me interesa resaltar: es decir, la doble moral o, dicho de otro modo, la delgada línea que separa en el espacio mismo de las conversaciones ese sutil *deslizamiento entre la verdad y la mentira*, lo *verdadero* y lo *falso*, lo *legal* y la *falta de ética* (el robo es un negocio, el negocio consiste en un robo que debe ser disimulado pero estaría legitimado por los nuevos códigos de conducta o bien por una nueva relación contractual que impone la sociedad del momento). De manera que lo ilusorio se expresa así no sólo en el proyecto y la edificación de la ciudad ficticia sino en el orden discursivo; esto es, *en el plano mismo de las conversaciones*, que en esta novela constituyen el vehículo fundamental para el fraude y el engaño.

En ese marco, resulta interesante el énfasis del narrador respecto del “estilo” coloquial de un extranjero como Fouchez, interlocutor favorito del protagonista: es su modo pausado, reiterativo, cuasipedagógico y sin dudas envolvente de hablar el que encanta y seduce al doctor Glow, persuadiéndolo acerca de la pertinencia del negocio en cuestión:

[Fouchez] siguió hablando con aquel estilo suyo particular que consistía en repetir palabras y conceptos como si creyese que de ese modo entenderían mejor lo que decía. No se sabe qué otras razones ni de qué orden adujo para convencer al doctor; pero es lo cierto que cuando Fouchez acabó de hablar, Glow sonreía con aire de hombre que acaba de ser convencido.³

El *modo de hablar* de Fouchez seduce a Glow porque se parece al suyo propio.

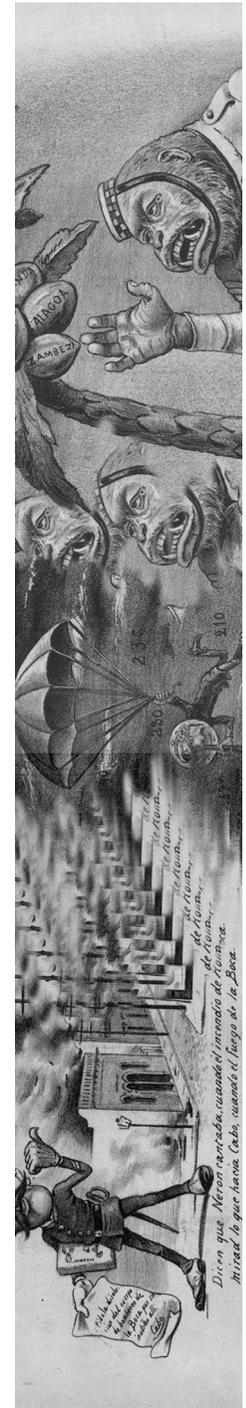
En la novela este estilo evoca el hablar de los políticos tramposos que saben componer discursos para distraer a la multitud de sus verdaderos propósitos (“Así son los oradores. Acostumbrados a entusiasmarse en falso para encontrar inspiración, su patriotismo se hace ficticio a la larga”, dice Granulillo).⁴ Pero además, no parece casual que la imagen de Fouchez traiga a la novela el mundo europeo y, más particularmente, el parisino: recordemos que se trata de un conde francés caído en desgracia, el cual había viajado a Buenos Aires para recomponer fácilmente su fortuna. En otras palabras, Fouchez es un viajero arribista e inescrupuloso, un viajero con títulos viejos y en desuso, que maneja un discurso grandilocuente, ficticio y muy poco admirable, capaz de sonar bien únicamente a los oídos de un hombre jactancioso como Glow.

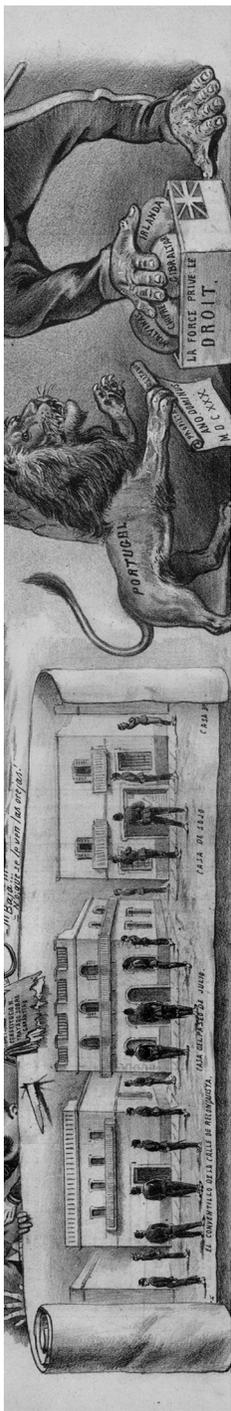
Ese personaje que ha cruzado el océano para llegar a las promisorias tierras del Plata *sabe vender* a quienes quieran comprarlo una clase de mercancías que no está hecha de cosas materiales sino tan sólo de palabras: Fouchez vende cuentos o ilusiones, vende empresas inexistentes. La compañía que él funda en Buenos Aires y proyecta la construcción de la “ciudad ficticia” lleva por título el resonante y elocuente nombre de “Sociedad Embaucadora”. Y, ciertamente, su único capital son las palabras.

Ahora bien, no es sino después de esta conversación entre Fouchez y el doctor Glow que la novela logra situar, a través de este último, al *tipo* por excelencia de su época:

Cada día iba dejando sin darse cuenta de ello, un nuevo jirón de su sentido moral en la peligrosa pendiente por la que se deslizaba, aunque con esto no hacía más que seguir la corriente general, pues en aquellos tiempos de fabulosa memoria, el convencionalismo social permitía muchas cosas reñidas con la moral ordinaria. Glow era el tipo común del especulador de entonces. Hombre sano en un principio, mareado luego por una atmósfera corrompida, asimilado a ella después.⁵

Me interesa especialmente este pasaje en el que Martel circunscribe *el tipo del especulador* que, como vemos, no aparece propiamente como un delincuente craso sino como una figura marcada por la *reversibilidad* de su carácter. Se trata de una figura *al borde del abismo*, signada por la ambigüedad y la contradicción, que tiene su razón de ser en la debilidad moral del individuo. El narrador lo expresa claramente cuando afirma que Glow era hombre sano *en principio*, un hombre *mareado* por la atmósfera que lo rodea y que se deja caer en ella *arrastrado por sus debilidades*. De modo que la imagen del especulador es aquí la de un hombre que camina *en el filo*, que conoce los dos extremos de la legalidad: el bien y el mal, y se desliza displicentemente entre ambos. En este sentido, resulta significativa una frase elegida por Martel en el párrafo citado, cuando se refiere a la “peligrosa pendiente por la que se deslizaba” la moral de Glow. La expresión recuerda a otra muy similar que había aparecido antes en otra novela de comienzos de los 80, que por esos días revivía para el público porteño en las tablas y los escenarios. Pienso en el *Juan Moreira* de Eduardo Gutiérrez, donde para explicar la caída en desgracia del personaje, el narrador esboza muy al comienzo de la historia una frase similar: dice que Moreira se deslizaba por “la pendiente del crimen”.





El tipo social que Gutiérrez pone en escena no es propiamente un personaje urbano sino un hombre de frontera cuya capacidad consiste precisamente en saber cruzar los umbrales que dividen la civilización de la barbarie y saber manejar los códigos de la ciudad y el mundo rural. El gaucho delincuente o –en términos sarmientinos– el *gaucho malo* es el personaje en cuestión, cuya peligrosidad mayor parece estar dada por cierta dualidad en su rol social: Moreira es capaz de reunir en sí mismo al *héroe popular* y el *bandido*. Desde luego, en *La Bolsa* Glow no constituye desde ningún punto de vista un héroe, porque el narrador no titubea en mostrar su culpabilidad, su responsabilidad ante el fracaso final (que se sintetiza en la ruina moral y financiera del protagonista). Pero la dualidad y más aún la ambigüedad se hacen presentes en el carácter especulativo de este sujeto que, como Moreira, *pudo haber sido* bueno e incluso *fue bueno* antes de comenzar a caer.

Lo que sí queda claro para los lectores de *La Bolsa* es que Glow eligió, *decidió* su destino. Glow pudo haber sido feliz, honrado, virtuoso y hasta millonario. Pero se dejó encandilar por las luces del oro y la opulencia. Creo que es esta ambigüedad del personaje la que marca el punto más urticante de la novela, porque muestra una debilidad a la que es susceptible toda la sociedad, que también se derrumba en una pendiente fangosa y degradante. *Individualismo* y *arribismo* entonces, junto a una cierta *ignorancia* manifiesta en los diálogos y las opiniones, son en *La Bolsa* los síntomas prominentes de la sociedad porteña del 90.

En lo que respecta a Glow, estrictamente, el peor de sus males se traduce sin dudas en la *ostentación* más que en la avaricia de riquezas y fortuna. Una ostentación que hace gala no sólo de dinero y bienes materiales sino también del saber de los hombres cultos y virtuosos. Lo que Glow desea es *ser rico* y *parecer sabio, culto, instruido*; por eso su predilección por los discursos y la oratoria es auténtica. Pero la novela propone que estas dos instancias son irreconciliables en el mundo que describe. En este marco *la verdad* y *el saber* sólo tienen lugar *fuera* del espacio de las conversaciones, que por el contrario se presentan como una práctica engañosa y del todo ajena al aprendizaje o el intercambio cortés e instructivo entre los interlocutores, rasgos que en otros tiempos habían caracterizado el valor de una sociabilidad civilizadora.⁶ A lo largo de las páginas de *La Bolsa*, en cambio, *la única verdad* es la que se expresa muy al comienzo de la historia en esos dos ojos sin rostro visible que miran desde la calle al interior de la casa de Glow, cuando éste ordena a un sirviente encender todas las luces de su palacete para gozar –a solas– de la con-

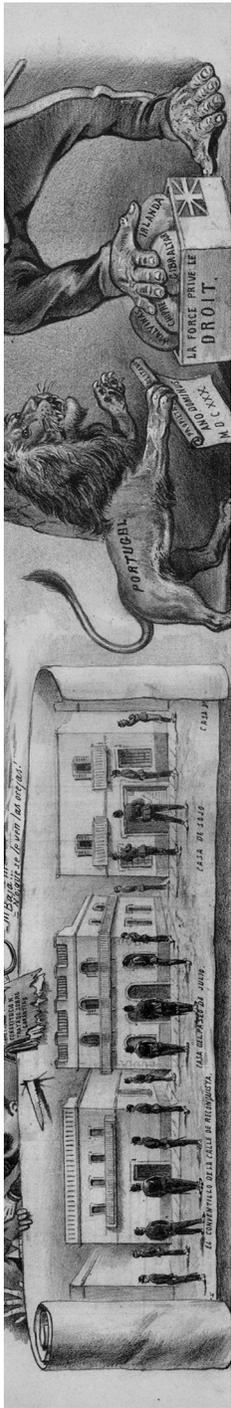
templación de su fortuna y de los bienes recientemente adquiridos. Esos dos ojos que perturban a Glow porque recuerdan a los miserables y los harapientos perfilan de antemano en la novela la voz del *poeta visionario*, el cual ofrece una visión *apocalíptica* y *certera* de la sociedad, en tanto *prefigura* el derrumbe final del protagonista: es decir, el momento en que éste pierde dinero, razón y con ella toda capacidad de comunicarse.

Pero antes de que eso suceda, la imagen nítida del poeta emerge en *La Bolsa* para mostrarse como la *única* figura imponente e incorruptible, que no puede ser otra que la del *bohemio*, es decir un marginal, un *outsider*, un personaje fuera de sistema cuyo mensaje es desoído por todos (menos por el narrador). Este personaje entra a la novela como una *voz en off* o como una figura furtiva que sólo mira, juzga y después se desvanece:

A esta falsa lección de moral social que sólo en parte responde al carácter de quien la pronuncia (recordemos que Glow defiende a toda hora el “patriotismo” pero no deja de involucrarse en el fraude de la ciudad ficticia) su esposa replica con pocas palabras y espíritu práctico, ofreciendo a su vez otro sentido de la palabra honor que no estaría fundado en una experiencia de género sino en el modo como ella entiende que este concepto *funciona* y debe ser reinterpretado, *de hecho*, en los días que corren. Margarita reclama a Glow que el único sentido válido del honor debería fundarse para él en el bienestar económico de la familia por la cual es responsable. Y se lo dice en estos términos: “¡Para ti la sociedad deberían formarla tu mujer y tus hijos, nada más que ellos!”. Lo demás es “lirismo”.⁷

Definitivamente es ésta una de las conversaciones más dramáticas de la novela, no sólo porque recalca en la relación entre *moral* y *dinero* en el Buenos Aires del 90. Sino porque surge en el seno de la vida doméstica y porque la visión más cruda, más práctica y más *aggiornada* del “honor” proviene de la voz de una mujer. Margarita actualiza el sentido del término o, más precisamente, pone al descubierto el modo como éste funciona en la sociedad y en la familia de la que forma parte. Digamos que *La Bolsa* compone un *tipo nuevo y moderno de mujer*, que está estrechamente vinculado con la imagen de Margarita como *lectora bursátil*: una lectora abocada a la página financiera del periódico, que conoce los libros de la biblioteca de su esposo y está al día de todas las novedades en materia económica. Una mujer que puede incluso explicar con detalles y términos técnicos los hechos recientemente acaecidos en el mercado financiero y que por lo tanto puede conversar e incluso aconsejar al marido sobre asuntos bursátiles. Las lecturas de Margarita son netamen-





te útiles y funcionales a los negocios de la familia y por eso ella reclama de Glow el reconocimiento de *este tipo específico de saber* que ha ido adquiriendo día a día y de manera autodidacta. Puede decirse que esta mujer nueva está en los antípodas de la *lectora romántica* que compartía con su amante el ideal de los libros y de la revolución, cuyas lecturas redundaban siempre en beneficio de una familia amorosa y comprometida con el bien de la patria. Es ése el tipo de mujer que formaba parte del ideario romántico del 37 y hacía su aparición en las novelas de la primera mitad del siglo XIX, las cuales ponen en escena el ideal de una pareja amorosa y patriota.⁸

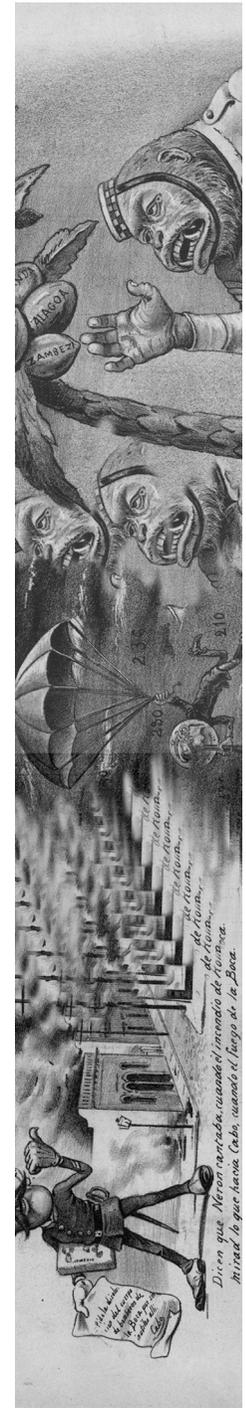
En cambio, el perfil de Margarita en *La Bolsa* parece tener su correlato más cercano en otras novelas de la década anterior: podría ser el caso de *Pot pourri* (1882) o *La gran aldea* (1884), donde venía asomándose la figura inquietante de la mujer ambiciosa y adúltera que se casa por dinero o para mantener las convenciones sociales. La “mujermonstruo” o la “mujercifra” son los mote con los cuales Eugenio Cambaceres singulariza ese nuevo tipo de mujer que, en mayor o menor medida, va a seguir apareciendo dramáticamente en las novelas de la década del 90: ya sea a través de la imagen frívola e ignorante de una Bovary porteña que hace su aparición en *Inocentes o culpables* (1884) de Antonio Argerich; o de la mujer enamorada de un hombre sin escrúpulos que ha sabido mantener en pie la fortuna familiar en *Quilito* (1891) de Carlos María Ocantos; o bien en esta misma novela, mediante la perturbadora imagen de otra mujer fracasada que deambula por las calles de la ciudad tratando de evitar la bancarrota y el suicidio de su sobrino. Una mujer que no ha sabido o no ha podido casarse con un hombre capaz de resguardar su bienestar económico (pienso concretamente en Casilda, cuyo desesperado peregrinar por la ciudad en busca de dinero, al final de la novela, recuerda el deambular de Glow en los últimos capítulos de *La Bolsa*). Este tipo de mujeres marcan la decadencia moral de la sociedad en las novelas de fines de siglo. Son, en todos los casos, mujeres peligrosas que dan cuenta de un presente degradado y un porvenir incierto para la república, que están obviamente muy alejadas del modelo de la “madre republicana” que había acompañado los procesos revolucionarios y el aflorar de las naciones en Europa y América a comienzos y durante gran parte del siglo XIX.

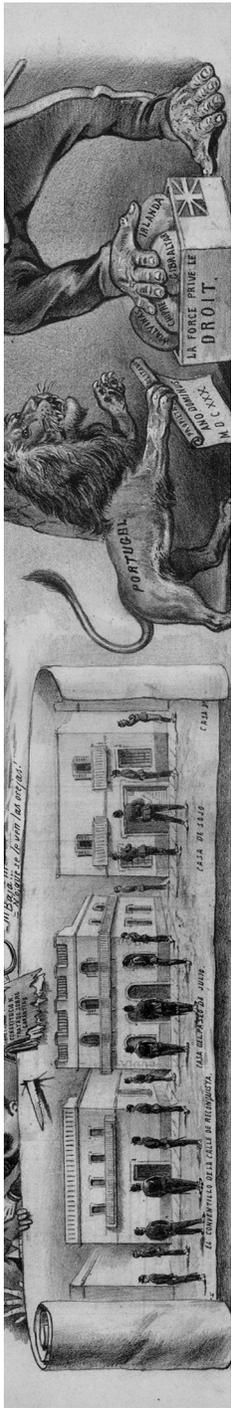
No obstante, quizá una de las cuestiones más interesantes y también más inquietantes en la novela de Martel sea el carácter dual de Margarita, quien por una parte representa la ambición y la falta de moral que llevan a Glow a la ruina, y por otra encar-

na la “sensatez”, la “reflexión”, el “cálculo” que hubiera podido salvarlos de la desgracia. Se entiende así que la imagen de Margarita no logre sino incomodar al lector, como sucede concretamente con uno que escribe al diario *La Nación* para mostrarse desconsolado, indignado por el modo como la figura amable, hermosa, admirable de esa mujer y madre de familia que al comienzo de la novela parece augurar todas las bondades de un hogar bien constituido se revela luego como un espíritu ambicioso y sin escrúpulos o sin ética alguna, que no duda en pisotear al prójimo para salvar su fortuna (“Yo hubiera querido ver a Margarita intentar por lo menos apartar a su esposo de la terrible pendiente por donde comenzaba a lanzarse. Un carácter del libro no habría naufragado y se habrían mantenido en pie muchas ilusiones”).⁹ Es ésta la imagen que prevalece al final de la novela, cuando la demencia de Glow se expresa en el delirio que pone ante sus ojos el rostro desfigurado de su esposa acercándose a él para devorarlo.

Pero hilando un poco más fino, también es cierto que la locura se atisba y se *desprende*, se *autonomiza* del rostro de Margarita, como si en esta escena final el narrador quisiera dejarle a ella la lucidez y la razón mientras que él se pierde y se enajena. De modo que si es Glow (y no Margarita) quien enloquece, es porque es él quien está atrapado *entre dos lógicas* irreconciliables: de un lado, esa moral del “patriotismo” ficticio que aflora en los discursos pero que sólo resulta auténtica al mirar hacia atrás, hacia el pasado de la república; del otro, la lógica del dinero fácil y el ansia desmedida de fortuna que carcome su moral. *La Bolsa* parece querer probar así que esta *confluencia* entre el amor a la patria (y el bien común) y el amor propio (o los intereses) no es posible o es, al menos, *desquiciante*. En este sentido, no parece casual que esta novela hecha de cuadros y conversaciones vívidas que bosquejan el alma de los personajes haya elegido como metáfora final de la ruina moral y financiera del protagonista *la locura*, que encarna precisamente la pérdida de la razón y con ella de toda comunicación, de todo diálogo posible con el prójimo. El final de todos los lazos con la sociedad.

Por último, sólo una reflexión que incluye pero excede la novela de Martel y es la siguiente: a lo largo del siglo XIX, en la narrativa argentina las escenas de lectura y conversación suelen presentarse como un modo privilegiado de representar los cambios y las transformaciones sociales. Un modo, también, de mostrar los dilemas y los sueños de una nación en busca de su identidad.





Notas

¹ “Mi proyecto es éste: se busca un campo, un campo cualquiera, no muy extenso, pero que esté, eso sí, cerca, lo más cerca posible de la capital. En seguida se manda poblar ese campo, quiero decir, se levanta en él una gran ciudad. [...] Se edifican casas, muchas casas, de madera la mayor parte, de madera, eso es salvo tres o cuatro, las principales, que serán de material, de material... [...] Todas hechas, es claro, hechas a la ligera, muy a la ligera. Después ¿eh? Se levantan cientos, cientos de otras, para dejar sospechar que forman el plantel de una futura población importante. En seguida, inmediatamente, ¿oye? Se contratan, por un mes o dos a quinientos o seiscientos vagos a quienes se les hace desempeñar el oficio de panaderos, tenderos, almaceneros, zapateros, etc., y que irán a establecerse con sus negocios en algunos de los edificios a que he hecho alusión antes... ¿Comprenez vous perfectamente? Esto dará a mi ciudad, a nuestra ciudad, cierto aspecto de vida y movimiento, mucho movimiento que asegurará el éxito del negocio, de nuestro negocio. Y un día, cuando todo esté organizado, ¡plaf!... Se anuncia por todos los medios de publicidad de que se pueda echar mano, el remate, el gran remate de la importante villa”, J. Martel, *La Bolsa*, Buenos Aires, Huemul, p. 70. En adelante, todas las citas a la novela de Martel corresponden a dicha edición.

² Julián Martel, *La Bolsa*, p. 71.

³ Ídem, p. 72.

⁴ Ídem, p. 119.

⁵ Ídem, p. 72.

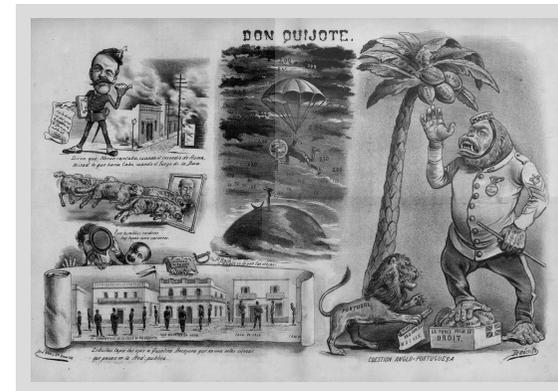
⁶ Ese ideal impregna el imaginario de gran parte de la elite intelectual de comienzos y mediados del siglo XIX en la Argentina. Salones, tertulias, gabinetes de lectura, son ámbitos preferidos por ilustrados y románticos para ejercitar desde allí la práctica de una conversación civilizadora, cuyos alcances debían influir directa o indirectamente sobre una sociedad recién llegada a la vida republicana. Entre los trabajos más recientes, puede consultarse al respecto P. González Bernaldo de Quirós, *Civilidad de la Nación Argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires (1829-1862)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

⁷ Julián Martel, *La Bolsa*, p. 165.

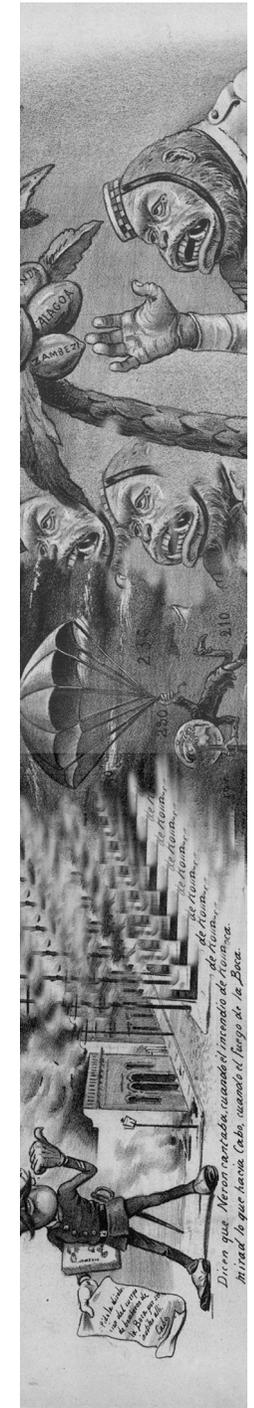
⁸ Considero que en la Argentina, la figura de la lectora romántica alcanza su máxima representación en *Amalia*, la novela de José Mármol. Desarrollo esta cuestión en el primer capítulo de mi tesis de doctorado “Lectoras y autoras en la Argentina romántica (1830-1870)”, mimeo. También, más lateralmente, en “Fervores patrios. Juana Manuela Gorriti”, *Historia crítica de la literatura argentina*, volumen coordinado por Julio Schwartzman (dirección general de Noé Jitrik), Buenos Aires, Emecé, 2003.

⁹ El lector en cuestión es Alberto del Solar, que el 9 de noviembre de 1891 bajo el título “Un bello libro” publica en el diario *La Nación* una larga reseña sobre el folletín de Martel. La crítica es mayormente elogiosa y la admiración del lector encuentra su máxima expresión precisamente en este capítulo donde Margarita hace su aparición en el ámbito doméstico.

Pero la decepción y las críticas del lector se concentran en torno al reconocimiento de esta Margarita codiciosa y bella, interesada y sensible que después de haber conquistado a los lectores con hermosura e inteligencia muestra sin tapujos su sentido práctico de mujer moderna. Es precisamente esto último lo que resulta intolerable para el lector: la aparición en escena de una mujer que ya no posee los rasgos espirituales pero sí la belleza y la sensibilidad tan elogiadas por los románticos. Vale la pena leer más en extenso la caracterización que hace del Solar: “¡Cuán triste desengaño! Margarita no es la Margarita que había yo imaginado. Y ello, no tanto porque el novelista se haya visto en el duro caso de arrebatare esta ilusión obligado por la lógica misma de los hechos y en pro de la unidad del carácter de su heroína, sino por flaqueza suya imperdonable; porque ha descuidado iniciar al lector suficientemente en un secreto que se descubre demasiado tarde, a saber: que Margarita tiene apego loco al dinero; que Margarita ha estado engañándonos, al hacernos creer fervorosamente en su desinterés, en su abnegación a toda prueba. Falta ha sido esta incomprendible en un autor de las condiciones de Julián Martel. Aquel arranque vulgar de la esposa al cerciorarse de que el principio de la ruina de su marido es evidente; aquel recurso infame de salvación ideado por la vanidad, por la codicia y por el descaro; aquel no pagues un peso a nadie, tonto; pon a mi nombre todo cuanto tengas, es una caída lastimosa. Olvida el joven novelista que pocos momentos antes ha descrito la hermosa escena del balcón, entrevista por el lector como a través del brillo de un relámpago [...] Allí le sorprende su esposa; le revela que «todo lo ha comprendido», que sospecha su ruina, y que está dispuesta a llorar con él. ¡Y lloran ambos, en efecto; lloran estrechamente abrazados; de modo que sus lágrimas al caer se confunden como una prueba visible de la comunidad de su dolor! Olvida, también, que a esa mujer a quien tan súbitamente baja del pedestal que él mismo se ha complacido en irle formando, no tiene derecho de hacerla aparecer, en un momento dado, despojada de honra y de conciencia, cuando en tantas otras ocasiones nos la ha mostrado noble y altiva. No, no está justificada esta brusca salida de tono; como no están justificadas, tampoco, ciertas debilidades anteriores excesivas de Glow para con los pillos; falta de energía inconcebible de parte de un hombre millonario aún, lleno de ventura y buenas disposiciones”.



El Quijote, 26 de enero de 1890.



Danza de millones: inflexiones literarias de la crisis de 1890 en la Argentina

Alejandra Laera*

Al mirar la primera página del diario oficialista *Sud-América* a lo largo del último bienio de la década del 80 y detenerse en la columna dedicada a los movimientos bursátiles, la experiencia de la lectura hace casi posible recrear, aunque en un registro mínimo, la sucesión de los hechos que llevaron a la crisis de 1890.¹ Especie de relato cifrado de la historia argentina de esos años, la columna dedicada a la bolsa de valores era una forma del reaseguro frente a otros conflictos (políticos, sociales) por los que atravesaba el gobierno de Juárez Celman, hasta que, más o menos repentinamente, pasa a ser la expresión de un vertiginoso derrumbe; hasta que, incluso, llega a desaparecer para dejar un vacío allí donde estaban los números. ¿Qué se siente entonces?, cabe preguntarse pensando en el hipotético lector contemporáneo. ¿Qué se siente, incluso, cuando la amenaza de *débacle* alcanza al mismo diario en el que estamos observando los sucesos día a día, llegando a impedir su salida?² Mientras tanto, junto con las grandes letras que presentan el desastre y por esa extraña yuxtaposición que propicia la prensa, el lector –probablemente lector de la elite porteña, acaso él mismo especulador de tierras fiscales– se encuentra, en otra columna de las seis que tenía el diario, con el anuncio del suicidio o la fuga del señor X, tal vez su amigo o conocido, quizá su socio o su deudor.

La experiencia de lectura de esas páginas del *Sud-América* permite recuperar algo de la experiencia de la crisis y de una etapa que llegaba a su fin.³ De hecho, si cualquiera de esas noticias de corte personal y privado con el tiempo podía parecer una anécdota, un *fait-divers* o un buen desenlace para una ficción realista, leída en el marco del periódico exhibe la fuerte articulación narrativa entre la dimensión social y la económica. Es que un repertorio temático que hasta el momento era circunstancial y cuyos términos no estaban necesariamente relacionados entre sí, no sólo se hace ahora recurrente sino que establece nuevas combinaciones: la serie del enriquecimiento agiotista, la especulación de

* Universidad de Buenos Aires.





Antes que abordar la novela de Julián Martel en confrontación con las otras novelas escritas inmediatamente después de la *déba-cle*, sin embargo, prefiero hacerlo con un texto de índole muy diferente y con el que sólo parece tener en común su referencia al crac económico-financiero. Me refiero al ensayo periodístico *Buenos Aires, sus hombres, su política*, escrito por Carlos D'Amico en 1890. Si hago esta asociación es porque considero que poner la novela al lado de este ensayo ilumina los modos de procesar en lo inmediato las diversas problemáticas desencadenadas en el año 90 y también revela la configuración incipiente de ciertas matrices que sirven para procesar esas problemáticas y que serán dominantes en el fin de siglo (particularmente en esa suerte de especie narrativa que es la “novela de artista”). Evidentemente, hay elementos en la estructura de sentimientos de ese momento que permiten que, ante determinadas circunstancias de la escritura, se hagan opciones de procesamiento diferentes a las del repertorio habitual o más corriente.

Por lo pronto, ya las condiciones en las que se escriben ambos textos y las posiciones ambiguas de sus autores los ponen en una disposición particular frente a la coyuntura que tratan de explicar. José María Miró –considerado el único bohemio de esos tiempos pero tentado también por los azares bursátiles– escribió *La Bolsa* con el seudónimo de Julián Martel a mediados de 1890, la publicó como folletín en el diario *La Nación*, donde trabajaba, entre el 28 de agosto y el 31 de diciembre de 1891, y la editó en libro algo después con el subtítulo de “estudio social”. La novela narra la historia del doctor Glow, un hombre dado a la especulación que, arruinado por la crisis, pierde la razón y termina delirando con la imagen feminizada de la Bolsa. *Buenos Aires, sus hombres, su política*, por su parte, fue escrito con el seudónimo de Carlos Martínez por el político antijuarista Carlos D'Amico, ex gobernador de la ciudad y acusado de enriquecimiento ilícito. El libro, además de ser un intento por explicar las causas de la crisis que oscila entre la denuncia, el dato y el chisme, es una especie de defensa que hace el autor ante las acusaciones de fraude económico de las que fue objeto y que lo llevaron a abandonar el país.⁹

Si D'Amico conocía muy bien los vericuetos de la maledicencia después de la campaña propagandística del diario *Sud-América* que a lo largo de 1887 lo había dado como protagonista encubierto de *En la sangre* de Eugenio Cambaceres, Martel conocería una gloria fugaz debida a un único y paradójico libro, el folletín *La Bolsa*, y a la amistad que le profesó Rubén Darío a su llegada a Buenos Aires en 1893.

¿Quién es Genaro? ¿Quién es el hijo del tachero? [preguntaba el anónimo redactor del *Sud-América* mientras se publicaba *En la sangre* como folletín] Cambacérès nos los dijo antes de partir, pero no podemos repetirlo. Ponga la curiosidad pública el nombre que quiera. Hemos oído a muchos repetir uno que es el verdadero. Salido de la nada llegó a ser un magnate, un millonario, un hombre de influencia, hombre de poder. [...] Nos limitaremos a decir que el misterio es fácil de sondear y que el nombre es transparente, sobre todo para los que siguieron los cursos de la Universidad en la época en que Eugenio Cambacérès hizo sus estudios preparativos.¹⁰

Por su parte, en ocasión de la muerte de Martel en 1896 dijo su amigo Rubén Darío:

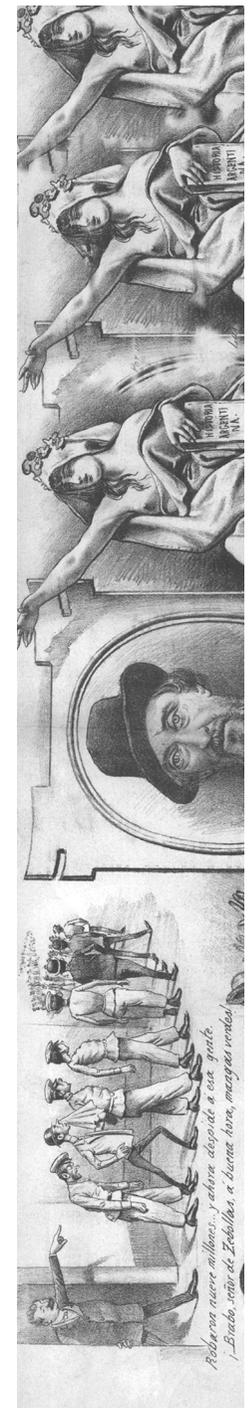
Tu obra principal y mayor –que es casi toda tu obra– fue un clamor de venganza contra la fortuna, que te fue traidora como una bella querida. Y tú, como artista, como poeta, habías nacido para las grandezas y poderíos. [...] ¡*Raté!* dirá una conciencia; y mi corazón clamará: ¡*Haced La Bolsa!*!¹¹

En medio de tantas diferencias, la coincidencia entre *Buenos Aires, sus hombres, su política* y *La Bolsa* no estaría en que los dos autores hayan utilizado seudónimos para escribir, ni en que ambos hayan quedado en un lugar tan marginal como comprometido respecto de los acontecimientos principales, sino en la configuración de dos matrices similares, de fuerte productividad en entresiglos, para abordar el tema de la crisis bursátil y su impacto social. La primera matriz que quiero desarrollar es la *percepción de la ciudad* como fantasmagoría y pura fachada. La segunda matriz es la *experiencia de la crisis* como subjetivación del llamado “delirio de grandezas”.

Cómo mirar la ciudad

A comienzos del siglo XX, Felipe Mayol de Senillosa, recordando en sus memorias la impresión recibida al llegar en vapor a Buenos Aires, describía así la situación:

[...] comenzó la danza desenfadada de los millones. En plena fiebre de empréstitos para obras públicas, la perla del sud, convertida en un vasto astillero, en un inmenso taller, mostraba sus entrañas socavadas por las costosas obras del puerto, por las cloacas, avenidas, parques, líneas férreas, edificios





públicos y privados en construcción. Se caminaba entre escombros y surgían de las ruinas aparentes, palacios y monumentos, estaciones colosales, obras hidráulicas, hospitales higiénicos, escuelas modelos. Todo faltaba, todo estaba en proyecto y los billetes flamantes de las abundantes emisiones de papel, sin garantía, corrían en los bolsillos repletos de los argentinos.¹²

En esta recreación retrospectiva, la ciudad de Buenos Aires, espacio cotidiano de las transformaciones modernizadoras de los 80, aparece *en obra*, es decir, como materialización incompleta de la modernización, como –para usar la ilustrativa expresión de Jorge Liernur– una “ciudad efímera”, tanto por sus escombros como por el volátil desenfreno del papel moneda.¹³ Localización privilegiada de la crisis del 90 en las novelas y en los primeros ensayos sobre el tema, Buenos Aires le otorga a la modernización un alto grado de visibilidad pero deja ver, al mismo tiempo, lo que ella tiene de ilusorio. De ahí que, a la luz del derrumbe bursátil y de sus consecuencias sociales, la mirada sobre el proceso de remodelación de la ciudad ofrezca algo distinto al producto acabado pero virtual que se prevé en los mapas. A la demolición transformadora y a la desintegración de la imagen familiar de “gran aldea”, se suma una crisis múltiple que hace que, en el 90, Buenos Aires encarne lo que, casi a modo de paradoja, podría llamarse una *ruina moderna*.

A diferencia de la opción que hace Mayol de Senillosa en sus memorias, que muestra la “ruina aparente” y el “escombros” urbanos en relación directa con la abundancia del dinero en todas sus formas, D’Amico y Martel hacen, en 1890, otra cosa. Pese a sus objetivos diferentes, el ensayo de Carlos D’Amico y la novela de Julián Martel comienzan con la misma escena urbana: la Plaza de Mayo con todos los emblemas edilicios que la rodean, entre ellos la Bolsa de Comercio y el Palacio de Gobierno. Esta representación de la ciudad no supone, sin embargo, la negación u omisión de la precariedad. Si la crisis del 90 revela el carácter precario de ciertos enunciados económico-sociales de la modernización (progreso indefinido y confiabilidad del Estado, enriquecimiento y orden social), esta elección para representar la ciudad es un recurso por el cual se interpreta el pasado desenmascarándolo, en el presente, como pura fachada, como utilería. Por eso, no interesa tanto representar la precariedad o la incompletud de un proyecto en el orden de lo material sino, más bien, mostrar la dimensión económico-moral de la precariedad que está tras la fachada.

El itinerario de exhibición de los logros modernizadores que propone D’Amico (de la renovada Plaza de Mayo a la avenida Alvear y la Recoleta hasta llegar a Palermo) pronto se devela como “fantasmagoría” urbana: “¡Ojalá no se rompiese el prisma y la sensación de novedad persistiese, porque ello probaría que todo era verdad!”¹⁴ ironiza el observador. En la mirada selectiva pero continua sobre el espacio urbano no importa, desde la óptica de D’Amico, lo que queda fuera de ella, sino el propio revés de la imagen, en el que la *débaçle* final ya está inscrita. A diferencia de los personajes fóbicos de Eugenio Cambaceres que se reclusan en el interior de su hogar para sustraerse de lo que podríamos llamar, recurriendo a la expresión del poeta Émile Verhaeren, una incipiente “ciudad tentacular”, y también a diferencia de los personajes de *¿Inocentes o culpables?* de Antonio Argerich que transitando ciertos recorridos urbanos encontraban la paulatina degradación, el observador suspicaz del libro de D’Amico escapa de su itinerario levantando los ojos hacia un cielo que es “azul, transparente, límpido”. Esto es: como si encontrara en el cielo (arriba, en lo alto, en lo incontaminado) la transparencia de que la ciudad carece.

Entre las imágenes disponibles de la ciudad, también Martel elige para abrir su novela la presentación de una totalidad coherente con los postulados modernizadores y a partir de ella revelar la fantasmagoría. Sólo que en su caso el efecto fantasmagórico es producido por una tempestad que acosa a Buenos Aires y por el comportamiento del viento que la acompaña, un viento que se traslada raudamente con “actitud carnavalesca”. En la novela, el relato que expresa el sentimiento de fracaso de un proyecto de Estado (y aun de nación) asume la forma de una *alegoría urbana*. Profeta de una multitud a la que se le ha quitado el cuerpo, el viento es una suerte de *flâneur* que cifra lo diverso en la unidad: se metamorfosea en “un vago elegante”, “un marido bilioso”, “un músico desinteresado”, “un artista vagabundo”, un “calavera valentón” (como si todos los tipos de las novelas del 80 hubieran salido a recorrer las calles). El itinerario termina en la Plaza de Mayo, donde se detiene frente a la Aduana, el Cabildo, la Bolsa, la Catedral, el Palacio de Gobierno, la pirámide, para asumir en cada uno de estos edificios emblemáticos la función inversa a la que naturalmente les correspondería y mostrar así una disfunción institucional.¹⁵ Siguiendo las teorizaciones de Walter Benjamin, podríamos decir que es precisamente el carácter convencional de la alegoría lo que destruye la organicidad y extingue su condición de apariencia. Como si la percepción de lo ilusorio fuera posible porque la totalidad se representa a través de la reunión de los fragmentos urbanos. A diferencia de las co-





respondencias románticas y de la representación realista, la alegoría recurre a la antítesis y a la personificación subrayando, en este caso, el desfase entre paisaje urbano y paisaje social.

La secuencia instruccional del ensayo de D'Amico parece resolverse entonces, en *La Bolsa* de Martel, con una alegoría propuesta como llave hermenéutica de lectura que sirve de apoyo al aparato predictivo en que se constituye la novela. Como cierre de la escena de apertura, el viento pide, frente a la Catedral, “compasión para la patria saqueada y escarnecida bajo el manto de oropel que la especulación y los abusos administrativos habían echado sobre sus espaldas, manto que tarde o temprano debía caer para siempre, arrancando, como la túnica de la leyenda, pedazos de su propia carne a los mismos que con él se cubrieran”.¹⁶ Esta minialegoría es el momento de mayor condensación: la ciudad se proyecta como patria, la personificación se multiplica y la predicción adopta, definitivamente, un tono profético. Ese tono, que domina paulatinamente la voz del narrador, alcanzará una elocuencia bíblica en la escena urbana que cierra la primera parte de la novela, es decir, justo antes de que comience el relato del crac de la Bolsa y sus consecuencias que ocupa toda la segunda parte. El capítulo presenta los bosques de Palermo en un espléndido día de sol y, a la manera de las escenas de conjunto de Zola, describe a los personajes que disfrutaban de la ilusión especuladora como si fuera una “orgía de lujo”: sus posicionamientos están determinados por la lógica económica y no por la lógica social.¹⁷ Sólo que, entre ellos, hay un poeta “triste y resignado” que asume una mirada descriptora que pronto se expresa como revelación alegórica apelando, en tanto imágenes de la crisis, por un lado, al prodigio del *maelström* de Edgar Allan Poe y, por otro, al imaginario bíblico.¹⁸ Si las imágenes del Apocalipsis son evocadas recurrentemente en los finales de siglo –y el propio Quesada recurre a ellas en su crítica a *La Bolsa*–,¹⁹ la percepción de la crisis del 90 que indica Martel en su novela nos remite a una estructura del sentir de eso que puede llamarse experiencia finisecular: “Allá va, como *visión apocalíptica*, una sociedad entera levantada en vilo por el agio y la especulación”. La tempestad inicial es, ahora, la “lluvia de maná” que metafórica el enriquecimiento agiotista.²⁰ Casi una puesta en abismo del modo de mirar del propio narrador (de quien el poeta es, como lo ha señalado David Viñas, su alter ego), la escena ilustra “su mente visionaria, enamorada de la antítesis”. Del día de sol al *maelström* o al apocalipsis, el poeta anticipa, en clave secular o religiosa, las huellas de un final.

Cuando la evaluación de la ciudad como vicio prevalezca por sobre la imagen de una ciudad más allá del bien y del mal –como

la denomina Carl Schorske–,²¹ los personajes de *La Bolsa* ya no podrán ni recorrerla ni habitarla. Desplazada la perspectiva, no pueden reconocerla ni, en ella, reconocerse a sí mismos o a los otros.

Las formas del delirio

“Ninguna de tan bellas promesas se cumplió, y el oro subió mucho más de lo que había bajado al anunciarse esas medidas, porque si en física, la reacción es igual a la acción”, señala Carlos D'Amico en su libro, “en economía política la reacción (el desencanto) es el cuádruplo de la acción (la esperanza)”.²² Como resultado de una fórmula que pretende exhibir y explicar lo ilusorio de las imágenes urbanas, en *Buenos Aires, sus hombres, su política* la grandeza de los años 80 es un delirio. En una sorprendente inserción en medio de cifras, datos y denuncias en las que se basa la explicación de la crisis del 90, D'Amico enuncia retóricamente una hipótesis cuya productividad se expresa simultáneamente en otro género, la novela:

¿Será que deslumbran la vista del argentino los encendidos destellos del oro [se pregunta D'Amico], y que como esos locos que no pueden mirar un espejo porque creen ver en él reflejados los delirios que enfurecen su desarreglada fantasía, no pueden mirar los argentinos la bruñida superficie del oro amonedado, sin ver en ella reflejadas todas las ambiciones de lucro insensato, de lujo oriental, de desmedido despilfarro, que en ellos ha despertado el delirio de las grandezas?²³

Si el oro es al argentino lo que el espejo es al loco, ambos –el argentino y el loco– se asemejan en la experiencia del delirio. En el ensayo económico y social, como vemos, se configura el ideograma que dramatizarán las novelas del ciclo de la Bolsa, desde sus mismos títulos: abismos, horas de fiebre, grandezas... Y si *La Bolsa*, justamente, encuentra su título en la denotación y no en la metáfora, un editor sagaz le cambiará el nombre cuando, en plena “década infame”, sea reeditada dentro de la popular colección La Tradición Argentina: *La Bolsa* será entonces una *Danza de millones*, “obra novelesca típicamente argentina y, si se quiere, legítimamente porteña”.²⁴

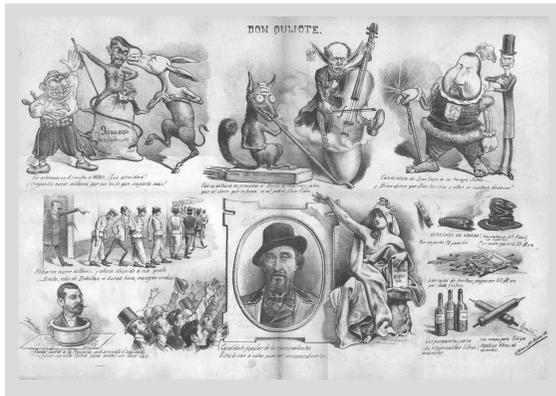
Cuando en la novela de Martel se narre la caída de la Bolsa, el endeudamiento fraudulento de los personajes y su *débaçle* moral, la predicción –función que legitima al narrador y al poeta– de





ja de tener sentido. A partir de ese momento, el protagonista –cuya capacidad predictiva había estado anulada por el delirio metafórico del oro– sabe tanto como los visionarios, pero en el movimiento de repliegue que le sigue a la experiencia de la ciudad como ruina moderna sólo puede comprender los hechos a través de una nueva forma del delirio. Libre ya de la metáfora, el delirio se hace literal y su lexicalización –que parece responder mediante una nueva alegoría la pregunta retórica de D’Amico– es la locura. En la última escena, el protagonista, enloquecido por su ruina y la pérdida del honor, alucina con una mujer, una hermosa Cleopatra que, tras los goces del amor, se metamorfosea en un monstruo espantoso: “Soy la Bolsa”, dice. La alegoría final, entonces, manifiesta la subjetivación del espacio de la Bolsa como delirio de la sinrazón y ya no de las grandezas. Porque, en la ficción, la crisis del 90 sólo devuelve al sujeto a su propia interioridad a costa de la enajenación.

De la representación inicial de la ciudad acosada por el viento en el espacio emblemático de la Plaza de Mayo, sólo resta la imagen de la Bolsa convertida en mujer-monstruo. Puesta en el cuerpo lujurioso de la mujer (porque en la ficcionalización finisecular la economía en crisis aparece siempre feminizada), la personificación resemantiza el carácter emblemático de la Bolsa en el que lo económico ha sido sustituido por el vicio. Es allí, precisamente, donde la articulación narrativa del crac financiero termina de constituir esa rejilla económico-moral que sirve para procesar los problemas sociales de una época.



El Quijote, 26 de enero de 1890.

Notas

¹ Para un panorama de la época y una explicación general de la crisis de 1890, ver el tomo V de la *Historia argentina* dirigida por Tulio Halperín Donghi, Ezequiel Gallo y Roberto Cortés Conde, *Argentina. La república conservadora*, Buenos Aires, Paidós, 1995. Sobre las prácticas institucionales del período, véase N. Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986 (1ª ed. 1977); para un abordaje actual de las prácticas políticas, económicas y culturales, véase M.Z. Lobato (dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Nueva historia argentina, t. V, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.

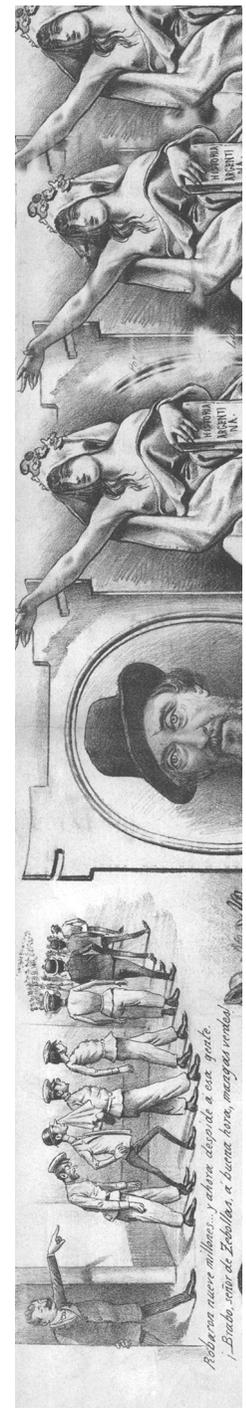
² He trabajado con el diario *Sud-América* en el período que va de 1888 a 1891. A lo largo de ese último año es posible observar cómo los vaivenes de la publicación del diario (cambios de director, suspensiones, cierre final) se corresponden con los vaivenes de la política, que se entran definitivamente con las vicisitudes de la economía y las finanzas. Para una lectura histórico-política de este diario, véase T. Duncan, “La prensa política: *Sud-América* (1884-1892)”, en G. Ferrari y E. Gallo (comps.), *La Argentina del 80 al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980.

³ Respecto de la Revolución de 1890, Hilda Sabato discute la interpretación que “ha considerado a la Revolución mucho más como el preludio de 1912, que como el epílogo de 1880”; H. Sabato, “La Revolución del 90: ¿prólogo o epílogo?”, *Punto de vista*, año XIII, N° 39, diciembre de 1990.

⁴ Los nuevos temas disponibles ingresan de inmediato en las novelas, género en el que, por medio de la narración, se trata de encontrar respuestas para gradualmente ir ordenando, jerarquizando la simultaneidad pero que, en este primer momento, dejan señales de un sentimiento del presente (basta pensar en el suicidio de Quilito, el protagonista de la novela homónima de Carlos María Ocantos, de 1891). Aunque en menor medida, también en los artículos de opinión o en los ensayos se usa el nuevo repertorio, a través de cuya disposición y combinatoria los autores toman partido. A modo de ejemplo, se pueden citar dos casos extremos: *Para dominar el oro ¡Plata!* de Santiago Vaca Guzmán (s/d, 1890), que se origina en una serie de artículos periodísticos de ocasión, y *El 90* (sociología argentina) de Carlos Rojo (Buenos Aires, Imprenta de Pablo Coni e hijos, 1892), que tiene explícitas pretensiones científicas.

⁵ Mientras ninguna de las novelas que Antonio Pagés Larraya dio en llamar el “ciclo de la Bolsa” desarrolla la crisis económica (“La crisis del 90 en nuestra novela. El Ciclo de la Bolsa”, *La Nación*, 4 de mayo de 1947), los ensayos que proliferan por entonces se refieren o dedican tanto a la *débaque* económica como a la crisis político-institucional.

⁶ Esas cinco novelas pertenecen al llamado “ciclo de la Bolsa”: *Abismos* de Manuel Bahamonde, *La Bolsa* de Julián Martel, *Quilito* de Carlos María Ocantos, *Horas de fiebre* de Segundo I. Villafañe, *Buenos Aires en el siglo XXX* de Eduardo de Ezcurra. Las seis novelas restantes que integran el ciclo fueron escritas entre 1894 y 1901.





⁷ Se trata de cambios cualitativos que son asumidos como experiencias sociales y que “aunque son emergentes o preemergentes, no necesitan esperar una definición, una clasificación o una racionalización antes de ejercer presiones palpables y de establecer límites efectivos sobre la experiencia y la acción”, Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980 (1977), pp. 150-158.

⁸ El primero en señalar esa relación, que fue tomada sin reconsideraciones por sucesivos críticos, fue Ernesto Quesada en su temprano estudio sobre *La Bolsa y Quilito*: “Si Zola al escribir su ya famosa novela *L’Argent* se hubiese referido a Buenos Aires y al pasado período de especulación bursátil, no habría podido hacerlo mejor” (*Dos novelas sociológicas*, Buenos Aires-La Plata-Rosario, Jacobo Peuser, 1892, p. 69).

⁹ Julián Martel, *La Bolsa*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1981. Carlos D’Amico, *Buenos Aires, sus hombres, su política*, Buenos Aires, Editorial Americana, 1952. La edición original tenía el título *Buenos Aires, su naturaleza, sus hombres. Observaciones de un viajero desocupado*. Por Carlos Martínez. México. 1890. A partir de aquí todas las citas remiten a las mencionadas ediciones.

¹⁰ *Sud-América*, lunes 19 de septiembre de 1987, p. 1, col. 5. Para una lectura de *En la sangre* en el marco de la constitución de la novela en la década del 80 y en relación con sus condiciones materiales de producción y circulación, véase A. Laera, *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, e/p (julio de 2004).

¹¹ R. Darío, “A José Miró (Julián Martel). El día de su muerte. 10 de diciembre de 1896”, en *Prosa dispersa, Obras completas*, vol. XX, Madrid, Mundo Latino, 1919.

¹² Felipe Mayol de Senillosa, *Memorias parleras*, citado por J.L. Busaniche, *Estampas del pasado. Lecturas de historia argentina*, Buenos Aires, Hachette, 1959, pp. 843-844.

¹³ Jorge Liernur, “La ciudad efímera. Consideraciones sobre el aspecto material de Buenos Aires; 1870-1910”, en J. Liernur y G. Silvestri, *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.

¹⁴ Carlos D’Amico, *Buenos Aires, sus hombres, su política*, p. 11.

¹⁵ Glosa la cita íntegramente: en la plaza de Mayo se pone “iracundo, rabioso, hecho un salvaje”. Pasa por el Congreso “sin buscar camorra”; hace el papel de “protegido del Gobierno, de elemento electoral”, abalanzándose sobre la Aduana; se convierte en “opositor intransigente” cuando arremete contra el Palacio de Gobierno; se lanza sobre la Bolsa de Comercio “;como si con las lágrimas que le hiciera derramar su pesquisa por los antros administrativos, intentase barrer y limpiar de una sola vez toda la escoria financiera!...”; se transforma en “político sin conciencia” y abofetea la pirámide de Mayo; en el Cabildo, se convierte en uno de esos “litigantes que por no tener *cuñas*, ven premiada su falta de culpabilidad con una sentencia condenatoria”; finalmente, al pie de las columnas de la Ca-

edral alza “una especie de ruego fervoroso en que parecía pedir un poco de compasión para la patria saqueada y escarnecida bajo el manto de oropel que la especulación y los abusos administrativos habían echado sobre sus espaldas, manto que tarde o temprano debía caer para siempre, arrancando, como la túnica de la leyenda, pedazos de su propia carne a los mismos que con él se cubrieran” (pp. 31-33).

¹⁶ Julián Martel, *La Bolsa*, p. 33.

¹⁷ Así como en su libro *D’Amico* proponía un itinerario que construía el espacio urbano modernizado como continuidad y desplazamiento, en *La Bolsa* el espacio urbano es funcional a la estructura de la trama: la primera parte abre con la escena en la Plaza de Mayo y cierra con la escena en Palermo.

¹⁸ La denominación *mirada descriptora* pertenece a Ph. Hamon en *Introducción al análisis de lo descriptivo*, Buenos Aires, Edicial, 1991. David Viñas analiza la función de la descripción en la novela de Martel a partir de las distintas relaciones establecidas entre el narrador y aquello que describe, señalando que la articulación causalista última es el antisemitismo (D. Viñas, “Martel y los culpables del 90”, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982).

¹⁹ Ernesto Quesada, *Dos novelas sociológicas*, Buenos Aires, Peuser, 1892.

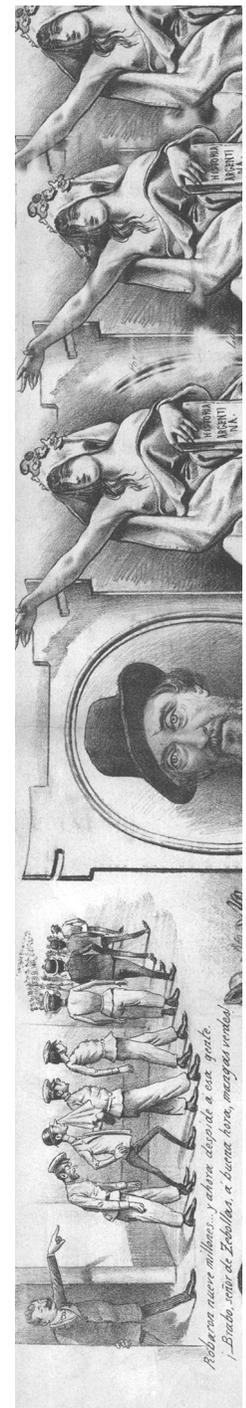
²⁰ Como puede verse, Martel recurre a un amplio repertorio alegórico: imágenes de la naturaleza, leyendas populares, leyendas extraídas de la literatura, imágenes bíblicas y de la Antigüedad clásica.

²¹ C. Schorske, “La ciudad moderna”, *Punto de Vista*, año X, N° 30, julio-octubre de 1987.

²² C. D’Amico, *Buenos Aires, sus hombres, su política*, p. 141.

²³ Ídem, p. 155.

²⁴ Así reza el anuncio completo, contribuyendo aun más a la confusión respecto de la historia de la novela argentina y de la obra de Julián Martel: “Una trama intensa y la presencia escasamente disimulada de muchas personalidades de nuestro mundo financiero hicieron de *Danza de millones*, cuando su aparición, un libro discutido y rápidamente arrebatado por millares de lectores” (portadilla a Julián Martel, *Danza de millones*, Buenos Aires, Juan Carlos Rovira Editor, 1933).



Artículos



Fotos familiares, narraciones orales y formación de identidades: los ucranianos de Berisso*

Daniel James**
Mirta Zaida Lobato***

En la segunda década del siglo XX llegaron a la Argentina cientos de inmigrantes procedentes de los montes Cárpatos, de las llanuras de Ucrania, de las aldeas de Polonia. Muchos de ellos se establecieron en Berisso, un barrio de la ciudad de La Plata (provincia de Buenos Aires), y se convirtieron en obreros industriales. Allí conformaron sus asociaciones representativas y moldearon sus identidades. Julián Zabiuk fue uno de esos inmigrantes: llegó a Berisso desde Solone (Zalizchyky, Galitzia oriental) y, como otros extranjeros, trabajó en los frigoríficos Swift y Armour, y vivió en la localidad hasta su muerte.¹

El paso por la historia de Julián Zabiuk sólo tenía sentido para su familia y sus amigos. Sin embargo, él ordenó las fotos de su familia en dos álbumes construyendo un relato visual que le permitió encontrar un lugar en la historia cuando esos álbumes, conservados por su hijo, fueron entregados a dos historiadores interesados en el pasado de Berisso. No obstante, su ingreso a la historia no fue inmediato pues estaba condicionado por nuestra capacidad de historiadores para encontrar un sentido a esas imá-

genes y a las narraciones que habíamos recogido en la comunidad. Fotografías y relatos nos planteaban un desafío en cuanto a los usos posibles de estos materiales por quienes no tenían incorporada a su formación profesional la sensibilidad adecuada para lidiar con ellos.

En este artículo se analiza la trama formada por los relatos orales y las imágenes fotográficas como elementos importantes en el proceso de formación de la identidad de los ucranianos. Esa identidad no fue un movimiento único y homogéneo, por el contrario, emergió de los conflictos de memoria y de competencias entre diferentes relatos existentes en la comunidad local. Las competencias conflictivas estaban (y están) relacionadas con la presencia de elementos residuales en las narraciones de la comunidad, de ciertos núcleos de memoria (el pasado de los trabajadores inmigrantes en los frigoríficos, la armonía de la sociedad del trabajo bajo el peronismo, la convivencia sin desavenencias de diferentes nacionalidades, religiones e ideas políticas) y con las formas de transmisión asociadas no sólo con la palabra sino también con objetos (fo-

* El estudio de los ucranianos de Berisso se inscribe dentro del proyecto colaborativo titulado "Berisso obrero, Ethnicity and the Construction of Identity in an Argentine Meatpacking Community, 1900-1990", dirigido por Daniel James y Mirta Zaida Lobato con un subsidio del National Endowment for the Humanities. Queremos agradecer a Bogdan y Mariel Zabiuk por su ayuda. Una versión preliminar fue escrita en el National Humanities Center, North Carolina, 1997-1998.

** Indiana University.

*** Universidad de Buenos Aires.

tografías, cartas, monumentos), ceremonias, representaciones y fiestas.

De hecho el foco de este ensayo privilegia el análisis de las fotografías de los álbumes de Julián Zabiuk como soportes de una historia de desarraigo y de formación de una nueva familia, y como parte de las tensiones alrededor de la construcción de la identidad de los ucranianos en la Argentina. Si la lente de la máquina fotográfica se acerca, la figura de Julián Zabiuk puede entrar parcialmente en el cuadro a través de las fotos familiares en Ucrania y en la diáspora; si se aleja, aparece la historia de la comunidad étnica. Pero al ajustar la lente los sentidos de la historia personal y étnica de Julián Zabiuk adquieren densidad a partir de nuestro propio aprendizaje sobre cómo leer las huellas contenidas en los relatos e imágenes.

Las huellas del pasado: síntomas e indicios en la narración

En 1987, muchos años antes de encontrar los álbumes de fotos, Juan Ciuper nos contaba sobre su experiencia como trabajador inmigrante. Estaba sentado en su casa y nos hablaba pausadamente de su experiencia laboral. En muchos pasajes de su relato aparecían algunas observaciones sobre los ucranianos que sólo mucho tiempo después adquirieron algún significado. Los pasajes de ese relato eran como *minúsculas singularidades*, al decir de Ginzburg,² que paulatinamente fueron convirtiéndose en rastros, indicios y signos de los intercambios y transformaciones culturales de los ucranianos de Berisso.

Veamos los fragmentos sintomáticos de ese texto:

- “[...] Mi bisabuelo **era alemán pero se ucranizó.**”

- “[...] Vine el año 30, tenía dieciséis años... De los Cárpatos, la ciudad más importante de aquel tiempo se llamaba Stanislavia [fonética]. Actualmente es una ciudad muy estratégica para los rusos porque es base de defensa.”
- “[...] Mi mamá emigró para que yo pudiera estudiar [...] Mi mamá vino acá, yo tenía doce años e ingresé al colegio nacional [en Ucrania], como estaba bajo ocupación polaca, **los polacos no nos favorecieron mucho a nosotros, el estudio nuestro tenía cierta interferencia en todo.**”
- “[...] En la Sociedad nuestra [Prosvita] **el que se manifestaba que era de la doctrina de Lenin no tenía lugar para nosotros, lo excluíamos [...].**”
- “[...] **La sociedad nuestra era netamente cultural**, era darle a conocer a los argentinos el arte nacional y la nacionalista [se refiere a la Sociedad Renacimiento] era un poquito sospechosa para el gobierno, nosotros teníamos personería jurídica, [...] ellos no [...].”
- “[...] **Había una discordia muy grande, [...] había razón de existir o no había razón de existir, porque ellos no podían hacer otra cosa, igual que Prosvita, actos culturales otra cosa no [...]. Por ejemplo ellos hacen los mismos actos que nosotros, ellos dicen vamos a hacer actividades todos juntos, pero exigen como si fuera que nosotros tenemos que capitular con ellos. Yo mismo a veces hablo y voy a los actos de ellos y digo: tengan en cuenta que la existencia nuestra tiene muchos años y es madre fundadora de la vida nuestra, hacen lo mismo que nosotros. ¿Por qué querían dividirse? Salieron y ahora hacen lo mismo que nosotros.**”
- “No eran gente preparada para esa idea (nacionalista), la idea era buena,

pero no estaban preparados, las charlas tenían tipo agitadores.”

- “[...] **Hay gente mitad ucraniana que se identifica como ruso**, no son rusos, acá si hay en Argentina trescientos rusos es mucho.”
- “[...] **Con la sociedad polaca había discordia**, ahora hay contactos con los polacos, les tocó la misma suerte que a Ucrania, están bajo dominación rusa, antes no había, había distancia.”³

Polacos, ucranianos, rusos, aparecen como posicionamientos, como expresiones de una experiencia humana dispersa y fragmentada relacionada tanto con los procesos de fabricación de naciones en el mundo europeo como con los movimientos de población (inmigración). Esos posicionamientos iban cambiando. El bisabuelo de Ciuper era alemán pero se ucranizó, algunos eran ucranianos pero se identificaban como rusos, otros podían ser denominados como polacos. Las palabras de Ciuper convertidas en indicios se bifurcan en varias direcciones, aunque varios de esos caminos conducen a la necesidad de analizar las complejas relaciones entre memoria e identidad étnico-nacional.

La cuestión de la identidad refiere a un proceso cultural a partir del cual se quiere dar coherencia –imaginaria y real– a la experiencia de la diáspora (familiar y nacional) que implicó el fenómeno migratorio. El mundo de identidades cambiantes que señala Juan Ciuper era compartido por otros cientos de ucranianos que llegaron a Berisso en el período de entreguerras. Para esos inmigrantes su identidad cultural era el resultado de un conjunto complejo de experiencias que incluía lo que eran y en lo que se estaban convirtiendo. Tal como señala Stuart Hall, ninguna identidad cultural es algo que existe realmente de manera previa, que trasciende tiempos, lugares, historias,

sino que está en constante transformación.⁴ Una identidad, en este caso la relacionada con la etnicidad, no es algo que se ha fijado en el pasado y que nosotros necesitamos descubrir, y tampoco es una esencia cristalizada que espera ser encontrada; por lo contrario, está sujeta a los juegos de la historia, la cultura y el poder. Hall señala también que una determinada identidad cultural no es una broma de la imaginación pues ella tiene sus historias y las historias tienen sus efectos reales, materiales y simbólicos. Además, son siempre construidas a través de la memoria, de la fantasía, de las narraciones y de los mitos. De manera que una identidad cultural es un *inestable punto de identificación* que se hace con discursos, con actos, con artefactos. Vale la pena remarcar: una identidad no es una esencia sino un posicionamiento.

Un *inestable punto de identificación* es la idea que mejor se conecta con otro concepto que resulta útil aquí: el de grupo étnico de Fredrik Barth.⁵ Este concepto fue utilizado en algunos estudios sobre la inmigración en la Argentina refiriendo a la percepción de “lo diferente” por parte del propio grupo y por la sociedad.⁶ Pero la percepción de lo diferente es sólo una parte y no toma en cuenta la dinámica, la complejidad, los conflictos en la construcción de esa etnicidad. Para Barth, lo institucional (con gran peso en los estudios sobre colectividades) y lo subjetivo están íntimamente relacionados y ambos forman parte de un proceso activo a partir del cual se definen las fronteras de la etnicidad (*ethnic boundaries*) la que se produce, por otra parte, en estrecha relación con los cambios que se operan dentro y fuera del grupo. Barth considera además que las huellas elegidas por la gente como rasgo cultural, como elemento de identificación, definen a un grupo étnico, y que esa elección depende de un sistema sociocultural

que no es predecible. Además, una identidad cultural se constituye en el conflicto. Esa identidad es una relación que se convierte en un espacio de *antagonismo* que transforma la manera de concebir lo político, porque ya no puede presentarse solamente localizado en instituciones específicas, como una esfera o nivel de la sociedad.⁷

El relato de Ciuper se repetía en otras voces que quedaban plasmadas en los artefactos culturales que les daban sustento. Los relatos estaban inmersos y confrontando al mismo tiempo con el gran relato de la comunidad armónica que tiene un momento de materialización en la Fiesta Provincial del Inmigrante. En la fiesta se repite cada año un ritual asociado a dar forma a la comunidad multicultural formada por personas, ahora sus nietos, que llegaron a Berisso desde diferentes partes del mundo y conviven (así como convivieron) en una sociedad sin tensiones, sin conflictos, sin enfrentamientos.

El relato de Ciuper, el de Bogdan –el hijo de Zabiuk– y el de otros habitantes de Berisso, así como la fiesta del inmigrante y las representaciones teatrales, se inscriben en una *práctica social de conmemoración* que constituye una práctica intencional a partir de la cual se asignan ciertos significados a distintos acontecimientos de la historia de Berisso: la llegada de los inmigrantes, el pasado de trabajo en los frigoríficos, la comunidad del esfuerzo, el 17 de octubre y el peronismo.⁸ Esta práctica social de conmemoración tiene un punto de partida pues se inició a partir de la demolición del frigorífico Armour, luego de su cierre en 1969, pues la gente, amenazada por la desocupación y la desaparición de las fábricas, se reunía para recordar los hechos del pasado que formaban parte de su identidad cultural asociada con la experiencia de trabajo.

Los párrafos transcritos de nuestro na-

rrador Juan Ciuper constituyen síntomas e indicios de los conflictos existentes alrededor de la identidad ucraniana de los inmigrantes de Berisso. Esos relatos no son textos aislados de su contexto o, mejor aún, no son relatos ajenos a la experiencia concreta; sobre este punto volveremos más adelante. Pero resultan indicios significativos porque no eran el producto de una conversación cuyo centro fuera la experiencia de la inmigración ucraniana ni la constitución de sus instituciones representativas y, mucho menos, las divisiones políticas existentes en su seno. Tampoco podía inscribirse en un diálogo que confrontara la perspectiva del narrador y el entrevistador pues el eje de nuestras preguntas tenía que ver con el trabajo en los frigoríficos, con las condiciones de vida en la comunidad y, en ese contexto de la conversación, los narradores, la “gente común”, no tenían en mente la existencia de un público externo de posibles “lectores” u “oyentes”.

Sin embargo, Juan Ciuper se comportaba como el portavoz de un grupo al señalar que: “[...] **Había una discordia muy grande... había razón de existir o no había razón de existir, porque ellos no podían hacer otra cosa, igual que Prosvita, actos culturales otra cosa no [...]** Por ejemplo ellos hacen los mismos actos que nosotros, ellos dicen vamos a hacer actividades todos juntos, pero exigen como si fuera que nosotros tenemos que capitular con ellos. Yo mismo a veces hablo y voy a los actos de ellos y digo: *tengan en cuenta que la existencia nuestra tiene muchos años y es madre fundadora de la vida nuestra, hacen lo mismo que nosotros. ¿Por qué querían dividirse? Salieron y ahora hacen lo mismo que nosotros*”. ¿Quiénes eran ellos? ¿Entre quiénes se producía la discordia? ¿Cuáles eran las razones de la división y quiénes se dividían? Al con-



Fig. 1: Foto enviada por Zenón Zabiuk. En la parte posterior dice: “Para recuerdo de mi hermano Julián. Yo estoy sentado al borde del banco. De nuestra casa se ve el techo y la chimenea. Zenón”.



Fig. 2: Pueblo en Ucrania.



Fig. 3: Familiares de Eudocia Cymbala, esposa de Julián Zabiuk.

siderar estos interrogantes, creemos que en el momento de realizar la entrevista nosotros no habíamos pensado que nos estábamos convirtiendo en vehículo de un discurso ideológico alrededor de la identidad y de las fronteras que se levantaban en torno a esa misma identidad.⁹ La narración nos estaba planteando un conflicto y nosotros no teníamos la otra parte que permitiera responder la subjetividad de esta interpretación. Además, como historiadores, no teníamos incorporada a nuestra tradición cultural y tampoco a nuestro objetivo de investigación una confrontación de estas características.

La narración de Ciuper nos colocaba frente a un indicio, a los rastros (las minúsculas singularidades que plantea Ginzburg) de un problema más complejo y que requería de otras huellas que permitieran reconstruir las transformaciones culturales que vivieron los inmigrantes ucranianos de Berisso.

Otros rastros: el álbum de fotos familiares

Julián Zabiuk dejó otro tipo de indicios sobre su experiencia de vida. Dos álbumes de familia son los soportes que cuentan la historia de desarraigo y desarticulación de su familia y de la “familia ucraniana”. En los álbumes fotográficos de Zabiuk se reúnen simbólicamente y en un mismo espacio una evocación nostálgica de lo perdido (Ucrania); se produce un ordenamiento evocativo donde se encuentra la familia (compuesta por parientes y amigos) y las partes perdidas y reconquistadas de la familia personal y nacional en la nueva sociedad (Fig. 1, 2 y 3).

Los álbumes están organizados según distintos criterios de temporalidad. En un nivel general y abstracto podemos decir que

hay una narrativa diacrónica (nacimiento, crecimiento y muerte o salida, llegada, desarraigo y resolución con la dualidad de integración y diferenciación). Este nivel de temporalidad es de uso limitado para Julián Zabiuk; de algún modo, ésta es la historia de la humanidad en general y lo que Zabiuk está buscando es una presencia mucho más personal representando lo único y particular de su experiencia que incluye en la metanarración de la nación y de la comunidad. Para lograr esa presencia la diacronía típica del álbum de familia es insuficiente y, entonces, altera el tiempo. Sin embargo, no es la única razón: también lo hace porque una organización sincrónica reproduce mejor las características de la memoria, de la recordación, especialmente de un anciano que está rearmando su pasado a través de fotografías. Este aspecto sincrónico del acto de recordar es alterado en el testimonio oral por la intervención del investigador que busca ordenar el tiempo de acuerdo a criterios de sucesión cronológica. La alteración temporal le permite a Zabiuk juntar esos pedazos en una narración que corresponde a su deseo de hacer visibles las huellas más profundas que quedaron en su memoria (desarraigo, diáspora, identidad, familia, integración) y es también una forma de dejar de ser un fantasma para convertirse en una presencia (Fig. 4, 5 y 6).

En un nivel, los álbumes de fotos familiares de Zabiuk podrían introducirnos en su intimidad personal y también en el mundo a partir del cual se crea una imagen de sí mismo para los otros. Si conociéramos a los fotógrafos profesionales que las tomaban se podría incluso analizar las imágenes como documentos de la vida privada en la dirección que nos propone Luis Príamo,¹⁰ o como parte de lo que otros autores han denominado el *studium* o simplemente *performance*. En este nivel y partiendo de la idea



Fig. 4: Familia Zabiuk. Julián Zabiuk, Eudocia Cymbala y Bogdan. Foto tomada en Berisso (circa 1932).



Fig. 5: Julián Zabiuk (circa 1928).



Fig. 6: Familiares en la Argentina. (Foto Arte Marcos, Dock Sud, Avellaneda)



Fig. 7: Joven en Berisso. (Foto Berman)

de *studium* de Roland Barthes, una foto puede hablar del sentido de respetabilidad, del ascenso social, de las imágenes familiares, del conformismo y de las formas de vestir.¹¹ Sin embargo se podría ir más allá y responder al desafío que nos plantea Barthes respecto de la fotografía y encontrar el *punctum*, el detalle que hiere (que punza) y que provoca en el espectador una mirada diferente.

El *punctum* es la excepcionalidad metonímica que probablemente no es intencional y nos dice que el fotógrafo estaba allí. Pero el *punctum* se ubica en un plano muy individual: es lo que significa para nosotros y no necesariamente lo mismo para los otros espectadores; para ellos puede ser una foto más entre otras miles. En todo caso, Barthes plantea un desafío y aún permanece en ese nivel.

De todos modos quisiéramos presentar un ejemplo de lo que hemos entendido por esa mirada individual de una fotografía. Cuando vimos por primera vez el álbum de Bogdan había una foto que llamaba nuestra atención. Era la de un joven de doce a quince años. Al principio nos atrajo la camisa bordada a la usanza tradicional que emergía por debajo de su traje. Nos parecía que la fotografía simbolizaba la tensión entre dos deseos: lo moderno e indiferenciado (la homogeneización de la vestimenta), el uso del traje en una sociedad que sigue siendo campesina y, por otro lado, la camisa y los zapatos sucios de barro que indican claramente lo distintivo de su condición de trabajador rural. Pero, además, estaba la expresión de su rostro. La cara era para nosotros un elemento punzante en la medida en que se expandía y cubría toda la foto. Al principio el rostro del joven tenía la función metonímica de designar el hambre. En sucesión se proyectaban las fotos de otras hambrunas que asolaron el planeta; la única diferencia esta-

ba en su vestimenta, pues muchas de esas imágenes estaban constituidas por cuerpos semidesnudos (Fig. 7).

Luego asociamos nuestra incomodidad con las narraciones de una mujer ucraniana sobre casos de antropofagia que se habrían producido en los años de 1930 en la aldea de donde ella provenía. En ese mismo momento, el rostro del joven adquirió la función metonímica de designar el hambre a la que habrían sido sometidos los pueblos en los territorios de la Unión Soviética.

El detalle de la fotografía que nos hería representaba las masivas hambrunas que han dado lugar a un debate abierto sobre la memoria en el caso ruso y que, según Catherine Merridale, está siendo objeto de revisión.¹² Según esta autora, tras varias décadas de debate entre los historiadores se está produciendo un cierto consenso sobre las catástrofes demográficas bajo el stalinismo. La historia de ese desastre se puede dividir en tres fases:

- 1) 1914-1921 guerra mundial, revolución, guerra civil y hambre;
- 2) 1926-1939 colecti-

vización e industrialización forzada, hambrunas y represión política conocida con el nombre de purgas, y 3) 1939-1945 marcado por el período de la invasión a Finlandia y la Guerra Patriótica. Detrás del rostro del joven y de manera no intencional aparecían los rostros (al menos para nosotros, y en esto consiste el *punctum*) de los diez millones

de muertos que se sumaron a los 23 millones del período 1914 y 1922 y que sólo eran anécdotas fantásticas en las voces de una mujer en Berisso. Merridale señala que “la Guerra Civil fue seguida inmediatamente por una severa escasez. Ésta fue más destructiva en la Rusia meridional y, especialmente, en la región del Volga y Ucrania. La mortalidad total en estas regiones se estima entre un millón y medio y cuatro millones. El panorama se complica con el infanticidio, que no era nuevo, y también con el canibalismo, que no

había sido reportado en tal grado hasta entonces”.¹³ Esta foto había sido tomada probablemente en la segunda fase expresada por Merridale.¹⁴

Por otra parte, se puede afirmar también que las fotografías plantean una tensión permanente entre los elementos universales (o las metanarraciones) y las partículas, los fragmentos, lo momentáneo que ellas registran. Si retomamos la metáfora de acercar o alejar la lente fotográfica, en el movimiento de alejarla emergen aquellos elementos de las narraciones asociados con la identidad étnica. Son símbolos más universales susceptibles de transformarse en rasgos ge-

nerales de la cultura y de la identidad ucraniana reconocibles tanto en Canadá como en Estados Unidos o en la Argentina. Si por el contrario acercamos la lente, surgen las partículas de la vida familiar y las tensiones dentro de la comunidad local, tal como nos había planteado el relato de Juan Ciuper. Para desbrozar los elementos universales de los



Fig. 8: Postal de Taras Szeweczenko. (Copyright by Rusalka, Leopold. Printed in Poland (circa 1928).

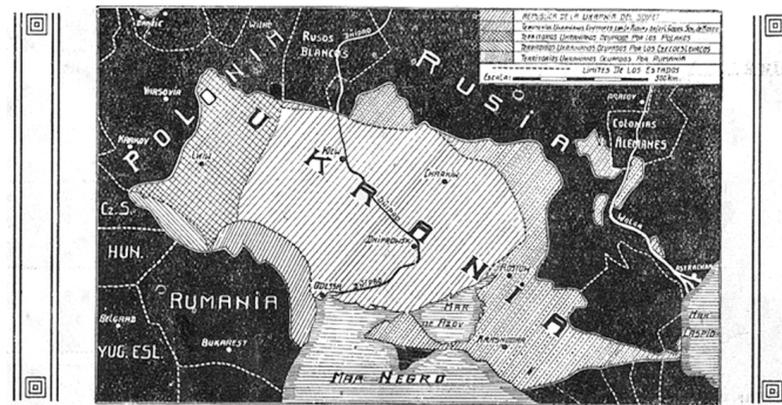


Fig. 9: Tarjeta Postal (en el reverso dice “¡Ukrania para los Ucranianos! Las mejores causas han tenido que luchar contra bastantes obstáculos, y muchos combatientes han muerto en la brecha, antes de triunfar. El heroísmo que han demostrado debe medirse no por el resultado inmediato que han obtenido, sino por las dificultades con que han tropezado y por el valor con que han sostenido la lucha. Distribuido por el Circulo Ucraniano de los Ex Combatientes de la República Argentina”. En lápiz está escrita una fecha: 28 de noviembre de 1933).

de la experiencia fragmentaria y cotidiana es necesario tener conocimiento del contexto y acceso a otra información, lo que convierte al historiador en un “lector privilegiado”.

Además, en los álbumes bajo estudio se combinan las fotos tomadas por profesionales (por ahora anónimos), con *snapshot* (instantáneas), cuya característica es la espontaneidad, la inmediatez, la falta de intencionalidad simbólica, el deseo de detener el movimiento y el tiempo en un instante preciso. En el álbum los *snapshot* pueden estar asociados a esta idea de tiempo fugaz, de fragmentos cuya sucesión puede borrar la memoria.¹⁵

Pero las fotos no son los únicos artefactos que se encuentran en las páginas de los álbumes. También forman parte del relato las tarjetas postales. Ellas ayudan a Zabiuk a dar sentido a la historia que quiere contarlos. Las tarjetas postales circularon como tarjetas de salutación con motivos bíblicos en

el siglo XVI y se realizaban en los monasterios. Esta costumbre sobrevivió en los círculos de las iglesias. Pero la primera tarjeta postal propiamente dicha no apareció sino hacia el siglo XIX y el país pionero fue Inglaterra, que la difundió cuando en 1840 estableció un estampillado de correo más barato. La cultura del envío de tarjetas postales pronto se extendió a otros países al amparo del desarrollo de los servicios postales. Se podría decir que entre 1869 y 1900 emergió una cultura de las tarjetas postales y que es entre 1901 y 1915 cuando se difundió la costumbre de enviarlas para Navidad en Estados Unidos así como en Gran Bretaña y en Francia. Hacia 1916 el mercado de consumidores de tarjetas postales se amplió bajo los efectos de modificaciones en la calidad de las mismas.¹⁶

Un estudio sobre la inmigración finlandesa señala que cuando los inmigrantes arribaban a diferentes áreas de América del



Al crear la Primera Junta la Biblioteca a instancias de Moreno, fué nombrado director fray Cayetano, quien aceptó gustosísimo esas tareas que le ponían más en contacto con sus amados libros. Cuando alguien le visitaba decía señalándolos: "Estos son ahora mis proyectiles que no van al hombre para matarlo, sino para embellecerle la vida".

*Fray Cayetano.
Nació en 1761 en
San Pedro provincia*

Fig. 10: Ejercicio escolar de Bogdan. El texto que acompaña la figura dice "Fray Cayetano nació en 1761 en San Pedro Provincia de Buenos Aires, conocido en nuestra historia bajo el nombre de fray Cayetano. Poeta de los mejores. El acta de la Independencia fue redactada por él. Murió el día 22 de enero de 1823.

Bogdan Zenón Zabiuk. Muy bien".

Norte realizaban diversas actividades en locales religiosos o en sus diferentes asociaciones.¹⁷ Todas estas organizaciones llevaban a cabo innumerables actividades, editaban periódicos y revistas y también editaban tarjetas postales. A veces las tarjetas se compraban como muestra de solidaridad para juntar fondos con fines específicos.

El uso de las tarjetas no sólo estaba asociado a la obtención de dinero o al éxito co-

mercial de quienes las realizaban; en muchos casos ayudaban también a crear un sentido de solidaridad y de pertenencia. El simbolismo de la representación pictórica que difundían las tarjetas postales muestra bastante bien el uso que podía dárseles en diferentes contextos. En un plano unían bastante bien ventas con ideologías. La postal del poeta Taras Szewczenko (Fig. 8) es un buen ejemplo. Está rodeada de símbolos sincréticos que representan los bordados típicos de algunas zonas de Ucrania.

También el mapa de Ucrania que describe su extenso territorio y las "ocupaciones" de Polonia, Checoslovaquia y Rumania, además de las que existieron bajo el dominio de la Unión Soviética, se convierte en símbolo de la nación dividida y ocupada (Fig. 9). El mapa se ubica en un entramado discursivo que tiene tanto una dimensión pictórica como una dimensión textual (nombres, leyendas, cifras) y es una representación del espacio: el paisaje. Según Jens Andermann, ese paisaje es el medio "encargado de dramatizar la apropiación de la tierra" como una "propiedad ideal" antes que material.¹⁸ Para Zabiuk el mapa es el portador de sentidos mnemónicos no traducibles en lenguaje y se mezcla con el lenguaje del nacionalismo que tuvo especial resonancia en la localidad en el período de entreguerras.

La Argentina se ha caracterizado por incorporar rápidamente elementos pictóricos e iconográficos que se consideraban símbolos de la modernidad. Según un estudio de Luis Priamo sobre fotografías de la Argentina fue Rosahuer el primer fabricante de postales utilizando las excelentes fotografías H.H. Olds.¹⁹ Ninguna de las postales existente en el álbum de Zabiuk fue realizada por estas conocidas figuras, pues es posible que en el mundo de los sectores populares circularan postales de fotografías anónimas y desconocidas aún. No obstante, se puede

afirmar que las postales cumplen un papel importante en la narrativa visual de Zabiuk.

La narrativa de los álbumes es compleja pues se realiza como un collage. A las fotos y a las tarjetas postales se suman recortes de periódicos y un ejercicio escolar de su hijo Bogdan (Fig. 10). La imagen seleccionada es la de fray Cayetano Rodríguez como director de la biblioteca creada a instancias de la Primera Junta de Gobierno en 1810. La escolarización de su hijo, un aspecto importante del proyecto educativo del Estado nacional, le permite incorporar al panteón de los héroes nacionales ucranianos (recordemos la imagen del poeta Taras Szewczenko) otra perteneciente al país de recepción.

Los álbumes de Zabiuk fueron construidos como documento íntimo y como testimonio familiar y nacional. Pero no todos los artefactos se conforman del mismo modo. Están también las colecciones de fotos "sueltas". Fotos guardadas de manera desordenada en cajas, sin ningún tipo de clasificación y donde el relato es armado por quienes miran las fotos. En el análisis de este tipo de fotografías la oralidad se superpone a la imagen, el relato sufre modificaciones y las fotos se miran con la intención de escuchar una historia.

Narrativa y memoria en los álbumes de fotos familiares

¿Cuál es la naturaleza de la evidencia histórica que nos ofrecen las fotos como las de Julián Zabiuk? A pesar del aparente poder documental de la fotografía, su status como evidencia histórica ha sido objeto de un intenso debate. La noción de que la foto puede evocar el pasado inmediato de un modo transparente es considerada ahora como una forma de realismo ingenuo. Stuart Hall dice:

La evidencia de que el texto fotográfico pueda ser asumido como representación está sobredeterminada por otros, a menudo con mensajes contradictorios, los cuales se producen dentro de la intertextualidad de toda representación fotográfica.²⁰

Una parte fundamental del status problemático de la fotografía como evidencia histórica se sitúa en el tema de su capacidad narrativa. Para un analista como John Berger, que ha intentado descifrar la relación entre fotos y narrativas, la fotografía representa un momento particular, un instante, la captación de un evento descontextualizado. El acto de tomar una fotografía implica discontinuidad, ruptura, la captación de un momento particular y fragmentario de tiempo. Es un acto que inevitablemente descontextualiza el momento. Esa descontextualización compromete la habilidad para contar una historia por la imagen fotográfica. Para Berger "es una visión del mundo que niega la interconexión, la continuidad, pero que confiere a cada momento un carácter de misterio".²¹ Desde esta perspectiva, la fotografía (en particular la fotografía pública) está imposibilitada de narrar y, a diferencia de la memoria, no conserva en sí misma significado alguno.

Berger podría argumentar que el límite contextualizador de la fotografía la envuelve en una inevitable ambigüedad inherente a todas las fotos que no tienen una cantidad suficiente de detalles. Sin embargo, este autor ofreció también en su momento varias opciones para rescatar la capacidad de narrar, de comunicar de las fotos. En su libro *Another Way of Telling* señala la capacidad de ciertas fotografías para comunicar una narración a través de la sugestión de una "idea extratemporal" que se conecta con la experiencia y la sensibilidad del observa-

dor.²² En otro momento, influido por el ensayo de Walter Benjamin “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”, combinó el uso de palabras e imágenes, en una suerte de montaje. En este sentido, Berger propone un uso alternativo de la fotografía que la incorpore a la memoria social y política en lugar de constituirse en un sustituto de la memoria.²³ Este uso alternativo de la fotografía es lo que se conecta entonces con el fenómeno de la memoria –crucial también en la formación de una identidad– y lo que le permite plantear a Berger la necesidad de construir un contexto para cada fotografía, ya sea con otras fotografías o por medio de la palabra. Las palabras (y el recuerdo) pueden otorgarles un significado a las mudas imágenes fotográficas.

El problema de la contextualización y de la capacidad narrativa de la fotografía relacionada con los álbumes familiares de fotos de una familia de clase obrera puede ser desalentador. En muchos casos las fotos están sin una referencia textual. Las narraciones orales y escritas refieren a las experiencias compartidas dentro de una comunidad discursiva entre personas que escuchan y leen. Las fotos raramente lo hacen. La comunidad discursiva no está inmediatamente disponible. Las fotografías permanecen como un significante enigmático para quienes las miran si no tienen el contexto del cual emergen las imágenes o, al menos, conocen aspectos íntimos de la experiencia individual que la imagen misma no puede ofrecer. Además, las fotos familiares raramente tienen la calidad estética necesaria para extender el poder narrativo señalado por Berger, sobre todo cuando desarrolla la noción de “ideal extratemporal” a través del análisis de las fotos de André Kertész, uno de los más grandes fotógrafos del siglo XX.

Sin embargo, nosotros podríamos argumentar que las fotos familiares del álbum de

Zabiuk ofrecen una opción narrativa mundana.²⁴ Mientras las fotos individuales pueden ser miradas en su ambigüedad y descontextualización inherente a su status de fragmentos del pasado, algo ha cambiado por el acto de Zabiuk de colocarlas en el álbum. Donde Berger argumenta que las palabras y el recuerdo pueden dotar de sentido a las mudas fotografías, nosotros podríamos decir que tal poder narrativo (su sentido) puede ser atribuido por otra fotografía y por los otros artefactos culturales (tarjetas postales, recortes periodísticos, ejercicios escolares) incorporados por Zabiuk. Esta relación entre imágenes es precisamente uno de los elementos que forman el álbum fotográfico. A partir de la relación establecida entre las fotografías es posible leer una historia

Cuando Julián Zabiuk armó su álbum realizó una especie de montaje en el cual las imágenes cobraban significado a partir del lugar que ocupaban en relación con otras fotografías. El álbum se convertía en un archivo no sólo porque guardaba las imágenes sino también porque las clasificaba. Aquí de nuevo aparece esa unión con la memoria pues no es solamente lo que se quiere conservar en la memoria (la imagen externa que ayuda a la memorización) sino también lo que podría ser olvidado. En realidad el olvido ingresa tanto porque se guarda lo que más podría olvidarse como porque el proceso de clasificación implícito en el álbum fotográfico encierra otros procesos como los de desechar, destruir y por lo tanto olvidar.²⁵

La lectura de esas narraciones se convierte en una práctica profundamente compleja y ambigua. Las fotografías dan cuenta de una ruptura en la experiencia de los que la reciben pero permiten al mismo tiempo reconstituir los fragmentos de una experiencia dispersa. Las fotografías entonces implican discontinuidades y ellas se asocian a un

sentimiento de pérdida que es irrecuperable. Según Armando Silva: “Una foto se encadena con la otra y por tanto *su visión produce la figura del «salto»...* ya que debemos saltar de una foto a otra para recomponer su propósito global. Su enunciación cambia, como en el teatro, con cada puesta en escena, al introducirse una nueva foto que transforma el orden de las ya existentes”.²⁶ De manera que las fotografías cobran sentido (tienen significado) cuando pueden ser colocadas dentro de una red de significados donde el presente y el pasado aparecen nuevamente conectados. La historia contada, el pasado construido, será parcial y fragmentario; la narración estará plagada de discontinuidades y silencios que no pueden ser ni hablados ni leídos. La lógica que dibuja la selección y el ordenamiento está, sin embargo, abierta a la interpretación. La serie de imágenes construye una historia familiar que es también una extensa narración de la identidad étnica reafirmada, reconfigurada y perdida. Y aquí podríamos reintroducir una figura señalada anteriormente. Lo que hace posible leer una lógica narrativa, más allá del montaje de foto sobre foto, es nuestro rol de *espectador privilegiado*. Este status privilegiado proviene de nuestro acceso a otros conocimientos que nos ayudan a minimizar la falta de contexto, a estabilizar las ambigüedades, a revelar las tensiones que las fotos tienden a ocultar como a develar, a leer los subtextos más allá de los códigos y convenciones fotográficas.

¿Cuál es la relación entre la memoria y las fotos de los álbumes? Los álbumes de fotos familiares pueden servir tanto para impulsar el recuerdo como para preservar la memoria. Las fotos corporizan el deseo de preservar la memoria, la imagen externa ayuda a recordar. Nosotros intentamos usarlas de este modo con el hijo de Julián, Bogdan. Pero nos preguntamos qué había

de la memoria de Julián dibujada en esos álbumes. Nosotros intentamos imaginar el momento en el que un hombre “viejo” abrió la caja de la memoria y construyó su álbum. La reconstrucción imaginativa de ese momento está parcialmente delineada por una imagen que Walter Benjamin usa para discutir con Proust. Según Benjamin, Proust fue el primero que fue capaz de abrir el cajón secreto de la melancolía y apropiarse de lo que había adentro: ese desordenado montón de recuerdos que tenía perdido allí, que habían sido olvidados y que ahora simplemente emergían de manera arrolladora, podían desbordarlo y hacerle olvidar su objeto (juguete). Nosotros podemos imaginar a Julián Zabiuk siendo desbordado por la sucesión de imágenes desordenadas del pasado y el conflicto para encontrar un sentido y un orden en las vicisitudes de ese pasado. Esto es obviamente una conjetura, pero si nosotros seguimos la lógica de la imagen de Benjamin se derivan varias cuestiones. La imagen, el fragmento del pasado que Julián Zabiuk recobra, sólo adquiere significado en el momento en que lo descubre. Su significado emerge retrospectivamente como una parte de un continuo proceso de recordación.

Para Benjamin, la memoria funciona de modo que las imágenes se acumulan sin un orden aparente. No hay cronología en esa sucesión, sólo imágenes conectadas con alguna de las huellas del pasado. Benjamin argumenta que la imagen cobra sentido en la medida en que encuentra en el presente una correspondencia. Esto implica también que el sentido de la memoria sólo puede ser captado en el momento en el cual surge la imagen, es decir, en el presente. Si no se produce este proceso, los recuerdos se pierden irremediablemente.

Si el álbum permite profundizar en el tema de la memoria, hay también algo muy

profundo relacionado con el temor a olvidar. Como decíamos anteriormente, el olvido es un elemento crucial no sólo porque se guarda lo que más podría olvidarse sino también porque el proceso de clasificación implícito en el álbum fotográfico encierra otros procesos como los de desechar, destruir y por lo tanto olvidar. Quisiéramos traer aquí otra figura de Benjamin. En uno de sus ensayos sobre la memoria él evoca la mítica figura de Penélope. El acto de tejer y destejer mientras espera a Ulises es un acto de fe hacia la persona ausente. Su trabajo le permite evitar la catástrofe del olvido y la preservación de un deseo que espera su realización. La figura de Penélope implica también la expresión de la impotencia del recuerdo. Al tejer y destejer se pone en cuestión la capacidad de mantener la memoria. Para luchar contra las consecuencias de la repetición mecánica que podía asociarse a la figura de Penélope (la memoria como una tarea de repetición sin salida), Benjamin pensó la técnica de entrometer el pasado con el presente. Entonces, Julián Zabiuk puede armar su álbum de fotografías y contarnos una historia porque, como dice Benjamin, puede interpolar presente y pasado. Recién cuando puede elaborar su pasado inmigratorio, el desarraigo y la dispersión, los fragmentos de su historia cobran sentido. Solamente cuando se convierte en un narrador vuelve a capturar la memoria involuntaria, íntima y fragmentada, en un todo más grande, y encuentra su eco en las narraciones de la comunidad.

Cuando Zabiuk abre el cajón de los recuerdos es un momento de reconocimiento, según Benjamin, es un *momento himnico* en el cual puede reconstituir los sentidos porque al armar el álbum selecciona los fragmentos que forman significados. El *momento himnico* no implica una mirada nostálgica; es más bien un momento de activi-

dad del sujeto en el cual se libera encontrando las raíces en su presente y escoge deliberadamente las imágenes del pasado que le permiten colocar su experiencia íntima en un contexto más amplio que involucra a la inmigración y a lo ucraniano. Y, justamente, al colocarse en un terreno más amplio permite encontrar el sentido social de la memoria.

La construcción del álbum fotográfico por parte de Zabiuk es, precisamente, un intento para juntar el presente con el pasado, rompiendo con las discontinuidades producidas por la captación del momento que irrumpe con la imagen fotográfica. La fotografía es también una forma de resolver el conflicto que producen las pérdidas provocadas por la migración (la muerte en más de un caso) y la idea de que ese pasado (ese lugar) es finalmente irrecuperable y que la vida continuará en la nueva sociedad. En este plano dice Christian Metz²⁷ que los álbumes fotográficos pueden ser comparados con otros ritos y prácticas socioculturales, por ejemplo los asociados con la muerte. Las fotografías tienen el papel de permitir la aceptación de la muerte/pérdida de lo que se quiere (personas, lugares, costumbres, sabores), pero la aceptación de esa muerte implica la continuidad de la vida.

La comparación con el álbum “suelto” es inevitable. Las fotos de Juan Matkovic, un inmigrante croata del cual hemos accedido a los negativos de las fotografías, están todavía dispersas en el cajón de los recuerdos. No puede producirse el *momento himnico* porque Matkovic no pudo interpolar pasado y presente y por lo tanto es incapaz de convertirse en un narrador. El estado en que dejó las fotos representa ese problema. Las fotografías no pasaron por el salón oscuro de la experiencia que les otorga sentido a esos fragmentos del pasa-

do. Sus fotografías sólo pueden formar parte de un *studium* y únicamente pueden decirnos algo fragmentado que necesita a su vez de las palabras de los lectores privilegiados.

Las fotografías como artefactos

Las fotografías son también “artefactos materiales” que no sólo pueden provocar un recuerdo sino que también pueden ser designados como objetos dignos de sostener la memoria y la identidad de una comunidad. En este aspecto las fotografías tienen un estatus dentro de la cultura material del mundo moderno que le permite cumplir esa función, pero para los miembros de la clase obrera, como Julián Zabiuk, tiene una importancia adicional pues no requiere de un capital cultural muy alto para coleccionar, seleccionar y ordenar esos artefactos asig-



Fig. 11: La familia Zabiuk reunida en Berisso. (Foto Berman) (circa 1938)

nándoles un sentido particular. Las fotografías le permiten a Julián Zabiuk materializar y corporizar lo que él quiere representar. Un atractivo de las fotos como artefactos históricos es su capacidad para invocar otros bienes que simbolizan identidad.²⁸

Los álbumes fotográficos de Julián Zabiuk son para nosotros artefactos que no estaban ni física ni económicamente disponibles para muchos trabajadores. No obstante, la circulación de fotografías está asociada con la difusión de imágenes que crean y reafirman identidades, en este caso una identidad étnica, la “ucranidad”. Las fotos tienen un poder peculiar para designar esta identidad. Ellas ofrecen la ilusión de lo natural, la identificación inmediata con los símbolos e imágenes presentes en las fotografías. Cuando Julián Zabiuk miraba las fotos de sus parientes vestidos de acuerdo con las costumbres y las tradiciones realizaba una identificación inmediata no sólo de la familia ausente sino también de los componentes de la cultura ucraniana. Él eligió las fotos por su carga afectiva y el poder para corporizar lo ausente, las personas y los elementos visuales abstractos de la ucranidad. Ésta era una identidad emocional que no implicaba necesariamente tener conocimientos de los textos de la ideología nacionalista.

Además, cuando la primera generación de inmigrantes se fue extinguiendo emergieron otros canales para continuar afirmando esa identidad: un sistema simbólico abstracto con un lenguaje universal que no necesitaba de la palabra hablada o escrita. Las fotografías podían ser utilizadas para llenar una función universal otorgando expresión material a los símbolos de identidad nacional. De modo que el lenguaje visual, como el hablado y el escrito, es un elemento vital en la construcción de una mitología nacional.

¿Qué historias cuentan los álbumes?

En primer lugar la historia de desarticulación y dispersión de la familia y de la familia ucraniana. Los dos álbumes comienzan con fotos que muestran una imagen que puede convertirse en un “paisaje de memoria”: el pueblo de origen (Fig. 1 y 2). Y rápidamente se plantea la diáspora en toda su extensión geográfica como buscando acortar las distancias que separan a los miembros de la familia. Así se juntan en una misma página Berisso, Canadá y Ucrania. La nostalgia por lo perdido cobra fuerza de ese modo, así como la reconstrucción de la familia (Fig. 11, 12, 13 y 14).

Aparecen también los acontecimientos cotidianos en la nueva sociedad (casamientos, visitas, fiestas, paseos). La importancia del trabajo obtenido en el nuevo mundo está expresada por la foto de parte de la familia instalada en Canadá y la irrupción de la muerte con la foto de una persona que no sabemos quién es (Fig. 15). Hay aquí un síntoma de inestabilidad de género narrativo pues existe un consenso entre los estudiosos alrededor de la idea de que el álbum representa una comedia familiar que excluye por principio visual la tragedia.²⁹ La foto de la persona muerta se encuentra junto con la de un amigo de su hijo en el día de la toma de su primera comunión (Fig. 16) y otras de su hijo Bogdan con Julian Zabiuk y unos amigos. ¿Qué nos está diciendo Julián Zabiuk? ¿Simboliza lo irrecuperable de las pérdidas que acompañan a la migración, al distanciamiento del país? ¿Hay un mensaje esperanzado al colocar la imagen de su hijo?

En ambos álbumes el nacionalismo ucraniano irrumpe en la historia más íntima y rutinaria. En la secuencia narrativa emerge cierta tensión entre la habitual narrativa de integración exitosa en el país de recep-



Fig. 12: Bogdan Zabiuk. (Foto Berman), Berisso (circa 1936).



Fig. 13: Familia en Ucrania.



Fig. 14: Foto enviada por la familia que se trasladó a Canadá.



Fig. 15: Una persona muerta.



Fig. 16: Amigo de Bogdan Zabiuk (circa 1944-1945). (Foto Artes “Marcos”, Dock Sud, Buenos Aires)

ción y aquella que se vincula más fuertemente a lo ucraniano, lo que probablemente significa que una implica la pérdida de la otra. En el álbum que hemos designado con el número uno, la presencia del nacionalismo ucraniano ocupa cada vez más espacio: hay postales enviadas desde Ucrania, un mapa que muestra la máxima extensión territorial y las pérdidas ocurridas en diferentes momentos históricos, la Iglesia como símbolo de una cultura y de una identidad, la construcción de la sociedad étnica, el nacionalismo asociado al poder militar en la nueva sociedad con la figura del general Pedro Pablo Ramírez. Todo está en tensión permanente con fotos del grupo familiar y de otros inmigrantes ucranianos.

La identidad ucraniana se condensa en la selección que realiza Zabiuk de aquellas fotografías que contienen los *símbolos sinópticos* de su identificación con la región de origen: en primer lugar la vestimenta y el conjunto de danzas tradicionales, en segundo término la sociedad tanto en su estructura material (el edificio) como con las fotos de sus autoridades (Fig. 17 y 18). En las comisiones directivas de la sociedad Renacimiento participó Julian Zabiuk y encuentra una línea de continuidad en la presencia de su hijo.³⁰



Fig. 17: Construcción de la Sociedad Renacimiento de Berisso (circa 1960-1961).



Fig. 18: La Palabra Ukraniana en la República Argentina, Buenos Aires, 8 de febrero de 1930.

Los lugares: las sociedades ucranianas de Berisso

El relato oral de Ciuper así como las fotografías de Bogdan remiten a la formación de la identidad ucraniana. La pregunta que nos orienta es sobre cómo se fue definiendo esa identidad en los marcos de la experiencia de vida en la comunidad de Berisso. Como se ha señalado en otro trabajo,³¹ la conformación de asociaciones étnico-nacionales que reunían a los inmigrantes procedentes de diversos lugares de Europa fue un punto importante de la experiencia local.

La fuerte corriente asociacionista existente en la localidad fue en realidad el primer indicio de la existencia de un proceso de diferenciación existente en los diferentes grupos de inmigrantes (y en la comunidad), sobre todo a partir de la década del 20. Ese movimiento de diferenciación se vincula con varias cuestiones convergentes. Según Barth, se pueden distinguir dos procesos básicos en la experiencia de un grupo inmi-

gratorio: uno de asimilación e integración, y otro de diferenciación y estrechamiento de las fronteras de etnicidad.

En Berisso la primera organización sectorial de los ucranianos fue fundada en la entreguerra. En 1924 se fundó la Asociación Cultural Prosvita donde funcionaba un grupo filodramático que representaba escenas de la vida familiar, social y política de su territorio. La sede de la organización estaba cerca de los frigoríficos (en la calle Río de Janeiro entre Valparaíso y Marsella).³² Los grandes establecimientos destinados a la matanza y al procesamiento de diferentes animales cuyos productos se vendían principalmente en el mercado externo requerían un número importante de trabajadores. La demanda de brazos fue cubierta con la llegada de personas de diferentes partes de Europa. Los inmigrantes de la Europa oriental recibieron genéricamente el nombre de “rusos” e inicialmente el proceso de diferenciación interna fue menos visible. Novelas y memorias militantes refieren per-

manentemente a rusos y polacos como un grupo extenso y poco diferenciado.

Esa escasa diferenciación se daba también entre los grupos de inmigrantes más antiguos como los “polacos” que llegaron a Misiones a fines del siglo XIX. Según Cipko, cuando se festejó el 25° aniversario de la fundación de Apóstoles (Misiones), el diario *La Nación* se refirió a ese acontecimiento como una celebración de la comunidad polaca; no había allí ninguna mención a ucranianos, a rutenos o a otro grupo que pudiera ser distinguido. La ausencia de distinción entre límites nacionales y fronteras étnicas tenía su efecto sobre los ucranianos pues a ellos se referían indistintamente como rusos o como polacos.

En Berisso, los primeros pasos en el proceso de diferenciación fueron dados por un grupo de ucranianos que formó un grupo filodramático (*Moloda hromada*) que luego cambió por el nombre de *Prosvita*. Este esfuerzo orientado a crear sociedades para promover la cultura, historia, literatura, lenguaje y folklore de Ucrania se realizó en otros países de inmigración como Canadá y Estados Unidos y en este aspecto se destaca, probablemente de manera acertada, que el éxito del movimiento nacional ucraniano se logra en la diáspora.³³ El cambio de nombre de *Moloda Hromada* a *Prosvita* se produjo cuando se enteraron que había en los Estados Unidos una organización pro comunista que tenía el mismo nombre y, como algunos de los activistas de Berisso habían llegado huyendo de los bolcheviques, no querían que se produjera ninguna identificación en esa dirección.³⁴ Además, los miembros de *Prosvita* abogaban en la localidad por la independencia de Ucrania, un tema complejo aun para quienes seguían habitando esas tierras. En sus orígenes europeos la Sociedad *Prosvita* intentaba trazar líneas demarcatorias con la tradición polaca y el senti-

miento rusófilo desde su fundación en 1868. Era una institución educacional destinada a organizar salones de lectura y publicar literatura popular para iluminar a las masas y jugó un papel importante en la formación de la cultura étnica ucraniana.

En efecto, la historia de Ucrania muestra los límites a la formación de una conciencia nacional derivada de las discontinuidades en el proceso político y social. Recordemos que el territorio fue dividido y colocado bajo el control de diferentes Estados con aspectos administrativos, políticos y culturales diferentes, tensiones que hemos visto representadas en imágenes (la postal del mapa de Ucrania, por ejemplo) y en las palabras de Ciuper.

El intento de *Prosvita* de reducir lo ucraniano a la cultura y la tradición enfatizando el lado folclórico y el populismo, establecía una línea divisoria que excluía a quienes habían alimentado una tendencia rusófila. Esta tendencia cultural había crecido en las zonas pertenecientes al Imperio Austro-húngaro de donde provenían muchos de los ucranianos de Berisso (el oeste de Ucrania con centro en L'viv) y confrontaba en el país de origen con los polacos primero y, más tarde, con grupos socialistas o simplemente con quienes habían combatido junto con los bolcheviques después de 1917. Además, cuando se creó la República Socialista Soviética (1923) se impuso un proceso de centralización que generó una fuerte corriente de oposición y resistencia. La política de Moscú generó más de un enfrentamiento con las naciones que contenía el nuevo Estado. Recordemos que, como se ha señalado de manera acertada, la URSS era un departamento gigante en el cual diferentes unidades nacionales y varias repúblicas y provincias autónomas representaban habitaciones separadas y que el propio Estado promovía los particularismos.³⁵



Fig. 19: Miembro de la Asociación de Ex Combatientes, Berisso 1936.

nos (los rusos) y su identidad étnico-nacional se constituía sobre fronteras más amplias que las que se delimitaban en la sociedad Prosvita. Además se había formado otra sociedad en 1937-1938: Vidrodzhenia (Renacimiento). A ella pertenecía Julián Zabiuk. A ella se integraron los miembros de la Asociación de ex Combatientes³⁶ (Fig. 19).

De todos modos, fue en la entreguerra cuando los ucranianos de Berisso delinearón límites más estrechos para definir su identidad nacional. De manera que se puede reafirmar la idea de que las fronteras cambian constantemente, son creadas y recreadas y dependen del proceso general de cambio dentro y fuera del grupo. Tales cambios producen reestructuraciones de los criterios de inclusión y exclusión dentro del grupo y pueden también “alterar” otros símbolos visibles de esa etnicidad como comidas, vestidos y ceremonias.

La amenaza del olvido

En los testimonios recogidos en la comunidad las tensiones habían desaparecido bajo el peso de la construcción narrativa de la armonía. Los conflictos estaban opacados no sólo en las memorias orales de los ucranianos sino también en otros relatos recogidos entre obreros de los frigoríficos. Era necesario trabajar con la memoria para que los espacios, gestos, imágenes y objetos que daban forma al ideal armónico cedieran ante el peso de un pasado que se multiplicaba en competencias de memorias que selectivamente habían pasado de una generación a otra. En las prácticas sociales de conmemoración existente en la comunidad, las narraciones aludían a un pasado perdido (la sociedad del trabajo) y a una relación armónica entre sus miembros. Sin embargo la memoria individual se armaba con retazos en con-

flicto que daban cuenta de la interacción permanente de diversos tiempos en tensión: el personal, el histórico y el de las fábricas, sobre todo si se considera a Berisso como una comunidad obrera en estrecha relación con el trabajo en los frigoríficos.

En los años 20 los miembros de Prosvita competían con la Unión Obrero Rusa, en la década del 30 la oposición se presentó con la sociedad Vidrodzhenia (Renacimiento), según los relatos “más nacionalista” que Prosvita. El nombre de rusos desapareció como referencia asociada a los ucranianos. En la década del 30 la comunidad ucraniana estaba dividida y sobre todo polarizada en dos campos hostiles cuya división más fuerte pasaba por la presencia de los comunistas. Un acontecimiento importante de esas tensiones se produjo cuando el 25 de mayo de 1928 se realizó una reunión excepcional en Buenos Aires que culminó cuando la policía intervino deteniendo a simpatizantes comunistas. La brecha entre unos y otros se agrandaba.

La formación de la identidad ucraniana era activa respecto a los elementos políticos. Era la política la que definía las fronteras; se podía ser ucraniano siempre y cuando no se fuera comunista. Cuando la sociedad fue perdiendo los elementos más vitales de la definición de esas fronteras, en el momento en que se produjo la declinación del comunismo en la dirección de la marginal organización obrera local y se verificó el avance arrollador del peronismo; cuando la propia pervi-

encia de la sociedad corría el riesgo de desaparecer, comenzaron a limar las aristas más salientes y cobró fuerza el ideal de convivencia armónica.

La biología también atentaba contra la supervivencia; el habla se extinguía frente a la muerte de sus portadores y al desuso. El valor de la palabra escrita perdía sentido y sólo era un indicio de su vigencia en el pasado y en un lugar remoto. Cuando los componentes políticos de una identidad nacional se amortiguaban cobraban más fuerza los elementos simbólicos de la identidad. El uso de la lengua materna decreció rápidamente y esa pérdida fue particularmente fuerte en el plano de la literatura (la prensa) y la música (además, habría que considerar el problema del mercado y la competencia de los géneros musicales difundidos por las empresas discográficas). La conservación de los rasgos de una identidad étnica no necesariamente significa una conservación de todos los símbolos contenidos en esa cultura. Los símbolos culturales son también seleccionados (el proceso de negociación y conflictos en la formación de una identidad es continuo). Si la primera generación de ucranianos tenía un indicador fundamental de su identidad en el dominio de la lengua oral y escrita (habilidad para leer, escribir y comunicarse en ucraniano) y una sociabilidad relacionada con ese dominio (amistades ucranianas, participación en reuniones y actividades de recreación con otros miembros de la colectividad), los miembros de la



Fig. 20: Integrantes del ballet ucraniano. (Foto Arte Marcos, Dock Sud, Buenos Aires)

segunda generación y sobre todo los de la tercera seleccionaron *símbolos sinópticos* como elementos distintivos de su identidad (Fig. 20).

Los símbolos sinópticos son aquellos elementos visibles que brindan a la comunidad un conjunto de significados relacionados con la experiencia de vida del grupo.³⁷ Comidas, artesanías, bailes, contienen la suficiente información para constituirse en un sólido eslabón que une el pasado con el presente. Se convierten en *lugares de memoria* de una identidad que corre el riesgo de perderse. La comida, por ejemplo, es un poderoso símbolo de identidad étnica porque es familiar, se asocia a la infancia y a la familia (unida y armónica), transmite información vía el gusto, los olores, el tacto. En este punto podría decirse que los símbolos sinópticos de la identidad ucraniana se convierten en lugares de memoria más inclusivos y ello les permite a los miembros de la comunidad ucraniana de Berisso romper con la tendencia a la exclusión (un rasgo problemático de la formación de la identidad ucraniana) uniendo las experiencias e identidades de los diferentes sectores de los descendientes de la primera generación de inmigrantes ucranianos. Limando las rencillas del pasado los miembros de las dos sociedades ucranianas de Berisso (Prosvita y Renacimiento) pueden unirse alrededor de una mesa en los momentos de recreación del pasado inmigrante (la fiesta del inmigrante), cuando se comparten los aniversarios de la fundación de cada sociedad o en el momento en que se unen para recibir a los representantes de las autoridades ucranianas en el país. La resolución de las viejas tensiones alrededor de la nacionalidad ucraniana y la eliminación de la tensión entre lo viejo y lo nuevo que se producía alrededor de la condición de inmigrante se convierte en el descubrimiento del “folclore étnico” o mejor aún en el descubrimiento de

una etnicidad como algo nuevo y dinámico que otorga una nueva razón de ser a la propia comunidad.³⁸

El “folclore étnico” y la celebración, en este caso la fiesta del inmigrante, con las exposiciones de artesanías, platos tradicionales, cuerpos de bailes y representaciones teatrales, se convierten en una suerte de *prótesis mnemónica* que mantiene una parte de la memoria y de la identidad étnico-nacional.

Conclusión

Hemos intentado mostrar que una de las funciones más importantes de los álbumes de fotografías de Julián Zabiuk es reunir los paisajes de memoria dispersos que, en palabras de Edward Said, “forman una geografía y una historia imaginaria que ayuda a pensar e intensificar el sentido de uno mismo [...] un valor imaginativo y figurativo que podemos nombrar y sentir”.³⁹ El recurso de la construcción de los álbumes de fotografías mediante la combinación con otros elementos como postales, ejercicios escolares, recortes periodísticos, es decir, mediante la técnica del collage, convierte los álbumes en narraciones que pueden superar los límites de las fotografías sueltas.

Al mismo tiempo, los álbumes se construyen como una particular narración que rompe con los criterios clásicos de la temporalidad cuando une los elementos dispersos de la familia en Canadá, en Estados Unidos, en Ucrania y en la Argentina, y cuando reúne a la propia familia nuclear con la incorporación de la hija que había permanecido en Ucrania. Del mismo modo, Julián Zabiuk incorpora en la misma narración la vida y la muerte con las imágenes desestabilizadoras de un féretro dentro de un relato de felicidad y de integración en la nueva nación. Incluso

incorpora en el relato visual aquellos elementos simbólicos de la identidad ucraniana (el poeta nacional, las vestimentas típicas, el mapa de Ucrania) con los de la formación de la sociedad Renacimiento en Berisso.

Con el análisis de los álbumes de fotografías de Julián Zabiuk nos ubicamos en la intersección de lo personal, lo social y lo político. Las fotos conectan lo íntimo y lo público y, en buena medida, en ese cruce es donde se encuentra el poder que ellas tienen de reforzar los lazos de identidad. En el mundo moderno las esferas públicas y privadas aparecen como separadas; el mundo público es tomado como permeable a las intervenciones racionales donde gobierna la palabra escrita (periódicos, panfletos, libros) y las identidades nacionales son en gran parte el resultado de la intervención de los intelectuales en esa esfera. En este sentido se podría decir que el nacionalismo ucraniano fue principalmente el producto de los intelectuales de Galitzia. Pero Julián Zabiuk era un obrero de los frigoríficos semianalfabeto y su identidad nacional fue construida en el cruce de lo público y lo privado con las fuentes y herramientas disponibles: fotografías transformadas en artefactos simbólicos e históricos.

Se ha enfatizado que la experiencia y la memoria individual y social de Julián Zabiuk sólo podían adquirir sentido cuando ellas resonaban en una extendida narrativa social. Sin embargo, nosotros necesitamos finalizar este artículo incorporando también una nota de precaución provisoria y reconocer lo que Annette Khun llama la “tensión entre el momento personal de la memoria y el momento social de la memoria de hacerla y memorizarla”.⁴⁰ La experiencia y la memoria son algo peculiar, le pertenece a cada uno y nosotros, los espectadores privilegiados de las fotografías de Julián Zabiuk, debemos reconocer que hay un elemento indescifrable de la memoria personal en el examen de esas

fotos. Según Stuart Hall, las fotografías están marcadas por múltiples huellas que la historia ha dejado atrás y la dificultad reside en que esas huellas son marcas sin “inventariar”, pues no están presentes en el marco de la foto.⁴¹ No obstante, nosotros hemos sugerido que ese inventario nos es provisto por nuestra condición de “lectores-espectadores privilegiados” y con los elementos disponibles fuera del marco visual.

Pero este inventario tiene límites. Hay significados que están más allá de la hermenéutica y aun de la empatía de un lector/espectador privilegiado. ¿Hay fotos en ese álbum cuya carga emocional, cuyo *punctum*, hirió a Julián Zabiuk cuando él abrió su caja de recuerdos y cuyas marcas no fueron detectadas por nosotros? O tal vez, ¿había fotos que perdieron su aire amado, algo del viejo país cuya exhibición podría haber perpetuado su identidad pero no su valor, como dice Roland Barthes? ¿Quizá Julián Zabiuk estaba poco dispuesto a correr el riesgo lacerante de exponer esas imágenes, tal como señala Barthes, cuando él mismo lo hizo con una foto que capturaba la auténtica esencia de su madre? ¿Julián, como Barthes, guardó simplemente esa foto dentro de su caja?

Notas

¹ Según la lista de afiliados a la Sociedad Renacimiento, Julián Zabiuk nació en 1909 y llegó a la Argentina en 1926.

² Carlo Ginzburg, *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*, Barcelona, Gedisa, 1994.

³ Entrevista realizada en Berisso en agosto de 1987.

⁴ S. Hall, “Cultural identity and diaspora”, en J. Rutherford, *Identity, Community, Culture, Difference*, Londres, Lawrence and Wishart, 1990.

⁵ F. Barth, "Ethnic Group and Boundaries", en W. Sollors (ed.), *Theories of Identity*, Nueva York, New York University Press, 1996.

⁶ Sobre otros usos del concepto de "grupo étnico", véase F. Devoto y A. Fernández, "Mutualismo étnico y participación política. Algunas hipótesis de trabajo", en D. Armus (comp.), *Mundo urbano y cultura popular*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

⁷ Según Chantal Mouffe, el considerar la cuestión de la identidad como una relación que se convierte en espacio de un antagonismo transforma la manera de concebir lo político porque ya no puede presentarse localizado en cierto tipo de instituciones específicas, como una esfera o nivel de la sociedad, sino que debe ser entendido como una dimensión inherente a la sociedad humana. Es decir, "lo político" designa la dimensión de antagonismo y hostilidad entre las personas, antagonismo que puede manifestarse de múltiples maneras y surgir a partir de cualquier tipo de relaciones; y "la política" pretende establecer un orden y organizar la coexistencia humana (en condiciones que también son conflictivas) porque están atravesadas por lo político. Ch. Mouffe, "Por una política de la identidad nómada", *Debate Feminista*, año 7, vol. 14, octubre de 1996, pp. 3-13.

⁸ Véase M.Z. Lobato, *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1907-1970)*, Buenos Aires, Prometeo-Entrepasados, 2001, y D. James, *Doña María's Story. Life, History, Memory and Political Identity*, Durham, Duke University Press, 2000.

⁹ Para un análisis de las complejas relaciones entre narrador y entrevistador, véase R.J. Grele, "La historia y sus lenguajes en la entrevista de historia oral: quién contesta a las preguntas de quién y por qué", *Historia y Fuente Oral*, N° 5, 1991.

¹⁰ Las fotografías que hemos recogido en Berisso, algunas de ellas tomadas a familias obreras en la ribera del río, en sus viviendas, en las fiestas de las asociaciones o camino al trabajo al promediar la década del 10 matizan notablemente el atractivo examen de este investigador que considera el período 1870-1930 en estrecha relación con la vida privada de "los ricos y muy ricos".

¹¹ R. Barthes, *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*, Buenos Aires, Paidós, 1989, pp. 19 y s.

¹² C. Merridale, "Muerte y memoria en la Rusia moderna", *Entrepasados*, N° 12, 1997.

¹³ Ídem, p. 106.

¹⁴ *Nash Klych/Nuestro llamado* informa que se denuncian actos de canibalismo en la Unión Soviética y que en las calles de Kiev se recogen centenares de cadáveres de personas muertas por hambre; año I, N° 15, Buenos Aires, 18 de agosto de 1934.

¹⁵ Para un análisis del *snapshot* puede consultarse Lisette Model y Paul Strand, "The snapshot", *Aperture*, vol. 19, N° 1, 1974.

¹⁶ Véase un sugestivo análisis de las tarjetas postales en O. Bodganoff e I. Söderling: "I feel such a longing ..." *Finish - American Postcards Exhibiton Catalog*, Turku (Finlandia), Institut of Migration, 1988.

¹⁷ Ídem.

¹⁸ J. Andermann, "Entre la topografía y la iconografía: mapas y nación, 1880", en M. Monserrat (comp.), *La ciencia en la Argentina entre siglos. Textos, contextos e instituciones*, Buenos Aires, Manantial, 2000, p. 103.

¹⁹ H.G. Olds, *Fotografías (1900-1942)*, Buenos Aires, Fundación Antorchas, 1998.

²⁰ S. Hall, "Reconstruction work, images of post-war black settlement", en J. Spence y P. Holland, *Family snaps: The Meaning of Domestic Photography*, Londres, Virago, 1991, p. 153.

²¹ J. Berger, "Usos de la fotografía", en *Mirar*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1998 (1ª ed. en inglés 1980), p. 69.

²² J. Berger y J. Mohr, *Another Way of Telling*, Nueva York, Pantheon, 1982.

²³ J. Berger, "Usos de la fotografía", en *Mirar*, p. 80.

²⁴ Para un análisis de álbumes familiares y diferentes tipos de familia véase J. Hirsch, *Family Photographs: Content, Meaning and Effect*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1981, y J. Spence y P. Hall (eds.), *Family Snaps*:

the Meanings of Domestic Photography, Londres, Virago, 1991.

²⁵ Para un estudio de la fotografía como archivo véase Armando Silva, *Álbum de familia. La imagen de nosotros mismos*, Bogotá, Norma, 1998, en particular pp. 39-83.

²⁶ A. Silva, ob. cit., p. 30.

²⁷ Ch. Metz, "Photography and Fetish", *October*, 34, otoño de 1985.

²⁸ A. Riddley, "Artefactos, memoria y sentido del pasado", en D. Middleton y D. Edwards (eds.), *Memoria compartida. La naturaleza social del recuerdo y del olvido*, Barcelona, Paidós, 1992.

²⁹ A. Silva, ob. cit., p. 81.

³⁰ La importancia de ciertos símbolos como elemento de identificación cultural de los ucranianos se destaca en varios estudios sobre los ucranianos de Canadá. Véase en particular Manoly R. Lupus (ed.), *Visible Symbols: Cultural expression among Canada's Ukrainians*, Edmonton, Canadian Institute of Ukrainian Studies, University of Alberta, 1984.

³¹ M.Z. Lobato, "Memorias del pasado, sombras de una nación", ponencia presentada en el IV Encuentro de Historia Oral, Buenos Aires, 1999.

³² M.Z. Lobato, *La vida en las fábricas... y S. Cipko*, "Our tombs or salvation? The history of ukrainian immigration into Argentina in the interwar period (1920-1939)", tesis doctoral, University of Alberta, 1995.

³³ O.I. Grabowicz, "Persistence and change in values, attitudes and beliefs: a study of the ukrainian community in the U.S.", PHD. University of Massachusetts, 1988, pp. 33 y ss.

³⁴ S. Cipko, ob. cit., p. 253.

³⁵ Y. Slezkine, "The USSR as a Communal Apartment, or How a Socialist State Promoted

Ethnic Particularism", en Geoff Eley and Ronald Grigor Suni (eds.), *Becoming National*, Nueva York, Oxford University Press, 1996, p. 204.

³⁶ Según las actas de la Sociedad Renacimiento, la Asociación de Ex Combatientes pasó los libros a la organización Pro Renacimiento de Ucrania, estuvieron presentes en el acto representantes del organismo central, socios de Renacimiento (Berisso), de Prosvita (Berisso) y de la Cruz Roja Femenina, *Actas Sociedad Renacimiento*, 31 de julio de 1938. Julián Zabiuk ocupó diversos cargos en las comisiones directivas de la Asociación de Ex Combatientes y de la Organización Pro Renacimiento de Ucrania. Fue comandante de los ex combatientes en 1935 y presidente de Renacimiento en 1961, en 1978 seguía perteneciendo a la comisión directiva como vocal. Según *Nash Klych/Nuestro llamado* se realizó un festejo de los ex combatientes en Berisso, Buenos Aires, 19 de mayo de 1934; año I, N° 2. Además este mismo periódico publicó notas sobre la lucha de los ucranianos contra los comunistas.

³⁷ Véase en particular Manoly R. Lupus (ed.), ob. cit..

³⁸ Véase R.B. Klymasz, "From immigrant to ethnic folklore: a canadian view of process and transition", *Journal of the Folklore Institute*, 1973, 10 (3), pp. 131-139.

³⁹ Citado en Stuart Hall, "Reconstruction work...".

⁴⁰ A. Khun, *Family Secrets. Acts of Memory and Imagination*, Londres, Verso, 1995, p. 13.

⁴¹ S. Hall, "Reconstruction Work...", p. 155.

El Ferrocarril Trasandino y la construcción de la cordillera como espacio social (1893-1947)

Pablo Lacoste*

La cordillera de los Andes presenta una notable cantidad y calidad de atractivos turísticos: fuentes termales, arroyos, ríos y montañas nevadas aptas para deportes invernales (como el esquí) y estivales (cabalgatas, andinismo, kayak) se integran en un paisaje de notable belleza escénica y singular valor histórico, sobre todo por grandes epopeyas de la historia universal como la campaña libertadora del general San Martín. Se trata, por lo tanto, de un espacio singularmente adecuado para el turismo cultural.

No obstante ello, durante varios siglos esta zona permaneció aislada y marginada de las actividades económicas debido a la falta de medios de transporte, equipamiento e instalaciones. Como hemos estudiado en otra parte, entre los siglos XVI y XIX la montaña era un lugar desértico, percibido como hostil y peligroso por los escasos viajeros que se atrevían a cruzar la cordillera. Las sensaciones de frío y miedo simbólico se sumaban a las cruces, los cadáveres de hombres y mulas y demás imágenes de la muerte para teñir la vivencia de la cordillera con un tono muy negativo. Como resultado, durante cientos de años, a pesar de la existencia de ciudades importantes a ambos lados de la cordillera, como Santiago de Chile y Mendoza, la montaña permaneció como una zona desértica.¹

Por un lado, las ciudades necesitaban enlazarse con el fin de mejorar sus condicio-

nes para el transporte y las comunicaciones. Por otro, la cordillera presentaba serios obstáculos físicos para ello, pues para obtener resultados significativos era necesario realizar fuertes inversiones. La respuesta de las autoridades fue, por lo general, postergar una y otra vez los reclamos, ideas, propuestas en esta dirección. Como resultado, la montaña permaneció hasta fines del siglo XIX casi con las mismas características que tenía en el siglo XVI.

Una de las excepciones a esta regla fue la labor del marqués de Osorno, don Ambrosio Higgins, el único estadista de la época colonial que diseñó e implementó una política de integración regional trasandina.

Por su iniciativa se realizaron importantes mejoras en la infraestructura, el equipamiento y las instalaciones del viaje trasandino. Fue el fundador de ciudades específicamente orientadas a prestar servicios a los viajeros de la cordillera, como San José de Maipo (1792) y Santa Rosa de los Andes (1791). Además realizó mejoras en el camino entre Santiago y Mendoza, sobre todo ensanches en las partes más peligrosas; y fundamentalmente fue el impulsor de la construcción de los refugios de alta montaña, llamados “las casuchas del rey”. Eran ocho construcciones de ladrillo, con capacidad para albergar hasta treinta personas, ubicadas en las partes críticas de la cordillera. Tal como examinamos



* Universidad de Talca - Universidad Nacional de Cuyo.

en otra parte, estas construcciones, realizadas hacia 1765, prestaron servicios durante 150 años, pues no fueron superadas por otro sistema mejor hasta la aparición del Ferrocarril Trasandino.²

En el presente trabajo se observa el cambio producido en la montaña a partir de la llegada del Ferrocarril Trasandino, con especial referencia al desarrollo del turismo. Se va a examinar cómo, por primera vez en la historia, fue posible dotar a los atractivos turísticos del equipamiento y las instalaciones necesarios para recibir al turista, así como también la trascendencia del Ferrocarril Trasandino, tanto para el mejoramiento de la infraestructura para el transporte como en el desarrollo de la superestructura de servicios turísticos, incluyendo las actividades tendientes a la promoción y marketing de una zona hasta entonces marginada e ignorada.

Para superar estas dificultades se necesitaban nuevas ideas empresariales, una tradición que todavía no se había desarrollado en la Argentina. Pero ésta sí había comenzado a desenvolverse en Europa, con un singular protagonismo de los ferrocarriles ingleses.

Ingleses, ferrocarriles y turismo

Las actividades turísticas se remontan a tiempos de los romanos, cuando se descubrió el beneficio de los baños termales para gobernantes y guerreros. Desde esta época

datan los balnearios termales como los Caracalla en Italia, Bath, en el oeste de Inglaterra, y otros en el centro de Europa. En la Edad Media, las órdenes religiosas también valoraron las termas, y cerca de ellas

levantaron importantes conventos, monasterios y abadías. Además, estos sitios se transformaron en importantes centros

políticos. Un buen ejemplo fue la coronación del primer rey de Inglaterra, Edgard, en Bath. La realeza desarrolló una fuerte tradición de aprecio por las termas. La visita de Isabel I en 1573 popularizó aquel balneario.³

En tiempos del Renacimiento y sobre todo de la Ilustración, el avance de las ciencias llamó la atención sobre los efectos terapéuticos del agua y los baños termales y marinos. De esta manera comenzó a tonificarse, aunque muy lentamente, la tendencia del turismo hacia las playas. Fue preciso un largo proceso por el cual se le otorgara mérito al placer y la belleza para luego propulsar una actividad turística sostenida. La metamorfosis mental se produjo entre 1750 y 1840, de acuerdo con Alan Corbin. Éste señala el proceso de ascenso y consolidación de las estaciones balnearias. Hacia fines del siglo XVIII comenzaron a levantarse los balnearios en Inglaterra y en las costas alemanas del Mar del Norte; poco después le siguieron las de Francia y Bélgica. En 1789 comenzaron a construirse las *longdging-houses* del Royal Crescent de Brighton, en la costa sur de Inglaterra. De esta manera se inició la dura competencia entre el balneario marítimo de Brighton con el centro termal de Bath. Corbin señala como hitos decisivos la construcción de los establecimientos de Ramsgate y Dieppe (1822) y Boulogne (1824).⁴

Los centros turísticos eran sede de diversas actividades. Los hoteles solían contar con teatros, orquestas, salas de lectura y, más tarde, campos de deporte. Ostende fue originalmente sede de un centro literario



(1787), posteriormente se fundó allí el primer casino (1837) y más tarde se crearon los baños. También surgieron los espacios para paseos, excursiones y vida social, vivificando así las instalaciones termales.

Los centros turísticos se vieron fuertemente favorecidos por la presencia de la realeza, escritores y artistas célebres. Estos grupos contribuyeron en forma decisiva a instalar los balnearios y demás centros turísticos como lugares de prestigio, lo cual atrajo también a la burguesía y la *gentry*. Los grandes hoteles y balnearios surgieron como lugares de una intensa actividad social, en los cuales las elites se reconocían y afirmaban.

El turismo experimentó un salto cuantitativo a partir de la expansión de los ferrocarriles, que aportaron la infraestructura necesaria para el traslado masivo de los turistas hacia los lugares de interés. En este sentido, en Europa, los atractivos turísticos y, en algunos casos, el equipamiento y las instalaciones turísticas, existían antes del ferrocarril. Sólo faltaba este sistema de transporte para el surgimiento del turismo de masas. Por tal motivo, apenas se libró al servicio el transporte ferroviario de pasajeros, se produjo el *boom* turístico en Europa. Un buen ejemplo se registró en el sur de Inglaterra donde “en 1831 el ferrocarril deposita en Brighton a las multitudes”.⁵

Si entre 1750 y 1840 Europa descubrió la importancia de la infraestructura, el equipamiento y las instalaciones turísticas, a partir de entonces se puso en marcha la invención de otro elemento importante para el desarrollo de esta actividad: la superestructura turística. El 4 de julio de 1841 Thomas Cook fletó el primer charter: embarcó a medio millar de turistas en Leicester, a precios módicos, para ir a Loughborough. En 1845 fundó la primera agencia de turismo y en 1851 comenzó a editar la primera revista turística. En 1866 llegó el primer

contingente oficial de turistas europeos a Estados Unidos y en 1872 otro grupo de turistas dio la vuelta al mundo. Estas iniciativas fueron impulsadas por Cook (1808-1892), considerado “el padre del turismo moderno”, según Gerardo Novo Valencia.⁶

Por otra parte, la evolución económica de Gran Bretaña contribuyó a facilitar las condiciones para el florecimiento de la actividad turística. Las inversiones de los capitales ingleses comenzaron a brindar réditos cada vez más importantes hacia fines del siglo XIX. “Hacia 1870 Gran Bretaña contaba con 170 mil personas «de rango y propiedad» sin ocupación visible”.⁷ Como resultado, miles de ciudadanos ingleses pasaron a gozar de rentas sin necesidad de trabajar. De esta manera surgió una clase rentista, bastante numerosa, que se caracterizaba por poseer dos elementos indispensables para el turismo: dinero y tiempo libre. La oportunidad no fue desaprovechada, y por primera vez se verificaron viajes masivos de ingleses sin uniforme a Europa, según señala Eric Hobsbawm: “Las confortables avenidas de Kensington, las villas de los balnearios, las residencias de clase media junto al mar, los alrededores de las montañas suizas y las ciudades toscanas los recibieron con los brazos abiertos”.⁸

Los ferrocarriles ingleses detectaron rápidamente el potencial de la articulación de las empresas de transporte con la actividad turística. Comenzaron a diseñar hoteles junto a las vías del tren, sobre todo en la proximidad de lugares con bellezas escénicas y atractivos turísticos. Los ferrocarriles británicos construyeron hoteles en Inglaterra, Escocia e Irlanda. En el norte de Escocia, uno de los lugares seleccionados para este fin fue





Iverness, debido a la belleza del lago Ness rodeado de bosques.⁹ Allí la compañía Inverness & Nairn, levantó un espléndido hotel en la sede central de la antigua línea férrea de Highlands, que todavía se preserva como parte importante del patrimonio histórico de la época eduardiana.¹⁰ En la punta sudoeste de Inglaterra, el lugar elegido fue St. Ives, pueblo de pescadores que evolucionaba hacia un centro turístico.¹¹ El ferrocarril Great Western (GWR) construyó allí el gran hotel Treggenna Castle.¹² Y en Irlanda el ferrocarril Great South (GSR) edificó una serie de ocho hoteles, entre ellos, el que habitó en 1854 en Killarney.¹³

En resumidas cuentas, al comenzar el siglo XX los ingleses habían acumulado conocimientos y experiencia en el diagnóstico, la planificación y la gestión de la actividad turística. Sus ferrocarriles trasladaban a miles de pasajeros de una punta a la otra del continente europeo; sabían de los intereses y gustos de los turistas; contaban con agencias y publicaciones especializadas en temas turísticos y cada vez las dominaban más. Cuando los ingleses llegaron con los rieles del Ferrocarril Trasandino al corazón de la cordillera de los Andes, hacia el 1900, sólo tenían que aplicar allí lo que habían realizado en Europa.

El Ferrocarril Trasandino y su política turística en los Andes centrales

El Ferrocarril Trasandino impulsó una activa política turística en la cordillera. No sólo aportó la infraestructura de transportes indispensable para garantizar el acceso de los pasajeros a la montaña, sino también promovió iniciativas tendientes a mejorar

las instalaciones, el equipamiento y la superestructura turística para el desarrollo de la región.

En 1903 los rieles del Ferrocarril Trasandino llegaron a Las Cuevas; seis años más tarde se terminó la construcción del Túnel de la Cumbre (maravillosa obra de ingeniería de 3.000 metros de longitud a 3.200 metros de altura sobre el nivel del mar) y se libró al servicio la sección internacional del Ferrocarril Trasandino en forma completa, con lo cual se podía realizar el viaje directo de Mendoza a los Andes. A partir de entonces, los turistas argentinos y chilenos podían llegar a la montaña en forma rápida y cómoda. En este sentido quedaba resuelto el problema de la infraestructura de transportes necesaria para el desarrollo de los atractivos turísticos de Cacheuta (1.350 metros s.n.m), Uspallata (2.000 metros s.n.m), Puente del Inca (2.700 metros s.n.m) y la Laguna del Inca, entre otros.

De todos modos, todavía quedaba pendiente una tarea tanto o más importante: la construcción de las instalaciones (sobre todo para proveer de alojamiento y comida) y el equipamiento (balnearios para las termas, pistas de esquí, entre otros). Para avanzar en esta dirección, se creó la Compañía de Hoteles Sudamericanos, empresa subsidiaria del Ferrocarril Buenos Aires al Pacífico. Esta empresa construyó y administró los hoteles de Puente del Inca (1903), Uspallata (1936) y El Sosneado (1938), y se ocupó de los servicios gastronómicos de la citada empresa ferroviaria. A ella se sumaron otros emprendimientos que permitieron la construcción del hotel Termas de Cacheuta (1913) y el hotel Portillo, junto a la laguna del Inca (1950).

El tercer paso sería organizar la superestructura turística. Ello implicaba fundamentalmente la tarea de promoción. Los hote-

les de montaña no iban a poder sostenerse si no eran conocidos por el público, sobre todo en Buenos Aires y Santiago. Para resolver este problema se generaron importantes campañas de publicidad que giraban en torno a una idea central: capturar la montaña como espacio de ensueño para gozar de la belleza. Las nuevas imágenes de la montaña se dieron a conocer a través de los grandes diarios de la época, sobre todo *La Prensa* y *La Nación*, así como también mediante las publicaciones propias de los ferrocarriles, como la *Revista Mensual BAP* (Buenos Aires) y *En Viaje* (publicación de los Ferrocarriles de Chile).

Los ferrocarriles realizaron una activa labor para transformar la montaña en espacio social, especialmente apta para el turismo. Debieron enfrentar una tradición cultural que había condenado la cordillera a la marginación, manteniéndola como lugar desierto. Pero con su aporte al mejoramiento de la infraestructura, el equipamiento, las instalaciones y la superestructura turística, los ferrocarriles consagraron una actitud para la incorporación de este amplio territorio a la actividad socioeconómica de la región.

Estas actividades se desarrollaron por decisión de los británicos, que eran los propietarios del ferrocarril BAP. Ellos sostuvieron la *Revista Mensual BAP* desde 1917 hasta 1947, lo mismo que los hoteles de la Compañía de Hoteles Sudamericana. En realidad, los ingleses no hicieron nada más que trasladar a la Argentina la experiencia que se estaba realizando en Europa

En 1947 se produjo la nacionalización de los ferrocarriles ingleses de la Argentina. De esta manera se cerró el ciclo de la colonización británica de la cordillera. El Estado nacional recibió el hotel de Uspallata y el hotel de Puente del Inca. Los emprendi-

mientos de la primera mitad del siglo XX sufrieron fuertes cambios a partir de entonces.¹⁴ De todos modos, con estos recursos el Estado se propuso consolidar y continuar el proceso de captura de la montaña iniciado por los ferrocarriles ingleses, labor que culminó en 1953 con la fundación de las villas de Uspallata y Las Cuevas (3.000 metros s.n.m). La cordillera ya estaba en proceso de ocupación y aprovechamiento integral por parte de la sociedad.

Cacheuta y Puente del Inca antes del Ferrocarril Trasandino

Sobre el río de las Cuevas, afluente del Mendoza, se encuentra el Puente del Inca. Se trata de un puente natural, de 50 metros de largo por 30 de ancho, a una altura de 21,60 metros sobre el nivel normal del agua. Toda la bóveda está erizada de estalactitas de las formas más variadas y caprichosas, con coloraciones blancas, amarillas y ocres. Ello se debe al carbonato cálcico y también al peróxido férrico, provocados por la evaporación de las aguas termales que recorren los fundamentos del puente.

El extraño aspecto del puente contribuyó a la difusión de leyendas fantásticas en torno a sus orígenes y al papel que estos baños cumplieron en los más altos círculos del poder político, militar y religioso del imperio inca. Según los antiguos relatos, los guerreros del imperio inca apreciaban las aguas termales para reparar fuerzas, y se hizo una práctica habitual entre ellos detenerse a tomar los baños en ese lugar. Y en la traza del Camino del Inca, los baños termales tuvieron un papel preponderante: por ellos se habría tomado la decisión de construir la ruta en dirección norte-sur por la falda este de la cor-



dillera hasta Uspallata, para allí virar hacia el oeste y cruzar a Chile por Puente del Inca. Algunos relatos fabulosos señalan que el mismo emperador viajaba en persona desde el Cuzco, por el Camino del Inca, para tomar baños en estas aguas. Según otros relatos, las Vírgenes del Sol también eran enviadas desde la capital del imperio hasta Puente del Inca para actos de purificación mediante tratamientos que servirían para “acrecentar su salud y belleza”. Conjeturas, relatos, tradiciones muy difíciles de confirmar pues los incas no dejaron su historia escrita. Además, hubo relatos fabulosos sobre el origen mismo del puente. “No pocos se han preguntado alguna vez si el puente en cuestión habría sido construido por los mismos incas o si es la resultante de un proceso natural”, llegó a escribir Carlos Rusconi.¹⁵

El Puente del Inca se encuentra en medio de un paisaje natural de realzadas bellezas, rodeado por cerros con nieves eternas de gran impacto. Además, este lugar está dotado de aguas termales de extraordinarias propiedades. Más allá de sus componentes químicos y físicos, ampliamente descritos en los tratados específicos, el público podía advertir a simple vista la peculiaridad de estas aguas con sólo hundir en ellas un objeto por dos o tres días, para luego retirarlo con evidentes muestras de la acción mineral.

Las aguas termales de Puente del Inca causaron la fascinación de los viajeros. En 1584 el cronista Reginaldo de Lizárraga recorrió el lugar y escribió: “Hay una fuente

famosa que toma de largo más de treinta pasos, toda de yeso, por debajo de la cual pasa el nacimiento del río Mendoza”. Medio siglo más tarde, Alonso de Ovalle destacó que

“el agua es tan caliente que va hirviendo por los cinco canales y es muy salobre y las piedras por donde sale y corre tienen un color de esmeralda”. Más adelante describe el puente y advierte que el mismo “sobrepuja en su belleza y artificio a toda arte humana” (1648). Dos siglos después, otro viajero, Peter Schmidmeyer, describió el Puente del Inca como “curioso puente de estructura natural”; con respecto a las aguas termales, añadió que “en este terreno casi nivelado hay varios manantiales de agua caliente, dos de los cuales son muy considerables y surgen borboteando de su superficie”. Luego observa: “Una cantidad de agua corre también hacia el puente a través de la toba y gotea debajo, donde forma estalactitas, una de las cuales es muy grande y cuelga hasta cerca del borde del agua”. Con el tiempo, las apreciaciones y la admiración de los viajeros y narradores se fueron incrementando. En 1815 un grupo de viajeros británicos tomó muestras del agua y las trasladó a Londres. Allí se realizaron los estudios de Raraday (1827), en los cuales se dio a conocer por primera vez el poder curativo de las termas de Puente del Inca. Posteriormente se hicieron nuevos estudios sobre las cualidades de sus aguas, entre ellos los de Domecke (1851), Max Siewert y Darapsky (1890), Lavalle, Arata (1896), Ulises Isola, Herrero Ducloux (1907), Quiroga, Reichert y Víctor Meaurio (1915).

De todos modos, ubicado a 2.700 metros s.n.m, y casi a 200 kilómetros de la ciudad de Mendoza, eran evidentemente remotas las posibilidades de poner en marcha un emprendimiento turístico en este paraje en el tiempo de las mulas. Aun así, los baños termales gozaban de tanta fama que los viajeros desafiaban las incomodidades de tan largo viaje para obtener los beneficios de sus aguas. Incluso se instaló una casa donde se ofrecían servicios a los viajeros.

Este “hotel” podía albergar a medio centenar de personas. Pero este primitivo establecimiento solía generar protestas. A fines del siglo XIX la prensa local señaló que “pasajeros llegados de Chile dan noticia del estado lamentable de los baños de Puente del Inca. Sólo hay una mala casa, donde atienden mal y cobran caro. Además, bajar a los baños es un peligro”.¹⁶

Igual que en el caso de Puente del Inca, la zona de Cacheuta gozaba de reconocimiento y prestigio aun antes de la instalación de los emprendimientos hoteleros. Sobre todo por las bondades de sus aguas termales, que dieron lugar a todo tipo de exageraciones, leyendas y mitos en torno a sus orígenes y cualidades. Su fama se había extendido, según las leyendas, hasta el corazón del imperio incaico en el siglo XV. Otras leyendas señalaban que los súbditos del imperio reunieron un tesoro para trasladar al Cuzco y obtener la liberación del soberano, Atahualpa, capturado por el conquistador español Francisco Pizarro. Estaban ya en camino cuando llegó la noticia de la muerte del Inca. Para evitar que el tesoro cayese en manos de los españoles, lo enterraron. Los dioses lo transformaron entonces en las aguas fantásticas, que constituirían el tesoro de los indios, del cual la codicia de los conquistadores no podría despojarlos. Conforme a otros relatos, entre 1830 y 1845, el entonces hombre fuerte de Mendoza José Félix Aldao, el terrible “fraile general”, para aliviar su malestar, había acudido a Cacheuta a tomar sus benéficos baños.

De todos modos, había todavía un gran trecho entre el prestigio de este sitio y la puesta en marcha de un emprendimiento comercial, sobre todo por el problema del transporte. Para dar un ejemplo, el recorrido de 38 kilómetros de Mendoza a Cacheuta demandaba dos días de viaje a lomo de mula. Y Potrerillos era menos accesible, al

encontrarse trece kilómetros más al oeste de Cacheuta.

Para llegar a estas localidades no había ni un camino de carretas en el siglo XIX (la ruta hacia Chile era por Villavicencio y cuesta del Paramillo).

A pesar de las distancias y las dificultades del viaje, la comunidad mendocina ya tenía clara conciencia de la importancia de las aguas termales de Cacheuta. En 1822 la Junta de Mendoza las había declarado bienes de uso y goce de la comunidad. En 1870 ya se registraban viajes periódicos por parte de personas que iban a Cacheuta para bañarse en estas aguas, llamadas “termas del fraile”, o más comúnmente los “baños de la boca del río”. Para ello abrían pozos en la arena y el ripio. En el verano, estos pozos desaparecían por las aguas del río. Pero en la temporada siguiente volvían a acudir los visitantes para beneficiarse con estas aguas.

Los Pactos de Mayo y la inauguración del primer hotel de alta montaña del Cono Sur (1903)

La firma de los Pactos de Mayo (1902) generó el contexto de paz entre la Argentina y Chile que se necesitaba para superar las tensiones y desconfianzas bilaterales y abrir paso a un nuevo ciclo histórico. La punta de rieles del Trasandino comenzó a avanzar definitivamente hasta su terminación. Se levantó el hotel de Puente del Inca (1903) y se comenzó la construcción del Túnel de la Cumbre, que fue terminado en 1909. De esta manera quedaba definitivamente superado el ciclo histórico de la mu-



Alonso de Ovalle destacó que

la: los pasajeros podían cruzar de Argentina a Chile, por primera vez, en un medio de transporte moderno, seguro y confortable.

Para destacar simbólicamente el valor de los Pactos de Mayo, los gobiernos de la Argentina y Chile resolvieron emplazar el monumento al Cristo Redentor en el límite internacional, a 4.000 metros de altitud. El hotel de Puente del Inca iba a dar una grata sorpresa a los miembros de la comitiva oficial que viajaron hasta la montaña para participar del descubrimiento de la escultura. El acto tuvo lugar el 13 de marzo de 1904, con la presencia de delegaciones oficiales de ambos países y una concurrencia que superaba las dos mil personas.¹⁷ Gran impacto causó en las distinguidas personalidades encontrarse con un hotel de turismo a 2.700 metros de altura. Las crónicas periodísticas de la jornada destacaron el papel del hotel de Puente del Inca en aquellas simbólicas ceremonias:

Esta mañana temprano el hotel de Puente del Inca presentaba el aspecto de un campamento; los cientos de pasajeros allí hospedados se preparaban para el viaje a la Cumbre del Cristo y reinaba un movimiento inusitado, cruzándose alegres frases entre todos. Fue necesario levantar carpas para alojar a tanta gente, pues las habitaciones del hotel, donde había ya muchos pasajeros, resultaron insuficientes. El día amaneció con un airecillo fresco que presagiaba un apetito formidable para la hora del almuerzo.¹⁸

Más allá de la anécdota de aquella jornada de confraternidad, es importante destacar el papel del hotel de Puente del Inca al generar espacios desde donde avanzar en el proceso de integración, como se reflejó en la ceremonia de instalación del Cristo Redentor, símbolo de la confraternidad argentino-chilena. Ello no quiere decir que sin el

hotel no habría monumento. Pero sin duda, cuando los gobiernos diseñan sus objetivos, evalúan los medios para alcanzarlos y en la medida en que los tienen pueden poner en marcha planes cada vez más ambiciosos. Algo parecido iba a suceder cuando, seis años más tarde, la inauguración de la línea del Trasandino iba a permitir que por primera vez un presidente argentino visitase Santiago y uno chileno llegara a Buenos Aires, con todo el valor simbólico para la construcción de la confianza entre los pueblos que ello conlleva.

Más allá de las polémicas que medio siglo más tarde se desatarían desde el punto de vista ambiental, en su momento este hotel causó un gran impacto, y con él se puso de manifiesto otro resultado indirecto de la acción del Trasandino. Garcés Delgado señaló al respecto que “la empresa ferroviaria fue pionera en el turismo de alta montaña, al construir el primitivo hotel de Puente del Inca, que fue administrado por la Compañía de Hoteles Sudamericanos, una subsidiaria que atendía además el servicio de coches comedor de los trenes y bufetes de las estaciones”.¹⁹

El hotel de Puente de Inca marcó claramente un hito en la historia del turismo de montaña. Disponía de instalaciones amplias y cómodas, además de paisajes extraordinarios en pleno corazón de la cordillera de los Andes. Ya en 1910, en su número especial dedicado al centenario, *La Nación* destacaba:

La Compañía de Hoteles Sudamericanos está llevando a cabo una obra meritoria que aparte su faz comercial, tiene otra muy encomiable por cierto: la que se relaciona con el progreso edilicio de las ciudades en que construye sus establecimientos de acuerdo con los últimos progresos rea-

lizados por la arquitectura en este género de obras.

Igual cosa podríamos decir aludiendo al Hotel de Puente del Inca, donde la compañía adquirió el famoso establecimiento de baños termales. El nombrado paraje es el corazón mismo de los Andes.

El emprendimiento de la Compañía de Hoteles Sudamericanos en Puente del Inca fue posiblemente uno de los primeros proyectos específicamente turísticos de la región. Y ello permitió abrir un camino nuevo en materia de una actividad económica que hasta el momento era muy poco considerada en el medio.

El despertar de Cacheuta

El Ferrocarril Trasandino vino a modificar totalmente la situación de Cacheuta. En 1891, el diario porteño *La Nación* destacó la importancia del avance de los rieles desde Mendoza hacia el oeste. Y, entre otras ventajas, señaló el significado que este servicio tenía para el desarrollo interno pues “a los baños termales de Cacheuta, que antes se hallaban a dos días de mula de Mendoza ahora se llegaba tan sólo en dos horas”.²⁰ El servicio del Trasandino generó las condiciones para el aprovechamiento comercial de las termas de Cacheuta mediante un hotel de turismo, lo cual sería el resultado de una lenta evolución.

En 1893, dos años después de haberse librado el servicio ferroviario de Mendoza a Uspallata, se comenzaron a construir las primeras piletas para baños, con abrigos de pircas de piedra que las protegían de los avances del río Mendoza. Sobre la barranca, a unos quince metros de altura, se construyó un hotel que pasó a prestar ser-

vicios en forma permanente. Se accedía a los baños mediante una rampa. De todos modos, se trataba de construcciones bastante precarias. En 1898, en las crecientes del verano, las aguas del río Mendoza destruyeron la pirca, las piletas y las construcciones accesorias. Para hacer frente a la situación, en 1902 se construyó un formidable muro de defensa, de 77 metros de largo por 3,5 de altura. Además se cortó el talud natural de la margen derecha del río para construir allí las nuevas piletas. Sin prisa y sin pausa, la evolución continuó. El gobierno provincial, por ley 381 del 20 de junio de 1907, declaró de utilidad pública sujeto a expropiación el terreno adyacente a las termas. De esta manera el Estado se transformó en propietario de una superficie total de 35 hectáreas, 6.135,93 m², en la zona termal. En 1910 las construcciones tenían cuatro cuerpos, de los cuales dos eran los más importantes: uno para la gruta termal de baños de vapor, otro con una pileta con capacidad de 567 hectolitros.

El paso siguiente fue concursar la explotación de los baños termales para actividades turísticas comerciales. Así lo dispuso la Legislatura de Mendoza por ley 519 (1910), según la cual se llamaría a concurso para la explotación de las termas de Cacheuta mediante un complejo turístico que constituya “un establecimiento modelo, en manera alguna inferior a los mejores existentes en otros países”. Como resultado, en 1913 se otorgó la concesión por cuarenta años a una empresa privada, integrada por Arturo Dácomo y Ramón Juyent (que posteriormente cedieron sus derechos y deberes a la Sociedad Anónima Termas de Cacheuta). La firma realizó grandes inversiones para construir edificios e instalaciones. Surgió de esta manera un balneario de estilo neoclásico, con todo el lujo y el confort que exigía este período “dorado” del turis-

mo, respondiendo al interés por las termas de los orientaciones médicas de la época.

El flamante equipamiento de montaña: los hoteles de Puente del Inca y Cacheuta

La construcción de hoteles de Puente del Inca y Cacheuta fue un hito decisivo en el equipamiento turístico de Alta Montaña, porque vinieron a resolver un problema que durante trescientos años no había tenido solución: el alojamiento seguro y confortable para los pasajeros. Ambos hoteles fueron construidos junto a las respectivas estaciones del Ferrocarril Trasandino. De esta forma se resolvía el problema del transporte de los pasajeros. Ambos hoteles se distinguían por su belleza y confort.

El hotel de Puente del Inca, el primero de la cordillera argentina, se encontraba a 2.700 metros de altitud. Para acceder al mismo, los turistas debían descender de la estación y cruzar el río Las Cuevas a pie por el legendario puente natural. Esta experiencia ya era altamente impactante para los viajeros. En 1916, Emilio Morales elaboró una rica crónica al respecto:

Pasado el puente (natural) que tendrá unos 50 metros de largo por 19 de ancho, 5 de espesor y 40 de alto, se llega al hotel edificado sobre una plataforma que regula el desnivel de la pendiente, entre el cerro y el cajón del río. La construcción es toda de piedra y las macizas y sólidas paredes pueden resistir fácilmente las espesas capas de nieve que se depositan en el invierno sobre los techos.

Al frente de ésta avanza amplia galería de invierno, espaciosa sala de 20

metros de largo por 5 de ancho. Contiguo a ella el hermoso comedor estilo inglés, y en ambos extremos del salón otros dos, más pequeños, que son comedores para familias. A la derecha de este cuerpo, en un plano inferior, está el gran vestíbulo de entrada, los escritorios, la caja, el consultorio médico y el hall que comunica con la galería subterránea que conduce a los baños termales.

Los departamentos para pasajeros están distribuidos a ambos lados de largas galerías y provistos de cuartos de baño. El mobiliario de estas habitaciones, sin ser lujoso es elegante y moderno, reinando en todos los detalles la higiene más exigente. Los departamentos de lujo para familias están al frente, en el piso alto. Cada uno de ellos posee departamento anexo para sirvientes.



El empleo de la piedra como material predominante en la construcción de este hotel, la exótica belleza del Puente del Inca y el escenario circundante, formado por altas montañas con nieves eternas, determinaban un conjunto altamente impactante para cualquier turista que llegara al lugar. Por su parte, el hotel de Cacheuta ofrecía otro perfil. Estaba inspirado en el palacio neoclásico de Dieppe, construido en 1822 por el arquitecto Chatelin para el conde de Brancas. Dieppe fue un paradigma de la arquitectura turística internacional, pues contó con un fuerte respaldo simbólico de la realeza y sirvió para inspirar muchas construcciones turísticas en Europa y América. Una de ellas fue, precisamente, el hotel Termas de Cacheuta, otro auténtico palacio neoclásico, pero en vez de estar junto al mar, se hallaba en el corazón de la cordillera. Según la *Revista Mensual BAP*, el hotel de Cacheuta tenía las siguientes características:

Consta de 150 habitaciones para pasajeros, dos amplios comedores. Dispone también el Hotel de un gran lavadero mecánico donde se lava, se desinfecta y plancha la ropa de los pasajeros [sic]. Dos ascensores llevan a los pasajeros desde el andén del ferrocarril hasta el patio del hotel y hasta la hermosa galería de los baños termales, donde están instalados los baños de inmersión, baños de vapor, salas de duchas, cuartos de masaje, etc. Estos detalles prueban de por sí que el de Cacheuta es un hotel que hace cumplido honor a la industria hotelera, y nos basta agregar que goza de los beneficios de correo, telégrafo, capilla propia y en general, de todo lo que hace comfortable la vida civilizada.²¹

Esta descripción es coincidente, en buena medida, con otras realizadas por distintos organismos y entidades, entre ellas, el Estado provincial de Mendoza. Conforme a la documentación obrante en los archivos de la Subsecretaría de Turismo, el citado centro turístico presentaba las siguientes características:

El hotel de Cacheuta tenía 147 habitaciones para pasajeros, distribuidas en cuatro cuerpos de edificio, unas ventanas con vista al río y otras internas, dispuestas en dos pisos de amplios comedores generales, habitaciones para la administración y una pequeña capilla donde los enfermos dejaron gran cantidad de reliquias. La cocina de la moderna construcción contenía anexos varios compartimientos para conservación de alimentos. Fuera se hallaba el servicio de lavandería y servicio personal del hotel. El agua para consumo se obtenía del río Blanco. Existía además un compartimiento dedicado a la fabricación de hielo y agua gaseosa.²²



Los hoteles de Cacheuta y Puente del Inca poseían sus propios generadores de energía eléctrica para la iluminación de las habitaciones. Cacheuta disponía de su propia usina con motores de 130 caballos de fuerza para generar hielo, luz y energía, sobre todo para el movimiento de los ascensores y las lavanderías. Ambos hoteles contaban con farmacias y consultorios médicos, peluquerías y barberías, servicio de correo, telégrafo y comisaría.

En resumidas cuentas, en muy poco tiempo llegaron a la montaña los servicios fundamentales de transporte, comunicaciones, seguridad, salud, alojamiento y el descubrimiento de su belleza. El cambio con respecto a la situación vigente en los trescientos años anteriores era realmente asombroso.

La construcción de ambos hoteles significó inversiones sin precedentes en la cordillera de los Andes. Basta considerar que para contar con un tercer hotel de esta categoría sería preciso aguardar más de veinte años, con la construcción del Llao-Llao en Bariloche (1937), mientras que del lado chileno, el Gran Hotel Portillo se habilitó en 1950. Sin lugar a duda, los hoteles de Puente del Inca y Cacheuta representan un caso de liderazgo en la historia del turismo en los Andes.

El Ferrocarril Trasandino y las primeras poblaciones de montaña

Los hoteles de montaña constituyeron un importante avance en la ocupación del espacio cordillerano, que hasta entonces estaba prácticamente desierto. Entre ambos hoteles tenían capacidad para cuatrocientos pasajeros, mientras que el personal de servicio estaba cerca de esa cifra. El ho-



tel de Puente del Inca tenía ochenta empleados, y capacidad para cien pasajeros cómodos.²³ A ello había que sumar los momentos de mayor demanda, que se producía cuando no se podía continuar viaje hacia Chile por las tormentas. Por lo tanto, el hotel debía estar equipado para atender entre cien y doscientas personas. Por su parte, el hotel Termas de Cacheuta contaba con 150 habitaciones, con capacidad para trescientos pasajeros. Ello significaba el triple de la capacidad del hotel de Puente del Inca con sus consiguientes mayores demandas de personal y servicios.

Además del alojamiento, ambos hoteles se vieron en la necesidad de disponer de instalaciones para satisfacer la demanda de alimentación para cuatrocientos turistas y para el sostenimiento del personal. Si se considera que también éstos podían hallarse con familiares o ayudantes indirectos, a lo cual debe añadirse el personal de las estaciones del Ferrocarril Trasandino, se puede estimar que desde estos hoteles debía proveerse de los recursos para la alimentación de mil personas en plena cordillera, lo cual presentaba una serie de problemas a resolver.

Los hoteles prestaron mucha atención a las instalaciones gastronómicas. Los salones de restaurante debían estar bien equipados tanto en mobiliario como en comidas y bebidas. En este sentido, el hotel de Puente del Inca llamaba la atención de los observadores por su magnificencia:

El departamento de cocinas es amplio y cómodo, la higiene se advierte en todos los detalles, las bodegas y despensas están en excavaciones y abundantemente surtidas de vinos, licores, conservas y comestibles de toda especie. Son verdaderos al-

macenes al por mayor y se explica la cantidad de provisiones para responder a los gustos más exigentes y a las circunstancias imprevistas, por lo apartado que se encuentra de los centros de adquisición.²⁴

Además de almacenar las provisiones que llegaban a bordo del Ferrocarril Trasandino, el hotel tenía cierta autonomía para autoabastecerse de importantes bienes y servicios. Así también los hoteles dieron un fuerte impulso a la cría de animales en la montaña: aves de corral (gallinas y patos), conejos, vacas, caballos y cerdos.²⁵ En Cacheuta había tambo, carnicería, verdulería y fiambretería.²⁶ Ambos hoteles disponían de sus propias panaderías y pastelerías.²⁷ La panadería de Puente del Inca prestó un importante servicio, según escribió Emilio Morales en 1916:



La panadería es otra de las secciones interesantes de ese establecimiento. La fabricación se hace por procedimientos mecánicos y en abundancia, pues no sólo provee a las necesidades del hotel sino también a la región y al servicio de coches restaurantes de la línea del Trasandino. Lo propio se hace con la carne, cuya distribución está confiada a la administración del hotel, las reses son provistas por otra sección de la importante empresa, que bajo la denominación de Compañía de Hoteles Sudamericanos explota el establecimiento de que nos venimos ocupando, otro en Bahía Blanca y el servicio de restaurantes del F.C. al Pacífico y Trasandino.

La búsqueda de satisfacer la demanda de los turistas terminó generando y consolidando por primera vez en la historia ejes de producción y desarrollo en la montaña, con

capacidad para atender diariamente a mil personas. De esta manera se cultivaron las raíces para una actividad estable y así comenzó el surgimiento de las primeras poblaciones de alta montaña de los Andes centrales argentino-chilenos.

El Ferrocarril Trasandino y las instalaciones termales

La llegada del Ferrocarril Trasandino generó las condiciones para el surgimiento de instalaciones termales que permitieran el aprovechamiento sistemático del recurso. Ello implicaba obras importantes debido a la rigurosidad de clima frío de montaña y su repercusión en los balnearios. Los hoteles no escatimaron recursos en las obras necesarias para disponer de instalaciones confortables y seguras.

Éstas llegaron a ser tanto o más impactantes que los hoteles. En 1924 Hércules Corti describía el acceso a los baños termales de Puente del Inca en los siguientes términos:

Desde el edificio del hotel se llega al balneario por intermedio de un túnel subterráneo de cuyas paredes brotan numerosas vertientes no captadas de aguas termales y frías. Estos ojos de agua tienen escaso caudal. Se ven signos de que algunos ojos se han cerrado espontáneamente, en cambio otros se han abierto. Hay precipitación de travertina con limotina en los lugares donde brota y escurre el agua. El trayecto del hotel al balneario, por intermedio del túnel, está interrumpido por un espacio expuesto al viento, lluvia o frío; interrupción que tiene grandes inconvenientes, pues el bañista al salir del túnel, que se halla a una tempera-

tura templada, se expone a la acción de la temperatura más baja o a otras inclemencias del tiempo, con las consiguientes molestias.

El balneario consta de nueve cuartos de baño, con su pileta revestida de azulejos, cuya higiene y confort no deja nada que desear. El agua corre constantemente del grifo mientras el viajero se baña y el exceso es conducido al río de las Cuevas, donde cae con estrépito, en forma de cascada. Cada bañista dispone de 30 minutos para el baño, de los cuales se disponen diez minutos para la limpieza de la pileta.

Cada cuarto de baño corresponde a una toma de vertiente distinta; solamente se utilizan los manantiales denominados Mercurio, Venus y Champagne; las demás vertientes denominadas Cono, Marte, Neptuno y Karslabadina y otras sin denominación, no se utilizan. El agua surge tumultuosamente de los grifos, sobresaturada de anhídrido carbónico, produciendo una abundante y blanca espuma. En todos los lugares que están en contacto con el agua termal se notan depósitos amarillentos.

Las observaciones de Corti enfatizaban el conjunto formado por el atractivo turístico, la belleza escénica y las instalaciones del balneario. El conjunto resultaba sumamente logrado para obtener la satisfacción del turista. Años más tarde, otro visitante describió las termas de Puente del Inca en términos bastante similares, aunque con mayor sensibilidad:

Por una escalera de mármol blanco y pasamanos negro, muy amplia, descendíamos a un túnel, que para mí era algo mágico; su piso era color bermejo. Finalmente por el mismo se



llegaba a los baños. Éstos poseían cada uno una pileta que estaba azulejada de color verde y en ellas ingresaba el agua que procedía del interior de la montaña: eran aguas de agradable temperatura, sulfurosas y de propiedades curativas.

Los baños estaban identificados con nombres tales como: Venus, Marte, Saturno, Mercurio, Champagne. Este último estaba ubicado en la parte inferior del complejo termal y era el más sulfuroso. Desde aquí se podía apreciar la estructura natural del puente, una obra magnífica de la naturaleza con sus tonalidades ocre-amarillo-naranja. Los objetos expuestos sumergidos en esa agua quedan petrificados.²⁸

Las instalaciones balnearias de Puente del Inca resultaban sumamente satisfactorias. Algo parecido sucedía en Cacheuta, cuyo pabellón termal despertaba gran interés entre los turistas. Así lo reflejan las crónicas de la época, una de las cuales describió estas instalaciones en los siguientes términos:

El balneario estaba construido sobre el área donde brotaban los manantiales. Era un edificio sólido, las habitaciones de los baños estaban dispuestas en dos hileras con un pasillo interior cubierto de claraboyas. En dicho lugar los pasajeros permanecían toda la jornada durante el invierno, gracias a una temperatura por demás agradable, entre 15° y 20° C. Había 19 habitaciones con bañeras, de las cuales tres eran dobles, 17 tenían piletas revestidas de azulejos y dos habitaciones estaban dispuestas para baños de asiento, dos grutas destinadas a vapor de agua y emanaciones radioactivas, tenían



compartimentos accesorios para descanso y baños de lluvia, dos locales para masajes, una peluquería y un depósito de ropa. A continuación del balneario se hallaba la farmacia y el consultorio médico.²⁹

Los servicios de asistencia médica eran de gran envergadura en el hotel de Cacheuta. Había un médico como director técnico, encargado de atender a los pasajeros, y según su estado de salud y sus necesidades, orientaba la forma más eficiente de aprovechamiento de las aguas termales. Era tan compleja la asistencia a los turistas que, incluso, el consultorio incluía un amplio archivo con radiografías y exámenes de laboratorio.

El Ferrocarril Trasandino, la cordillera andina y el debate público nacional

En la década de 1930, la cordillera de los Andes se instaló en el centro de importantes debates parlamentarios en el Congreso de la Nación. La causa primera fue el aluvión de 1934, en el cual la montaña demostró su poder destructivo y su fuerza arrolladora. Como resultado, quedaron seriamente dañados más de cien kilómetros de vías del Ferrocarril Trasandino y muchas de sus estaciones. El servicio internacional quedó suspendido por tiempo indeterminado y se generó una situación crítica, pues a partir de entonces el comercio entre la Argentina y Chile perdió el único medio moderno de transporte disponible para cruzar la cordillera. Y el problema no presentaba ma-



yores perspectivas de solución pues la empresa inglesa, propietaria del Ferrocarril Trasandino, carecía de los recursos para realizar una inversión de las dimensiones que exigía la magnitud de los daños sufridos, para reanudar el servicio.

Para superar estas dificultades, el presidente Agustín P. Justo elaboró dos proyectos de ley, por los cuales se nacionalizaba el Ferrocarril Trasandino y se disponía la reconstrucción del mismo por cuenta del Estado. El Congreso de la Nación dio tratamiento a estos proyectos en 1938 (Diputados) y 1939 (Senado). La cuestión de fondo de este debate se examina en otra parte.³⁰ Lo interesante para el presente estudio es que los legisladores nacionales de las diferentes bancadas políticas se vieron motivados a estudiar la problemática general de la montaña y el turismo. Así se reflejó en algunas intervenciones parlamentarias, como la del diputado socialista Enrique Dickmann. Fue una intervención importante, porque las opiniones estaban divididas: el oficialismo, formado por los conservadores, respaldaba la iniciativa del Poder Ejecutivo. En cambio la opositora Unión Cívica Radical estaba en contra, sobre todo por considerar que no era un buen negocio para las arcas del Estado. Precisamente en este contexto el Partido Socialista resolvió apoyar la iniciativa oficial. Y entre los argumentos que se esgrimieron para fundamentar esta posición, los socialistas apelaron precisamente a la importancia de la montaña como espacio para el desarrollo turístico. El discurso de Dickmann resulta sumamente interesante al respecto:

El turismo, que es una modalidad moderna, se practica cada vez con mayor escala. Hay que fomentarlo, no solamente para que vayan muchos ar-



gentinos a conocer los países del Pacífico, sino para que de esos países vengan a conocernos. El conocimiento de los hombres, el intercambio de personas y de ideas contribuye al progreso general de las costumbres y del modo de vivir de los pueblos, sobre todo en la América Latina, en Indoamérica; y el Trasandino es la única vía que pone en contacto el Pacífico con el litoral argentino.³¹

Conviene destacar que, para Dickmann, el turismo no era meramente una actividad económica sino también un medio de encuentro e integración cultural especialmente relevante entre los países latinoamericanos. El diputado socialista ponía en valor la montaña, el ferrocarril y el turismo como tres lados del mismo triángulo: la necesidad de avanzar en el mejoramiento de la vida y la integración latinoamericana. Más adelante, el diputado socialista añadió:

Yo sugiero a los Ferrocarriles del Estado que fomenten el turismo a la cordillera. Veríamos con profundo agrado, con íntima satisfacción que durante el verano centenares y miles de jóvenes de ambos sexos, estudiantes secundarios y universitarios veraneen en la cordillera, en el magnífico valle de Uspallata, en Puente del Inca, en Potrerillos, en Villavencio, para conocer la cordillera, escalar sus altos picos y establecer en campamentos, en carpas, para ejercitar su físico y para desarrollar su espíritu en ese magnífico panorama.

El discurso del legislador socialista ponía énfasis en los deportes estivales como principal atractivo turístico en los Andes centrales. El enfoque se justifica porque en esa

época los deportes invernales estaban apenas en sus primeros pasos y todavía no habían adquirido la envergadura que alcanzarían unos años más tarde. De todos modos, las palabras de Dickmann tenían una energía capaz de mostrar que se estaba abriendo un nuevo ciclo en la valoración de la montaña como espacio social.

La nueva percepción de la cordillera: la captura estética de la belleza

La metamorfosis del espacio cordillero no se reflejó no sólo en los cambios materiales –surgimiento de ferrocarriles y hoteles– sino también en el plano espiritual. Sobre todo porque se marcó una huella en la captura de la belleza escénica de la montaña.

Hasta la llegada del siglo XX y con él, del servicio ferroviario, las imágenes de la cordillera estuvieron muy condicionadas por el sufrimiento físico de los viajeros a lo largo del camino. El frío excesivo, la fatiga extraordinaria, la sensación de miedo e inseguridad y la abundancia de símbolos lúgubres (cruces, cadáveres insepultos, mulas desbarrancadas) actuaban como fuertes disuasivos para que los viajeros pudieran apreciar las bellezas de los ríos, arroyos y montañas nevadas. Son muy escasas las referencias estéticas de los observadores que describieron la cordillera entre los siglos XVI y XIX.

La situación cambió profundamente a partir de la disponibilidad de una infraestructura de transportes que permitiera realizar viajes cómodos, rápidos y seguros. A partir de entonces, la pluma de los escritores comenzó a abandonar las imágenes anteriores, plenas de iconografía fúnebre, para establecer un acercamiento inédito a la

valoración estética del paisaje. El Ferrocarril Trasandino generó las condiciones para el desarrollo de una nueva literatura de montaña, en la cual se comenzaron a rescatar los valores estéticos del paisaje. Ello se reflejó en publicaciones periodísticas, como *La Nación*, *La Prensa* y la *Revista Mensual BAP*, que fueron el punto de partida de obras de mayor aliento. Por ejemplo, *La Prensa* publicó una serie de artículos del escritor mendocino Alfredo Bufano, en los cuales se transmitían imágenes de las montañas mendocinas. Posteriormente, estos artículos se compilaron y fueron publicados en forma de libro bajo el título de *Aconagua* (1926). Paralelamente otros escritores cuyanos tomaron la montaña como tema para la producción de otros géneros literarios, como cuentos, novela y poesía. Los ejemplos más relevantes fueron la novela *Termalia* de Carlos Ponce (1927), los *Cuentos andinos* de Miguel Martos (1928), y el poema “Piedra infinita” de Jorge Enrique Ramponi (1941).

En esta nueva corriente literaria, la montaña perdía sus connotaciones negativas, sus evocaciones al miedo y la muerte, para presentarse con atributos de una belleza nueva y desconocida. Como ejemplo se puede señalar la crónica publicada por el diario *La Nación* el mismo año de la inauguración oficial del Ferrocarril Trasandino:

Se contemplan allí los más hermosos paisajes, las más encantadoras perspectivas se abren a los cuatro ámbitos. Son muchos los argentinos que, ansiando contemplar las maravillas con que la naturaleza dotó a Suiza, viajan con ese destino desde estas remotas tierras, y sin embargo, aquí, a pocas horas de tren, se nos ofrece la grandiosidad de la cordillera. Quien discurra

entretener sus ocios debe ir a Puente del Inca, porque hallará allí motivos sobrados de distracción y de deleite.³²

Estas palabras significan un verdadero ícono en la revolución estética que se produjo en la región. Hay que destacar al respecto que la belleza escénica no había sufrido variaciones a lo largo de los siglos. El cambio era del receptor, que antes veía esas mismas montañas, pero era incapaz de apreciarlas debido a los condicionamientos físicos: estaba apunado, con los labios partidos del frío, agotado por el esfuerzo físico y, por lo tanto, no se hallaba materialmente en condiciones de apreciar la belleza. En cambio, cuando se removieron esos obstáculos físicos, se generaron las condiciones para el goce estético y la actitud de asombro frente a sus enigmas. En esta misma línea, la *Revista Mensual BAP* exhortaba a las gentes de Buenos Aires a

...conocer uno de los panoramas más soberbios y hermosos que existen en el país.

País llanero, nosotros estamos más obligados que nadie a conocer nuestras montañas, a entablar y estrechar relaciones con ellas y a amarlas, poniendo en ese amor un poco de orgullo patriótico, pues en ningún país de Europa y de América le ha sido dado poseer montañas tan majestuosas y tan altas.³³

El surgimiento de Cacheuta se reflejó también en la literatura. Los escritores cuyanos incorporaron la montaña dentro de sus temas de interés. Un caso singular fue la novela *Termalia* (1927), en la cual se dedican varias páginas a ponderar la belleza de la cordillera. “¿Qué es la obra del hombre al lado de la grandeza de los Andes?”, se pregunta el narra-



dor, para añadir después: “Ante aquella majestad el orgullo humano se abate: la obra del hombre no será nunca más que la irrisoria imitación de la del artifice incomparable y genial que circunda el ambiente con sus maravillosas producciones: la naturaleza”.³⁴ El autor se ocupa de reflejar el impacto de la llegada de los viajeros a Cacheuta:

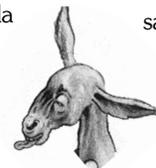
Denotaba, empero, la expresión de sus semblantes, ese placer con que el hijo de la tierra observa sus bellezas y aun las descubre ahí donde el ojo indiferente no ve nada.

–¡Qué hermoso espectáculo! ¿Verdad?

–En efecto; con la tierra pasa lo mismo que con la mujer: la estamos viendo a toda hora y sin embargo, una vez y otra vez, descubrimos en ella bellezas nuevas.³⁵

Los relatos de Alfredo Bufano también se ocuparon de recorrer el velo que hasta entonces había ocultado la belleza de la montaña. El escritor sanrafaelino describió un viaje por las localidades cordilleranas, y su pluma enfatizaba, una y otra vez, el impacto que el paisaje causaba en el autor. En Uspallata, Bufano destaca una sensación nueva: “El aire se sosiega y siento una extraordinaria paz... es hora del crepúsculo. Crepúsculo cordillerano, profundo, místico, inquietante, superior a toda literatura”. Más adelante agrega que “la grandiosidad del paisaje es soberbia”.³⁶ Posteriormente, al referirse a Puente del Inca, Bufano afirma que “es de una belleza tan grande, tan monstruosa”.³⁷ Y en la laguna de Horcones el autor culmina su línea de lo inefable:

El paisaje austero que se presentaba a mis ojos era de una grandeza sorprendente. Renuncio a



describirlo, no por cobardía literaria, sino porque tengo la absoluta seguridad de que ningún escritor puede dar una sensación exacta de estos paisajes de pesadilla... La vista del lago, con el Aconcagua al fondo, es una visión que entra honrosamente en el terreno de las maravillas.³⁸

Las sensaciones del autor se encuentran fuertemente influidas por el placer que experimenta en los seguros coches del Ferrocarril Trasandino y en las cálidas salas del hotel de Puente del Inca. Desde este nuevo y confortable mirador –novedad clave con relación a los cronistas de los siglos XVI al XIX– Bufano describe la belleza nocturna en la montaña: “La luna de la montaña se ha quedado inmóvil en medio de mi ventana. Y un gran silencio teje sobre el valle su telaraña de seda”.³⁹

El enfoque de Miguel Martos resulta bastante parecido al de Bufano. En *Cuentos andinos* hay una clara búsqueda de los nuevos escenarios y de asombrar al lector mediante la presentación de un paisaje hasta entonces desconocido, en donde puede producirse lo maravilloso, dentro de un marco de belleza extraordinaria. Así, por ejemplo, Martos describe Uspallata en términos de “pintoresco valle que es como un jardín encantado de ‘Las mil y una noches’”.⁴⁰

La montaña irrumpió con mayor fuerza en la producción poética, a través de la obra de Jorge Enrique Ramponi. En su poema “Piedra infinita”, el autor presentó la cordillera con su energía vital, sus contradicciones y su capacidad de sorprender al viajero a cada mo-

mento. Ésta fue una de las obras cumbres de la literatura cuyana en el siglo XX, precisamente por su capacidad de superar los límites de lo inefable que había planteado Bufano:

El hombre quiere amar la piedra, su
estruendo de piel
áspera: lo rebate su sangre.
Pero algo suyo adora la perfección
inerte.
La piedra sube en niebla de música a
los astros;
las estrellas ya tañen, vueltas blancas
campanas.
La noche tiende un arco total sobre la
vida,
sobre el hombre y la piedra.
Oh, corazón astrólogo:
Todo sucede allá, detrás del mundo.⁴¹

Desde una perspectiva comparada, se advierten diferencias importantes entre las cuatro obras literarias mencionadas. Alfredo Bufano y Jorge Enrique Ramponi tomaron como eje la montaña, mientras que Ponce y Martos se interesaron por la vida humana en la cordillera. Los dos primeros, a su vez, tuvieron enfoques muy diferentes:

Bufano entrega una descripción directa, sencilla, que desemboca en el reconocimiento de la belleza inefable. En cambio Ramponi apela a la metáfora profunda para superar los límites con que tropezó Bufano. También hubo distintos enfoques entre los autores de obras con eje en la vida humana en la cordillera. Ponce puso énfasis en el surgimiento de Cacheuta como polo de actividad social de las elites. Por el contrario, Martos rescató la montaña como espacio habitado y habitable por los sectores populares (indios, arrieros, crianceros, mineros). Este autor se interesó de los pobladores de la mon-

taña que hasta entonces eran invisibles, para hacerlos visibles. Le dio voz y rostro al habitante de la cordillera.

La producción literaria de los años 20 a los 40, *Aconcagua*, *Cuentos andinos*, *Termalia* y “Piedra infinita”, fueron un buen reflejo del cambio de percepción generado en la montaña a partir de la llegada del Ferrocarril Trasandino. La disponibilidad de un medio de transporte rápido, seguro y confortable permitía a los viajeros hallarse en condiciones físicas de apreciar la belleza de la cordillera, situación que no se había registrado entre los siglos XVI y XIX.

Conclusión

El Ferrocarril Trasandino realizó una profunda transformación en los Andes Centrales, en el sentido de inaugurar el turismo de alta montaña en el Cono Sur. La llegada de los rieles a la cordillera generó las posibilidades de trasladar al sur de América la experiencia y el conocimiento que los empresarios ingleses habían acumulado con relación a la actividad turística en Europa. Siguiendo la tendencia realizada en Gran Bretaña, la misma empresa ferroviaria inglesa impulsó la instalación de un hotel de turismo en Puente del Inca. Este ejemplo fue imitado por empresarios independientes que diez años después inauguraron el hotel Termas de Cacheuta. Así se trazaron las bases para el proceso de ocupación del espacio cordillerano, hasta entonces desértico, y se iniciaron importantes actividades económicas centradas en el turismo como motor de otras actividades económicas y culturales.

Entre los siglos XVI y XIX, la cordillera fue un territorio desierto. Entre Mendoza y Santa Rosa de los Andes apenas había al-

gún poblador estable en un par de casitas de Uspallata. El resto del espacio estaba totalmente deshabitado. Pero a partir del emplazamiento de las estaciones del Ferrocarril Trasandino

y, sobre todo, de los hoteles de Puente del Inca y Cacheuta, se generaron las condiciones para el asentamiento de unas mil personas. Ello promovió la producción de bienes como aves de corral y ganado vacuno, caballar y porcino. Surgieron las primeras panaderías, mataderos, verdulerías, fiambrerías y carnicerías, así como también los servicios esenciales en el plano del transporte, comunicaciones (correos y telégrafo), seguridad (comisarias), salud (consultorios médicos y farmacias). Y, fundamentalmente, nacieron las actividades sociales, recreativas y deportivas: se establecieron las primeras instalaciones deportivas de Alta Montaña en el Cono Sur.

Desde el punto de vista cultural, el Ferrocarril Trasandino y los hoteles abrieron las posibilidades para una renovación estética: a partir de entonces fue posible apreciar las bellezas escénicas de la cordillera, con lo cual se abrió un panorama de gran fecundidad para las artes, tal como se reflejaría en la exposición de pinturas cordilleranas de Fidel Roig Matons en el hotel de Puente del Inca, en las descripciones de *Aconcagua*, la novela *Termalia*, en los *Cuentos Andinos* y en el poema “Piedra infinita” que Ramponi dedicó a la cordillera de los Andes, su belleza, su historia y su misterio.



¹ Pablo Lacoste, "La montaña como espacio desértico, agresivo y hostil: de fray Reginaldo de Lizárraga a Vicente Pérez Rosales (1590-1860)", en *IV Seminario Iberoamericano de humanidades*, Instituto Abate Molina-Universidad de Talca, octubre de 2002.

² P. Lacoste, "La montaña como bisagra articuladora de polos de desarrollo: la política de integración regional del marqués de Osorno, don Ambrosio Higgins (1760-1802)", en *XVIII Jornadas de Historia Económica*, Mendoza, octubre de 2002.

³ "Bath", en *Gran Bretaña. Inglaterra, Escocia y Gales. The rouge guide*, Barcelona, Sin Fronteras, 1999, p. 304.

⁴ Alan Corbin, *El territorio del vacío*, Madrid, Grafiris, 1993, pp. 335-366.

⁵ Ídem, p. 367.

⁶ Gerardo Novo Valencia, *Diccionario general de turismo*, México, Diana, 1994, pp. 7-8.

⁷ Eric Hobsbawm, *Industria e imperio. Historia económica de Gran Bretaña desde 1750*, Buenos Aires, Planeta, 1998, p. 114.

⁸ Ídem, p. 114.

⁹ "Iverness", en *Gran Bretaña...*, pp. 1043-1047.

¹⁰ "La ruta de las islas: Glasgow-Fort William-Mallaig-Kyle-Iverness", en *El mundo de los trenes*, Madrid, El Prado, t. 1, p. 168.

¹¹ "St. Ives", en *Gran Bretaña...*, pp. 356-357.

¹² "El expreso de Riviera de Cornualles (London-Penzance)", en *El mundo de los trenes*, t. 2 p. 110.

¹³ "Viajando por Kerry Road. (Dublín-Tralee)", en *El mundo de los trenes*, t. 5, p. 168.

¹⁴ La *Revista Mensual BAP* dejó de editarse, con lo cual se suprimió un espacio importante de promoción de estos centros turísticos. El hotel de Uspallata fue transferido al gremio de los empleados de comercio. Los hoteles de Puente del Inca y El Sosneado fueron administrados directamente por el Estado nacional, hasta el final de sus servicios: éste fue abandonado en 1953 por falta de rentabilidad, y aquél fue destruido por un alud en 1965. El hotel Termas de Cacheuta permaneció en manos privadas hasta 1954, fecha de terminación de la concesión de cuarenta años; pasó entonces a la provincia de Mendoza, que no logró administrarlo en forma satisfactoria. El hotel fue cerrado en 1970 y demolido en 1985; en su lugar se construyó una pequeña pero elegante y confortable hostería de quince habitaciones que presta servicios en la actualidad.

¹⁵ *El Tiempo de Cuyo*, 18 de abril de 1960, p. 4.

¹⁶ *Los Andes*, 1 de octubre de 1897.

¹⁷ Las comitivas oficiales estuvieron presididas por los cancilleres de la Argentina y Chile, José A. Terry y Raymundo Silva Cruz respectivamente. También participaron autoridades diplomáticas (embajadores de Chile, la Argentina y Gran Bretaña, cónsules), políticas (gobernador de Mendoza, intendente de Valparaíso y alcalde de Santiago, legisladores de ambos países), cúpulas militares y religiosas, soldados, periodistas y público en general.

¹⁸ "El Cristo de los Andes", *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*, II época, N° 5, 1968, p. 321.

¹⁹ Garcés Delgado, "El ferrocarril en la ciudad de Mendoza", en P. Lacoste (comp.) *Mendoza, historia y perspectivas*, Mendoza, UNO, 1997, p. 229.

²⁰ Citado por Federico Kirbus, *El fascinante tren a las nubes y otros ferrocarriles de montaña*, Buenos Aires, El Ateneo, 1996, p. 36.

²¹ *Revista Mensual BAP*, año V, N° 58, septiembre de 1922, p. 45.

²² Archivo de la Subsecretaría de Turismo, Gobierno de Mendoza.

²³ "El personal de servicio en el hotel Puente del Inca consta de 80 personas, comprendiendo empleados, camareros, mozos de comedor, capacitados, mecánicos, cocineros, panaderos, electricistas, etc. Este personal ocupa un pabellón independiente del edificio principal"; Emilio Morales, Informe sobre el hotel de Puente del Inca, 1916. Archivo de la Subsecretaría de Turismo de Mendoza.

²⁴ Informe de Emilio Morales.

²⁵ "La mayor parte de los comestibles frescos se provee desde Mendoza, pero del hotel proceden las gallinas, patos, conejos y cerdos que se utilizan para el consumo de los viajeros y bañistas", señalaba el informe de Hércules Corti, 1924, Archivo de la Subsecretaría de Turismo, gobierno de Mendoza.

²⁶ Archivo de la Subsecretaría de Turismo, Gobierno de Mendoza.

²⁷ "Tiene el hotel muy higiénicas y cómodas instalaciones. Dispone de higiénicos depósitos de bebidas y comestibles; una moderna y amplia cocina que es notable por sus instalaciones y servicios. El hotel tiene también consultorio médico y farmacia. Hay además en el establecimiento, taller de planchado y lavado; panadería, pastelería, matadero, depósito de combustible, etc. La luz eléctrica es producida por un motor a nafta; pero los combustibles utilizados en el hotel son la leña y el carbón"; informe de Corti, 1924.

²⁸ Atuel Asunción Pavez, "Evocación... por altas cumbres", en AA.VV., *Vidas que hacen historia*, Mendoza, Ediciones Culturales, 1994, p. 337.

²⁹ Archivo de la Subsecretaría de Turismo, Gobierno de Mendoza.

³⁰ P. Lacoste, *El Ferrocarril Trasandino (1872-1984)*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria-DIBAM, 2000, pp. 283-305.

³¹ Poder Legislativo Nacional. Cámara de Diputados, Diario de Sesiones, 23 y 24 de agosto de 1938, t. 4, pp. 81-115 y 151-192.

³² *La Nación*, 25 de mayo de 1910.

³³ *Revista Mensual BAP*, abril de 1921, pp. 54-55.

³⁴ Carlos Ponce, *Termalia*, Buenos Aires, 1927, p. 16.

³⁵ Ídem, pp. 26-27.

³⁶ Alfredo Bufano, *Aconcagua*, Buenos Aires, 1927, pp. 11-12.

³⁷ Ídem, p. 21.

³⁸ Ídem, pp. 26-27.

³⁹ Ídem, p. 25.

⁴⁰ Miguel Martos, *Cuentos andinos*, Buenos Aires, 1928, p. 65.

⁴¹ Jorge Enrique Ramponi, *Piedra infinita* (1942), reed. facsimilar, Mendoza, Ediciones Culturales, 1991, pp. 8 y 43.

Donde se construyen los estereotipos: la revolución mexicana en la prensa ilustrada italiana*

Camilla Cattarulla**

“El desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida. [...]

Pues si estas dificultades nos entorpecen a nosotros, que somos de su esencia, no es difícil entender que los talentos racionales de este lado del mundo, extasiados en la contemplación de sus propias culturas, se hayan quedado sin un método válido para interpretarnos. Es comprensible que insistan en medirnos con la misma vara con que se miden a sí mismos, sin recordar que los estragos de la vida son iguales para todos, y que la búsqueda de la identidad propia es tan ardua y sangrienta para nosotros como lo fue para ellos. La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios.”¹

En el discurso pronunciado en la Academia Sueca en diciembre de 1982 en ocasión de la entrega del premio Nobel de Literatura –del que ha sido extraído el fragmento que acabamos de citar– Gabriel García Márquez invitaba a Europa a no interpretar al continente latinoamericano sirviéndose de sus propios esquemas culturales. Es ésta una actitud que empezó a arraigarse en el mundo occidental a partir del Descubrimiento y que a lo largo de los si-

glos ha ido delineando una tendencia a atribuir connotaciones y significaciones a la realidad latinoamericana donde el cliché, el estereotipo, han condicionado el juicio sobre fenómenos culturales, sociales, políticos e incluso económicos. Según Walter Lippmann, a quien muchos reconocen el mérito de haber divulgado el término *estereotipo*, la peculiaridad del mismo estriba en que “éste se adelanta al uso de la razón: es una forma de percepción, que impone un rasgo especial a los datos de nuestros sentidos antes de que dichos datos lleguen a la inteligencia”.² Este sistema perceptivo da lugar a un conjunto de informaciones rígidas (y a menudo con un valor negativo) atribuidas a un grupo determinado o a una categoría social por otro grupo o por otra categoría social.



* Este artículo, publicado en el número 23 de *Entrepasados*, se publica nuevamente puesto que –por un error involuntario– en esa oportunidad se omitieron las notas correspondientes.

** Universidad de Roma Tre, Italia.

Es el caso de la imagen del mexicano, cuyo estereotipo negativo de individuo indolente, rebelde, que desprecia el peligro, armado de fusil y cartuchera y vestido con poncho y sombrero, convertido en personaje familiar por las películas del oeste y por



los comics, y que empezó a difundirse en Norteamérica a partir de la primera mitad del siglo XIX gracias a los apuntes de viaje de los visitantes angloamericanos en el actual suroeste de Estados Unidos,³ alcanza su plena confirmación y corroboración en la representación iconográfica de la Revolución mexicana.

Por lo que se refiere a la percepción italiana, que es el tema que nos ocupa, pero que se

puede considerar como paradigma de los mecanismos de difusión de los estereotipos mexicanos, la revolución ocupa un lugar central en la atención del público gracias a los artículos y sobre todo a las fotos y a las ilustraciones publicadas por los principales rotativos italianos de aquella época. Para este estudio se han examinado tres de ellos: *La Domenica del Corriere*, *L'Illustrazione Italiana* y *La Tribuna illustrata*.

Se trata de tres semanarios muy conocidos cuya línea editorial reflejaba perfectamente el nuevo clima cultural que surgió en Italia tras la conquista de la unidad del país. En la práctica, también como consecuencia de las ideas positivistas que se arraigaron en

Italia, la nueva mentalidad social, que en aquel momento estaba encauzada hacia el progreso y la modernización, favoreció el nacimiento y el desarrollo de la industria cultural. En el marco de esta industria la prensa periódica ilustrada desempeñaba un rol de vital importancia, ya que respondía a las exigencias de información y de culturización del nuevo público que se estaba formando, compuesto por un pueblo de artesanos y obreros y por la pequeña burguesía comprometida en actividades del sector terciario en las grandes ciudades, dos capas sociales que en su conjunto constituían un mercado editorial de amplias proporciones e ignorado hasta entonces.

De hecho hay que tener en cuenta que si por un lado los distintos censos realizados una vez conseguida la unidad facilitaban información acerca del número de los analfabetos, por otro no proporcionaban información alguna acerca de los semianalfabetos, que seguramente eran muy numerosos. Por tanto si lo que se proponía un editor era conseguir un número suficiente de lectores para contar con un balance activo de sus publicaciones, tenía que dar con una fórmula que le permitiese abarcar un público cada vez más amplio. Y la revista ilustrada (recreada calcando los modelos franceses) podía resultar una solución a este problema. En ella, la historia, las ciencias, la política y la crónica se relataban en primer lugar a través de la ilustración, y luego, los que estaban capacitados para ello, también podían leer el texto. Y además de la crónica nacional e internacional, la revista ilustrada publicaba cuentos, poesías, crónicas de viajes, consejos útiles, noticias mundanas, adivinanzas, juegos, páginas musicales, es decir que ofrecía diversión y nociones al mismo tiempo, compaginando la utilidad con el entretenimiento. La fórmula resultó exitosa y dio fama duradera a revistas que empezaron

a difundirse cada vez más, llegando a alcanzar tiradas de cierto peso para la época. Los que la idearon y divulgaron fueron sobre todo dos editores milaneses muy atentos a los cambios sociales y culturales: Treves y Sonzogno. La comunicación visual de los contenidos que transmitían las fotos, muy a menudo carentes de artículo y explicadas con simples epígrafes, de manera que representaban ellas mismas la noticia por excelencia, es la mayor innovación introducida por el semanario ilustrado; además, para el siglo XIX, este hecho marcó uno de los hitos de la modernización: “Una sociedad se vuelve «moderna» cuando una de sus actividades principales consiste en producir y consumir imágenes”, escribe Susan Sontag.⁴

De las revistas de las que se han extraído fotos e ilustraciones relacionadas con la revolución mexicana, una de ellas, *L'Illustrazione italiana*, es precisamente de Treves. Nacida en 1873 como semanario para luego convertirse en revista mensual, su entrada da fe de lo que comentábamos acerca de los contenidos, pues dice: “Semanario de los acontecimientos y personajes contemporáneos, sobre la historia del día, la vida pública y social, ciencias, bellas artes, geografía y viajes, teatros, música, modas, etc.”. En cambio *La Tribuna illustrata* (1893) y *La Domenica del Corriere* (1899) ya representan una mayor evolución de la industria cultural italiana, especialmente de la prensa periódica, pues corresponden al modelo del suplemento ilustrado semanal del diario (es el caso de *La Tribuna de Roma* e *Il Corriere della Sera* de Milán).⁵

Pero a pesar de la publicación de estas y de otras revistas que daban fe de la presencia en Italia de un clima cultural muy vital y de apertura hacia el extranjero,⁶ la visión de los hechos del exterior aún resultaba influida por los ecos del *Risorgimento* y por las vicisitudes políticas y sociales que

asolaban al joven Estado italiano. De hecho no es casualidad que en los cortos epígrafes escritos por los corresponsales de estos tres semanarios, se sigue una línea interpretativa sobre la revolución mexicana que se ajusta a circunstancias y peculiaridades típicamente italianas.

Sin querer desarrollar un análisis exhaustivo de los artículos publicados entre 1910 y 1914 (la Primera Guerra Mundial alejó la atención italiana de las vicisitudes mexicanas), bastará con decir que las tres revistas coincidieron en considerar como determinante el rol de Estados Unidos arremetiendo contra su política imperialista, mientras la interpretación que se dio a las modalidades políticas y sociales características de la revolución en México⁷ fue bien distinta. En cuanto a la revolución, *La Domenica del Corriere* adoptó una postura conservadora y de condena de donde se desprenden al menos dos constantes: la primera es que la causa de los levantamientos es la ambición humana, es decir, el fruto de “pasiones humanas descomedidas” y no el resultado de una serie de problemas económicos y sociales; y la segunda es que la caída de Porfirio Díaz ha generado desorden y anarquía. Por estos motivos, más que de revolución, para los periodistas de *La Domenica del Corriere* se puede hablar de una auténtica guerra civil en México determinada por la ambición de poder por parte de algunos generales que se disputan el gobierno del país.





En cambio la postura de *L'Illustrazione Italiana* fue favorable a los revolucionarios que luchaban para liberar a México del régimen dictatorial de Porfirio Díaz. En los artículos publicados por la revista se puede apreciar una analogía entre la revolución mexicana y el *Risorgimento* italiano, gracias también a la presencia en México de un nieto de Garibaldi, Peppino, que militaba en el bando maderista. De los levantamientos del *Risorgimento* italiano la revolución mexicana ha heredado la organización, adjudicada a personas cultas y dotadas de cierto espesor social, antes que nadie Francisco Madero, cuya figura es ensalzada como si se tratara de un “libertador de los oprimidos”, hasta tal punto que con su muerte el levantamiento, que en un primer momento fue entendido como un levantamiento liberal, se convierte en guerra civil, circunstancia que puso fin a esa visión evocadora del *Risorgimento*. Por último, *La Tribuna Illustrata* se limitó a enfatizar la posibilidad de que, con la eventual entrada en guerra de Japón contra Estados Unidos, el levantamiento repercutiera a nivel político también en la esfera internacional.

Cabe recordar además que ésta no fue la primera vez que la prensa italiana (semanal y diaria) se ocupó de un conflicto latinoamericano. Ya en 1898, en ocasión de la guerra hispanoamericana librada entre Estados Unidos y España por la independencia de Cuba, dos de las revistas que nos ocupan (*L'Illustrazione Italiana* y *La Tribuna Illustrata della domenica*) dedicaron un amplio espacio a ese acontecimiento con artículos, fotos y sobre todo dibujos que representaban aquel momento de transición: de una utilización fundamentalmente estéti-

ca de la ilustración a una utilización como canal de información y comunicación visual, en la que queda patente la exigencia de un trabajo documentativo mayor. Ahora, tras más de una década de la guerra hispanoamericana, la fotografía ha suplantado con creces al dibujo, índice del rápido desarrollo del medio fotográfico como fuente de información capaz de imponerse sobre el artículo. A pesar de ello el dibujo, a menudo obtenido a partir de una foto, permanecerá durante largo tiempo en el semanario ilustrado, sea por su capacidad de convocar al imaginario visual del público o porque, para algunos periódicos, se convertirá en un sello de distinción.⁸

Las fotos de la revolución mexicana, aunque procedentes de fuentes distintas, a menudo llegan a constituir una colección recogida en las páginas de las revistas como un auténtico reportaje fotográfico de guerra. De hecho no hay que olvidar que la invención de la fotografía crea nuevas figuras profesionales relacionadas con el periodismo: el corresponsal de guerra y sobre todo el “fotorreporter”, aquel que capturando las imágenes de las que era espectador tenía que ser “testigo fiel”.⁹ La primera guerra documentada con fotografías fue la de Crimea (1853-1855), pero habrá que esperar hasta la guerra civil americana para ver fotos que reproducen escenas de batalla y no sólo retratos de los combatientes y paisajes del lugar. Los reportajes sobre México publicados en las revistas italianas, al lado de fotos que ilustran episodios de la revolución, siguen proponiendo retratos de rebeldes (o grupos de rebeldes) y de personajes políticos mexicanos y estadounidenses comprometidos en el conflicto, dando fe de cómo el retrato fotográfico está muy lejos de caer en el olvido. Lo que más llama la atención de estos retratos es la solemnidad de los personajes que posan y que borra cualquier

jerarquía, hasta tal punto que eminentes personalidades políticas, jefes revolucionarios o indios, son representados en un plano igualitario. En este proceso de anulación participan también las figuras femeninas de las *soldaderas*, que además aparecen desexualizadas (Fig. N° 1). A este propósito Luigi Barzini, corresponsal de México para *Il Corriere della Sera* escribe: “La mujer, al igual que el hombre, tiene el instinto de la guerra. Por costumbre, por tradición, por intuición, ella sabe perfectamente qué tiene que hacer cuando llega la guerra. La lucha es aceptada como una fatalidad, una costumbre”.¹⁰ De ello da fe también uno de los principales caracteres de la técnica fotográfica, es decir que en ella se “pone en práctica el imperativo surrealista de adoptar una actitud inflexiblemente igualitaria frente a cualquier objeto”.¹¹

Sin embargo la fotografía, incluso la de guerra, reconstruye el espíritu de una época y de un lugar. Reproduzco aquí los comentarios de Gabriele D'Autilia quien, adoptando la definición de “cultura” de Giuseppe Galasso, considera la fotografía como “fuente” para documentar

...sea esa cultura que se expresa en la mentalidad, en los comportamientos, en los símbolos, en las representaciones, en las costumbres, en los rituales, es decir, en el patrimonio moral e intelectual de una comunidad y de sus formas de expresarlo; sea la cultura material, es decir, las manufacturas, la decoración, la forma de vestir, los medios de transporte y de comunicación, etcétera.¹²

Se trata de ir más allá de la fotografía como fuente para la investigación histórica, para considerarla más bien como indicador de dos sistemas culturales: el del fotógrafo y



Figura N° 1. Una mexicana en armas, *Illustrazione Italiana*, 3 de mayo de 1914.

el del sujeto fotografiado. A partir de un acontecimiento de importancia fundamental para la historia de México, las fotografías de la revolución representan un “fragmento” (se podría decir una “mención”) de una realidad sobre la que se va a constituir un proceso de macrosignificación o hiperconnotación. Debido a este proceso, las fotos contribuyen a la creación, en el imaginario colectivo, del mundo occidental de estereotipos que definen a la cultura y a la tipología misma del mexicano: *poncho* y *sombrero*, que se han convertido en una especie de uniforme, la indolencia y la rebelión, rasgos de carácter, y luego la *siesta*, el *tequila* y el colorido de sus fiestas. Pero al mismo tiempo, qué es lo que representan las fotos y por qué lo representan de esa manera puede ser, por reflejo, el índice de peculiaridad propio de la historia y de la cultura italiana

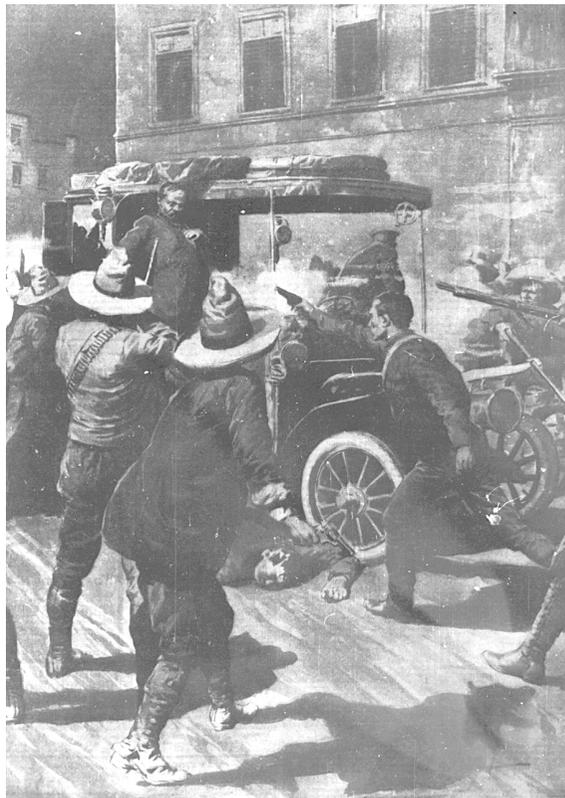


Figura N° 2. Un trágico episodio de la revolución mexicana: el asesinato del presidente Madero y del general Suárez (dibujo de E. Abbo), *Tribuna Illustrata*, 9-16 de marzo de 1913.

grafía a partir de dos elementos que la componen: el *studium* y el *punctum*.¹³ En una fotografía, afirma Barthes, el *studium* es el interés cultural por lo que la foto representa, sea si lo que se quiere es percibirla como un objeto artístico, un cuadro histórico o un testimonio político o social. Es decir, el *studium* es la “zona de contacto”, ese campo donde entran en juego distintos espacios culturales: el del fotógrafo, el del sujeto fotografiado y el del observador de la fotografía (el “Spectator”, en el lenguaje de Barthes), que en él reconoce unos determinados elementos históricos, sociales y culturales a partir de su propio saber personal estableciendo así una sintonía con los

intentos del fotógrafo. El *punctum*, en cambio, es lo que en una foto se queda clavado en la mirada de forma inconsciente. Esto no significa que el *punctum* no puede tener un valor cultural: lo que se clava en la mirada puede ser precisamente un detalle que ofrece un infra-saber, una unión entre *punctum* y *studium*, algo más que se vuelca en el imaginario individual (y cada vez más colectivo) de quien observa.

Volviendo al tema de la revolución mexicana, vamos a tomar el ejemplo de la foto en la que, como reza el epígrafe, “El general Carranza enardece a las tropas y a los habitantes en San Itillo”.¹⁴ La noticia que ofrece el epígrafe de alguna manera es eclipsada por el enorme despliegue de sombreros, que constituyen el *punctum* y al mismo tiempo informan al *Spectator* de

que el sombrero es un elemento típico de las prendas mexicanas, un “enorme champiñón”, como lo define el corresponsal Barzini en uno de sus artículos. Ese mismo sombrero que imanta la mirada en la foto y que muestra a los “jefes de la revolución mexicana muertos a manos de las tropas gubernamentales y llevados al cementerio para las ceremonias fúnebres por parte de los insurrectos”.¹⁵ Y como el *punctum* tiene una fuerza de expansión que a menudo es metonímica, poco a poco la imagen repetida del sombrero en las fotos de la revolución permite detectar el referente: a partir del sombrero se deduce que la fotografía está ambientada en México, estableciéndose así la conexión entre *punctum* y *studium*.

Pero todo ello aún no es suficiente para la estereotipización negativa del mexicano: a ella contribuye el epígrafe que relaciona el *punctum* de la imagen con el acontecimiento representado: en el epígrafe de una foto publicada por *La Domenica del Corriere* en el número del 19-26 de julio de 1914, cuyo *punctum* es una vez más el sombrero, se lee lo siguiente: “Una pintoresca visión de los turbios mexicanos: el general Carranza enardeciendo a una muchedumbre de ciudadanos y de soldados” (Fig. N° 4). Las palabras “pintoresca” y “turbios” resultan decisivas para orientar a la opinión pública hacia una negativización estereotipada de los revolucionarios y de los mexicanos en general. Es decir, *punctum* y epígrafe juntos dan lu-

gar a una visión cultural en la que la foto del revolucionario con el sombrero se convierte en un emblema de características negativas atribuidas a toda una comunidad nacional.

La contribución que las fotos ofrecen a la creación y difusión de estereotipos se introduce en el debate sobre la objetividad de la imagen fotográfica y sobre su utilización como documento histórico. En nuestro caso, la propia utilización de la fotografía como forma para facilitar información a personas refractarias a la lectura es indicativo de cómo a través de la foto se difunde sólo una interpretación de un dato de la realidad, en la que una función importante la desempeña el epígrafe porque, utilizando las palabras de Susan Sontag, “también un epígrafe perfectamente exacto es sólo una



Figura N° 3. Una feroz batalla entre rebeldes y tropas regulares en la frontera de México (dibujo de E. Abbo), *Tribuna Illustrata*, 11-26 de marzo de 1911.

Figura Nº 4. Una visión pintoresca de mejicanos torvos: el general Carranza arenga a una multitud de ciudadanos y soldados, *Domenica del Corriere*, 19-26 de julio de 1914 (Foto Lamp).



posible interpretación”.¹⁶ En definitiva, más que un mapa de los acontecimientos, la publicación constante de fotos sobre la revolución, en los periódicos italianos, parece revelar un horizonte prejudicial ligado al hecho de que, según se lee en las breves crónicas que a veces acompañan a las fotos, en Hispanoamérica los levantamientos están al orden del día y ser “revoltoso” es casi una profesión.¹⁷

A la representación de retratos de generales y revolucionarios repetida hasta la saciedad, falta después la colocación geográfica exacta así como la exacta datación de la imagen del contexto, dos elementos considerados como fundamentales para la correcta utilización de la foto como documento histórico. Y en caso de que exista, el contexto lleva a una interpretación engañosa del fenómeno revolucionario mexicano. Dicho en otras palabras, si quisiéramos localizar como pista para la investigación his-

tórica el escenario del campo de batalla, las fotos facilitarían una información que si no llega a ser engañosa, es cuanto menos parcial. De hecho las representaciones de casas señoriales y monumentos de Ciudad de México destruidas por los rebeldes desplazan el eje del levantamiento hacia un frente urbano, señal de que la que fuera considerada como la primera revolución campesina (una definición que hay que tomar con las debidas reservas), para los periodistas italianos tiene lugar preferentemente en la ciudad. También en este caso lo que se impone es un espíritu del *Risorgimento* o cuanto menos ligado a los mecanismos de las guerras de independencia, donde la conquista de la ciudad representa la toma del poder político. Todo es confirmación del hecho de que cualquier foto encierra una serie de informaciones redundantes que el historiador deberá tener en cuenta, si es que desea utilizarlas como fuente,

pues la foto –valga la reiteración– es un fragmento de la cultura de una determinada época. Entonces, despejado el campo del concepto de la foto como mera representación de la realidad, también la imagen fotográfica debe saber dialogar con todas las fuentes al servicio del historiador: sólo a

través de la confrontación sus muchas significaciones pueden sacar a la luz nuevas lecturas de un determinado acontecimiento y ofrecer más pistas de análisis a la investigación histórica.



Notas

¹ Gabriel García Márquez, “La soledad de América Latina”, citado de *El País*, 9 de diciembre de 1982.

² Walter Lippmann, *L'opinione pubblica*, Milán, Edizioni di Comunità, 1963, p. 85.

³ Para este tema cfr. David J. Weber, *Myth and the History of the Hispanic Southwest*, University of New Mexico Press, 1988.

⁴ Susan Sontag, *Sulla fotografia. Realtà e immagine nella nostra società*, Turín, Einaudi, 1978, p. 131.

⁵ No hay revistas ilustradas de Sonzogno porque el editor, tras haber lanzado en la década de los 60 un número determinado (entre éstas cabe recordar *Il tesoro delle famiglie*, que alcanzó una tirada de 75 mil ejemplares), desplaza sus intereses editoriales hacia el campo de la música.

⁶ Entre finales del siglo XIX y comienzos del XX la prensa italiana sale de su tradicional aislamiento. Para citar un ejemplo el *Corriere della Sera* empieza a publicar noticias procedentes del *Times*, del *Daily Telegraph*, del *Daily Chronicle* y del *Matin*, dando vida a las primeras formas de conexión editorial con la prensa europea más importante.

⁷ Cfr. Nicola Bottiglieri, “La imagen de la revolución mexicana en la prensa italiana de 1910”, *America Latine/Europe. Contacts/Echanges/Lectures*. Actes du Premier Colloque International du CRECIF, 3-5 de febrero de 1984. Número especial de *Palinure*, 1985-1986, pp. 97-105.

⁸ Es el caso de las portadas de *La Domenica del Corriere* dibujadas por Achille Beltrame, quien sin salir nunca de Milán realizaba sus dibujos basándose en las descripciones de los cronistas y

en un amplio archivo fotográfico que se iba constituyendo en su despacho milanés. A pesar de ello, Beltrame podía realizar ilustraciones de estilo estrictamente documental pero dotado de ferviente fantasía, sin olvidar nunca el buen gusto y el equilibrio incluso en las ilustraciones de hechos trágicos.

⁹ Entre los fotoperiodistas famosos de la revolución mexicana cabe señalar a John Reed, quien (como recuerda en su libro *Insurgent Mexico*) tomó una serie de instantáneas al séquito de la armada de Pancho Villa. Hubo también quien fue transformado de fotógrafo de sociedad a reportero de guerra: valga para todos el caso de Jack Irlson que mientras cubría los partidos de béisbol de repente recibió el orden de su agencia de viajar a México. Entre los fotorreporteros de la revolución mexicana no hay que olvidar a Agustín Víctor Casasola, cuyo archivo fotográfico está guardado en el Instituto Nacional de Antropología e Historia de Ciudad de México. Para los corresponsales de guerra cfr. Glauco Licata, *Storia e linguaggio dei corrispondenti di guerra. Dall'epoca napoleonica al Vietnam*, Milán, 1972.

¹⁰ Luigi Barzini, “Soldados y soldaderas”, *Corriere della Sera*, 13 de marzo de 1914 (más tarde en *Sul mare dei Caraibi*, Milán, Treves, 1923, pp. 266-267).

¹¹ S. Sontag, *Sulla fotografia*, p. 69.

¹² Gabriele D'Autilia, *L'indizio e la prova. La storia nella fotografia*, Milán, La Nuova Italia, 2001. Para la definición de cultura de Giuseppe Galasso véase *Nient'altro che storia. Saggi di teoria e di metodologia della storia*, Bolonia, Il Mulino, 2000, p. 75.

¹³ Roland Barthes, *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*, Barcelona, Paidós, 1989.

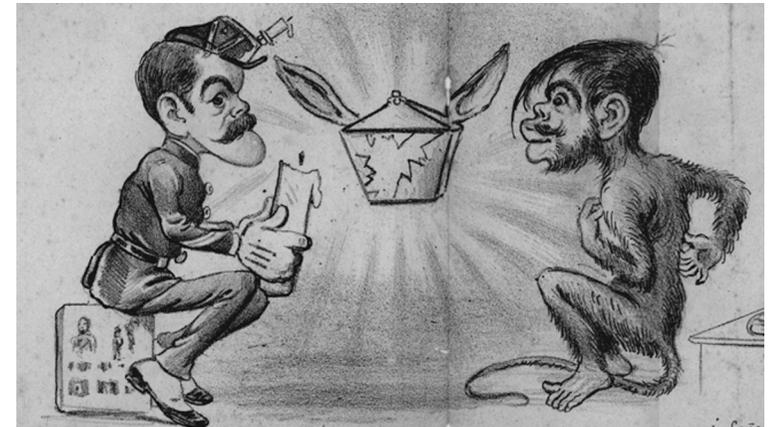
¹⁴ *L'Illustrazione Italiana*, N° 30, 26 de julio de 1914.

¹⁵ *La Domenica del Corriere*, N° 6, 5-12 de febrero de 1914.

¹⁶ S. Sontag, *Sulla fotografia*, p. 95.

¹⁷ Cfr. por ejemplo *La Domenica del Corriere*, 2-9 de marzo de 1913.

Educación



Complejidades de una educación “a la americana”: liberalismo, neoliberalismo y modelos socioeducativos*

Adriana Puiggrós, Rafael Gagliano, Myriam Southwell**

En los años de formación del pensamiento de Domingo F. Sarmiento estuvo presente la figura de un puritano de ley del siglo XVIII norteamericano: Benjamín Franklin. En carta a Juan B. Alberdi, fechada en San Juan, Argentina, el 6 de julio de 1838, Sarmiento imagina la vida de Franklin, suponiendo al mismo tiempo la propia, en clave del imperativo: “...robar al cielo el rayo y a los tiranos el cetro”.¹

En la incompletud de su propia formación académica –que Sarmiento siempre lamenta–, tal vez resignificada como recurso retórico, está su misma fortaleza y originalidad. Le confiesa a Alberdi en la citada carta:

En cuanto a la gloriosa tarea que se proponen los jóvenes de ese país y que Ud. me indica, de dar una *marcha peculiar* y *nacional* a nuestra literatura, lo creo indispensable, necesario y posible. [...] Cuando como yo, no ha podido un joven recibir una educación regular y sistematizada, cuando no se han bebido ciertas doctrinas a que uno se adhiere por creerlas incontestables, cuando se ha tenido desde muy temprano el



penoso trabajo de discernir, de escoger por decirlo así, los principios que debían formar su educación, se adquiere una especie de independencia, de insubordinación, que hace que no respetemos mucho lo que la preocupación y el tiempo han sancionado...

Es posible pensar que Sarmiento ingresa al mundo del pensamiento jurídico, pedagógico y científico norteamericano, en sus dos largas permanencias en el país del norte, con el fondo de la lectura preferencial de la *Autobiografía* de Benjamín Franklin. Le dice al presidente Andrew Jackson cuando es recibido como diplomático argentino el 9 de noviembre de 1865:

A los nombres de Washington, Franklin y Lincoln se agrega hoy el de Horace Mann, tanto en la veneración de nuestros pueblos como en el propósito de aprovechar las lecciones que han dejado a la humanidad.

Para alguien nacido en la periferia de un mundo impregnado por los valores del Antiguo Régimen, como Sarmiento, con su conocimiento de otros horizontes culturales,

* Este artículo contó con la inestimable ayuda de Aldo Lo Russo. El trabajo de la doctora Myriam Southwell para este artículo se ha hecho gracias al apoyo de la Fundación Antorchas.

** Integrantes del programa de investigación Alternativas Pedagógicas y Prospectiva para la Educación en América Latina (APPEAL) con sede en la UBA bajo la dirección de Adriana Puiggrós. Adriana Puiggrós y Rafael Gagliano son docentes de la cátedra de Historia de la Educación Argentina y Latinoamericana de la UBA; Myriam Southwell es docente de la cátedra de Historia de la Educación Argentina y Latinoamericana de la UNLP.

entran a colisionar dos tipos de tradiciones. Desde la tradición cristiana, el pobre es el símbolo de Cristo y la salvación se asimila con la pobreza; ésa es la tradición evangélica en la cultura católica. En cambio, en el mundo anglosajón, con la emergencia del liberalismo económico, la pobreza entendida como fracaso económico remite a la falta constitutiva del sujeto, esto es, al pecado. Por lo tanto, la inversión puritana-liberal es la siguiente: la pobreza es pecado; la riqueza o el éxito económico está signado por la gracia (según el diccionario: dar gratuito de Dios que eleva sobrenaturalmente la criatura racional en orden a la bienaventuranza eterna). No obstante, la complejidad de ambos universos culturales tiene matices que inquietan al joven Sarmiento. Esto se expresa en la perplejidad que demuestra respecto al interrogante sobre la educación, los saberes y los valores que constituyeron la identidad de su madre, una mujer humilde, nacida en la provincia de San Juan, que está junto a la cordillera de los Andes, en la frontera con Chile. El historiador argentino Tulio Halperín Donghi da cuenta del fenómeno en su análisis del libro autobiográfico de Sarmiento *Recuerdos de provincia*:

Quería averiguar Sarmiento “quién había educado a su madre”, y la respuesta a esa pregunta la iba a encontrar en “la historia de un hombre de Dios”, don José Castro, clérigo sanjuanino y autor de una “reforma religiosa intentada en una provincia oscura, y donde aun se conserva en muchas almas privilegiadas”. Esa reforma no fue tan sólo religiosa: este “santo ascético”, adornado de “la piedad de un cristiano de los más bellos tiempos” era a su vez un filósofo, el tenor de cuyas pláticas hace sospechar a Sarmiento que conocía “su siglo XVIII, su Rousseau, su Feijoo”. Mientras depu-

raba la vida devota de “prácticas absurdas, cruentas y supersticiosas”, resistentes hasta entonces a la “sana razón”, Castro barría también con las creencias supersticiosas “perseguidas por el ridículo y la explicación paciente, científica, hecha desde la cátedra, de los fenómenos naturales que daban lugar a aquellos errores”. Su acción se extendió aun a otras esferas: acaso con el Emilio escondido bajo la sotana, enseñaba a las madres la manera de criar a los niños, las prácticas que eran nocivas para la salud, la manera de cuidar a los enfermos, las preocupaciones que debían guardar las embarazadas. Los milagros de este santo eran los de la ciencia: cuando en una escena que evoca las resurrecciones referidas al Evangelio, ordenó levantarse a un magnate cuyos solemnes funerales estaba oficiando, fue porque confiaba en la certeza de las conclusiones que “sus conocimientos en el arte de curar” le sugirieron al examinar el rostro del supuesto cadáver.²

En *Recuerdos de provincia* (especialmente en el capítulo “Mi educación”) Sarmiento se ve a sí mismo como un joven tendero de San Juan leyendo la autobiografía de Franklin. Obra y autor imprimen sobre el adolescente un paradigma de conducta en un mundo regido por las distinciones dicotómicas pobreza/riqueza discutidas en sede teológica y mundana.

Yo me sentía Franklin; ¿y por qué no? Era yo pobrísimo como él, estu-dioso como él, y dándome maña y siguiendo sus huellas, podía un día lle-

gar a formarme como él, y hacerme un lugar en las letras y en la política americana.³

Leyendo a Franklin, Sarmiento viajó imaginariamente por el liberalismo norteamericano, en clave heroica, como prototipo del hombre científico, reformador político e inventor de ideas. Franklin fue un típico hijo de la educación puritana. Defensor de la prensa escrita, él mismo imprentero, participó en la creación de clubes y bibliotecas; creó un hospital y una compañía de seguros



contra incendios; participó en las actividades de la masonería, de la que llegó a ser uno de sus principales dignatarios.

Hasta 1772 creyó firmemente en las posibilidades de desarrollo de una América libre en el seno del Imperio británico; pero a partir de ese momento comprendió que no podía ser a la vez súbdito leal del rey de Gran Bretaña y buen ciudadano norteamericano. Fue elegido diputado por el primer congreso norteamericano y redactó con Jefferson y John Adams el manifiesto de la Declaración de Independencia de 1776.

La suerte y la persistencia hicieron que Sarmiento llegara a tomar contacto con el medio cultural y pedagógico de los herederos de Franklin. Durante el gobierno conservador de Juan Manuel de Rosas en la Argentina, los liberales fueron perseguidos y muchos tuvieron que exiliarse. Sarmiento se radicó en Chile. En 1845 Manuel Montt, ministro de la segunda presidencia del chileno Manuel Bulnes, envió a su amigo Sarmiento a un viaje de estudios por Europa y Estados Unidos con el objeto de estudiar los sistemas educativos y las políticas inmigra-

torias. Lo hizo para calmar a Juan Manuel de Rosas, que se quejaba de las actividades contestatarias del exiliado Sarmiento, y para buscar, simultáneamente, nuevas perspectivas para las políticas públicas chilenas. Es probable que cuando Sarmiento emprendió el viaje ya tuviera algunos conceptos sobre las formaciones políticas y político-educativas europeas pero, sobre todo, había depositado su entusiasmo y admiración en las propuestas norteamericanas. Hombre de posiciones determinadas, Sarmiento rechazó la educación francesa, alemana, inglesa, y rescató solamente algunos elementos de la reforma prusiana, por cierto la que más se asemejaba a los cambios que se estaban empezando a producir en Estados Unidos. Estando en Londres, Sarmiento leyó el *Seventh Annual Report* del secretario del Board of Education of Massachusetts, Horace Mann. Se decidió a encontrar a Mann en Boston. Básicamente visitó las ciudades, que eran el asiento físico y simbólico de las ideas liberales que lo habían orientado al escribir su obra máxima, *Facundo*, en la cual atacaba duramente la herencia hispana y el atraso del sistema político de su país. Buscando ejemplos de experiencias políticas progresistas Sarmiento visitó Nueva York, Albany, Montreal, Quebec, Boston, Baltimore, Washington, Pittsburg, Nueva Orleans, entre otras ciudades. Las primeras impresiones de ese otro mundo calaron hondo en el viajero, estableciendo el sistema de diferencias que incorpora la radicalidad de la experiencia de lo nuevo:

Los Estados Unidos son una cosa sin modelo anterior, una especie de disparate que choca a la primera vista, y frustra la expectación pugando contra las ideas recibidas, y no obstante este disparate inconcebible es grande y noble, sublime a veces, regular siempre...

No es aquel cuerpo social un ser deforme, monstruo de las especies conocidas, sino como un animal nuevo producido por la creación política, extraño como aquellos megaterios cuyos huesos se presentan aun sobre la superficie de la tierra. De manera que para aprender a contemplarlo, es preciso antes educar el juicio propio, disimulando sus aparentes faltas orgánicas, a fin de apreciarlo en su propia índole.⁴

Sarmiento llamaba a Boston (la meca de su viaje por Estados Unidos, residencia de Horace Mann y centro de la cultura y la educación norteamericanas) “la ciudad puritana, la Menfis de la civilización”. Esa ciudad, que visitó entre



septiembre y octubre de 1847, simbolizaba para él el ideal de la educación pública y del gobierno representativo.⁵ Las figuras del momento eran Henry David Thoreau (1817-1862) y Ralph Waldo Emerson (1803-1882), filósofo y creador del trascendentalismo. Para ellos, el trabajo educativo crucial era el de cada individualidad forjándose a sí misma en la construcción de un carácter singular, sustantivo y democrático. Los “igualadores”, como a sí mismos se denominaban, encarnaban los valores prometeicos del primer liberalismo, donde la autonomía moral alcanzada combatía las políticas de acumulación y enriquecimiento, asociadas al miedo y la explotación humanas. Es de destacarse –ante el extremismo individualista del fundamentalismo de mercado de fines del siglo XX– que Sarmiento descubrió que, desde estas posiciones radicalizadamente individualistas (aunque en el caso de los “igualadores” no intolerantes o amenazantes para otros), era imposible construir polí-

ticas públicas para los nuevos Estados latinoamericanos.

Sarmiento estaba comprometido con el proyecto ilustrado de la educación popular, esto es, con la construcción republicana mediante la educación del conjunto de la ciudadanía, ya que no del pueblo. Su obra escrita y su actividad pública no tomaron a la personalidad individual como factor formativo de la educación pública, sino que ésta se vinculaba con la construcción de un colectivo alfabetizado incluido en las instituciones republicanas y el progreso nacional. Si bien Sarmiento conoció personalmente a Emerson en Concord, no trabó amistad con él y sólo lo vio como figura emblemática de la nueva república.⁶ Elementos pioneros de ese primer liberalismo igualador norteamericano perduran en múltiples enunciados del discurso sarmientino.

Viajes y luces: mirar el Río de la Plata desde Boston

Cuando Sarmiento llegó por primera vez a Estados Unidos era 1847, transcurría la época de las luchas contra el abolicionismo, la no-resistencia, el trascendentalismo, los falansterios fourieristas y el renacimiento de la educación popular, todos movimientos que surgían del despertar del sentimiento moral que había estado relegado durante el siglo anterior. Las luchas sociales y obreras tenían dimensiones educativas que se expresaban públicamente. Las reivindicaciones proletarias exigían redistribuir el conocimiento y hacerlo accesible al conjunto de la sociedad.

La injusta discriminación entre la educación del rico y la del pobre habían sido ya, hacia 1830, motivo de creciente condena. En ese año un comité de obreros de Filadelfia lanzó un manifiesto en el que decía: “El

elemento original en todo despotismo está en el monopolio de la inteligencia y se asegura para el sector de los ricos y de los gobernantes todas las ventajas que la educación proporciona. Ahora bien; si la existencia de un gobierno libre se basa en la voluntad del pueblo, síguese de ahí que el monopolio denunciado debe ser abolido y que todas las clases sociales deben gozar de iguales oportunidades para alcanzar iguales conocimientos”.⁷ Es el mismo Mann, como hombre de su tiempo, quien toma el desafío de responder a la universalización de los conocimientos humanos como la nueva fuente de riqueza disponible para todos e inagotable por su uso. Mann incorpora en el imaginario republicano, burgués y liberal al conjunto de los sujetos sociales, convocados por la impalpable fuerza del conocimiento:

La principal idea explorada en las creencias de algunos reformadores políticos, o revolucionarios, es que alguna gente es pobre porque otra es rica. Esta idea supone una cantidad fija de riqueza en la comunidad, que, por fraude o fuerza (o ley arbitraria) es desigualmente distribuida entre los hombres; y el problema que requiere solución es cómo transferir una porción de esa riqueza desde aquellos que se supone que tienen mucho más, hacia aquellos acerca de quienes se siente y se sabe que tienen mucho menos. En este punto, tanto sus teorías y sus expectativas de reforma se detienen. Pero el poder beneficioso de la educación no estaría culminado. [...] Ella tiene una función más alta. Más allá del poder de difundir el bienestar acumulado, ella tiene la prerrogativa de generar nuevo bienestar. Es miles de veces más lucrativa que el fraude; y suma mil veces más a los recursos de una Nación que la más exitosa de las conquistas. Los bribones y bandidos pueden obtener sólo lo que

era antes poseído por otros. Pero la educación crea o desarrolla nuevos tesoros, tesoros que no habían sido alcanzados o deseados por nadie.⁸

En esos años se habían fundado el Club Trascendental y el Consejo de Educación de Massachusetts.⁹ Una ola progresista recorría ese Estado. Allí se estaba produciendo el mayor proceso de urbanización del país, con la sola excepción de Rhode Island, y cambios socioculturales que posibilitaron la presentación de ideas como las de Horace Mann y la experimentación de un modelo educativo progresista. Según un autor:

Horace Mann aparece en la escena en este interesante momento de enlace, cuando el nuevo material y las condiciones sociales permiten dar a la educación elemental una forma nueva, y figurará siempre en la historia como el representante de la escuela urbana.¹⁰

Sarmiento pasó dos días junto a Horace y Mary Mann, quien oficiaba de traductora pues ni Sarmiento sabía inglés ni Mann hablaba español. Mann le facilitó también gran cantidad de documentación, como informes y cartas de docentes, y Sarmiento se entusiasmó porque comenzó a encontrar respuestas a preguntas que habían quedado insatisfechas en su viaje a Europa. No se había sentido cómodo con la rigidez y verticalidad del sistema escolar francés: demasiado academicista y literario para la urgencia de un país que necesitaba, según su idea, superar la herencia feudal hispánico-árabe. Tam-





poco se contentó con la educación inglesa. Solamente Prusia, que por entonces poseía el sistema escolar más avanzado de Occidente, le pareció una experiencia digna de ser considerada. En Estados Unidos, en cambio, Sarmiento se encandiló con lo que interpretó como un espíritu liberal emancipado de todo pasado tradicionalista en materia de cultura, capaz de vincular las ansias de participación popular con la sistematización de la enseñanza. Algún elemento de la propuesta más radicalizada de los Estados Unidos coincidió con sus expectativas al leer el séptimo informe de Horace Mann y no fue suficiente el equilibrado balance de las experiencias europeas, que hace Mann en ese mismo informe,¹¹ para que Sarmiento las revalorizara.

Mitificaciones de progreso, ¿quiénes pueden progresar?

Sarmiento no se vinculó con el modelo de desarrollo estadounidense sumisamente, sino buscando claves que sirvieran a la solución de algunos determinados problemas de su país que lo obsesionaban.¹² Siguió rutas que lo llevaron a construirse una idea del papel de la sociedad y del Estado en relación con el potencial progreso argentino.



Ese ejercicio requirió negar una buena parte de la compleja situación social estadounidense de la época y leer los conflictos en clave optimista. Verdaderamente, las protestas sociales vinculadas con el desarrollo industrial y la concentración creciente de la riqueza, los conflictos derivados de la expansión hacia el oeste y de la inmigración europea e incluso los emergentes problemas que

derivarían años después en la Guerra de Secesión, leídos desde la distancia que tenía el observador externo, podían interpretarse como episodios transitorios de una sociedad cuyo ascenso era muy probable. Un alma exaltada como la de Sarmiento leía la probabilidad como un hecho. Las voces de las diferentes tradiciones que lo habitaban se canalizaban con acento mayestático a la hora de santificar a Estados Unidos como tierra promisoría y de redención humana:

País de Cucaña!, diría un francés. La ínsula Barataria!, apuntaría un español. Imbéciles! Son los Estados Unidos, tal cual los ha formado Dios, y jurara que al crear este pedazo de mundo, se sabía muy bien Él, que allá por el siglo XIX, los desechos de su pobre humanidad pisoteada en otras partes, esclavizada o muriéndose de hambre a fin de que huelguen los pocos, vendrían a reunirse aquí, desenvolverse sin obstáculo, engrandecerse y vengar con su ejemplo a la especie humana de tantos siglos de tutela leonina y de sufrimientos.¹³

El procedimiento selectivo de los temas de su interés tuvo sus ventajas porque permitió a Sarmiento penetrar en profundidad los avances progresistas en educación. Pero le impidió meterse en el calor de los conflictos sociales que preocupaban a los pedagogos progresistas y comprender que el sujeto del reformismo de Horace Mann era tan complejo como aquel que él mismo debía enfrentar en su país natal. No vio, pues, al “pueblo norteamericano” de Horace Mann sino solamente las ideas educacionales de quien sería desde entonces su mentor. Esta producción metonímica de sentido tuvo en Sarmiento consecuencias políticas en su propia tierra.

Un elemento que debe analizarse es el impacto que produjo en Sarmiento el con-

cepto de “lo público” leído en el contexto del pensamiento de los intelectuales y políticos de Massachusetts, y la reconstrucción que realiza para el territorio argentino. ¿Qué elementos componen esa reconstrucción y cómo se ordenan? ¿Cuál es la razón por la cual Sarmiento escinde de la categoría “pueblo” a los indígenas, desprecia a los latinoamericanos, mientras Mann incluye al universo en su idea? Los hombres polvorientos del oeste, los obreros en huelga, la marginalidad en las ciudades norteamericanas, las minorías raciales, no fueron considerados comparables con el gaucho de las pampas y el inmigrante del sur de Europa. Sarmiento ubicó a estos últimos en la misma serie con la población que conoció en Marruecos y Argelia. Consideró que correspondía conceptualizarla y tratarla con procedimientos semejantes a los utilizados por los franceses en la colonización de Argelia,¹⁴ en lugar de seguir la idea de igualdad que sostenían las teorías de Franklin y Mann. El prejuicio occidental del orientalismo de su época fue calcado por Sarmiento en el momento de las comparaciones interculturales.

Sarmiento reconocía sobre la sociedad norteamericana que: “La emancipación de las comunes, las discusiones religiosas, la importancia adquirida por los industriales y comerciantes, y la aplicación de las artes a las ciencias naturales y la mecánica, con la injerencia del pueblo y del gobierno, han hecho desaparecer las antiguas distancias sociales, y constituido en el interior de las naciones el pueblo, armado más o menos directamente del derecho a la ciudadanía, para influir en los negocios públicos” (menciona Estados Unidos como el país donde más avanzó esa forma de asociación).¹⁵

Pero en referencia a la población argentina pensaba distinto. El alcance de su conocida aversión a los indígenas, los gauchos y los negros puede ser medido en toda su am-

plitud si se incluye su profundo pesimismo respecto a las posibilidades de progreso de esa población. Para él, esa población constituía el fruto irreductible del proceso social, híbrido y heterogéneo, de cuatrocientos años de historia americana. La biografía de sus primeras dos décadas está saturada de los sentidos y las presencias de un mundo que condenará como un todo, años más tarde. Toribia, una zamba¹⁶ criada en la familia de Sarmiento, acompañó el crecimiento y el aprendizaje de su hogar infantil. Ña Cleme era una india de avanzada edad de la cual escuchó narraciones fantásticas y míticas. Dos mulatos, Barrilito y Cabrera, fueron sus mejores compañeros de adolescencia. Esos “bárbaros” cercanos eran el otro interno que desbordaba la razón ilustrada del letrado sanjuanino.

En pocos trabajos queda tan clara la decepción sarmientina respecto de las potencialidades de sus compatriotas como en *Provinciano en Buenos Aires. Porteño en las provincias*, memoria que elaboró en 1852, respondiendo a la convocatoria de trabajos realizada ese año por el Instituto Histórico de Francia.¹⁷ Distintas modalidades de colonización marcaron caminos disidentes entre el norte y el sur de América. Aquellas formas de asociación que en el norte abrían el camino del progreso contrastaban con los aconteceres sureños, donde:

...un Continente desierto aún, pueblos degenerados, y un caos en que la raza europea y las clases elevadas han tenido en algunas partes que ceder su puesto a los indígenas, o a los negros que trajeron a su servicio. Ni gobierno, ni moral, ni riqueza, ni población, ni industria, ni cultura. Hoy mismo está casi por todas partes por colonizarse el país. “Fiasco” más completo, descalabro más ver-



gonzoso no experimentó nunca un sistema de ideas.¹⁸

Aprovechando la magnífica investigación sobre el carácter y el modo de organización social de la misma época que nos proporcionan la literatura y las películas del género *western*, podría iniciarse una curiosa investigación comparativa entre aquellos aventureros y el sudamericano que, según creía Sarmiento, “había perdido casi todas las artes de la vida civilizada”. La fuerza progresista de la colonización del oeste norteamericano es, efectivamente, un rasgo contrastante con el conservadurismo que Sarmiento señala, con razón, en la estructura económico-social argentina. Pero la idea de la inferioridad racial sumada a la inferioridad cultural, que Sarmiento adjudica como un rasgo ya indisoluble a la población latinoamericana, liga aquella observación a un razonamiento evolucionista-racista que anularía toda posibilidad de transformación del sujeto popular.

El origen de aquellas diferencias era, según Sarmiento, la posición adjudicada por la Corona española y el Papa a los indígenas, cuando “un tribunal de conciencia en España decidió que [los indios] no eran hombres, y la conquista obró en consecuencia”¹⁹ (referencia a una de las posiciones exhibidas en la “Polémica sobre los justos títulos”, desarrollada en el clima del Concilio de Trento); de esa manera los habría fijado para siempre en el estado salvaje. En cambio, en las colonias sajonas las ideas liberales habrían posibilitado que la fuerza de la raza europea actuara evolutivamente. La “ley fatal de la civilización” se había encargado de “aniquilar lentamente a las razas inferiores”.²⁰



Pablo Pozzi afirma que la visión de Sarmiento sobre Estados Unidos es una visión desde la Argentina y para ella.²¹ Una de las claves para desentrañar las razones por las cuales Sarmiento trastocó la imagen del *sujeto pueblo* estadounidense en la aplicación a la Argentina del modelo de Mann es la posición del *sujeto Sarmiento* en la Argentina: el sociólogo “provinciano en Buenos Aires y porteño en las provincias” estaba cruzado por la imposibilidad de cierre de un concepto de nación basado en un verdadero federalismo. En el territorio que constituye la República Argentina, el poder se había concentrado en el puerto de Buenos Aires, desde la creación del virreinato del Río de la Plata, en 1776. Las economías y el desarrollo cultural regionales, en su mayoría atrasadas, quedaron subordinados hasta la actualidad a ese centralismo, siendo la autonomía de las jurisdicciones un problema aún pendiente. En la época de Sarmiento la sociedad porteña brillaba copiando las modas europeas, en tanto su nativa provincia de San Juan seguía sumergida en el atraso rural.

Difícil sería encontrar en la misma época un nativo de Boston que se sintiera tan provinciano en Nueva York, e incluso un hombre proveniente de las nacientes ciudades del oeste, aunque asombrado ante la urbanización de la zona atlántica, se consideraba ante todo un ciudadano de Estados Unidos. La excepción eran los negros, especialmente en el sur. Por otro lado, los indígenas estaban siendo arrollados en aquel país. Los indígenas no constituían ya una fractura en la trama político-social de esa nación moderna; la esclavitud de los negros, en cambio, marcaba una peligrosa herida, susceptible de producir una infección de imprevisibles consecuencias. Sarmiento negaba esta última situación. Pero, al haber resultado triunfador el proyecto



moderno en la Guerra de Secesión, la prospectiva comparativa de Sarmiento resultó correcta.

Similitudes y diferencias político-educativas

Cabe preguntarse cuánto contribuyó a ese resultado la política centralizadora de la clase cuyos intereses e ideas el propio Sarmiento representó durante sus gestiones gubernamentales, es decir, la oligarquía liberal que no fue la cuna de Sarmiento sino su clase de adopción. En el caso específico de la educación, fue durante su presidencia que se consolidó un sistema escolar irradiado por todo el país, pero dirigido y controlado desde la Capital, a diferencia del sistema educativo estadounidense, que pudo ser realmente federal porque tuvo la oportunidad de apoyarse en economías regionales e instituciones políticas estatales (provinciales) fuertes, a la vez que en todas sus latitudes, recibió la misión de formar en cada Estado sus propios trabajadores y ciudadanos.

Una de las virtudes del sistema educativo norteamericano fue la construcción de una identidad nacional, sin que los ciudadanos y las instituciones quedaran “colgados” de formas centralizadas de gobierno. Sarmiento negaba también las razones estructurales del provincialismo argentino, a la vez que elaboraba una definición superadora. Decía:

Ya ve Ud. que no hay tales provincianos, como usted cree, pues todos son destacamentos avanzados de este gran cuerpo político, animado por los

mismos sentimientos y pasiones, buenos o malos indistintamente allá y aquí. Hay provincialismo en todas partes, y espíritu local, y me permitiré asegurarle que, según las reglas de la lógica, es natural creer que lo haya aquí más desenvuelto, más arraigado y local que no en las provincias. [...] El provincialismo no nace de propio contentamiento, sino de la pequeñez del teatro y de su atraso mismo.²²

Llegar a Mann desde Franklin le permitió a Sarmiento comprender el hecho educativo moderno como un campo de experimentación pública: leyó el sistema educativo norteamericano como un inmenso laboratorio social donde se ensayaban a gran escala métodos y verdades nuevas. Mann sitúa con claridad las coordenadas sociales, políticas y económicas en las que se inscribe el proceso educativo:

La educación, entonces, más allá del aparato de origen humano, es el gran nivelador de las condiciones de los hombres –el balance–, el timón de la maquinaria social. [...] Quiero decir que le da a cada hombre la independencia y los medios con los cuales pueda resistir el excesivo egoísmo de otros hombres. Es mejor desactivar al pobre de su hostilidad hacia el rico; [...] la educación previene la venganza y la locura. Por otro lado, lo que es compartido por un miembro de una clase o casta es el instinto común de los corazones no enteramente sumergidos en egoísmo de las personas o familias. Expandir la educación, engrandeciendo la cultura de las clases o castas, abrirá un área más grande sobre la cual los sentimientos sociales se expandirán; y, si la educación debe ser universal y completa, ella hará más cosas para olvidar las ficticias distinciones en la sociedad.²³



En la perspectiva del liberalismo, Mann sometió los problemas educativos a la continua interrogación del experimento. También la serie Franklin-Mann-Sarmiento puede entenderse como la educación concebida como corolario del *gobierno de sí mismo*. En el gobierno de sí mismo se unifican y potencian las virtudes éticas con el desarrollo productivo y material, como lo había recuperado la lectura inicial de Franklin:

El mundo se transforma, y la moral también. No se escandalice usted.

Como la aplicación del vapor a la locomoción, como la electricidad a la transmisión de la palabra, los Estados Unidos han perdido a todos los demás pueblos en añadir un principio a la moral humana en relación con la democracia. ¡Franklin! Todos los moralistas antiguos y modernos han seguido las huellas de una moral que, dando por sentada, por fatal y necesaria la existencia de una gran masa de sufrimientos, de pobreza y de abyecciones, localizaba el sentimiento moral, dando por atenuaciones la limosna del rico y la resignación del pobre. Desde las castas inmóviles de indios y egipcios, hasta la esclavatura y el proletariado normal de la Europa, todos los sistemas de moral han flaqueado por ahí. Franklin ha sido el primero que ha dicho: bienestar y virtud; sed virtuosos para que podáis adquirir; adquirid para poder ser virtuosos. Todas las leyes modernas están basadas en este principio nuevo de moral. Abrir a la sociedad en masa, de par en par, las puertas al bienestar y a la riqueza.²⁴

La escuela es imaginada como la única institución igualitaria, símbolo de un espíritu

unificador. Se mezclan en ella los hijos de las distintas clases sociales, los hijos de los distintos grupos provenientes de la inmigración europea que comenzó a llegar masivamente a la Argentina a fines del siglo XIX. Esa imagen debe ser analizada con cuidado pues constituye una de las diferencias más importantes entre el pensamiento del liberalismo y el neoliberalismo pedagógicos, tanto en su versión estadounidense como en su versión argentina. Haremos una breve digresión al respecto.

Racismo o emancipación

La polémica entre Sarmiento y Benjamín Poncel, publicada en parte por el diario *La Crónica* de Buenos Aires y en parte por *El Mercurio* de Valparaíso, muestra las contradicciones en las cuales se debatía Sarmiento. Poncel lo acusa de fatalista y de condenar por entero a la raza latina. Consciente del rechazo que producían las ideas racistas, Sarmiento opta por atacar a Poncel, acusándolo de no haber entendido el verdadero sentido de sus palabras. Funda su defensa en negar lo que dijo, darle un sentido distinto, disimulando la desesperanza, ocultándola o combatiéndola con un enorme impulso progresista. Aduce que no es a la raza sajona a la que atribuye el triunfo sino a la organización social que han tomado sus sociedades. Aclara que nunca ha dicho que los sajones deberán poblar nuestras tierras, sino que espera la influencia de sus formas políticas, de su educación y de sus instituciones sociales. Pero más allá del afán de Sarmiento por negar esa caracterización de la población argentina que, aunque haya sido producto de su iracundia, repitió a lo largo de toda su obra, otro argumento es atendible en su defensa. Dice que ha consagrado una vida entera a la reedificación mediante la edu-

cación de ese mismo pueblo que Poncel le acusa de despreciar. Ha tenido, pues, confianza en la “regeneración” de aquellos a los cuales la colonización hispánica había condenado, según su interpretación. Pero también resalta su credulidad en el aporte pedagógico de los inmigrantes europeos, aunque provengan de las naciones más atrasadas. En esa tarea –dice– “no he contado nunca con los norteamericanos”, olvidando que fue precisamente a los maestros estadounidenses cuya inmigración a nuestro país promovió en la década de 1870 a quienes quiso confiar la educación de los educadores.

La variación de opiniones de Sarmiento no debe, sin embargo, opacar que su argumento central, como hábil polemista para vencer a Poncel, alude a un hecho fundamental: cuando el desaliento y el enojo empujan el texto sarmientino hacia el abismo racista, surge el impulso de robarle al cielo el rayo y con él producir la anhelada “regeneración”. Dice Sarmiento:

Son vascos, son italianos, son españoles, son franceses, y no norteamericanos, los que regeneran estas sociedades, con su industria, con sus simpatías por la sociedad moral y culta y su aversión invencible a la dominación de los restos impuros de la demoralización de nuestros campos. Ya ve usted, pues, cómo los hechos abogan a mi manera de ver las cuestiones americanas y cómo ellos me absuelven de ese fatalismo que me atribuye, queriendo la sustitución de razas. Educar la masa de la población sudamericana, es mi empresa; y mi deseo, que sea confundida entre enorme masa de nuevos arribantes que le den los medios industriales que no ha heredado.

Sarmiento llama “raciales” a diferencias culturales y tecnológicas, de organización

social y de desarrollo económico de los pueblos. Ese hecho no elimina el racismo que dejó en su herencia, y que podría verse luego en muchos de los compatriotas positivistas, liberales y socialistas, que fueron sus discípulos y seguidores y sobre todo, lamentablemente, en la trama cultural de la sociedad argentina. Pero no pueden comprenderse las razones que, al mismo tiempo, tuvo Sarmiento para construir una escuela universal, dirigida a todos los habitantes, destinada a un sujeto complejo, compuesto por la infancia de todos los orígenes, indígena, inmigrante, criolla, negra, blanca, todos en una misma aula con un mismo maestro, si agotamos el análisis categorizándolo como racista. Repasando una y otra vez sus textos, la hipótesis que surge es la de un conflicto, el de un hombre atormentado por lograr el progreso de su país. En coincidencia con Alberdi, el factor que consideraba fundamental para ello era la población, pues el capitalismo industrialista tenía como base el trabajo del hombre. Decía:

Pero aún hay otro elemento que, contrayéndonos a la República Argentina, es tan efectivo, y aun más que la educación, y es la incorporación en la ciudad de todos los arribantes que buscan patria y propiedad, trayendo, en cambio, la aptitud industrial de que carecemos.²⁵

La insistencia de Sarmiento en colocar como sujeto privilegiado de la educación popular a las “masas” tiene un sentido humanístico y universalista que choca con el racismo. Podría decirse que el racismo fue un recodo del pensamiento sarmientino sin salida político-pedagógica. La educación básica universal mediante una escuela única, igual para todos, fue la



consigna democrática por excelencia, que guió el desarrollo de los sistemas escolarizados desde mediados del siglo XIX hasta el surgimiento del neoliberalismo, en las últimas décadas del siglo XX. La escuela única fue adoptada tanto por las democracias liberales como por los países socialistas y constituyó un factor de homogeneización fundamental en los procesos de integración de masas inmigrantes en América.

Por el contrario, el neoliberalismo del siglo XX, en particular su expresión fundamentalista de mercado, parece incluir de manera no muy explícita en la hipótesis de la desigualdad de origen genético el carácter selectivo del sistema educacional que propicia. Ése es el punto en el cual se convierte la propuesta neoliberal de fines del siglo XX en antagónica a la de Sarmiento. Algunos políticos y economistas fundamentalistas de mercado argentinos han manifestado últimamente su admiración por Sarmiento, pero al mismo tiempo introdujeron la variable genética en sus consideraciones sobre las posibilidades de evolución cultural, científica y tecnológica de la población. Usan esas ideas como justificaciones de la conversión del sistema de educación pública, cuya organización condujo Sarmiento, en un sistema meritocrático, que proporcione educación diferenciada a distintos sectores, de acuerdo a dos variables: su "calidad" o

"competencia" intelectual y su capacidad de demanda.

El racismo sarmientino fue un atajo cerrado, al cual el sanjuanino llegaba pero huía, tanto en sus escritos cuanto en su obra de gobierno, porque el segregacionismo se oponía al carácter emancipador que debe tener la educación en una

democracia, y que tanto subrayaba Horace Mann.²⁶

Los estadounidenses que conoció Sarmiento imaginaban el desarrollo de las instituciones sociales íntimamente ligado y dependiente de la simultánea expansión de las escuelas públicas. Sarmiento señala, omitiendo las guerras de expansión y conquista de vastos territorios de México, que en Estados Unidos...

No hay guerra, no hay señores ni aristocracia; no hay pueblo en el sentido romano, hay la nación, con igualdad de derechos, con industria personal para vivir, con máquinas auxiliares del trabajo, ferrocarriles, telégrafos, prensas, escuelas primarias, colegios, asilos, hospitales, penitenciarías, etc... Desde que haya una escuela en una villa, una prensa en la ciudad, un buque en el mar, y un hospital para enfermos, la democracia y la igualdad comenzarán a existir.²⁷

Para Mann, las escuelas destinadas exclusivamente para pobres, establecidas por la Constitución de Pensilvania de 1790, después de un largo siglo de decadencia de la educación pública, no constituyen un modelo adecuado. Mann las rechaza diciendo:

Las escuelas eran despreciadas, porque eran pobres y para los pobres, y eran pobres porque eran despreciadas. [...] La escuela pública americana es acaso la más democrática de las instituciones de América, y no puede haber distinciones entre los hombres.²⁸

Mann consideraba que la ley de 1834 corregía esa equivocación al establecer la escuela pública gratuita, con la que cambia la historia educacional del estado de Pensil-



vania. En la actualidad, los más serios estudios sobre las novedosas escuelas *charter* y el sistema de *vouchers* escolares muestran precisamente que producen segregación y en ocasiones se transforman en escuelas de pobres para pobres o en refugios de minorías étnicas que son discriminadas en establecimientos públicos.²⁹

Complejidades y desencuentros: religión, protestantismo y pedagogía en Sarmiento

En el pensamiento de Horace Mann existía una fuerte ligazón entre progreso y religión. El calvinismo estaba en la base de su moral y sus principios pedagógicos. La libertad era una consecuencia de la necesidad de progresar como realización del deber de la humanidad de superar el atraso y consolidar la comunidad. El progresismo protestante era una fuerza teórica y estratégicamente antagónica con el conservadurismo católico. En sus formulaciones ideológicas el liberalismo se apropiará del individualismo puritano. En el terreno religioso los liberales sostendrán que no pueden apoyarse más que sobre ellos mismos y que sus éxitos materiales y espirituales derivan de su actuación y de la gracia de Dios. El individualismo, en su radicalidad ideológica, pulveriza las necesidades políticas y sociales, y determina una readaptación de las instituciones y las finalidades colectivas en función de los individuos.

Cuando Sarmiento intenta insertar en la Argentina el modelo de organización escolar, de disciplina pedagógica y de filosofía de la educación que había desarrollado tomando la influencia de Mann, aunque profundizando mayormente aspectos pragmáticos, se encuentra con un enorme obstáculo ideológico y cultural. Intentó intro-

ducir la modernidad en el interior del país trayendo un conjunto de maestras estadounidenses y poniendo al protestante George Stearns a cargo de la primera escuela normal del país, que fundó en la ciudad de Paraná en 1870. Mary Mann apoyó fervientemente esta obra de Sarmiento en uno de los escasos trabajos existentes sobre las maestras norteamericanas en la Argentina. Alice Houston Luiggi dice en relación al político argentino:

La señora Mann se desvive por servirlo; ve en él, lo manifiesta, no a un hombre sino a una Nación y al educador que realiza, en el extremo austral del continente y venciendo obstáculos incomparablemente mayores, la obra de su esposo.³⁰

Sarmiento introdujo el normalismo, pero no logró imprimirle el espíritu de vinculación con la vida práctica, el trabajo y el ascetismo que portaba el protestantismo. Para entender esa dificultad, debe analizarse a fondo la valla que significó el catolicismo hegemónico por sectores conservadores en la estructuración de la trama discursiva de la escuela argentina, así como de sus irradiaciones hacia el concepto de individuo y de ciudadano.

Sobre este último punto una observación de Perry Anderson es útil para comparar el papel de la Iglesia Católica y del protestantismo al vincularse con el liberalismo del siglo XIX y con el neoliberalismo en tránsito del XX al XXI. Dice que los países europeos católicos practicaron un neoliberalismo más cauteloso y matizado que las potencias anglosajonas, atendiendo a la



disciplina monetaria y las reformas fiscales antes que profundizando el ajuste de los gastos sociales o enfrentando a los sindicatos. El hecho es que el calvinismo estuvo más vinculado ideológicamente al progreso que a la democracia y consecuentemente hoy sirve más directamente para justificar el crecimiento de las economías con alta concentración de la riqueza que para condenar la injusticia social. En tanto la Iglesia Católica, aunque sin abandonar otras posiciones conservadoras, critica abiertamente el neoliberalismo y reclama la solución al problema de la deuda externa. El ejemplo que acabamos de dar es paradigmático sobre el peso de las prácticas articularias en la formación de las posiciones políticas e ideológicas. Las maestras estadounidenses introdujeron rituales, un lenguaje pedagógico y métodos de enseñanza que sólo parcialmente fueron asimilados por una cultura cuyas bases ideológicas y religiosas eran muy distintas. Además, la idea de progreso que ellas detentaban encontraba correspondencia en una realidad económico-social como la estadounidense, pero enormes trabas en un país agroexportador con una concentración oligárquica de la riqueza como ya era la Argentina.

Centralización del poder o... ¿transferencia de poder?

La fuerte vinculación que estableció Mann³¹ entre centralización de las autoridades en la conducción de las escuelas y resultados positivos o éxito educativo tuvo mucha importancia para Sarmiento. Ambos hombres tenían en la mira la construcción de un Estado y de sus instituciones como una contribución al progreso general de la socie-

dad. Realmente tenían por delante un siglo de capitalismo y hegemonía progresista, para la cual la extensión de la cultura era central. El progreso de la escolaridad en Estados Unidos se vinculaba fuertemente con el progreso del trabajo moderno industrial; ésa era la sustentación material del postulado reformista de una escuela práctica. No fue así en el caso de Sarmiento, quien se adecuó al progresismo estetizante de la oligarquía liberal gobernante de la Argentina, contraria a todo cambio en la estructura de la propiedad y en la distribución de la riqueza, entregada a la agroexportación. El liberalismo escolar argentino dio más importancia al control social y la adaptación cultural de las grandes masas de inmigrantes europeos que llegaron al país desde fines del siglo XIX que a la preparación para la vida práctica y el trabajo. Gran parte de esos inmigrantes eran campesinos, pero en su país de adopción no se les proporcionaron tierras y debieron aglutinarse en las grandes ciudades, constituyendo la base social de una débil industria nacional. Temiendo sus acciones de protesta y su influencia sobre la sociedad, la oligarquía puso un gran esfuerzo en desarrollar un sistema de educación pública que los contuviera y tranquilizara. Ese sistema fue centralizado en el lugar de concentración del poder, es decir en Buenos Aires, la capital de la república.

Esa centralización se acentuó al correr del siglo XX por efecto del quiebre de las economías regionales y la incapacidad de las provincias de sostener sus propios sistemas escolares, pero también como consecuencia de la inercia burocrática del sistema centralizado. La descentralización fue un objetivo sostenido por los sectores democráticos y las provincias. Pero una descentralización recién

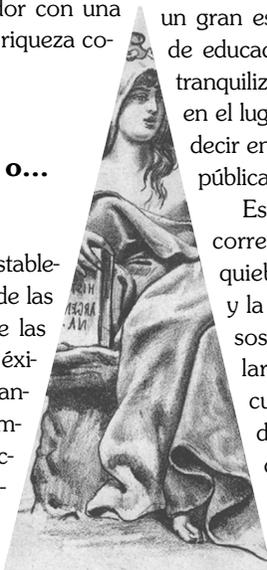
se produjo como parte de las políticas neoliberales del gobierno de Carlos S. Menem (1989-1999), con el objetivo de reducir el servicio público de educación. En el caso argentino se quebró la integridad del sistema pues la transferencia de establecimientos fue hecha en momentos de pobreza y quiebre de las economías regionales. En este sentido, es necesario distinguir entre el clásico concepto de descentralización y la táctica de la transferencia; el concepto de descentralización implica un proyecto global en el cual el funcionamiento descentralizado es previsto dentro de condiciones que permitan la óptima conservación de la institucionalidad y la integración de un sistema. La transferencia, en cambio, es una táctica mucho más restringida que descentra responsabilidades. El hecho es que hay desintegración del sistema; esta desintegración puede no haber sido vislumbrada en las primeras etapas de la implementación del programa neoliberal, pero sí es ya hoy un elemento que compone el proyecto educativo neoliberal actual. Uno de los elementos resultantes de ello es la desintegración del sujeto educando-educador, de ese sujeto escindido desde tiempo antes, con el trabajo y con la ciudadanía, como su oscilante apoyo a dictaduras y democracias lo testifica. En comparación con el tipo de descentralización que se hizo en la Argentina, en el mundo anglosajón, gobiernos conservadores como los de Margaret Thatcher y Ronald Reagan debieron sostener la integridad de sus sistemas escolares con mayores o menores políticas descentralizadoras o sorpresivamente centralizadoras, como en el caso inglés. En Estados Unidos la federalización del sistema estaba muy asentada cuando los neoliberales comenza-

ron a embestir contra la escuela pública. En la Argentina el neoliberalismo ataca a un sistema debilitado por la alta centralización.

Revisando el neoliberalismo desde un punto de vista histórico. Algunas cuestiones para futuros trabajos

Este artículo ha descrito algunas características de la relación entre el liberalismo pedagógico argentino con su contrapartida e influencia estadounidense, y ha hecho breves referencias a explorar algunas diferencias entre las políticas emanadas del ideario liberal y la propuesta neoliberal. El liberalismo sarmientino constituyó el imaginario educacional que –con cambios, reformas y diversos debates– perduró durante casi cien años de historia. Pero desde 1989 la política educacional en la Argentina pasó a estar mayormente subordinada a los principios orientadores de los organismos internacionales de crédito y la introducción del pensamiento neoliberal. Esta cuestión es importante en el contexto de este trabajo para analizar los debates que se han ido produciendo a partir de la aplicación de la Ley Federal de Educación y de la reforma educacional que la acompañó. Sin embargo, nuestro punto de mira acerca de la reforma se basó en restablecer algunas coordenadas históricas para revisarla a la luz de los principios predominantes en el momento educativo fundacional para analizar el momento de reforma estructural.

El liberalismo pedagógico de fines del siglo XIX abrevó en diferentes fuentes, incluido Horace Mann y sus esfuerzos reformistas. Las ideas educacionales de Sarmiento estuvieron basadas en los principios de la de-



mocracia liberal y en una “maquinaria de progreso” representada por el Estado. La negación del sujeto social al que iba destinado el proyecto educacional incluido en “educación popular” lo situaba en una posición distinta a la democracia instrumentada educacionalmente por Mann. El neoliberalismo opera de manera diferente. El nuevo carácter de desertor de sus responsabilidades sociales y controlador de las responsabilidades individuales, asumido por el Estado nacional desde el gobierno de Menem, juzgó como fallido el proyecto educacional liberal democrático, que –aun con muchos elementos arbitrarios y exclusionistas– cumplió un siglo de vida exitosa. El Estado modificó sustantivamente sus responsabilidades intervencionistas y de garante del servicio educacional, tomando distancia del principio estructurador del Estado docente nacido a fines del siglo XIX. Ante ello, el progresismo pedagógico tomó mayormente posiciones defensivas

y un abroquelamiento en la defensa del canon clásico. En ese escenario, la administración Menem adoptó los ejes de la agenda educacional formulada por los organismos internacionales de crédito para Latinoamérica. Se instaló una situación de desarme de los ejes estructurantes de aquel discurso fundador que colocó algunos de aquellos significantes en otras posiciones discursivas. Progreso, modernización y pluralismo adquirieron sentidos muy distintos en el contexto neoliberal de reforma económica y del Estado desertor, afectando la confianza en la capacidad nacional de producir un proyecto educativo.

Este conjunto de problemas requerirá análisis pormenorizados que deberán realizarse en futuros trabajos, pero queremos subrayar la posibilidad de dar mayor luz al debate a partir de traer a él algunos elementos históricos de los argumentos fundacionales del sistema educativo argentino.

la tradición sarmientina, titulada *Hacia una moral sin dogmas*.

⁷ E. Nelson, “Sarmiento y los Estados Unidos de Norteamérica”, conferencia leída el 11 de septiembre de 1945 en el Museo Histórico Sarmiento, Buenos Aires, 1945, pp. 25-26.

⁸ H. Mann, *Report N° 12 of the Massachusetts School Board*, 1848 (nuestra traducción).

⁹ B.A. Hinsdale, *Horace Mann and the Common School Revival in the United States*, Nueva York, Charles Scribner's, 1937, p. 74.

¹⁰ Ídem, p. 72 (nuestra traducción).

¹¹ Secretary of the Board (H. Mann), *Seventh Annual Report of the Board of Education*, Boston, Dutton and Wentworth, State Printers, 1844, pp. 19-21.

¹² Pablo A. Pozzi, “Los Estados Unidos y Sarmiento: una visión para el desarrollo nacio-

nal”, *De Sur a Norte. Perspectivas sudamericanas sobre Estados Unidos*, vol. 1, N° 0, septiembre de 1995.

¹³ D.F. Sarmiento, *Viajes...*, p. 38.

¹⁴ Ídem.

¹⁵ D.F. Sarmiento, *Las escuelas, base de la prosperidad y de la República en los Estados Unidos*, Buenos Aires, Luz de Día, 1950, p. 17.

¹⁶ Zamba se denomina a la persona que desciende de cruza entre negro e indígena.

¹⁷ D.F. Sarmiento, *Provinciano en Buenos Aires. Porteño en las provincias*, Buenos Aires, Luz del Día, 1950.

¹⁸ Ídem, p. 20.

¹⁹ Ídem, p. 26.

²⁰ Ídem.

²¹ P. Pozzi, ob. cit.

²² D.F. Sarmiento, *Provinciano en Buenos Aires. Porteño en las provincias*, p. 302.

²³ H. Mann, *Report N° 12 of the Massachusetts School Board*, 1848 (nuestra traducción).

²⁴ D.F. Sarmiento, *Viajes...*, p. 101.

²⁵ Ídem, p. 87.

²⁶ A.M. Smith, “Articulation, equivalence and difference”, en E. Laclau y Ch. Mouffe, *The Ra-*

dical Democratic Imaginary, Londres, Routledge, 1998, p. 87.

²⁷ D.F. Sarmiento, *Viajes...*, pp. 191-192.

²⁸ B.A. Hinsdale, *Horace Mann and the Common School Revival in the United States*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1937, p. 56.

²⁹ H.A. Giroux, *Stealing Innocence, Youth, Corporate Power and the Politics and Culture*, Nueva York, St. Martin Press, 2000; J. Fitz, D. Halpin y S. Power, *Grant Maintaint Schools: Education in a Market Place*, Londres, Kogan Page, 1993; A.S. Wells, C. Grundzik, S. Carnochan, J. Slayton y A. Vasuveda, “Underlying Policy Assumptions of Charter School Reform: The Multiple Meanings of a Movement”, *Teachers College Record*, vol. 100, N° 3, primavera de 1999, Teachers College, Columbia University, pp. 513-535; A.S. Wells, *Beyond the Rhetoric of Charter School Reform: A Study of Ten Californian School Districts*, UCLA Charter School Study, 1999; D. Cauchon, “Case Key Magnet Schools' Future”, *USA Today*, 19 de abril de 1999, pp. 1-2.

³⁰ A. Houston Luiggi, *Setenta y cinco valientes, Sarmiento y las maestras norteamericanas*, Buenos Aires, Biblioteca Lincoln, 1959, p. 10.

³¹ B.A. Hinsdale, *Horace Mann and the Common School Revival in the United States*, p. 20.

Notas

¹ D.F. Sarmiento, *Escritos póstumos*, Buenos Aires, 1900, t. XV, p. 217.

² T. Halperín Donghi, “El antiguo orden y su crisis como tema de *Recuerdos de Provincia*”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N° 1, tercera serie, primer semestre de 1989, p. 20.

³ D.F. Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, Buenos Aires, Jackson, 1944.

⁴ D.F. Sarmiento, *Viajes por Europa, África y América 1845-1847 y diario de gastos*, Fondo de Cultura Económica-ALLCA XX, Buenos Aires, 1993, pp. 35-36.

⁵ H. Reggini, “Boston, una de las claves de Sarmiento”, sección “Enfoques” de *La Nación*, 9 de julio de 2000.

⁶ Las ideas de Emerson influyeron sorprendentemente en una obra del positivista argentino José Ingenieros, heredero de algunos aspectos de



La familia vista desde los números. Los aportes de la demografía histórica sobre la etapa preestadística a la historia de la familia

Daniel Santilli*

La demografía histórica se ha convertido en un instrumento indispensable para la historia de la familia.¹ Desde los trabajos del grupo de Cambridge y los de la escuela demográfica francesa, cada vez es más necesario el análisis cuantitativo para poder construir un estudio cualitativo de este sujeto social. Es decir, antes de extraer cualquier conclusión es esencial saber acerca de los pobladores, cuántos eran, como se componían sexualmente, cómo se relacionaban entre sí, a qué edad se casaban, cuántos hijos tenían, cuántos se morían y cuánto duraba la vida familiar, etc. Sin esos datos, se torna imposible tratar de estudiar su conformación familiar en cualquier situación histórica, por aleatorios que al fin y al cabo parezcan. Con este propósito, los análisis demográficos han proliferado en el mundo. Basta hojear cualquier número de la *Journal of Family History* o *The History of the Family* para encontrar trabajos de los más recónditos lugares de la tierra.

Y la Argentina no ha sido una excepción a ello.² Durante las dos últimas décadas cerradas hemos visto innumerables artículos sobre la materia y prácticamente en todo congreso o jornada se presentan trabajos. También se han dedicado números especiales a la cuestión en varias de las más prestigiosas revistas de nuestro medio y algunos especialistas han hecho el esfuerzo de publi-

car en el exterior, sobre todo en medios latinoamericanos. Muchos de los libros que se han dedicado a estudiar una región o una zona han incluido un capítulo íntegro sobre demografía, mientras que han aparecido algunas publicaciones colectivas incluyendo varios artículos, cuando no todo el libro, dedicado a la materia.

Pero la historia de la familia no sólo se construye a partir de estudios demográficos. Son numerosos los trabajos que se han elaborado a partir del análisis de las conformaciones familiares de algunas consideradas de la elite. Dichos análisis no se basan entonces en datos demográficos sino en estudios genealógicos de una o varias familias a la vez, incorporando información cualitativa, como pueden ser los archivos privados o públicos de correspondencia, los testamentos, los documentos judiciales, los papeles contables, etc. Basten como ejemplo los trabajos de Susan Socolow sobre los mercaderes de Buenos Aires, el libro de Beatriz Bragoni sobre los González de Mendoza; los trabajos de Juan Pablo Ferreiro sobre la elite de Jujuy, los de Roxana Boixados sobre La Rioja, los de López de Albornoz y Bascary sobre Tucumán, o el de Brown sobre los Anchorena de Buenos Aires, y una larga lista más imposible de enumerar (Socolow, 1991; Bragoni, 1999, Boixados, 1997a, 1997b; Bascary, 1997; Brown, 1979). Por el contrario, nues-

* Instituto Ravnani, UBA.

tro trabajo apunta a la historia de la familia construida a partir de estudios sobre los diversos sectores de la población, ya estén conformados por diferenciaciones económicas, étnicas, de origen o de cualquier otra categoría. Por tal razón, utilizamos la demografía histórica, aunque lo más apropiado sería decir historia demográfica, como mencionó César García Belsunce (1999), ya que nuestra primera formación es la de historiadores. Es ésta la reseña que pretendemos llevar a cabo.

Somos conscientes de que todo recorte es arbitrario, pero como tal es necesario ya que nuestro objetivo no es reconstruir la totalidad del devenir de la demografía sino relacionarlo con la historia de la familia, por lo que sólo tomaremos en cuenta las obras que mencionen aspectos vinculados con las conformaciones familiares. Es decir, la demografía utilizada como herramienta para elaborar, deliberadamente o no, una historia de la familia. Además, salvo que sea imprescindible, espacialmente sólo vamos a tener en cuenta las publicaciones que informen acerca del actual territorio argentino. Y temporalmente sólo nos ocuparemos del período preestadístico, es decir, el previo al primer censo nacional de 1869.

Hemos organizado la exposición por regiones que tienen que ver más con la actividad académica que con alguna estructura histórica particular de nuestro objetivo. Tampoco pretendemos ser exhaustivos e incorporar la totalidad de la actividad en cuestión, tanto por una falta de espacio como, y fundamentalmente, porque podemos desconocer trabajos que muy bien podrían estar incluidos en este resumen. Pedimos por ello disculpas si algún investigador o investigadora no se encuentra en él; habrá sido sólo una omisión debida a nuestra ignorancia.



Los estudios de familia enfocados desde la demografía histórica han adquirido una cierta madurez. Podemos hacer referencia a una primera etapa en la cual se consideraba prioritaria la presentación de números casi sin ninguna consideración. En dicho primer momento se analizaron los censos, padrones, listas nominativas en general, archivos parroquiales, etc., con el objetivo de generar información estadística que daba cuenta de la composición numérica de la población, las estructuras por sexo y por edades, y las de las familias y hogares que componían la sociedad en estudio. Esto dio por resultado una comprobación que hoy por hoy es una verdad de Perogrullo: la preponderancia de las formas familiares europeas tan bien descritas por la escuela historiográfica de Cambridge mencionada más arriba. Sobre todo porque los análisis se efectuaron sobre documentación de fines del siglo XVIII, cuando los rastros de alguna conformación familiar prehispánica ya prácticamente habían desaparecido del horizonte cultural de los habitantes del territorio de lo que luego sería la República Argentina.³ Esta morfología europea era la de la familia monogámica, con jefatura masculina, amplia mayoría de la forma nuclear, tres o cuatro hijos como promedio y hogares que no superaban los cinco o seis miembros. Estas particularidades podían variar según la región y los sectores que se analizaran.

Pero nuestra referencia a un cierto grado de madurez del enfoque demográfico da cuenta de cambios cualitativos en dicho análisis. Sin discutir esas estructuras establecidas, se ha pasado a la búsqueda de hipótesis que puedan explicar dichas morfologías, mientras que a su vez se ha puesto el acento en esas particularidades regiona-

les y sectoriales mencionadas. Pero además se han encontrado otras claves que habían sido pasadas por alto o minimizadas en esa primera etapa. Ellas son la etnicidad, el mestizaje, la movilidad y la ilegitimidad, condiciones que no estaban presentes en la historiografía que modelaba todos los análisis, la europea. A la vez, se tomó en cuenta la mezcla de tradiciones de diverso origen, no siendo la menos importante la prehispánica. Es decir, se ha puesto el acento en las especificidades del caso latinoamericano, adecuando las técnicas europeas a esa realidad. Las particularidades que los estudiosos han encontrado en América a partir del reconocimiento de esas claves ameritan el uso de herramientas conceptuales que se alejan del modelo europeo. Dicho utillaje está saludablemente en construcción y cada nueva investigación le agrega nuevas piezas. Pero pasemos a la descripción del devenir de nuestro *métier*.

Si debemos fijar un punto de nacimiento de la demografía histórica como quehacer específico y consciente en el ámbito académico argentino, no es el anterior a los años 60. Y geográficamente debemos hablar de la Universidad del Litoral, con sede en Rosario, enmarcada en lo que la historiografía ha llamado "historia social" (Romero, 1996) donde un grupo de estudios, encabezado por Nicolás Sánchez Albornoz, encaró la tarea ciclópea de revisar las conformaciones poblacionales de la Argentina. Precisamente dicho profesional, junto con Susana Torrado, publicó una puesta al día para la década de 1960 en el *Anuario* de la mencionada casa de estudios (Torrado y Sánchez Albornoz, 1965). En ella se refleja el estado de la cuestión para esa época, haciendo mención a algunos trabajos esta-



dísticos del siglo XIX que pueden ser releídos en la actualidad desde otro punto de vista o partiendo de inquietudes como las que nos ocupan, la historia de la familia. Asimismo, se ponen por escrito las bases mínimas de esta ciencia en la Argentina, con una recorrida por la metodología –tratando de adecuarla a los elementos con que contaban– y por las fuentes posibles para el estudio de la población en períodos históricos. Consideramos dicho trabajo la piedra fundamental sobre la que se construirá décadas más tarde la especificidad de la materia.

Con anterioridad ya se habían publicado trabajos sobre demografía en dicho *Anuario*. En el N° 6, titulado sugestivamente "Demografía retrospectiva e historia económica", podemos encontrar un trabajo sobre los censos de 1771 y 1812, del valle de Santa María, en la actual Catamarca. Los autores nos informan sobre el tamaño de familia nuclear y de la cantidad de hijos por familia, con las deficiencias que ese tipo de fuentes nos puede proporcionar, sobre todo en la última de esas comprobaciones (Rasini, 1963; Ruggeroni, 1963). Un trabajo similar, pero para Jujuy en 1778, fue realizado por la mencionada autora, con una conclusión similar (Rasini, 1965). Además, podemos leer una serie de hipótesis acerca de la conformación histórica de la familia en Hispanoamérica en dicho anuario (González y Mellafe, 1965). Los autores proponen una serie de etapas en la conformación histórica de la familia, partiendo de la estructura original de los indígenas americanos, cualquiera haya sido. La primera sería la de la destrucción de esa conformación primigenia. Una segunda mostraría unidades familiares incompletas,

a causa del descenso demográfico producido a raíz de la conquista. La tercera tendría como característica la aglutinación de esas unidades incompletas alrededor de otras familias biológicas completas y la última sería el momento en que se podrá dar a luz una nueva estructura que sintetice este devenir. De acuerdo con el desarrollo que hemos sintetizado más arriba, estaríamos comprobando que ese momento de síntesis se produciría a fines del siglo XVIII y principios del XIX, aunque se deben tener en cuenta los desarrollos regionales.

Los estudios sobre Buenos Aires, cuyo pionero fue Nicolás Bessio Moreno (1939), fueron puestos nuevamente en el centro de las preocupaciones historiográficas dentro de las actividades de la Universidad del Litoral por José Luis Moreno (1965), con un primer trabajo donde estudia la población de la ciudad de Buenos Aires según el censo de 1778, proporcionando algunos indicios acerca de la morfología de las familias.



Hacia fines de la década se publicaron dos trabajos generales sobre la totalidad del territorio de la Argentina, el de Ernesto Maeder (1969) y el de J. Comadrán Ruiz (1969), aunque ninguno de los dos nos proporciona datos que puedan servir para una historia de la familia enfocada desde la demografía, salvo generalidades.

Los trabajos de Maeder (1968-1989, 1963, 1964), que merecerían un capítulo aparte por su versatilidad para abarcar diversas regiones, tampoco tienen como objetivo analizar las conformaciones familiares, que es el nuestro.

Lamentablemente, la experiencia rosarina encabezada por Sánchez Albornoz con-

cluyó, suponemos que abruptamente, hacia fines de los años 60. Sin embargo, algunos retoños habían quedado.

A mediados de la década de los 80, con la vuelta de la democracia, dio fin el período de hibernación de nuestra historiografía en general, y en particular la demografía histórica recobró antiguos bríos.⁴ De tal manera surgieron varios grupos en diferentes regiones de nuestro país interesados en la búsqueda en el pasado acerca de las conformaciones sociales antecesoras de nuestra contemporaneidad

En el noroeste son de destacar los trabajos del Grupo de Estudios Socio-Demográficos, dirigido por Mario Boleda, cuya publicación, los *Cuadernos del Gredes*, ya ha cumplido dieciséis años –van por el número 30– (Boleda, 1993). Aunque han producido valiosa información sobre la estructura demográfica histórica remota y no tanto de la región, no han hecho demasiado hincapié en los estudios de composición familiar. Tal es el caso de los trabajos de Cecilia Mercado y Norma Vallejo presentados en las II Jornadas de la Asociación de Estudios de Población de Argentina, celebradas en Buenos Aires en 1993 (Mercado, 1995; Vallejo, 1995). En este último trabajo es de hacer notar la cantidad de hogares unipersonales encabezados por una mujer, hecho que hizo reflexionar a Enrique Tandeter acerca del posible enmascaramiento de una realidad no tan monógama como querían ver los censistas (Tandeter, 1997). Bajo la responsabilidad del Gredes se han publicado las actas del “Seminario sobre población y sociedad en América Latina” que se llevó a cabo en Salta del 6 al 9 de septiembre de 2000 (Boleda y Mercado Herrera, 2001), publicación a la que nos referiremos cuando consideremos cada una de las regiones.

También en el noroeste de nuestro actual territorio, aunque no vinculados formal-



mente al Gredes, han aparecido en los últimos años una cantidad considerable de trabajos que, apoyados en la demografía, desarrollaron diversos aspectos de las conformaciones familiares. Los primeros avances de investigación fueron sobre cuestiones económicas en general pero algunos utilizaron técnicas demográficas, y corresponden a la primera mitad de los 90 (Tío Vallejo, 1990; López de Albornoz, 1993a). Las preocupaciones que mencionábamos como ejes de la segunda etapa de la demografía se encuentran para esta región en algunas ponencias de las III Jornadas de la AEPA, celebradas en 1995. Allí no sólo se presentaban los datos básicos, sino que además se hacían preguntas acerca del ciclo de vida, de las migraciones y de la metodología adecuada para encarar el estudio de las familias en esta región (Farberman, 1998a; Gil Montero, 1998a)

La alta productividad de estos estudios es notable, no sólo en la presentación de análisis numéricos de censos (Ulloa, 1995b; Parolo, 1995), sino en la preocupación sobre esas especificidades del quehacer latinoamericano de la demografía. Los efectos de las migraciones en las estructuras familiares fueron vistas para el caso jujeño (Ulloa, 1995a; Gil Montero, 1995b), el de Santiago del Estero (Farberman, 1995, 1998a y 1998b), o el de Tucumán (López de Albornoz, 2001), mientras que el mestizaje legal e ilegal, otro de los tópicos específicos mencionados, se estudió para Catamarca y La Rioja (Guzmán, 1997 y 1998) y en Salta a fines del siglo XVIII, a partir de la influencia de la Pragmática de Carlos III (Zacca, 1997 y 1998). A su vez, la movilidad temporal en un ámbito reducido como la Puna, que da lugar a

la expresión de residencias múltiples, es analizada pormenorizadamente por Raquel Gil Montero en dos trabajos (1997 y 1998a). Otro rasgo analizado es el de las estrategias matrimoniales vistas desde los diversos pueblos que conforman la región (Farberman, 1999; López de Albornoz, 1999; Zacca, 1999; Bascary, 1997 y 1999; Guzmán, 1995). En todos estos trabajos está presente un fuerte concepto de la etnicidad como uno de los condicionantes de las conductas familiares, lo que ha llevado a formular también estudios específicos sobre una de las etnias, la indígena, incluso más atrás históricamente, tratando de buscar las raíces prehispánicas de las prácticas observadas a fines del siglo XVIII (Tandeter, 1997; Anello, 2002). Tampoco han faltado las reflexiones metodológicas, tratando de incluir diversas disciplinas en los análisis históricos (Gil Montero, 1998b).

Revistas como *Población y Sociedad*, de Tucumán, y *Andes*, de Salta, han sido el vehículo que generalmente ha publicado los estudios mencionados. Pero también han aparecido volúmenes colectivos que, aunque su objetivo primordial no haya sido la historia de la familia ni la demografía, han incluido estudios de este tipo. Hacemos referencia a la serie *Avances de Investigación*, de la Universidad de Jujuy (Teruel, 1995a), y el libro compilado por Ana Teruel (1995b) que, aunque su objetivo estaba centrado en el estudio de la mano de obra, reunió un par de trabajos que analizaban aspectos de la familia. Más específica resultó la compilación de Ricardo Cicerchia, dedicada a las formas familiares de América Latina, que recoge varios trabajos sobre el noroeste, desarrollados en el marco del seminario de Grupo de Familia del Programa de Historia de América Latina (PROHAL) con sede en el Instituto Ravnani de la Universidad de Buenos Ai-



res (Cicerchia, 1998), que corresponden únicamente a la región noroeste que estamos analizando.

También han efectuado simposios en diversos congresos que son luego editados en libros compilados por los coordinadores a tal efecto. Así sucedió con el celebrado en las XVII Jornadas de Historia Económica, realizadas en Tucumán en 2000 (Farberman y Gil Montero, 2002).

En el centro del país se comenzó a trabajar en los aspectos demográficos, hasta ese momento no investigados, a partir de los trabajos de Aníbal Arcondo (1976) y Emiliano Endrek (1980), cuya fecha de iniciación es algo anterior al empuje de los 80 mencionado. Poco tiempo después se incorporó Dora Celton (1982). En la década de los 90 Arcondo (1992; 1998) continuó publicando los datos de diversos censos de la provincia levantados durante el siglo XIX, brindando en algún caso hasta las bases en un disquete anexo a la publicación.

Pero son los trabajos de los 90 los que nos proporcionan elementos que nos interesan desde el punto de vista de la historia de la familia. En efecto, datos como edad al matrimonio, cantidad de hijos, ilegitimidad, composición de las unidades censales, nupcialidad, endogamia, fecundidad, etc., se pueden apreciar en las publicaciones de Dora Celton (1993a, 1993b), María del Carmen Ferreyra (1994, 1999) y Sandra Colantonio (Colantonio y Marcellino, 1997; Colantonio, 1999; Colantonio y Ferreyra, 1999), entre otros. Estos trabajos no superan aún el análisis cuantitativo, ya que no aportan, en su gran mayoría, reflexiones acerca de las particularidades estudiadas, de las costumbres y tradiciones de los pobladores o de la metodología utilizada.

Desde ese punto de vista, resulta innovador el trabajo de Mónica Ghirardi (2001), ya que estudia la formación de las familias de españoles que migraron desde la península hacia fines del siglo XVIII, analizando edades de los contrayentes, estacionalidad de la celebración de nupcias, celibato, fecundidad, etc., desde fuentes censales y libros parroquiales. La autora demuestra cómo aspectos de la elite pueden estudiarse con esas fuentes y no sólo con las cualitativas.

Para el sur de la provincia, más precisamente la zona de Río Cuarto, podemos observar los trabajos de María Carbonari (2000a, 2000b) y Sonia Tell, aunque este último compara datos del sur con el departamento de Río Seco, en el norte de la citada provincia (Tell, 2000). Lamentablemente, estos trabajos aún no han sido publicados y sólo son accesibles a través de versiones en CD de las actas de las jornadas o simposios donde fueron expuestos. Otro trabajo de la última de las investigadoras mencionadas, éste sí publicado, retoma la comparación entre el sur y el norte de la provincia, pero ahora enfocado al estudio del ciclo vital de las familias campesinas, para lo cual analiza las formas de las unidades domésticas (Tell, 2001). Se incluyen en sus trabajos reflexiones que tienen que superar el marco demostrativo de lo numérico, construyendo hipótesis que enlazan teorías de cuño chayanoviano con tradiciones culturales andinas.

Es indudable que la actual provincia de Córdoba, vista en su conjunto como suelen hacerlo los investigadores de la Universidad Nacional de Córdoba, guarda una diversidad social amplia. Mientras que en el norte, la ciudad capital y la zona serrana mantenían una tradición colonial en la que sus pobladores blandían sus blasones nobiliarios, a la par de una colectividad indígena numero-

sa y en la cual se podían encontrar indicios de culturas andinas, junto con una alta presencia de habitantes afroamericanos, hacia el sur y el oeste esas pervivencias se diluían a la par que desaparecían las sierras, generando tal vez una sociedad no tan jerarquizada, más de aluvión, receptora de migrantes del norte, etc. Son estas particularidades las que parecerían estar analizándose en estos trabajos del sur de la provincia que hemos citado, aunque este despunte es todavía tímido.

Un resumen de los trabajos efectuados sobre la provincia de Córdoba puede encontrarse en la publicación del Seminario Internacional sobre demografía que se realizó precisamente en Córdoba en 1998 (Ghirardi, 1998).

En la provincia de Buenos Aires la demografía histórica se ha desarrollado por dos canales diferenciados. Uno de ellos se referencia en la Academia Nacional de la Historia, bajo la dirección de César García Belsunce, y el otro puede ser considerado como fomentado por los trabajos pioneros de José Luis Moreno y Marta Goldberg. En muchos aspectos ambos andariveles se diferencian bastante, en primer lugar por el acceso temporal, ya que el primero de los grupos estudia básicamente el siglo XVIII, mientras que el segundo ha abandonado esa etapa para centrarse en la primera mitad del XIX. Pero no es ésta la única diferencia. El afincado en el ámbito de la ANH parece persuadido de la pervivencia de ciertos rasgos en la estructura social que habían sido marcados por la historiografía tradicional, como la figura del gaucho, la escasez de población, la europeización de esos escasos pobladores, los rasgos católicos de los mismos, etc. En cambio, el grupo que continúa a José Luis Moreno hace pie en la profunda renovación producida a partir de la ya famosa polémica sobre la figura del gaucho.⁵

Son considerados rasgos fundamentales entonces la gran movilidad de la población, la constante migración del interior y las marcas que la misma produce en la economía y la cultura de la región, las modificaciones que a partir de fines del siglo XVIII se están produciendo en las estructuras familiares, la diferente influencia de la Iglesia Católica en la misma, etcétera.

Por otro lado, la intención del agrupamiento formado a fines de los 80 en el ámbito de la ANH era abarcar la totalidad del país. En el prólogo de la publicación de Dora Celton sobre la población de Córdoba que ya mencionamos (Celton, 1993a), se hace referencia a la creación del grupo de estudios demográficos de la Academia Nacional de la Historia, el cual, según su codirector, García Belsunce (el otro director mencionado era Ernesto Maeder) estaba ya funcionando para la región de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe. Sin embargo, no hemos encontrado publicaciones de este grupo que no correspondan a las provincias de Buenos Aires y Córdoba. Pero pasemos a los datos.

Luego de los trabajos pioneros de Besio Moreno y el de José Luis Moreno, ya citados, se agregó un estudio monumental, realizado a lo largo de la década de 1970, sobre los censos de la región producidos entre 1810 y 1830 (García Belsunce, 1976). Desde el punto de vista de nuestra preocupación, se demostró la preponderancia de la familia nuclear como estructura básica de la sociedad porteña. Pero además se elaboran hipótesis acerca de rasgos de la sociedad que luego no van a ser confirmados por los estudios posteriores, como la escasa



mestización o el poco crecimiento de la población negra. A pesar de la aplicación meticulosa de técnicas avanzadas para esa época, la formulación de las hipótesis tuvo más en cuenta las tradiciones historiográficas que la evidencia que aportaban los números. Sin embargo, para discutirlo o para tomarlo como ejemplo, este texto fue de referencia obligada para todos los estudios de población que se encararon con posterioridad sobre la región.

Es en la segunda mitad de la década de 1980 y la primera mitad de la siguiente donde se produce una verdadera puesta al día de la cuestión, que acompañó en general la ya mencionada profunda revisión historiográfica que, sobre la campaña de Buenos Aires y la mítica imagen que de la misma se tenía, se estaba realizando en el ámbito académico.⁶ Es más, uno de los pilares de dicha reformulación fue el análisis de censos y padrones, a fin de edificar hipótesis sobre la estructura demográfica de la región a partir de un análisis riguroso y profesional de las fuentes, dejando de lado las construcciones impresionistas. La actividad de José Luis Moreno fue fundamental al respecto.

Un primer trabajo de esta nueva etapa se presentó en 1989 y, aunque su objetivo estaba más centrado en las actividades productivas de la población, deslizó datos como la estructura de las unidades censales y la cantidad de hijos por matrimonio que se podían observar en el censo de 1744 (Moreno, 1989). Otro ejemplo de este nuevo interés fue el de uno de los fundadores de la renovación historiográfica mencionada, que no hace de la demografía su oficio, quien publica un texto que es tomado como un hito en los estudios sobre población en la campaña. Esta-

mos hablando de Juan Carlos Garavaglia y su trabajo sobre el censo de 1815 en San Isidro, texto que se convirtió en cita obligada para los estudios posteriores, en el que analizó la composición interna de las unidades censales relevadas ese año (Garavaglia, 1993a).

El mismo año se publicó una compilación de trabajos básicamente sobre demografía, producido por este autor y Moreno (Moreno y Garavaglia, 1993). Este conjunto se convirtió en la presentación de una serie de investigadores que habían concluido su preparación en la segunda mitad de los 80, pero que incluían también a otros ya formados, incluso trabajos ya publicados, como los mismos autores y Jorge Gelman (Moreno, 1989; 1993; Garavaglia 1993b; Gelman, 1993). En el primer caso nos referimos a Mariana Canedo (aunque en este trabajo no incluye como objetivo el que nos ocupa) y José Mateo (Mateo, 1993a), quien estudió el partido de Lobos, frontera reciente en 1815, revelando la presencia de labradores migrantes de Santiago del Estero, confirmando de ese modo la paternidad de las formas de la agricultura del interior sobre la porteña.

Como los compiladores decían en la introducción, los trabajos han apelado “a algunas técnicas de la demografía histórica” aunque no constituían “ejemplos típicos de esa disciplina”. El objetivo declarado era demostrar la presencia de una economía campesina en la campaña de Buenos Aires, utilizando para ello las herramientas descriptas y destacando el estudio de las composiciones familiares. Un rasgo básico de los estudios demográficos de la campaña y la ciudad de Buenos Aires es precisamente su atipicidad con respecto a los cánones de la demografía histórica; es perceptible la necesaria y constante adecuación de la metodología europea a la realidad de su objeto de análisis.

Los padrones de 1813 y 1815 fueron, y siguen siendo, la fuente más importante para los trabajos sobre la estructura socioeconómica de fines de la colonia y la primera época independiente en la campaña de



Buenos Aires. Y la utilización de la demografía, ya no tanto como un

herramiental auxiliar sino como método de estudio, pasó a ocupar un lugar muy importante en las conclusiones obtenidas. Mariana Canedo la utilizó profusamente para su estudio sobre el pago de San Nicolás de los Arroyos (Canedo, 1993 y 2000). Otro ejemplo de uso del padrón de 1815 es el correspondiente a la localidad de San Fernando (Senor, 1996; 1998), en las cercanías de la ciudad de Buenos Aires, el de San Pedro (Di Stefano, 1991), en el norte de la provincia, el de Matanza (Contente, 1998; 1999), también en cercanías, y, en conjunción con los de la década de 1830, el de mi autoría (Santilli, 2000).

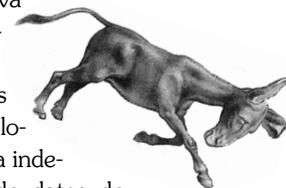
Canedo y Mateo fundaron en el ámbito de la Universidad Nacional de Mar del Plata el Grupo de Investigación en Historia Rural Rioplatense (GIHRR), cuya *performance* en la demografía histórica es relevante. Trabajos sobre diferentes partidos de la entonces campaña, como Dolores (Mascioli, 1999), y San José de Flores (Ciliberto, 1999) fueron realizados por integrantes de ese agrupamiento que, además, lleva ya también publicados varios volúmenes conjuntos e individuales sobre el tema. Asimismo, este grupo está realizando un profundo estudio sobre el censo de 1815 sobre la totalidad de la campaña, cuyos avances ya han sido presentados en varios congresos de nivel nacional.

Si los padrones citados, por su riqueza, han sido objeto de un profundo análisis, no pasa lo mismo con los de 1836 y 1838, ya

que no cuentan con datos elementales para observar aspectos demográficos que atañen a la historia de la familia. Por tal razón han sido utilizados sólo comparativamente con los anteriores por algunos de los investigadores mencionados (Mascioli, Santilli, etc.). Se podría agregar el caso de Jorge Gelman (1996), que estableció tamaños de hogares para realizar un análisis de la estructura productiva de tres partidos de la campaña sur de Buenos Aires, y José Mateo (1993b), quien también agregó datos de los censos de 1854 y 1869 para observar la dinámica en el tamaño de las conformaciones familiares y las elecciones matrimoniales en el partido por él estudiado.

Más tarde, este último investigador combinó estos censos con los archivos parroquiales para estudiar por primera vez la fecundidad y los nacimientos legítimos e ilegítimos en Lobos (Mateo, 1996). Esta temática fue continuada por José Luis Moreno (1998) para el pago de San Vicente, donde analiza archivos parroquiales, al igual que el realizado sobre Quilmes por quien escribe (Santilli, 1998), que concluyeron afirmando el alto grado de ilegitimidad de los nacimientos y la irregularidad, desde el punto de vista de las normas eclesiales, de las parejas bonaerenses. Un estudio previo sobre estas fuentes del partido de Magdalena, para 1738 a 1765, se debe a la acción de García Belsunce (1992a; 1992b). El autor verifica en él el crecimiento poblacional y la escasa representatividad de los nacimientos ilegítimos, que atribuye a la vigencia de valores morales y religiosos.

Una perspectiva global para el conjunto de la campaña de Buenos Aires entre fines de la colonia y primera época independiente acerca de datos de-





demográficos básicos como tasa de crecimiento se puede hallar en el trabajo en conjunto de Moreno y Mateo (1997). También realizaron una serie de comparaciones con datos que nos interesan más desde el punto de vista de nuestro objetivo, como cantidad de componentes por unidad censal, natalidad, mortalidad, nupcialidad y cantidad de hijos, para algunos partidos de la campaña, utilizando estudios parciales propios y de otros investigadores.

En los años más recientes se han probado técnicas que tal vez se alejen un tanto de la demografía, pero no de la historia de la familia, como es el análisis de redes. Mateo, nuevamente innovando, ha publicado un primer estudio de este tipo para un partido de la campaña, Lobos, y para sectores populares, basado en el parentesco sanguíneo y ritual establecido a partir de archivos parroquiales (Mateo, 2001). Otra es la aplicación de técnicas estadísticas no utilizadas hasta ahora en la historiografía del período para ese objeto de estudio. Nos referimos a nuestro trabajo donde estudiamos la morfología de la familia y sus cambios en el período comprendido entre 1770 y 1840 nuevamente en Quilmes (Santilli, 2002). La utilización de estas metodologías, huelga ya repetirlo, debió hacerse previa a una adecuación a la movilidad horizontal, pero también vertical, de la población y a la alta cuota de ilegitimidad, rasgos que ya vimos como típicos de estas sociedades.

Por último, los estudios demográficos sobre la población de la ciudad de Buenos Aires parecen estar algo retrasados. Además de los volúmenes de Bessio Moreno, García Belsunce y el trabajo pionero de Moreno, ya citados, son muy escasos los trabajos para el período y el objeto en estudio.

Podemos contar el volumen de un investigador extranjero, Mark Szuchman, quien a partir de una muestra de los censos de 1810, 1827 y 1855 estableció composición familiar, cantidad de hijos, edad al casamiento, fecundidad, etc. (Szuchman, 1988). En muchos casos este investigador se mueve en el límite de las normas de la demografía, como en el caso de la fecundidad, ya que las mismas dicen que debe establecerse a partir del seguimiento de generaciones de mujeres durante toda su vida. En el caso de estos lares eso es imposible debido a la alta movilidad de la población, probando nuevamente la imposibilidad de la aplicación mecánica de técnicas preestablecidas y la necesidad de la elaboración de métodos alternativos y diferenciadores. Otro trabajo sobre la ciudad analiza las partidas matrimoniales, desde el punto de vista de la conformación de parejas con uno o los dos integrantes migrantes del interior, para el período 1744-1810 y las formas que ellas asumen (Díaz, 1998, 2001). Por último, debemos mencionar un estudio del censo de 1744, donde se observan unas conformaciones familiares particulares, como que los investigadores encuentran un número relativamente numeroso de familias extensas tanto en los sectores pobres como en las elites, lo que obedecería a razones económicas, aunque de diversa índole para cada sector (Moreno y Díaz, 1999).⁷

En resumen, el mosaico que presenta hoy en día la demografía histórica es altamente alentador, a la par que se notan diversos grados de evolución en diferentes regiones. Por ejemplo, mientras que la campaña de Buenos Aires y el Noroeste parecen haber alcanzado un grado más que respetable en cuanto a su profundización del saber histórico, otras regiones aún no han comenzado ni siquiera a analizar

sus censos más antiguos. Por ejemplo Cudor, donde sólo hemos podido hallar dos trabajos sobre San Juan (Franchin, 1994; Moreno, 2001) y uno sobre Mendoza (Prieto, 1995-1996). No ha sido en esta región un motivo de preocupación el estudio de la familia, ni siquiera el de la estructura de la población para períodos anteriores al estadístico moderno.

Tampoco en el litoral se han profundizado estas temáticas. En Corrientes, a pesar de que es el lugar de trabajo de Ernesto Maeder y que dos de sus estudios regionales se refieren a la mesopotamia en el período en observación (Maeder, 1963, 1964), no se han podido encontrar seguidores que utilicen esos pioneros análisis, con un enfoque que pueda ser citado como influyente para la historia de la familia. Otra provincia que no ha utilizado la demografía histórica como herramienta para desarrollar su historia social ha sido Santa Fe, a pesar de que, como hemos podido ver, consideramos a Rosario como, si se nos permite la acepción, la cuna de la demografía histórica en la Argentina, salvo un trabajo no publicado de Elsa Caula en conjunto con otras investigadoras, donde analizan un padrón de principios del siglo XIX (Bidut, Caula y Liñan, 1995). Aunque su objetivo estaba centrado en la producción económica, nos proporcionan datos sobre migración y conformaciones familiares. En cambio, para el oriente entrerriano, en los trabajos de Roberto Schmit podemos encontrar análisis de tipo demográfico y de conformación de las familias del lugar utilizados como soporte para sus conclusiones de tipo socioeconómicos (Schmit, 2000), como también en los de Julio Djenderedjian (2004).

Por último, han quedado expresamente fuera de nuestro trabajo aquellos territorios que para la época que estamos analizando

no habían sido incorporados a la llamada civilización blanca. Tal es el caso del Chaco, la Patagonia y la Pampa todavía dominada por los indígenas. Aunque parezca obvio remarcar, ni de las sociedades indígenas que más contacto tenían con la economía española, tal el caso de la Pampa, contamos con fuentes sobre las que se pueda construir un análisis demográfico, como sí las hay para el norte, las conocidas visitas con objetivos fiscales. Habrá que observar la etapa estadística para encontrar trabajos demográficos específicos y, en ese sentido, parece ser la Patagonia, en su conjunto, la que más ha avanzado, sobre todo a partir de la acción de la Universidad del Comahue y de Susana Bandieri.⁸

El resultado de todos estos años de actividad demográfica es el de estar superando, en varias de las regiones que hemos estudiado, la etapa de la simple presentación de los datos estadísticos, para acompañarlos con hipótesis explicativas que dan cuenta de las revelaciones que nos proporcionan los fríos números. Si hasta hace unos años nos encontrábamos con muchas cifras y pocas hipótesis, esa tendencia se está revirtiendo, lo que da cuenta del crecimiento de la disciplina.⁹ No basta ya con mostrar la preponderancia de determinada conformación familiar, de la cantidad de hijos, de las edades de las parejas, de las diferencias étnicas, etc., sino de hacer conjeturas basadas en esas cifras del porqué de tales morfologías y de las diferenciaciones que hemos encontrado.

Otro avance es el abandono paulatino de la aplicación mecánica de modelos concebidos para otras sociedades, otras realidades, otros momentos históricos. La experiencia de América Latina en su conjunto y del territorio de lo que después será la Ar-



gentina, mostró siempre rasgos peculiares en cuanto a su conformación que hace que los modelos, sobre todo europeos, deban ser replanteados y modificados, cuando no totalmente cambiados, para poder ser aplicados a nuestros estudios.¹⁰ Por ejemplo, los modelos de reconstrucción de familia como el de Henry (1983) están basados en una alta permanencia de los habitantes en un mismo pueblo, mientras nosotros encontramos, prácticamente en todas las regiones, una alta cuota de movilidad. Otra diferencia puede hallarse en la ilegitimidad, que en Europa era mínima, mientras en nuestro territorio era alta, pero a la vez con grandes diferencias entre las diversas regiones y entre las etnias. Precisamente ésa es otra variación con respecto a modelos europeos: la existencia de diferencias sociales basadas en las variaciones étnicas.

Una deficiencia que todavía no ha sido muy tenida en cuenta es la de las comparaciones temporales. Cuando se habla de familia colonial estamos

hablando de un lapso que en algunas regiones llega a los trescientos años. No han sido suficientemente investigados aún los cambios que, casi con seguridad, se han producido en ese período. La familia de los primeros años luego de fundada, por ejemplo, la ciudad de Salta, seguramente se fue modificando a través del tiempo hasta la de fines de la colonia y de las primeras décadas de la independencia. Es verdad que contamos con menos fuentes que puedan atestiguar datos para la etapa inicial y muchas más para la época de los Borbones, pero el esfuerzo comparativo debemos hacerlo. Tenemos algunos datos acerca de la familia indígena de los primeros años de la conquista, aunque para territorios vecinos,

como el sur del Alto Perú, a los del actual argentino, Jujuy y Salta. En este caso las variaciones a través de los años son muy importantes, producidas al calor de la incorporación de las normas españolas sobre la institución. Es ésta entonces una de las deudas de la demografía histórica que deberá ser saldada en un futuro no muy lejano.

A pesar de estos avances que hemos reseñado, es preciso señalar que en muchos aspectos la disciplina se maneja como compartimientos estancos. Algunos de los avances logrados en una región no son utilizados por los estudiosos de otras regiones por diversos motivos. Un buen examen de conciencia de los historiadores demógrafos –tal el apelativo con que los rebautiza el autor– como grupo ha hecho César García Belsunce en el congreso de Córdoba de 1999, en el cual sintetizó muchos de los problemas y desconfianzas que como metodología provoca la demografía. Por otro lado, marcó algunas de las dificultades profesionales con que nos encontramos los investigadores para trabajar en conjunto, que están más motivadas en el mantenimiento de cotos cerrados, en el retaceo de la información y en las modas historiográficas, según su parecer (García Belsunce, 1999). Podemos agregar a ello una reflexión de Juan Carlos Garavaglia, vertida en las últimas Jornadas de Historia Económica celebradas en Mendoza en ese año. Menciona que muchos de nosotros buscamos, para comparar nuestros datos, similitudes y diferencias con modelos del exterior, de regiones alejadas de las que estudiamos, no viendo que ellos tienen más en común con los que se pueden encontrar en los estudios de regiones vecinas dentro del mismo territorio, por lo que es más probable que hayan estado sujetos a influencias por difusión cultural entre ellas. Es más fácil encontrar esos rasgos comunes que buscar las influen-

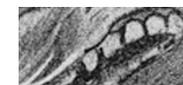
cias que han dejado la sociedad peninsular o la sociedad andina. Si en el interior encontramos rasgos de las sociedades andinas del Alto Perú y en la campaña de Buenos Aires de la original de la península, el hallazgo de peculiaridades originales de los migrantes del interior al litoral hace pensar que esos atributos vinieron precisamente con ellos. En ese sentido es válida la ya vieja apreciación de Halperín Donghi acerca de la agricultura de Buenos Aires como descendiente de la del interior (Halperín Donghi, 1972). Es ese el sentido de nuestra apreciación acerca de compartimientos estancos.

Justamente, a nuestro parecer, uno de los ámbitos donde debería superarse esa compartimentación deberían ser los congresos y jornadas. Tanto en el ámbito de la AEPA,¹¹ como en el marco de la Asociación de Historia Económica, como en el de las jornadas Interescuelas/Departamentos, cuya periodicidad es bianual, debería procederse a tratar de hacer confluir las diferentes tendencias, regionalizaciones, visualizaciones, etc., que conforman esos compartimientos. Y los procedimientos en tal sentido deberían ser los de la apertura total a esas diferenciaciones, con el objetivo de poder discutirlos en un ámbito adecuado. Deberían organizarse mesas o simposios en los cuales la temática permita el entrecruzamiento de los estudios realizados a partir de diferentes regiones o con diferentes enfoques o visiones. Los organizadores de esos encuentros deberían invitar a participar en los mismos a aquellos que a partir de sus trabajos se diferencien de los propios o se refieran a regiones que no son las que estudian esos organizadores. En ese sentido, la actitud de la Asociación de Historia Económica, al promover en las jornadas bianuales de la disciplina la realización de mesas temáticas y no de simposios, per-

mitió que los diferentes enfoques estén presentes en cada una de ellas, ya sea con la presencia de investigadores como ponentes, como comentaristas de las ponencias o como coordinadores de las mesas.

Lamentablemente, muchos trabajos presentados en estas reuniones no se publican bajo ningún formato, como sucedió en las Jornadas Interescuelas de Salta¹² o, cuando lo hacen, han pasado ya varios años (IV Jornadas de la AEPA realizadas en 1997 y publicadas en 1999). Otro inconveniente es la publicación en CD, a los que, en la práctica, sólo tienen acceso los participantes, como las Jornadas de Historia Económica. Debería ser una obligación de los organizadores promover la incorporación de los materiales por lo menos a las bibliotecas especializadas en historia más importantes del país.

A pesar de los avances aquí comentados, todavía queda mucho por hacer con respecto a la historia de la familia en la Argentina. Por tal razón el aporte que puede hacer la demografía histórica en la materia es importantísimo. Sobre todo en la conformación de un campo de estudio que ha sido en parte poco atendido, como es el de los sectores populares, donde lo cuantitativo pasa a tener una importancia relevante por sobre los aspectos cualitativos, ya que éstos sirven sólo, lo que no es poco, como complemento o como medio de prueba de las conjeturas efectuadas a partir del análisis de los números.



Bibliografía

- ANELLO, Alejandra (2002), "Familia indígena y sociedad en el curato de Londres (Catamarca), terminando el siglo XVIII", en Judith Farberman y Raquel Gil Montero (comps.), *Los pueblos de indios del Tucumán colonial: pervivencia y desestructuración*, Bernal, Universidad Nacional de Jujuy-Universidad Nacional de Quilmes.
- ARCONDO, Aníbal (1976), *Demografía retrospectiva de Córdoba*, Córdoba, Instituto de Economía y Finanzas, Universidad Nacional de Córdoba.
- (comp.) (1990), *Ensayos de demografía histórica. Córdoba siglos XVIII y XIX*, Córdoba, Serie de Investigaciones N° 44, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Córdoba.
- (1992), *El ocaso de una sociedad estamental. Córdoba (1700-1750)*, Córdoba.
- (1993), "Mortalidad general, mortalidad epidémica y comportamiento de la población durante el siglo XVIII", *Desarrollo Económico*, vol 33, N° 129, Buenos Aires, IDES.
- (ed.) (1992), *El censo de la provincia de Córdoba de 1852*, Serie Material de Trabajo, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Córdoba.
- (ed.) (1998), *La población de Córdoba según los censos de 1822 y 1832*, Serie de Estudios N° 28, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Córdoba.
- BASCARY, Ana María (1992), "Sobre doñas y criadas. Mujer, ocupación y matrimonio en San Miguel de Tucumán a fines del período colonial", *Proyecto NOA*, N° 3, Sevilla.
- (1997), "Matrimonios en la ciudad de Tucumán. Fines del período colonial", *IV Jornadas de Población de la AEPA*, Resistencia.
- (1999), *Familia y vida cotidiana. Tucumán a fines de la colonia*, Sevilla, Universidad Pablo de Olavide.
- BESSIO MORENO, Nicolás (1939), *Buenos Aires, puerto de la República Argentina, estudio de su población 1536-1936*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Tuduri.
- BIDUT, Vilma, Elsa CAULA y Nora LIÑAN (1995), "Productores y producción en el partido de Rosario de los Arroyos a comienzos del siglo XIX", mimeo.
- BOIXADOS, Rosana (1997a), "Organización familiar y parentesco en La Rioja colonial: estudio de caso", *Memoria Americana*, N° 5, Buenos Aires, ICA-UBA.
- (1997b), "Herencia, descendencia y patrimonio en La Rioja colonial", *Andes*, N° 8, Salta, CEPIHA.
- BOLEDA, Mario (1993), *La población del noroeste argentino. Historia y actualidad*, Salta, Legasa-Gredes.
- BOLEDA, Mario y María Cecilia MERCADO HERRERA (2001), *SEPOSAL 2000 Seminario sobre población y sociedad en América Latina*, Salta, Asociación Argentina-Chilena de Estudios Históricos e Integración Cultural-Grupo de Estudios Socio-Demográficos (Gredes).
- BOLSI, Alfredo S.C. (dir.) (1997), *Problemas poblacionales del Noroeste argentino*, Tucumán, Junta de Andalucía-Universidad Nacional de Tucumán.
- BRAGONI, Beatriz (1999), *Los hijos de la revolución. Familia, negocios y poder en Mendoza en el siglo XIX*, Buenos Aires, Taurus.
- BROWN, Jonathan (1979), *A Socio-economic History of Argentina, 1776-1860*, Cambridge (hay edición en castellano, *Historia socioeconómica de la Argentina [1776-1860]*, Buenos Aires, Instituto Di Tella- Siglo Veintiuno, 2002).
- CACOPARDO, María Cristina y José Luis MORENO (1997), "Cuando los hombres estaban ausentes: la familia del interior de la Argentina decimonónica", en Hernán Otero y Guillermo Velázquez (comps.), *Factores diferenciales de la población argentina*, Tandil, IEHS, UNCPBA.
- CANEDO, Mariana (1993), "Propiedades, propietarios y ocupantes. La tierra y la familia en la campaña de Buenos Aires. El pago de los Arroyos (1600-1750)", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N° 7.
- (2000), *Propietarios, ocupantes y pobladores. San Nicolás de los Arroyos (1600-1860)*, Mar del Plata, UNMP-GIHR.
- CARBONARI, María R. (2000a), "La población del Río Cuarto en el contexto del reformismo borbónico y la emancipación hispanoamericana", XVII Jornadas de Historia Económica, Tucumán, versión en CD.
- y M. BAGGINI (2000b), "Población y familia en la región del Río Cuarto", XVI Encuentro de Historia de los Pueblos del Sur de Córdoba, Las Higueras.
- CELTON, Dora (1982), "La población de Córdoba en 1840", *Revista de la Junta Provincial de Historia de Córdoba*.
- (1993a), *La población de la provincia de Córdoba a fines del siglo XVIII*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia.
- (1993b), "Fecundidad de las esclavas en la Córdoba colonial", *Revista de la Junta Provincial de Historia de Córdoba*, N° 15, Córdoba, Junta Provincial de Historia.
- CICERCHIA, Ricardo (1997), "Minors, gender and family: The discourses in the court system of traditional Buenos Aires", *The History of the family*, vol. 3, N° 2.
- (1998), *Formas familiares, procesos históricos y cambio social en América Latina*, Quito, Abya-Yala.
- CILIBERTO, Valeria (1999), "Los agricultores de Flores, 1815-1838. Labradores «ricos» y labradores «pobres» en torno a la ciudad", en Raúl O. Fradkin, Mariana Canedo y José Mateo, ob. cit.
- COLANTONIO, Sandra (1999), "Evolución de las pautas de filiación en una zona rural de la provincia de Córdoba, Argentina", en *Cambios demográficos en América Latina: la experiencia de cinco siglos*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, International Union for the Scientific Study of Population.
- COLANTONIO, Sandra y María del Carmen FERREYRA (1999), "Características matrimoniales en el valle de Traslasierra (Córdoba) durante el siglo XVIII", en *IV Jornadas Argentinas de Estudios de la Población*, Resistencia, Instituto de Investigaciones Geohistóricas-CONICET-Facultad de Humanidades-Universidad Nacional del Nordeste (realizadas en Resistencia en 1997).
- COLANTONIO, Sandra y A.J. MARCELLINO (1997), "Apellidos y endogamia de clases etnosociales en el curato de Pocho (1810-1842)", *Revista de la Junta Provincial de Historia de Córdoba*, N° 16, Córdoba.
- COMADRAN RUIZ, J. (1969), *Evolución demográfica argentina durante el período hispano (1535-1810)*, Buenos Aires, Eudeba.
- CONTENTE, Claudia (1998), "El ciclo de vida de un pequeño campesino en La Matanza a principios del siglo XIX", en *III Jornadas de Estudios de la Población (AEPA)*, Buenos Aires, Honorable Senado de la Nación (realizadas en Santa Rosa en octubre de 1995).
- (1999), "Actividades agrícolas y el ciclo de vida: el caso de La Matanza a principios del siglo XIX", en R.O. Fradkin M. Canedo y José Mateo (1999), ob. cit.
- CONTI, Viviana (1997), "De las montañas de Santander a los Andes del sur: migraciones, comercio y elites", *Andes*, N° 8, Salta, CEPIHA.
- DI STEFANO, Roberto (1991), *Un rincón de la campaña rioplatense colonial: San Pedro durante la primera mitad del siglo XVIII*, Buenos Aires, Cuadernos del Instituto Ravignani.
- DÍAZ, Marisa M. (1998), "Las migraciones internas a la ciudad de Buenos Aires, 1744-1810", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N° 16-17.
- (2001), "Migrantes en familia. Buenos Aires (1744-1810)", en Mario Boleda y Marisa Cecilia Mercado Herrera, ob. cit.
- DJENDEREDJIAN, Julio (2004), "Economía y sociedad en la Arcadia criolla: formación y desarrollo de una sociedad de frontera en Entre Ríos (1750-1820)", tesis de doctorado, UBA.
- DUJE, N. (1991), "Fecundidad e ilegitimidad en Córdoba, 1780-1840", *Programa de Demografía Histórica*, Serie A, N° 2, Córdoba, Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.
- ENDREK, Emiliano (1967), *El mestizaje en el Tucumán. Siglo XVIII. Demografía comparada*, Córdoba.
- (1980), "La población de Córdoba en 1822. Aportes para su estudio", *Revista de la Junta Provincial de Historia de Córdoba*, N° 9.
- (1986), "La población de La Rioja en 1795: análisis de un padrón eclesiástico", *Revista de la Junta Provincial de Historia de Córdoba*, N° 11, Córdoba.
- FARBERMAN, Judit (1995), "Familia, ciclo de vida y economía doméstica. El caso de Salavina, Santiago del Estero, en 1819", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N° 12.
- (1997) "Los que se van y los que se quedan: familia y migraciones en Santiago del Estero a fines del período colonial", *Quinto Sol*, N° 1. Santa Rosa, Instituto de Historia Regional, Universidad Nacional de La Pampa.
- (1998a), "Migraciones, estructuras familiares y ciclo de vida: los pueblos de indios de Santiago del Estero a fines del siglo XVIII", *III Jour-*

- nadas de Estudios de la Población (AEPA), Buenos Aires, Honorable Senado de la Nación (realizadas en Santa Rosa en octubre de 1995).
- (1998b), "El peso de la continuidad: tierra, trabajo familiar y migraciones en Santiago del Estero. Un estado de la cuestión", *Población y Sociedad*, N° 5, Tucumán, Fundación Yocavil.
 - (1999), "El matrimonio en la doctrina de Soconcho: endogamia, libre elección y elección prescriptiva en tres pueblos de indios santiagueños (1750-1809)", *IV Jornadas Argentinas de Estudios de la Población*, Resistencia, Instituto de Investigaciones Geohistóricas-CONICET-Facultad de Humanidades-Universidad Nacional del Nordeste (realizadas en Resistencia en 1997).
 - y Raquel GIL MONTERO (comp.) (2002), *Los pueblos de indios del Tucumán colonial: pervivencia y desestructuración*, Bernal, Universidad Nacional de Jujuy-Universidad Nacional de Quilmes.
- FERREYRA, María del Carmen (1994), "El matrimonio en Córdoba durante el siglo XVII. Algunas referencias demográficas", *Cuadernos de Historia Serie Población*. N° 1, Centro de Investigaciones, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.
- (1999), "La ilegitimidad en la ciudad y en el campo a finales del siglo XVIII en Córdoba", en *Cambios demográficos en América Latina: la experiencia de cinco siglos*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, International Union for the Scientific Study of Population.
- FRADKIN, Raúl O., Mariana CANEDO y José MATEO (1999), *Tierra, población y relaciones sociales en la campaña bonaerense (siglos XVIII y XIX)*, Mar del Plata, Universidad de Mar del Plata.
- FRANCHIN, Ana (1994), "Familia y sociedad en San Juan colonial", tesis de magíster, Departamento de Posgrado, FFHA, Universidad Nacional de San Juan.
- FRÍAS, Susana R. y César GARCÍA BELSUNCE (2002), *La agregación en Buenos Aires (Primera mitad del siglo XVIII)*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, Serie Historia de la Población, N° 2.
- GARAVAGLIA, Juan Carlos (1993a), "Los labradores de San Isidro (siglos XVIII-XIX)", *Desarrollo Económico*, vol. 32, N° 128, Buenos Aires.
- (1993b), "Migraciones, estructuras familiares y vida campesina: Areco Arriba en 1815", en J.C. Garavaglia y J.L. Moreno (comps.), *Población, sociedad, familia y migraciones en el espacio rioplatense. Siglos XVIII y XIX*. Buenos Aires, Cántaro.
 - y Jorge GELMAN (1998), "Mucha tierra y poca gente: un nuevo balance historiográfico de la historia rural platense (1750-1850)", *Historia Agraria*, 15.
- GARCÍA BELSUNCE, César (1992a), "Natalidad y bautismos en el pago de la Magdalena (1738-1765)", *Investigaciones y Ensayos*, N° 42, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia.
- (1992b), "La población del partido de Magdalena de 1726 a 1744", *Revista del V Centenario del Descubrimiento y de la Evangelización de América*, 1 Buenos Aires, Universidad del Salvador.
 - (1999), "La historia demográfica argentina y la sociedad hispano-criolla del período colonial", en *Cambios demográficos en América Latina: la experiencia de cinco siglos*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, International Union for the Scientific Study of Population.
 - (dir.) (1976), *Buenos Aires, su gente (1810-1830)*, Buenos Aires, Banco Unido de Inversión.
- GELMAN, Jorge (1993), "Familia y relaciones de producción en la campaña rioplatense colonial. Algunas consideraciones desde la Banda Oriental", en J.C. Garavaglia y J.L. Moreno (comps.), *Población, sociedad, familia y migraciones en el espacio rioplatense. Siglos XVIII y XIX*, Buenos Aires, Cántaro.
- (1996), "Crecimiento agrario y población en la campaña bonaerense durante la época de Rosas. Tres partidos del sur en 1839", *Cuadernos del Instituto Ravignani*, N° 10.
- GHIRARDI, M. Mónica (1998), "Familia y cambio social en la Argentina a fines del período colonial y comienzos de la vida independiente", en *Cambios demográficos en América Latina: la experiencia de cinco siglos*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, International Union for the Scientific Study of Population.
- (2001), *Formación de la familia española en América: cambios y pervivencias*, Córdoba, Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Córdoba.
- GIL MONTERO, Raquel (1995a) "La ciudad de Jujuy y su campaña circundante: algunos aspectos de su población entre fines del siglo XVIII y mediados del XIX", en Ana Teruel (comp.), ob. cit.
- (1995b), "Los forasteros de Jujuy: historia de transeúntes y emigrados. Fines del siglo XVIII-principios del XIX" en Ana Teruel ob. cit.
 - (1997), "Unidades domésticas con residencias múltiples: Puna de Jujuy (Argentina), fines del siglo XVIII", *Andes*, N° 8, Salta, CEPIHA.
 - (1998a), "Hogar y familia. Aproximaciones para una definición desde la antropología y la historia", en *III Jornadas de Estudios de la Población (AEPA)*, Buenos Aires, Honorable Senado de la Nación (realizadas en Santa Rosa en octubre de 1995).
 - (1998b) "Familias campesinas de residencia múltiples: Puna de Jujuy, entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX", en Ricardo Cicerchia (comp.), ob. cit.
- GOLDBERG, Marta B. (1976), "La población negra y mulata de Buenos Aires, 1810-1840", *Desarrollo Económico*, vol. 16, N° 61.
- GONZÁLEZ, Elda R. y Rolando MELLAFFE (1965), "La función de la familia en la historia social hispanoamericana colonial", *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, Rosario, Universidad Nacional del Litoral, N° 8.
- GONZÁLEZ BERNALDO, Pilar et al. (1965), "Cambios y permanencias: Buenos Aires en la primera mitad del siglo XIX", *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, N° 12, Tandil.
- GUZMÁN, María Florencia (1995) "Una aproximación al estudio del matrimonio. El caso de la ciudad de La Rioja (1760-1810)", *Cuadernos de Historia Regional*, N° 17-18, Universidad Nacional de Luján.
- (1997), "Familias esclavas en el ámbito urbano de La Rioja (1765-1810). Matrimonio, consensualidad e ilegitimidad", *Andes*, N° 8, Salta, CEPIHA.
 - (1998), "Formas familiares en la ciudad de Catamarca: el caso de los indios mestizos y afro-mestizos (1770-1812)", en Ricardo Cicerchia (comp.), ob. cit.
 - (2000), "Producciones y vida familiar en el Valle de Catamarca", XVII Jornadas de Historia Económica, Tucumán, versión en CD.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio (1972), *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno.
- (1996), "Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)", *Desarrollo Económico*, N° 100.
- HENRY, Louis (1983), *Manual de demografía histórica*, Barcelona, Crítica.
- HORA, Roy (2001), "Dos décadas de historiografía argentina", *Punto de Vista*, N° 70.
- KERTZER, David y Tom FRICKE (eds.) (1997), *Anthropological Demography: Toward a New Synthesis*, University of Chicago Press.
- LÓPEZ DE ALBORNOZ, Cristina (1991), "Las poblaciones aborígenes del valle de Choromoros en el siglo XVII", *Memoria Americana* N° 1, Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- (1993a), "Población y producción en un área rural tucumana según padrón de 1799", *Desarrollo Rural*, Tucumán.
 - (1993b), "La mano de obra libre: peonaje y conchabo en San Miguel de Tucumán a fines del siglo XVIII", *Población y Sociedad*, N° 1, Tucumán, Fundación Yocavil.
 - (1997), "Productores rurales de San Miguel de Tucumán. Fines del siglo XVIII", en Ana María Lorandi (comp.), ob. cit.
 - (1998), "Población y fuerza del trabajo en el Tucumán colonial. Un enfoque desde la historia rural", en *Población y Sociedad*, N° 5, Tucumán, Fundación Yocavil.
 - (1999), "Las familias de la campaña tucumana entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. (Los Juárez, 1799-1812)", *IV Jornadas Argentinas de Estudios de la Población*, Resistencia, Instituto de Investigaciones Geohistóricas-CONICET-Facultad de Humanidades-Universidad Nacional del Nordeste (realizadas en Resistencia en 1997).
 - (2001), "Crecimiento poblacional y migraciones en Tucumán (1770-1820)", mimeo.
- LORANDI, Ana María (comp.) (1997), *El Tucumán colonial y Charcas*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- MAEDER, Ernesto J.A. (1963), "Demografía y potencial humano de Corrientes. El censo provincial de 1814", *Nordeste*, N° 5, Resistencia, Universidad Nacional del Nordeste.
- (1964), "La estructura demográfica y ocupación de Corrientes y Entre Ríos en 1820",

- Trabajos y Comunicaciones*, N° 12, La Plata, Universidad Nacional de La Plata.
- (1968-1969), “El censo de 1812 en la historia demográfica de Catamarca”, *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, Rosario, Universidad Nacional del Litoral, N° 10.
- (1969), *Evolución demográfica argentina de 1810 a 1869*, Buenos Aires, Eudeba.
- MASCIOLI, Alejandra (1999), “Población y mano de obra al sur del Salado. Dolores en la primera mitad del siglo XIX”, en Raúl O. Fradkin, Mariana Canedo y José Mateo (1999), ob. cit.
- MASSE, Gladys (1995), “Migrantes de pueblos de la frontera bonaerense en la ciudad de Buenos Aires al promediar el siglo XIX”, en *II Jornadas de Estudios de la Población (AEPA)*, Buenos Aires, Honorable Senado de la Nación (realizadas en Buenos Aires en agosto de 1993).
- MATEO, José (1993a), “Migrar y volver a migrar. Los campesinos agricultores de la frontera bonaerense a principios del siglo XIX”, en J.C. Garavaglia y J.L. Moreno (comps.), ob. cit.
- (1993b), “Población y producción en un ecosistema agrario de la de la frontera del Salado (1815-1869)”, R. Mandrini y A. Reguera (comps.), *Huellas de la tierra. Indios, agricultores y hacendados en la pampa bonaerense*, Tandil, IEHS.
- (1996), “Bastardos y concubinas. La ilegitimidad conyugal y filial en la frontera pampeana bonaerense (Lobos 1810-1869)”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N° 13, Buenos Aires.
- (2001), *Población, parentesco y red social en la frontera. Lobos (provincia de Buenos Aires) en el siglo XIX*, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata-GIHR.
- MERCADO H., María Cecilia (1995), “El hogar según el censo de Carlos III: un estudio de caso, Yavi (1779)”, en *II Jornadas de Estudios de la Población (AEPA)*, Buenos Aires, Honorable Senado de la Nación (realizadas en Buenos Aires en agosto de 1993).
- MORENO, Andrea B. (2001), “Matrimonio, raza y migraciones en San Juan, en la segunda mitad del siglo XVIII”, *Actas Americanas*, La Serena, Área de Historia, Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad de La Serena.
- MORENO, José Luis (1965), “La estructura social y demográfica de la ciudad de Buenos Aires en el año 1778”, *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, Rosario, Universidad Nacional del Litoral, N° 8.
- (1989), “Población y sociedad en el Buenos Aires rural a fines del siglo XVIII”, *Desarrollo Económico* N° 114, Buenos Aires.
- (1993), “La estructura social y ocupacional de la campaña de Buenos Aires: un análisis comparativo a través de los padrones de 1744 y 1815”, en José Luis Moreno y Juan Garavaglia (comps.), ob. cit.
- (1998), “Sexo, matrimonio y familia: la ilegitimidad en la frontera pampeana del Río de la Plata, 1780-1850”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani*, N° 16-17, Buenos Aires.
- (2004) *Historia de la familia en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Sudamericana.
- MORENO, José Luis y Marisa M. DÍAZ (1999), “Unidades domésticas, familias mujeres y trabajo en Buenos Aires a mediados del siglo XVIII”, *Entrepassados*, N° 16, Buenos Aires.
- MORENO, José Luis y Juan Carlos GARAVAGLIA (1993), *Población, sociedad, familia y migraciones en el espacio rioplatense. Siglos XVIII y XIX*, Buenos Aires, Cántaro.
- MORENO, José Luis y José MATEO (1997), “El «redescubrimiento» de la demografía histórica en la historia económica y social”, *Anuario IEHS* N° 12.
- PALACIO, Juan Manuel (2002), “Una deriva necesaria. Notas sobre la historiografía argentina de las últimas décadas”, *Punto de Vista*, N° 74.
- PAROLO DE KREISEL, María Paula (1995), “Estructura socioocupacional en Tucumán. Una aproximación a partir del censo de 1812”, *Población y Sociedad*, N° 3, Tucumán, Fundación Yocavil.
- PAZ, Gustavo L. (1997), “Familia, linaje y red de parientes: la elite de Jujuy en el siglo XVIII”, *Andes*, N° 8, Salta, CEPIHA
- PRIETO, María del Rosario (1995-1996), “Matrimonio y relaciones interétnicas en Mendoza. Ideales y realidad. 1770-1810”, *Anales de Arqueología y Etnología*, N° 50-51.
- RASINI, Beatriz (1963), “El censo de 1771”, *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, N° 6, Rosario, Universidad Nacional del Litoral.
- (1965), “Estructura demográfica de Jujuy”, *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, N° 8, Rosario, Universidad Nacional del Litoral.
- ROMANO, Silvia (2002), *Economía, sociedad y poder en Córdoba. Primera mitad del siglo XIX*, Córdoba, Ferreira Editor.
- ROMERO, Luis Alberto (1996), “La historiografía argentina en democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional”, *Entrepassados*, N° 10.
- RUGGERONI, Dante (1963), “El padrón militar de 1812”, *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, N° 6, Rosario, Universidad Nacional del Litoral.
- SANTILLI, Daniel Víctor (1998), “Los archivos parroquiales como fuente para el estudio de la conformación de la familia: Quilmes, primera mitad del siglo XIX”, *Actas de las V Jornadas de la Asociación de Estudios de Población de la Argentina-Luján*, e/p.
- (2000), “Población y relaciones en la inmediata campaña de la ciudad de Buenos Aires. Un estudio de caso: Quilmes, 1815-1840”, *Anuario IEHS*, N° 15.
- (2001), “Algunos apuntes acerca del compadrazgo en Quilmes (1780-1840)”, ponencia presentada en las VIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Salta.
- (2002), “La familia y la economía de la campaña de Buenos Aires: Quilmes c.1770/c.1840”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N° 23.
- SCHMIT, Roberto (2000), “Población, migración y familia en el Río de la Plata. El oriente entrerriano (1820-1850)”, *Anuario IEHS*, N° 15.
- SEÑOR, María Selva (1996), “Trabajo, familia y migraciones. San Fernando 1815”, *Anuario IEHS*, N° 12.
- (1998), “Los problemas metodológicos relativos al análisis de la estructura familiar. San Fernando 1815”, en *III Jornadas de Estudios de la Población (AEPA)*, Buenos Aires, Honorable Senado de la Nación (realizadas en Santa Rosa en octubre de 1995).
- SOCOLOW, Susana (1991), *Los mercaderes del Buenos Aires virreinal: familia y comercio*, Buenos Aires, De la Flor.
- SZUCHMAN, Mark D. (1988), *Order, family and community in Buenos Aires (1810-1880)*, Stanford University Press.
- TANDETER, Enrique (1997), “Teóricamente ausentes, teóricamente solas. Mujeres y hogares en los Andes coloniales (Sacaca y Acasio en 1614)”, *Andes*, N° 8, Salta, CEPIHA
- TELL, Sonia (2000), “Caracterización de las unidades domésticas a través del análisis comparativo del ciclo vital (Jurisdicción de Córdoba del Tucumán 1750-1778)”, XVII Jornadas de Historia Económica, Tucumán, versión en CD.
- (2001), “Caracterización de las unidades domésticas a través del análisis comparativo del ciclo vital (Jurisdicción de Córdoba, 1750-1778)”, en Mario Boleda y María Cecilia Mercado Herrera, ob. cit.
- TERUEL, Ana (comp.) (1995a), *Jujuy en la historia. Avances de Investigación II*, San Salvador de Jujuy, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy.
- (comp.) (1995b), *Población y trabajo en el noroeste argentino siglos XVIII y XIX*, Jujuy, INHIR, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Jujuy.
- TIO VALLEJO DE FERNÁNDEZ, Gabriela (1990), “Aporte al estudio de la dimensión demográfica y económica de la esclavitud en Tucumán”, tesis de licenciatura, Universidad Nacional de Tucumán.
- TORRADO, Susana (1999), “Transición de la familia en la Argentina: 1870-1995”, en *Cambios demográficos en América Latina: la experiencia de cinco siglos*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, International Union for the Scientific Study of Population.
- y Nicolás SÁNCHEZ ALBORNOZ (1965), “Perfil y proyecciones de la demografía histórica en la Argentina”, *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, N° 8, Rosario, Universidad Nacional del Litoral,
- ULLOA, Mónica (1995a), “Migración y hogares en el Jujuy colonial”, en Ana Teruel (comp.), ob. cit.
- (1995b), “Población y unidades domésticas en una ciudad colonial: San Salvador de Jujuy 1755-57”, en Ana Teruel (comp.), ob. cit.
- VALLEJO, Norma (1995), “Estructuras familiares: Santiago del Estero en 1786”, en *II Jornadas de Estudios de la Población (AEPA)*, Buenos Aires, Honorable Senado de la Nación (realizadas en Buenos Aires en agosto de 1993).

ZACCA, Isabel (1997), "Matrimonio y mestizaje entre los indios, negros, mestizos y afro-mestizos en la ciudad de Salta (1766-1800)", *Andes*, N° 8, Salta, CEPIHA.

– (1998), "Una aproximación al estudio de la sociedad colonial. El caso de la construcción de identidades sociales en Salta a fines del período colonial", en Ricardo Cicerchia (comp.) (1998), ob. cit.

Notas

¹ Agradezco la lectura y los comentarios a una versión previa de Jorge Gelman.

² Sin embargo, salvo un trabajo de Ricardo Cicerchia, no he encontrado estudiosos argentinos que hayan publicado en ninguna de las revistas mencionadas. (Cicerchia, 1997).

³ Excepto los territorios no dominados por la civilización española: el Chaco, la Pampa y la Patagonia.

⁴ Sobre el devenir de la historiografía argentina de los últimos años ver, entre otros, Halperín Donghi (1996), Romero (1996), Hora (2001), Palacio (2002).

⁵ Véase *Anuario IEHS*, N° 2.

⁶ Véase un estado de la cuestión actualizado en Garavaglia y Gelman (1998).

⁷ Una vez concluido el presente resumen he leído el trabajo de José Luis Moreno (Moreno, 2004) que sintetiza y sistematiza estas apreciaciones, extendiendo su análisis hasta la primera mitad del siglo pasado.

⁸ Fuera de nuestro período en estudio existen numerosas publicaciones que pueden ser utilizadas para la historia de la familia, producidas por investigadores que no hemos mencionado en este resumen, como Hernán Otero, Eduardo Míguez, Norberto Álvarez, María Cristina Cacopardo, Mario Boleda, Guillermo Velásquez, Alejandra Pantelides, Victoria Mazzeo, Gladis Masse, Marcelo Borges, Marcelo Iriani, María Bjerg, Susana Torrado, Alfredo Lattes, Zulma R. de Lattes, María Cecilia Mercado Herrera, María Liliana Da Orden, entre otros.

– (1999), "Elección matrimonial y control social en Salta a fines del período colonial", en *IV Jornadas Argentinas de Estudios de la Población*, Resistencia, Instituto de Investigaciones Geohistóricas-CONICET-Facultad de Humanidades-Universidad Nacional del Nordeste (realizadas en Resistencia en 1997).

⁹ Acerca de los esfuerzos de la demografía para complementar su fundamento cuantitativo y su apertura a la complementación con otras ciencias sociales, véase Kertzer y Fricke (1997).

¹⁰ En las últimas Jornadas Interescuelas y Departamentos de Historia celebradas en Córdoba, hemos organizado con Raquel Gil Montero una mesa temática titulada "Estrategias familiares de producción y reproducción. La metodología instituida y sus adaptaciones al contexto latinoamericano". En ella nos proponíamos revisar la aplicación automática de "herramientas conceptuales y metodológicas desarrolladas por las ciencias sociales para otras latitudes y realidades históricas". Se logró, con el aporte de ponentes, comentaristas y relatores, una interesante discusión sobre los aspectos metodológicos de nuestra disciplina.

¹¹ Es de destacar la labor que cumple la Asociación de Estudios de Población de Argentina, en cuyas jornadas siempre se encuentra una o dos sesiones dedicadas a la demografía histórica y a las conformaciones familiares históricas. Durante el transcurso de las últimas de ellas, celebradas en Tafí del Valle en 2003, se conformó la nueva comisión directiva presidida por Hernán Otero. Con posterioridad se establecieron comisiones científicas específicas; una de ellas es la de Demografía Histórica, cuya coordinadora es Raquel Gil Montero.

¹² No se nos escapa que, por el momento en que se realizaron, setiembre de 2001, debemos darnos por contentos con que se hayan llevado a cabo.



Encapsular la historia

La experiencia de los museos en Zanzíbar*

Abdul Sheriff**

Introducción

Zanzíbar es un lugar pequeño con una historia muy larga y compleja. Como parte de la costa swahili, se ubica en la confluencia entre el mundo continental de África y el mundo marítimo del océano Índico. Con un área de alrededor de mil millas cuadradas, registra una historia que podría remontarse a dos mil años. Durante el siglo XIX, Zanzíbar se desarrolló como el asentamiento de un vasto imperio comercial cuya influencia se extendía sobre un gran área del África oriental, mucho más allá de sus límites insulares actuales. Su historia, entonces, es una de intensa y extensa interacción cultural, junto con un desarrollo *in situ* propio. De esta manera, los museos en Zanzíbar, en tanto espejos que concentran su historia y cultura, tienen la tarea de explicar toda esta complejidad a la población local, que da por hechos muchos de estos complicados elementos, y a los turistas y demás extranjeros que de otra manera podrían verse frustrados por estos obstáculos.

Sin querer hacer de este artículo una historia personal, creo que no está fuera de lugar relatar las circunstancias accidentales por las cuales yo, un ex profesor de historia de la Universidad de Dar es Salaam, llegué a estar

a cargo de los museos de Zanzíbar, dándoles, así, un giro histórico en su desarrollo.

En 1991, me llamaron desde Zanzíbar para pedirme que dirigiera la comisión de turismo. Tuve grandes dificultades para discutir mi oposición al viraje tan precipitado en mi carrera como historiador y educador. Al año siguiente me enteré de que el gobierno de Zanzíbar había decidido expandir las instalaciones de los museos, en parte para hacer frente a las necesidades de la creciente industria del turismo en Zanzíbar, pero además por el evidente rol educativo que podrían jugar los museos, tanto para la población local como para los visitantes extranjeros. Pensé que sería mejor ofrecerme para este proyecto, más compatible con mi labor, antes que exponerme al riesgo de ser arrastrado a otro agujero burocrático sin consulta previa, ya que es común, en muchos lugares de África, enterarse por la radio de que uno ha sido afectado (o desafectado) de una tarea.

Lo que heredamos

El desarrollo de museos en Zanzíbar, al igual que en otras colonias británicas, es una imagen borrosa del desarrollo cultural de la

* Ésta es una versión revisada y actualizada de un paper publicado en C.D. Ardouin y E. Arinze (eds.), *Museums and history in West Africa*, Londres, James Currey, 1998.

** Curador principal de los museos de Zanzíbar.

metrópoli que data del período de entreguerras. No sorprende, en tanto creación colonial, que el museo destacara las preocupaciones imperiales. El museo Peace Memorial se construyó en 1925, en memoria de aquellos que habían muerto durante la Primera Guerra Mundial, que fue, para los zanzibaris, una guerra interimperialista. La historia imperial británica, incluyendo el trabajo de exploración y las misiones cristianas, se exhibía en el museo de manera desproporcionada. Heredamos casi un arsenal de armas de fuego y espadas ceremoniales, quizá la colección individual más grande del mundo.

En esa época, el colonialismo británico ya estaba inmerso en las ideas de “administración indirecta”, que implicaba cooptar a las clases dirigentes locales, dándoles el lugar de socios menores en el proyecto colonial, y sostener lo suficiente de la cultura y las prácticas locales para hacer el colonialismo más potable y barato. Lo que resulta interesante es el hecho de que esta idea se tradujo hasta en la arquitectura de los edificios coloniales tempranos. Como los británicos habían reemplazado el gobierno árabe, y Zanzibar era un país mayormente musulmán, un arquitecto de los primeros tiempos coloniales trató de desarrollar lo que se llamó elementos “sarracénicos” para poder encajar en una sociedad musulmana. El museo Peace Memorial estuvo diseñado con una estructura islámica oriental, que recuerda a la mezquita de Santa Sofía, en Estambul.

El museo Peace Memorial

El diseño de las exposiciones del museo Peace Memorial traicionaba otra característica de la cultura colonial. La perspectiva

dominante en las colonias era más antropológica que histórica. África no era considerado un continente histórico sino, y en línea con el darwinismo social del momento, como un laboratorio de las primeras formas de organización humana. Las exposiciones tenían muchas fotografías y trajes “típicos” de los diferentes grupos étnicos de Zanzibar, haciendo énfasis en su diversidad más que en el proceso de homogeneización que es tan característico de la cultura swahili. La rotonda central del museo mostraba la explotación de los colonizadores y sus agentes, mientras que las alas hexagonales estaban dedicadas a temas como las artes, las industrias locales, las creencias tradicionales, las comunicaciones, etc., todos presentados de forma bastante estática.

A pesar del obvio origen colonial de la concepción y el diseño del museo, éste desempeñaba funciones culturales invaluable. En primer lugar, introdujo el concepto mismo de museo, que se grabó en las mentes de la gente. En segundo lugar, guardó y preservó un gran número de artículos y artefactos culturales y materiales inestimables, que, de otra manera, se hubieran perdido.

La revolución de 1964 en Zanzibar marcó un hiato en el desarrollo de museos, al igual que lo hizo en la política y la historia de las islas. El museo perdió su orientación, a la vez que muchas de sus colecciones. Por casi dos décadas fue rechazado, pensado como una institución colonial. El famoso domo estuvo en peligro de derrumbarse por completo. La revolución falló no sólo en el cambio del concepto de museo en Zanzibar, que debió haber sido su fuerte, sino también en la tarea de preservación de lo que había sido heredado como parte del patrimonio nacional. La negligencia oficial dio amplias oportunidades para los codiciosos de todo tipo: cualquier cosa que contuviera un poco de oro o plata, incluidas las monedas, desapa-



reció. Afortunadamente, otros elementos cotidianos no fueron considerados valiosos y permanecieron en el museo.

La única iniciativa fue erigir un museo del partido gobernante, con obvias intenciones políticas. La tarea fue asignada a los norcoreanos, que organizaron el museo según su tradición del “gran líder”, pero este intento parece haber tenido poca llegada local y no echó raíces. Cuando fue desmantelado, en 1992, no dejó rastros.

Vuelta a la vida

Para 1980, el pico del huracán revolucionario estaba pasando. El actual programa de expansión del museo debe verse en el contexto de la transformación de Zanzibar durante la década pasada. A partir de 1984, el país comenzó a transitar la llamada liberalización política y económica. Cuando la economía de monocultivo de Zanzibar, basada en las especias en general, se fue a pique, cayó a su vez el rígido control estatal sobre la economía. Se abrió al mundo en términos comerciales, tratando de recuperar su lugar de enclave del siglo XIX, y el turismo se vio como uno de los nuevos posibles asientos para la resurrección económica. El solo nombre de Zanzibar dispara la imaginación de los turistas y se hizo un esfuerzo consciente para explotar el nombre y el legado cultural del país al máximo. Ya no importaban el “sultanato árabe” derrotado por la revolución, ni Stone Town en Zanzibar (que había sido representado como un lugar de ex explotadores, terratenientes árabes y comerciantes indios). Éstos habrían sido, precisamente, los elementos culturales exóticos que habían atraído a los turistas, pero ahora

se hacía evidente que para captar y retener en Zanzibar a la mayor cantidad y variedad de turistas por el mayor tiempo posible, iba a ser imprescindible proveer las instalaciones necesarias. Los museos son una manera obvia (y quizá la más rápida) para darle al visitante una mirada de la historia y el ambiente locales.

Aunque la cuestión económica es innegable, sería un error reducir sólo a esto las motivaciones del gobierno o de los profesionales de los museos involucrados en este proyecto, al igual que la respuesta local a las exhibiciones. El gobierno decidió dedicar al desarrollo de museos dos de los edificios más prominentes de la costa: el antiguo Palacio del sultán y el Gabinete de Maravillas, que había sido hasta ese momento la escuela ideológica y el museo del partido gobernante. Al dejar la conducción de los museos en manos profesionales, el gobierno, quizá sin darse cuenta, estaba permitiendo la posible introducción de una actitud de lucha, si no de contradicción, en lo que emergía de los nuevos museos. Se decidió asignar el palacio a la conservación y exhibición de lo que había quedado como el antiguo asiento del poder político y usar el Gabinete de Maravillas como el nuevo Museo Nacional* de Historia y Cultura de Zanzibar y la Costa Swahili.

El Museo del Palacio

Comenzamos por el Museo del Palacio simplemente porque el edificio había estado a punto de colapsar y había sido reparado por el gobierno de Zanzibar, mientras que el

* El que se haya añadido este término tiene más que ver con la problemática situación de Zanzibar en la Unión Tanzaniana y refleja el intento de retener una identidad nacional, más que el acercamiento a un museo con contenidos que intenten reflejar una cultura swahili mayor.

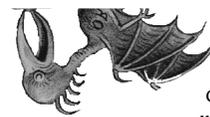


Gabinete de Maravillas era un proyecto mucho mayor y más caro. El palacio fue construido a principios del siglo XIX por un príncipe comerciante que se describió a sí mismo como un “simple mercader”. El edificio se caracterizó por su simplicidad y utilitarismo, típicos de la primera generación de capitalistas comerciantes, y la sencillez sólo se cortaba con los grandes espejos importados, las arañas, las alfombras persas, el mobiliario asiático y europeo y los relojes que decoraban el interior. El hijo del príncipe, más ostentoso que su padre, volvió a amueblar en parte el palacio, agregando elaborados pórticos de madera tallada. Durante el bombardeo británico de 1896, cuando un príncipe intentó volver a proclamar la independencia de Zanzíbar luego de la imposición del protectorado británico en 1890 (este episodio fue denominado “la guerra más corta de la historia”), el palacio sufrió serios daños. Cuando fue reconstruido, se hizo deliberadamente en una escala más modesta, para reducir la figura del sultán a su tamaño colonial, como la residencia de un gobernante nominal, que vivía muy limitado en su poder civil. Por lo tanto, no debemos esperar ver un palacio oriental lujoso, a la manera de los rajás indios.

Sin embargo, el palacio es un museo único en el África subsahariana. Tiene una maravillosa colección de muebles de ébano tallado de India y China, relojes europeos con campanas melodiosas (muchos de los cuales aún funcionan) y también muebles más cotidianos de madera blanda de Europa, los cuales nos han dado un gran trabajo para protegerlos de las insaciables termitas tropicales. Al organizar los museos, se hizo un esfuerzo para no reproducir el palacio en un momento histórico particular, sino para destacar diferentes períodos y aspectos en su más de un siglo de historia, y reflejar la historia de Zanzíbar como un todo.

Los tres pisos se organizaron de la siguiente manera:

- La planta baja exhibe el período formativo, haciendo énfasis en las relaciones internacionales de Zanzíbar durante el siglo XIX. Incluye las bellas pinturas al óleo del emperador Francisco José de Austria y su reina, que fueron un regalo a Zanzíbar en ocasión del tratado comercial entre Austria y Zanzíbar en la década de 1880.
- El primer piso muestra los años de opulencia, con el acento puesto en lo ceremonial. Contiene un gran número de pinturas al óleo en tamaño real del sultán, realizadas por artistas de muchas nacionalidades. Se aprovechó la oportunidad, además, para presentar el contraste entre la gran cantidad de ostentosos muebles tallados de India y China de la segunda mitad del siglo XIX y los muebles europeos, utilitarios y baratos, del siglo XX.
- Ese piso también alberga una sala dedicada a la princesa Salomé, quien huyó para casarse con un comerciante alemán en la década de 1860 y escribió una biografía muy ilustrativa. Fue la primera escrita por un zanzibari, y por una mujer. La obra de la princesa se usó para contar la historia de su vida y para acondicionar la habitación tal como se hubiera visto hacia mediados del siglo XIX.
- El segundo piso está dedicado a las habitaciones domésticas del sultán que, según pensamos, son un tema colonial muy apropiado, puesto que fue el momento en que el sultán fue reducido a mero figurante. Hay un contraste dra-



mático entre los muebles antiguos de India y China heredados del siglo XIX, que incluyen un “sofá de los amantes” único (que nunca deja de captar la atención de los visitantes) y la vajilla tallada del sultán de 1890 y 1950, y el mobiliario de fórmula barata de principios de la década de 1960, una contradicción que fue conservada para sacudir las mentes de los visitantes entre la gloria y la pobreza de los sultanes.

El museo abrió sus puertas en enero de 1994, como parte de los festejos por el trigésimo aniversario de la revolución que derrocó al sultanato. La ironía y el significado de este acontecimiento no deben ser pasados por alto. La nación estaba dividida políticamente antes de la revolución (aún lo está), y la

inevitable tensión entre aquellos que fueron alienados y aquellos que fueron beneficiados por la revolución era una herida abierta que todavía debe ser sanada. Nosotros pensamos que el país debía dar vuelta la página de su historia y darse cuenta de que era demasiado miope al ver el pasado siempre a través del estrecho prisma de los conflictos del momento, ignorando el legado de toda la nación. El gobierno revolucionario de Zanzíbar había demostrado su madurez cuando decidió reparar el edificio del palacio, y otorgó fondos sustanciales de sus escasos recursos para abrir, por iniciativa propia, el Museo del Palacio. No obstante, el museo sigue siendo, para la historia de Zanzíbar, un *locus* de discusión sobre de quién es la historia, sobre cuál es la historia. Muchos estaban felices de que lo que quedó se haya preservado; algunos militantes acérrimos de la revolución ven esta preservación como recuerdo de la opresión pasada

y se niegan a visitar el museo. Pero el museo ha probado ser muy popular, especialmente entre los escolares y para los turistas en busca de lo exótico. Una cantidad similar de habitantes locales y de turistas extranjeros lo visitaron durante el primer año de funcionamiento pleno.

El Museo de Historia y Cultura del Gabinete de Maravillas

Aunque el Museo del Palacio es único, sólo puede mostrar una pequeña parte de la historia y la cultura de Zanzíbar: la del estrato superior de la sociedad. Por esa razón, el desarrollo de ese museo fue acompañado, a propósito, con el trabajo sobre un museo nacional que mostrara cómo vivía el 99 por ciento de la población. El Gabinete de Maravillas, la estructura más imponente del frente marítimo, se construyó en la década de 1880 como palacio ceremonial. Durante la colonia fue usado como oficina central de la administración colonial. Luego de la revolución, se convirtió en escuela y museo del partido gobernante, siendo el Gabinete de Maravillas un diseño norcoreano, que siguió el estilo típico de la tradición del “gran líder”.

El Museo del Gabinete de Maravillas

Con el Museo del Gabinete de Maravillas apuntamos a cubrir no sólo el territorio de Zanzíbar, sino también todo el corredor swahili, desde el sur de Somalia hasta el norte de Mozambique, dado que en conjunto forman una única región cultural. Por eso, el museo se llama Museo de Historia y Cultura de Zanzíbar y la Costa Swahili. El abordaje que se hizo para construir el museo fue explícitamente histórico. Durante la

década pasada, una cantidad considerable de investigaciones históricas y arqueológicas han revelado una historia muy larga y rica, que ahora puede ser exhibida sistemáticamente. Como la costa oriental africana es también la orilla occidental del océano Índico, se hará el intento de resaltar las consecuencias históricas y culturales de la convergencia, a lo largo de la costa oriental de África, entre el mundo continental africano y el marítimo del océano Índico.

Al abordar este objetivo somos perfectamente conscientes de las posturas divergentes que los historiadores africanistas han sostenido, durante tres décadas, sobre la historiografía del África oriental. Como reacción frente a la historia colonial, que le ha negado a África una historia propia, la historiografía africana ha cumplido un papel esencial en la tarea de recuperar una iniciativa africana propia. Sin embargo, la persistencia de su espíritu de cruzada, que deliberadamente ha dado la espalda al mar (a veces hasta el extremo de negar cualquier tipo de significado a la larga historia de interacción entre los swahili y los pueblos del Índico), termina poniendo el énfasis en el aislamiento de África respecto de las grandes corrientes de la historia humana. Fernand Braudel ha demostrado las tendencias unificadoras de las rutas marinas del mundo, y más que cualquier otro, el océano Índico ha tenido el efecto de unir a muchos pueblos y culturas. La esencia de los swahili es operar tanto en el espacio continental africano como en el marítimo del Índico. Por ese motivo, el museo vuelve a estar en la arena de discusión sobre de quién es la historia y cuál es la historia.

El mar es tan central para la cultura swahili que decidimos contextualizarlo dentro del mundo marítimo del océano Índico. Por esa razón, dedicamos la zona central

del museo a ese tema. Queremos mostrar desde la economía costera local hasta el comercio de larga distancia de los monzones, todo esto organizado alrededor de un modelo de tamaño real de una barca swahili hoy desaparecida, llamada *mtepe*, que aún debe ser construida. En la planta baja también habrá una exposición sobre la historia y la arquitectura de Stone Town en Zanzíbar, que es el sorprendente producto de siglos de interacción social y cultural entre África y las tierras a lo largo del Índico: hay elementos swahili, árabes e indios que, junto con la arquitectura de los primeros tiempos coloniales, se mezclaron de manera única.

En el primer piso hay cuatro enormes salas interconectadas que se usarán para dar una visión panorámica de la historia y la cultura de Zanzíbar y la costa swahili, desde la Edad de Piedra hasta la revolución. Recientemente, se han encontrado herramientas neolíticas en Zanzíbar, y en los siglos subsiguientes llegaron pueblos de idioma bantú desde el interior, absorbiendo a pueblos cúsitas, que habían ocupado una gran parte del África oriental hasta la costa. Por otra parte, desde los comienzos de la era cristiana existen evidencias arqueológicas de comercio marítimo entre las regiones de la orilla norte del océano Índico y la costa este de África, la cual creció con la expansión de los imperios musulmanes del siglo VIII. La convergencia de estos dos movimientos sobre la costa oriental africana creó la civilización swahili, que era marítima, urbana e islámica, sin borrar su legado africano, sobre todo la lengua bantú. Desde el último cuarto del siglo XVIII, Zanzíbar se erigió como la capital de un reino árabe-africano y como centro de un vasto imperio comercial, basado en el doble cimiento



del comercio y la plantación esclavista que producía especias y otras *commodities* agrícolas. Con la división colonial de África en la década de 1880, y con ella la del *hinterland* de Zanzíbar, la capital se redujo a sus confines insulares actuales, y la revolución de 1964 bien puede ser vista como el final de esa historia. Sin embargo, Zanzíbar continúa siendo parte de la civilización swahili, que siguió influyendo sobre muchos territorios coloniales; de hecho, durante el siglo XIX y sobre todo en el período colonial, su lengua y aspectos de su cultura se difundieron a lo largo y a lo ancho de una gran parte del África oriental. Ésta es la historia que queremos contar en el Museo del Gabinete de Maravillas.

Hasta ahora, sólo se han acondicionado dos salas, y su diseño es algo ecléctico. La exposición sobre la cultura swahili está focalizada sobre las bases económicas de la civilización, su agricultura, su actividad pesquera y sus artesanías, también hay una reconstrucción de una casa swahili de Lamu, que fue realizada por artesanos del lugar para lograr decoraciones arquitectónicas únicas y la ubicación de los elementos del hogar en sus lugares típicos; por último, pueden verse instituciones sociales características como una mezquita, una madrasa (escuela Quran), un lugar de atención médica tradicional, etc., ubicados a lo largo de una calle de un pueblo swahili. La segunda sala del imperio comercial está organizada de acuerdo a líneas más tradicionales, con vitrinas de vidrio para exponer los variados aspectos del Zanzíbar del siglo XIX, incluyendo el comercio, la agricultura de plantación esclavista, las exploraciones, la diversidad cultural y religiosa, etcétera.



Consideraciones finales

La expansión a gran escala de las instalaciones de museos en Zanzíbar es única en el África actual. La burbuja del nacionalismo posindependencia ha explotado en otras partes del continente. Probablemente, una de las razones por las cuales los museos en Zanzíbar han recibido un fuerte apoyo oficial tenga que ver con lo mal resuelto de la cuestión nacional. El miedo a la pérdida de la identidad nacional es fuerte, y la gente recurre a los museos y a la historia en busca de reafirmación personal. Una segunda razón, más mundana, se relaciona con la necesidad de diversificar la base económica del país a través de la explotación del atractivo romántico de Zanzíbar y desarrollar su potencial turístico.

Nuestro esfuerzo se ha dirigido básicamente a presentar nuestra propia historia y cultura a nuestra gente y a los visitantes del extranjero. El desafío ha sido no mostrar la sociedad ni como una entidad homogénea y estática ni como una sociedad plural con subculturas diferenciadas (que se juntan pero no se mezclan), sino como una amalgama orgánica y cosmopolita que posee unidad sin borrar toda la diversidad. Es también una sociedad que no tuvo su visión del mundo confinada al estrecho cinturón costero, sino que se vio a sí misma como parte de un espacio mucho más amplio. Cuando un cantor taarab de Mombasa quiere elogiar la belleza de las mujeres de su pueblo natal Lamu, en Kenia, no la compara sólo con la de otros pueblos del corredor swahili, sino también con la de Egipto, la de Yemen y la de India. Sólo los visitantes podrán juzgar si cumplimos con nuestro objetivo de mostrar la cultura swahili tal como la vemos.

Sin importar cuán exitosos seamos en nuestra tarea, nos preocupa que las exposiciones sean extremadamente unilaterales para nuestra gente. Somos muy serios en cuanto a los objetivos educativos de nuestros museos, tanto para nuestros habitantes como para los turistas. El problema para muchos de los especialistas en museos de los países desarrollados es cómo presentar otras culturas a su público. En nuestro caso, nuestros museos apenas pueden exhibir nuestra propia historia y cultura nacional, y nuestros niños tienen pocas oportunidades de aprender sobre otras culturas de la manera en que lo hacen sus contrapartidas de los países desarrollados que visitan sus museos. Esta unilateralidad puede conducir a una peligrosa xenofobia; también puede prestarse a acusaciones de que estamos preocupados de manera desproporcionada en vender nuestro legado nacional a los turistas extranjeros para quedarnos con sus dólares. Tuve que ir hasta Leiden, en Holanda, para ver la famosa exposición de Sahel, que fue muy educativa para mí. Mis conciudadanos no tendrán nunca esa oportunidad de comprender y apreciar las similitudes y diferencias entre estas dos áreas de convergencia cultural a través del océano Índico, en un caso, y el Sahara, en otro, lo cual podría ser muy interesante e instructivo. Esto pide una cooperación e intercambio entre las distintas partes de África y del sur en general, pedidos que muchas veces se hicieron, pero que no obtuvieron respuesta.

Mi comentario final se relaciona con nuestra experiencia práctica en la preparación de los museos en términos administrativos y financieros. El museo del Gabinete de Maravillas se concibió originalmente como un proyecto a gran escala. Los consultores, en 1994, habían propuesto un presupuesto de 1,5 millones de dólares que, en

ese momento, la Unión Europea estaba dispuesta a contemplar. Si eso se hubiera dado, hoy quizá tendríamos el museo en funcionamiento, pero la cuestión se ha convertido en un elefante blanco, manejada por expertos y subvención extranjeros, a la manera del museo del gran líder que habían desarrollado los norcoreanos, o los museos que están construyendo extranjeros en algunos de los países petroleros del Golfo, con poca iniciativa o inversión local.

Sin embargo, la política nunca está demasiado lejos de nuestro trabajo. En 1995, las elecciones en Zanzíbar fueron una intervención, cuando el fraude electoral y la extendida violación de los derechos humanos produjeron un congelamiento de la ayuda económica extranjera. Por nuestra parte intentamos un acercamiento basado en nuestras propias fuerzas, usando nuestros limitados recursos financieros y humanos para preparar las exposiciones de a una, una sala por vez. Pero el gobierno quiso implementar el proyecto a lo grande (mas sin proveer fondos). De esta manera, el plan se estancó hasta las elecciones de 2000, las cuales, a su vez, empeoraron las cosas, pues condujeron a una matanza masiva en enero de 2001. Sin perspectiva inmediata de levantar el congelamiento de la ayuda, el gobierno se preparó para una aproximación alternativa. En un sentido, el enfriamiento de la ayuda fue positivo, porque nos enseñó a practicar la confianza en nosotros mismos, algo que veníamos predicando desde hacía mucho.

Lo que conseguimos con nuestros magros fondos fue sorprendente. Usamos nuestros recursos humanos (que tenían mínimo entrenamiento), una escuela de oficios para construir el mobiliario y una vidriería



local para armar nuestras vitrinas y menos de 20 mil dólares, producto de los ingresos de la entrada, para acondicionar la primera sala en 1991 y un monto similar en 1992 para la segunda. La misma práctica de la autoconfianza fue una experiencia maravillosa, pero fue sólo un débil fogonazo. Ajustados en el presupuesto debido al congelamiento de la ayuda económica, fue el gobierno, sin embargo, el que recibió nuestras pequeñas ganancias. Habíamos hecho maravillas con poco dinero, pero no podíamos hacer milagros de la nada. Propusimos la creación de un Fondo Fiduciario del Legado, que permitiría a los museos y a otras instituciones relacionadas solventarse a sí mismas, en parte con su propio esfuerzo y ganancias de las entradas, al tiempo que recibir donaciones de benefactores, pero la propuesta está atascada en algún lugar de las tuberías de la burocracia.

Hay otro hecho irónico. Las matanzas de 2001 obligaron finalmente a los partidos

políticos enemigos a llegar a un acuerdo para restablecer la paz, y los países que aportan donaciones están ahora listos para reanudar la ayuda a Zanzíbar. Si bien esto debería haber sido una buena noticia, ahora es más difícil persuadir al gobierno de que permita que el museo conserve algo de su autonomía financiera. Las donaciones son para proyectos específicos; cuando los donantes se retiren, ¿cómo se sostendrán los museos? Es necesario establecer una fórmula según la cual las autoridades locales jueguen el papel que les corresponde en el desarrollo de un programa de museos sustentable que se base en el fomento del autofinanciamiento y la construcción local. Los donantes incondicionales y el cuidado del presupuesto deberían verse, en relación con esto, como ingredientes positivos del esfuerzo para el desarrollo.

(Traducción: Melina Graves)

¿De quién es la historia? ¿Cuál es la historia? Comentarios sobre “Encapsular la historia. La experiencia de los museos en Zanzíbar”, de Abdul Sheriff

Albert Wirtz*

Es un placer muy especial escuchar a Abdul Sheriff, historiador, escritor y educador, hablar sobre sus experiencias como “curador accidental” del Museo del Palacio en Zanzíbar y el Museo de Historia y Cultura de Zanzíbar y la Costa Swahili. Abdul Sheriff no es sólo uno de los historiadores africanos más importantes del mundo; incluso, creo que podríamos considerarlo el Braudel del océano Índico. Ambos eruditos combinan el sentido de pertenencia a un pequeño lugar (Zanzíbar, en el caso de Sheriff, los *terroirs* franceses en el caso del famoso historiador de los Annales), con una visión auténticamente oceánica de la historia, junto con la inclinación por la estética de los hechos y las figuras. Como curador de museos (accidental o no), Sheriff ha estado, además, a la vanguardia de una experiencia única, definiendo nuevos estándares para la historia pública, es decir, la forma en que la historia es conmemorada y representada en el África poscolonial.

Organizar un museo de historia es un desafío formidable en cualquier lugar, pero más en el caso de Zanzíbar, con la pobreza del pueblo y su sangriento pasado reciente. Sheriff está muy al tanto de los problemas que resultan de esto. Como dice en su artículo: “El museo sigue siendo, para la his-

toria de Zanzíbar, un *locus* de discusión”. Por lo tanto, ve al museo como una “arena de discusión sobre de quién es la historia y cuál es la historia”. Incluso podríamos ir un paso más allá y ver los museos como lugares donde se construyen metanarrativas históricas. Con frecuencia, estas metanarrativas se mezclan y se convierten en mitos o tienden a engendrar mitos. Para decirlo de otra manera: ¿los museos “encapsulan” la historia, como sugiere el título del artículo de Sheriff? ¿No sería más pertinente verlos como parte de aquellas instituciones y procesos que convierten algunas memorias sociales en historia?

Ver los museos desde esta perspectiva hace imperativo explorar las formas de ver la historia de sus curadores. Sheriff y sus colegas comparten una perspectiva que pone a Zanzíbar como ejemplo de la cultura swahili y como lugar central en el ancho mundo del océano Índico, conectando África con la Península Arábiga y el subcontinente indio. En consecuencia, se pone el acento en los aspectos marítimos de la cultura swahili y se presenta a Zanzíbar como una ciudad puerto, con una cultura cosmopolita. Se hace hincapié en el comercio a larga distancia, las comunicaciones, los intercambios y los procesos de hibridación cultural. Esta visión está en consonancia con



* Humboldt University, Berlín.

el consenso general de la historiografía académica reciente, que intenta alejarse de la vieja escuela de Dar es Salaam, la cual había remarcado las iniciativas africanas, pero había dado la espalda al mundo oceánico. El contraste es más pronunciado aún con la visión colonial que guió el viejo museo construido por los ingleses en 1925. Según Sheriff, este museo británico precursor no estaba exento de méritos, pues se dirigía y fomentaba el orgullo local. Sin embargo, el museo colonial, imbuido en el darwinismo social y mirando la historia a través del lente de la etnografía, también ha tenido algunas consecuencias muy negativas, sobre todo porque profundizó la “racialización” de la sociedad zanzibari. A los ojos coloniales, Zanzíbar era una sociedad con tres patas: terratenientes árabes en la capa superior, comerciantes asiáticos y banqueros en la media, y las masas trabajadoras en la inferior.

Sheriff y sus colegas tienen dos lugares de reunión a la hora de poner sus ideas en práctica: el Museo del Palacio y el Museo de Historia y Cultura de Zanzíbar y la Costa Swahili en el viejo Gabinete de Maravillas, ambos ubicados en la costa del antiguo Stone Town. Visto en perspectiva, el Museo del Palacio parece ser la parte fácil de la tarea, ya que está dedicado a la conservación de los restos del palacio del sultán. Sin embargo, las ambiciones de Sheriff y sus colegas van más allá. No quieren convertir al palacio en un simple monumento para conmemorar las glorias pasadas. Más bien, buscan mostrar cómo el sultán pasó, en tiempos coloniales, de ser un soberano poderoso y un príncipe comerciante a ser un mero “gobernante nominal” y un “socio menor” que incluso llegó a experimentar la pobreza. Es-

ta historia se cuenta principalmente a través de las pinturas y el mobiliario exhibido en las distintas salas.

Los ricos muebles antiguos y los retratos de dignatarios extranjeros que se muestran en la planta baja dan testimonio de la riqueza y el poder del sultanato durante la segunda mitad del siglo XIX; el mobiliario de fórmula barata de cuartos decorados de forma doméstica es interpretado por los curadores como ícono de la posición disminuida del sultán al final del período colonial. El edificio mismo, modesto si se lo compara con los castillos de otros gobernantes, también es un ejemplo arquitectónico de algunos valores fundamentales de la cultura swahili, como su sensualidad. Sentarse en la terraza del palacio del lado que da a la costa es una lección intensamente educativa, a la vez que placentera. El Museo del Palacio, y en particular la sala dedicada a la princesa Salomé, apunta a satisfacer la búsqueda de lo exótico de los visitantes extranjeros y los escolares locales. La princesa Salomé se enamoró de un comerciante alemán, y más tarde se convirtió en la cristiana señora Ruete. Su trágica historia ayuda a atraer a turistas europeos, mientras que algunos “militantes acérrimos de la revolución”, según los define Sheriff, aún se niegan a visitar el Museo del Palacio. Es difícil determinar si esta oposición es signo de mala voluntad política o si apunta a un problema estructural del museo, porque su lugar en la sociedad nunca se discutió de manera acabada. ¿Por qué otra razón, si no, los críticos del museo interpretarían erróneamente su política de exposiciones tildándola de glorificar a los antiguos opresores o como el intento de “vender nuestro legado nacional a los turistas extranjeros para quedarnos con sus dólares”?

En cualquier caso, la enemistad política de algunos señala el hecho de que el pasado en Zanzíbar es, y seguirá siendo, un territorio para la discusión.

Si el bello y acogedor Museo del Palacio tiene sus problemas, el Museo de Historia y Cultura encontrará nuevos, y uno no menor será el generado por lo ambicioso del proyecto. En su artículo, Sheriff lo denomina un “museo nacional”, lo que parece una contradicción en sus términos. El Museo quiere mostrar la vida de todos aquellos que no eran parte de la elite gobernante. Más aún, pretende dar una visión panorámica de la cultura y la historia swahili desde finales de la Edad de Piedra, tomando toda la costa swahili, hasta la revolución de 1964, como si ese evento trágico fuera considerado el momento final en el desarrollo de la historia y la cultura regionales. Por otra parte, la costa swahili se extiende desde Somalia, en el norte, hasta Mozambique, en el sur. ¿Cómo podríamos llamar “nacional” al museo? En mi opinión, esta denominación sólo tendría sentido si pensáramos el término “nacional” desde su vertiente romántica, en tanto constituye una entidad cultural (y étnica). Es justo decir que Sheriff y sus colegas no son de ninguna manera nacionalistas étnicos, más bien lo contrario: una y otra vez ponen el acento en el carácter cosmopolita de Zanzíbar.

La contradicción recién mencionada no es el único punto controversial del artículo. Permítaseme señalar algunos silencios que pueden indicar otras trampas ocultas. Es bastante sorprendente que Sheriff nunca mencione la esclavitud en su texto, aun más cuando él mismo ha escrito extensamente sobre la historia del comercio esclavista en Zanzíbar. Tampoco habla del término swahili *mshenzi*, de uso común en el pasado para referirse a los africanos no is-

lámicos, y que tiene cierta relación con los bárbaros griegos. ¿Este silencio es producto de la tendencia a ver armonía donde había disenso, opresión y conflicto? Acepto la idea principal de Sheriff, según la cual la sociedad zanzibari no era ni homogénea ni plural, sino más bien cosmopolita, que tenía unidad sin eliminar toda la diversidad. También estoy de acuerdo con la concepción según la cual Zanzíbar se caracterizaba por la tolerancia religiosa.



Insisto, no obstante, con que el término “orgánico” es inadecuado, por no decir peligroso, para describir esta compleja sociedad. Las sociedades construidas por los hombres nunca fueron y nunca serán orgánicas, e incluso las sociedades con unidad tienen sus diferencias sociales internas, anudadas a conflictos y poderes diferenciales. El viejo Zanzíbar no es la excepción a la regla.

Hay también otros silencios. Como se señaló antes, el silencio sobre el lugar de los dos museos en la sociedad local puede ser la causa de los actuales problemas de aceptación. En cualquier caso, los principales actores en la lista de Sheriff son: 1) los curadores; 2) el gobierno, y 3) las agencias internacionales de financiamiento.

Ni los grupos locales ni las escuelas como instituciones son tenidas en cuenta en su presentación, si bien menciona a los escolares como visitantes entusiastas. ¿Pero qué hay de los especialistas, los maestros religiosos y seculares, los estudiantes y otros jóvenes? ¿Deberíamos llegar a la conclusión de que estos dos museos no son ni parte del sistema educativo local ni están organizados con una visión educacional global? Si tal cosa fuera cierta, valdría la pena especificar los riesgos involucrados en un acercamiento de ese tipo: quien vea los museos como entidades autónomas con una racionalidad



propia y no busque la participación activa de los actores sociales locales como compañeros de trabajo, corre el riesgo de entregar los museos a las fuerzas del mercado y la industria del entretenimiento. De esa manera, los museos se convierten en un lugar más donde se organizan eventos más o menos espectaculares para el consumo rápido. No dudo de que esto pueda tener éxito durante un tiempo, pero me pregunto, sin embargo, si esa aproximación es sostenible en el largo plazo.

En cualquier caso, creo que parte del éxito de los museos del siglo XIX en Europa tiene que ver con la cercana asociación con la expansión educativa del período. Los museos eran instituciones donde se generaba conocimiento académico, al tiempo que se popularizaba. Eran parte de la cultura del aprendizaje, que se pensaba como civilizador, liberador y fortalecedor, algo que se extendía mucho más allá del nivel primario de la educación. Si bien esto era cierto, los museos eran también parte de la política del nacionalismo, si no de políticos xenófobos. Difícilmente este modelo es atractivo intelectualmente. Es más, la mayoría de los museos africanos han sido, hasta ahora, parte de la política de la construcción de la nación. Si queremos mantener los museos al margen de la intervención política y las agendas abiertamente nacionalistas, vale la pena volver a pensar, una vez más, en los museos como importantes lugares de información y como herramientas válidas para la educación en las artes liberales.

Sheriff ha traído a la luz muchos elementos importantes que han generado nuevas preguntas. Las tres que siguen pueden ser cuestiones a debatir, esenciales, además, para el futuro de su trabajo:

1) ¿Cómo manejarse cuando los fondos son tan limitados como parecen serlo en



Zanzíbar? ¿Existe una necesidad y un interés en la cooperación con museos de ultramar y en particular con los de Alemania? Aunque no fue colonia alemana, Zanzíbar tuvo un lugar especial en Alemania, sobre todo durante la época de la Guerra Fría, cuando estrechó lazos con la República Democrática. ¿Qué debe hacerse para evitar que los expertos de los bien establecidos y bien financiados museos del norte impongan sus conceptos y sus ideas a los habitantes de Zanzíbar? ¿Cómo asegurarse de que los eventuales esfuerzos de cooperación resultarán en un diálogo real?

- 2) ¿Cómo integrar a la sociedad local en la experiencia de los museos? Hans Belting abrió los debates del foro de museos del año pasado con una provocativa ponencia sobre un museo discursivo. ¿Es ésta una idea factible para un lugar como Zanzíbar? ¿O sería el principio del fin para el museo? Temo que, dado el estado de la política en Zanzíbar, ése sería el caso.
- 3) ¿Cómo presentar la historia en su diversidad sin caer en la trampa de una teología simplista como la de la idea de progreso? Las dificultades de mostrar la historia en su multiplicidad son manifiestas en el Museo de Historia Alemana de Berlín. Los que fundaron el museo tenían todos los fondos necesarios y su acercamiento al pasado fue verdaderamente erudito, y sin embargo el resultado de sus esfuerzos es una exposición que, una vez más, presenta la historia como la suma de las hazañas de los grandes hombres.

Sé que el acento puesto en los grandes hombres y su esplendor en el Museo de Historia Alemana no es ni el producto de una decisión política ni de elecciones epistemo-

lógicas conscientes. Más bien, creo que tiene que ver con los elementos que estaban a la mano. Los reyes dejan, al menos, castillos, coronas, armas y pinturas, pero ¿qué deja un pescador, o un trabajador de la tierra, o una lavandera, que pueda ser exhibido al público? Sin embargo, el regreso de la historia de los grandes hombres en el Museo de Historia Alemana también puede ser el resultado de una particular visión del museo como tal. Aparentemente, los responsables tenían una idea de museo como un lugar de entretenimiento más que de aprendizaje, y le dieron privilegio a lo espectacular. Nadie puede negar que los retratos de los reyes son más deslumbrantes que las herramientas de los agricultores. El lujo es más entretenido que la miseria, y la pompa política llama más la atención que las ceremonias campesinas de pequeña escala.

A partir de allí, nos vemos arrojados otra vez al problema de cuál es la historia y de quién es la historia que queremos presentar en el museo. El desafío es lograr que las exposiciones, y a través de ellas la historia del pueblo, se llenen de vida en el sentido histórico erudito que han desarrollado la mayoría de los curadores, tanto en Zanzíbar como en Berlín.

La tarea se hace aun más difícil por el hecho de que las piezas del museo se muestran de manera tridimensional, mientras los visitantes pasean entre medio de ellas. Por eso, las piezas se experimentan más que se leen, o más bien “leemos” con todos nuestros sentidos. De esta forma, los museos tienen mucho más que ver con los espacios públicos, y las exhibiciones con eventos como ceremonias o rituales multitudinarios. En estos escenarios, la comunicación no es sólo un desafío múltiple, sino que también tiene una retórica propia, diferente del arte de la escritura persuasiva.

La comunicación en los museos es más

compleja, pero menos precisa que la escrita, dejándoles a los visitantes una amplia libertad para la interpretación. Los contextos de las piezas son seminales. Para dar un ejemplo: podemos tomar una herramienta simple como una azada y presentarla como un objeto de arte por sus cualidades estéticas, o podemos mostrarla dentro del ciclo productivo y de uso, o se puede ver como una muestra genérica e incorporarla a una grilla de clasificación como se hacía con los arcos y flechas cuando el pensamiento evolucionista era dominante. La herramienta es siempre la misma, pero cuenta una historia diferente cada vez. Ninguna es intrínsecamente falsa, ni correcta: todas están abiertas a la interpretación, y las confusiones son frecuentes.

Hasta los textos adquieren nuevos significados en un museo. Esto, por supuesto, no es nuevo para los curadores que han aprendido a reducir la información escrita a lo básico. Sin embargo, hay una persistencia, al menos en Berlín, en ubicar estos fragmentos de información tan cerca del suelo, y preferentemente en lugares oscuros, que las personas de mediana estatura tienen que agacharse para leerlos. Al día de hoy, no sé si esto se hace porque la gente que va a los museos de Berlín tiene tallas menores a la altura promedio, o si los curadores de la capital alemana quieren que las personas se inclinen en señal de respeto, ya sea al arte, al pasado o a cualquier cosa que esté en exhibición en ese museo en particular. Si esto es así, el colocar a los museos en el ámbito de lo sagrado puede pensarse como una solución “consuelo”. En el pasado, esto se conseguía con medios arquitectónicos. Pero hoy nadie se atreve a construir museos del tipo del Partenón, como hicieron los fundadores de la antigua National



Gallery en el corazón de Berlín. Allí, el acceso al museo es igual a una ascensión, que deja sin aliento al tiempo que nos vuelve humildes, como si se recordara al visitante que ir a un museo es similar a trepar por el “estrecho camino” que conduce al paraíso se-

gún el pensamiento protestante y cristiano del siglo XIX. Afortunadamente, ese régimen disciplinario no está en los planes para los dos museos de Zanzíbar.

23 de enero de 2003

(Traducción: Melina Graves)



De súbditos a ciudadanos. Ensayo sobre las libertades en los orígenes republicanos (Buenos Aires, 1810-1852)

Buenos Aires, Imago Mundi, 2003, 209 pp.

Oreste Carlos Cansanello

Como el título de su libro lo indica, Cansanello se centra en el estudio del proceso de constitución del ciudadano en Buenos Aires durante las primeras décadas de la vida independiente del Río de la Plata, en razón de un interés que se funda a partir de dos constataciones: vivencial una e histórica la otra. En efecto, en la introducción nos advierte acerca de su actual preocupación por la frágil situación de las personas en tanto sujetos de derechos frente a Estados que, amparados en el discurso de la globalización, escatiman la protección a sus ciudadanos, a pesar de ser el fundamento mismo de su existencia. Esta vivencia lo condujo a interrogarse sobre el origen del ciudadano y a discutir un doble supuesto enraizado en la historiografía más tradicional: el primero es el que ligó estrechamente la extensión de los derechos individuales o civiles a todos los integrantes de la sociedad poscolonial con la Revolución de Mayo, y el segundo, corolario de aquel, es el de suponer que de allí en más se inició un extenso y controvertido proceso de ampliación de los derechos políticos que culminaría con la universalización del derecho de sufragio.

Ahora bien, los aportes realizados por la historia política, social y económica de las últimas décadas sobre la revolución, la guerra y la formación del Estado, los procesos electorales, el vocabulario político y el mundo rural mostraron, por el contrario, la falsedad de ese cuadro de abrupta ruptu-

ra con la etapa colonial al revelar la pervivencia de rasgos de “antiguo régimen” en los años que siguieron a la revolución. Cansanello destaca el valor de estos trabajos así como también el de algunos estudios de historia jurídica centrados en el examen de la normativa de los gobiernos posrevolucionarios, al cuestionar la relación causa-efecto que, derivada de los supuestos mencionados, se había establecido entre el quiebre del pacto colonial y la extensión de la libertad política y la igualdad jurídica de los individuos.

Si, según estas últimas contribuciones, la revolución no había hecho tabla rasa del pasado ni eliminado las barreras estamentales que caracterizaban a la sociedad local, era necesario adoptar una nueva perspectiva que permitiera evaluar de un modo más apropiado la dimensión de los cambios que, en cuanto a la adquisición de derechos individuales, se habían producido a partir de aquella. Así, el abordaje del período desde una óptica interesada en los cambios y permanencias entre el Antiguo Régimen y la etapa posrevolucionaria reveló a su autor que lo que se produjo a partir de 1810 fue la ampliación de la categoría de *vecindad* que alcanzó a un mayor número de personas e incluyó a los habitantes de la campaña que habían sido marginados durante la colonia. En razón de tal descubrimiento, concluye que durante los años que siguieron a la revolución no hay modo de indagar acerca de la ciudadanía que no sea

a través de la vecindad y, por lo tanto, del domicilio. Siguiendo esta línea, se aboca a reconstruir la manera, los alcances y los mecanismos a través de los cuales se operó tal ampliación.

En esa reconstrucción el correlato necesario que establece entre sociedad y constitución de los poderes públicos obligó a distinguir la etapa colonial de la de los gobiernos centrales y la de la provincia autónoma a partir de 1820, periodización que introduce en cada capítulo a fin de indicar los cambios y las persistencias en la condición de los individuos y en la relación de éstos con las instituciones. En especial para la tercera etapa, llama la atención sobre el paralelo proceso de formación que atravesaban el Estado y la sociedad provinciales, circunstancia que considerará clave para la extensión de los derechos individuales.

En su estudio recurre al análisis de las normas de la época, heterogéneo corpus que incluía desde la legislación indiana —que no había sido específicamente derogada luego de 1810— hasta las leyes, decretos, reglamentos y disposiciones constitucionales sea de los poderes centrales o del provincial. Atento a los usos que los contemporáneos hacían de vocablos tales como *vecino*, *ciudadano*, *transeúnte*, *peregrino*, *siervo*, *sirviente*, *peón*, *doméstico a sueldo*, *domicilio*, entre otros, los diccionarios y manuales de derecho vigentes en aquellos tiempos le prestaron una valiosa ayuda para evitar los anacronismos cometidos en más de una ocasión por algunos historiadores y juristas. Sin embargo, lejos está de limitarse al mero examen de la normativa. De ahí el recurso a una diversidad de fuentes primarias entre las cuales se cuentan principalmente los legajos relativos a la milicia, el ejército y los juzgados de paz, la prensa y algunas memorias, que evidencian su voluntad de confrontar las costumbres y

las prácticas jurídicas concretas con las normas escritas.

Así, en el primer capítulo, el autor señala los acontecimientos que sucesivamente, a partir de 1810, influyeron en la ampliación del status vecinal: la disolución del pacto colonial, la revolución, la supresión del cabildo, la expansión de la frontera bonaerense y la constitución de Buenos Aires como provincia autónoma. La caducidad de la soberanía real como instancia legitimadora de las nuevas autoridades llevó a reemplazarla por la invocación de la soberanía del pueblo y al sufragio como modo de expresar la voluntad popular. Las disposiciones sobre la “ciudadanía”, sin ser el único testimonio, como se indicará más adelante, muestran que el “pueblo” distaba considerablemente de ser un conjunto de individuos iguales ante la ley.

En el estatuto de 1815, por ejemplo, establecía que todo hombre libre mayor de veinticinco años que hubiera nacido y residiera en el territorio de la provincia recibía el nombre de ciudadano y podía ejercer voto activo y pasivo. Aunque la ciudadanía se suspendía en el caso de los domésticos asalariados como en el de los que carecían de propiedad (que no se restringía a la de la tierra) u oficio lucrativo, o se condicionaba severamente su ejercicio a los libertos, la categoría de “vecino colonial”, condición indispensable para participar de la modesta vida política del período prerrevolucionario, desapareció al perder el carácter urbano y aristocratizante que implicaba la exigencia de poseer “casa poblada” en la ciudad. La ciudadanía, no obstante, continuó asociada a la *vecindad*, como lo demostraron las prácticas electorales registradas a partir de este estatuto, en las que tanto los cabildos, responsables de la confección de los registros de ciudadanos, como los alcaldes de barrio y los tenientes alcaldes, destacadas figu-

ras en la organización y desarrollo del acto electoral, se encargaron de privilegiar la participación de los “vecinos de probidad reconocida”.

La caída del gobierno central marcó el inicio de la autonomía provincial y trajo aparejada la creación de la Sala de Representantes, encargada ahora de la elección del gobernador a la que se sumó, luego de la supresión de los cabildos de Buenos Aires y de Luján, el despliegue de funcionarios judiciales y policiales sobre una campaña cuyo proceso de ocupación era anterior al avance del Estado. Una vez más, la necesidad de legitimar a las autoridades provinciales fue el motivo principal de la sanción de la ley de elecciones de 1821, que extendió el “voto activo” a todos los hombres libres mayores de veinte años, nativos o avecinados en la provincia, eliminando así las restricciones que los estatutos de 1815 y 1817 habían impuesto a los peones y domésticos a sueldo. Pero al igual que aquellos, la nueva ley continuaba ligando la ciudadanía a la *vecindad*, ya que el padrón electoral preparado antes de cada elección tenía como base el de milicias, servicio cumplido sólo por aquellos a quienes se les reconocía domicilio.

Remarca, asimismo, que de la amplia concesión del “voto activo” no debe inferirse la igualdad entre los domiciliados ya que, además de las diferencias sociales marcadas por la propiedad o las actividades desarrolladas —y reproducidas, por ejemplo, en la milicia donde los más pudientes eran oficiales y los menos, soldados—, persistieron barreras estamentales —las castas continuaron excluidas— y la desigualdad en la capacidad jurídica de los individuos: tanto los menores de entre veinte y veinticinco años como los criados y los domésticos, por ejemplo, no podían presentarse por sí ante la justicia mientras que los últimos tenían la obligación de portar una autorización expe-

dida por el juez de paz de la correspondiente jurisdicción para trasladarse de un lugar a otro.

Por otro lado, y a pesar de que gran parte de la población de la campaña se hallaba domiciliada y el esfuerzo del gobierno provincial se orientaba en ese sentido como el modo más adecuado de conservar el orden y la seguridad, existían individuos al margen de la protección del Estado. Éstos eran los *transeúntes* que recibían el trato de forasteros y eran considerados “vagos” en potencia. Entre ellos se contaban los peones no permanentes, que sólo poseían la papeleta de conchabo y no estaban agregados con sus familias, ni eran arrendatarios o labradores. En consecuencia, desde el punto de vista de la relación entre poderes públicos y sociedad, la población se dividía en dos grandes grupos: *los domiciliados* y *los transeúntes*.

En cuanto a los mecanismos de acceso a la vecindad, Cansanello destaca la *centralidad* que revistió el servicio en las milicias luego de la revolución, al punto de definirla como inescindible de aquella. Dicho servicio era una obligación pública de origen colonial que tenía su contrapartida en el ejercicio de las “libertades” o derechos. Entre ellos se encontraban, por un lado, los de usufructuar bienes comunales, circular libremente, contratar y comerciar y por otro, los derechos políticos como el de sufragio y el de petición a las autoridades. Es por ello que constituía el vínculo más directo entre Estado e individuos. Asimismo, pone de manifiesto la diferencia existente entre milicias y ejército de línea que, en virtud de la pérdida del carácter local sufrida por las primeras durante la guerra de independencia y la participación de ambos cuerpos en la expansión y el cuidado de la frontera bonaerense a partir de 1820, permaneció oculta para la historiografía. Mientras que las mili-

cias estaban integradas sólo por los domiciliados, el ejército de línea se componía de voluntarios y destinados por los jueces de paz, en su mayor parte transeúntes sobre quienes recaían principalmente las levas. Entre otras cuestiones, señala la importancia de las milicias como sostén del poder de los caudillos en general y de Rosas en particular, y pasa revista a la legislación que reguló la incorporación de los domiciliados al servicio y estima en casi 50 por ciento la población masculina de entre dieciocho y cuarenta y cinco años que, por turnos rotativos de dos meses, estaba afectada al sistema.

En el capítulo 3 discute el juicio según el cual las trabas a la extensión de los derechos individuales se atribuyeron a motivos políticos cuando en realidad se relacionaban con el desarrollo insuficiente de la sociedad civil caracterizada por la desigualdad entre sus integrantes. Si los transeúntes carecían de protección del Estado, los “sirvientes”, entre los que se incluía a los criados y a los peones permanentes que vivían en la casa de su patrón, veían restringida su capacidad jurídica: eran hombres libres y podían percibir salario pero estaban limitados para circular con libertad, ejercer el comercio, presentarse por sí ante la justicia o dar testimonio. Es más, para Cansanello esa desigualdad se reprodujo a nivel político y se manifestó a través de la ley electoral de 1821 y la concentración de poderes del gobernador, materias de los dos últimos capítulos. Si la primera formó parte de un conjunto de reformas liberales encaradas por el gobierno autónomo que profundizó el proceso republicano, no fue elaborada para extender otra ciudadanía que la del voto, por su parte, indispensable para legitimar y consolidar a las nuevas autoridades. La ley permitió sufragar a grupos antes excluidos como los libertos, peones, domésti-

cos y a los menores comprendidos entre los veinte y los veinticinco años, y produjo marcadas transformaciones en la forma de hacer política, pero ello no cerró totalmente el proceso de individuación porque todos ellos seguían sufriendo una disminución de su capacidad jurídica, como se mencionó anteriormente.

En el capítulo final, discute la relación que se ha establecido entre las libertades individuales y la división de poderes –cuya declaración formal se encuentra ya en el reglamento de 1811– fundada en el supuesto según el cual el equilibrio entre los poderes ejecutivo, legislativo y judicial garantizaría el ejercicio de aquellas y la protección del individuo frente al Estado. Y aquí nos interesa resaltar dos observaciones que el autor realiza al dejar de lado dicho supuesto, y que estimamos las más polémicas. En primer lugar, su afirmación de que lo que caracterizó el proceso político hasta 1852 fue la concentración de poderes en el cargo del gobernador. Más allá de las limitaciones que las leyes constitucionales de la primera década revolucionaria buscaron establecer y de aquellas otras impuestas con la creación de la Sala de Representantes y la reformulación del sistema judicial a partir de la supresión del Cabildo, los gobernadores –al igual que sus pares coloniales– conservaron el ejercicio de las cuatro causas. Así, al establecer una continuidad entre ambos cargos elude la asociación entre la ampliación de atribuciones del “ejecutivo” provincial y el ascenso al poder de Rosas. Propone en cambio una correspondencia entre ese vasto poder (y, por consiguiente, la imposibilidad de establecer la separación de poderes) y la inexistencia de una sociedad de iguales, vinculación que merecería una explicación más detallada que tan sólo aparece enunciada (p. 176)

En segundo lugar, su insistencia en que en las discusiones sobre la procedencia de

otorgar las facultades extraordinarias –concedidas por la sala a la mayor parte de los gobernadores desde 1821 y que se hicieron habituales en los años 30– giraron en torno a la cuestión de las libertades individuales y “no abarcaron asuntos que se consideraban propios de la legislatura” (p. 191). El resultado del ejercicio de esas facultades era, en efecto, el de reforzar la capacidad del gobernador para cercenar las libertades individuales, con el objeto de restablecer el orden en momentos de violencia extrema provocada por el enfrentamiento entre facciones que recrudesció hacia fines de los años 20.

Ahora bien, si está claro que durante la etapa rosista ni la sala ni los jueces provinciales eran independientes del influjo del gobernador, la necesidad de que la cesión de esas facultades debiera ser discutida y aprobada por la sala, como su pervivencia aun durante el segundo gobierno de Rosas en el que éste gozó de la suma del poder público, son elementos que invitan a seguir reflexionando sobre la naturaleza de esas instituciones. La sala, conformada por representantes elegidos según las disposiciones de la ley electoral de 1821, era la depositaria de la soberanía de la provincia y la encargada de designar al gobernador. En este sentido, es sugerente la declaración de Olavarrieta en el marco del debate de 1832 sobre las facultades extraordinarias en la que expresa que “el proyecto ataca las instituciones, y que el poder no tiene otro cimiento que ellas, y destruidas éstas, caen a tierra las garantías

del ciudadano...” (p. 198). De algún modo, el representante bonaerense da cuenta no sólo de una división de funciones entre ejecutivo y legislativo sino de la importancia de este último como garante de las libertades, aunque éstas estuvieran restringidas a una parte de la población. Y el respeto por la legalidad y la continuidad de los actos electorales que se observa en el período rosista evidencia un cambio profundo en la concepción del poder público.

Para finalizar, cabe señalar que este estudio centrado sobre las libertades individuales no sólo es relevante en cuanto brinda una imagen más compleja de la sociedad bonaerense de la primera mitad del siglo XIX –en la que coexistían individuos que gozaban de diverso grado de libertad e igualdad– sino por los efectos que esa imagen provoca al examinar algunos aspectos de la historia política del período como las elecciones y su relación con la construcción de la ciudadanía, abordada en este libro. Por otra parte, sus observaciones acerca de las limitaciones de la libertad para contratar, trasladarse o para ejercer el comercio que sufrían algunos individuos, amén de trascender el campo de la política, revisten singular importancia para un estudio de la variedad de relaciones que pudieron establecerse entre los individuos, el trabajo y la propiedad, en particular, y los rasgos de la vida económica y social de aquellos años, en general.

Nora Souto



La invención del peronismo en el interior del país

Santa Fe, 2003, Universidad Nacional del Litoral, 466 pp.
Darío Macor y César Tcach (editores)

“¿Quiéren que les dé mi opinión?”, dice uno de los personajes de *Villa Miseria también es América*, la novela que Bernardo Verbitsky publicó en 1957. “El justicialismo llegó entero hasta Córdoba, no más. De allí, en todo caso, siguió cansado.” Si podemos imaginar el galope cada vez más ambiguo de esas campañas que, desde el poder central, el peronismo emprendió hacia todos los lugares de la patria, con *La invención...* nos aproximamos analíticamente a los procesos históricos que invoca el argumento literario. El primer mérito del libro estriba, precisamente, en compilar una serie de once artículos que estudia la construcción del peronismo en los espacios provinciales. El segundo, en haber transformado una antología en una apuesta historiográfica. En efecto, en la introducción –firmada por Darío Macor y César Tcach, y deudora de un artículo ya publicado por este último–, una vez distinguidas las dos tradiciones que informan los estudios sobre peronismo (la ortodoxia germaniana y la línea revisionista que inaugura el libro de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero), los autores conciben una tercera, surgida en los intersticios de aquellas. La llamada “interpretación extracéntrica” se funda en una pregunta tutelar: “¿Cómo explicar el surgimiento del peronismo en un universo económico y social que aún no ha sido marcado por la huella de la industrialización?” (p. 21). A los aspectos compartidos por las interpretaciones precedentes (origen en la so-

ciología, Buenos Aires como unidad de análisis, y con foco de atención en el proceso de industrialización), la nueva corriente promovida les presentará otras alternativas de aproximación, tales como la de leer las diferencias globales en la constitución de los peronismos provinciales con respecto a las modalidades de la misma en “zonas de mayor densidad obrero-industrial” y escasa relevancia del fenómeno migratorio; la de evaluar las características particulares de los modos de articulación entre conflictividad social y participación política, en cada caso local; y, por último, la de examinar los modos de articulación de las agencias nacionales (del partido y el Estado) y las instituciones y grupos políticos locales. Esas líneas de investigación confluyen en una “lección común” que los editores subrayan: el peso de los factores tradicionales en la construcción del peronismo originario allí donde las variables fundamentales de las interpretaciones previas (características de la clase obrera, importancia del fenómeno migratorio) poseen signo contrario.

Salta, Jujuy, Tucumán, Córdoba, Santa Fe, Río Negro, Neuquén, Santa Cruz y Mendoza son las provincias que conforman el repertorio de *La invención...* La diversidad de procesos que el libro revela pone en primer plano la clave ruptura/continuidad como denominador común. Pero, además, problematiza la consigna del “peso de los factores tradicionales”, no sólo por gradación, sino también debido a que los elementos persis-

tentes son de distinto tenor. Se trata de un conjunto inestable, en el que pueden reconocerse al menos cuatro grandes bloques, en algunos casos relacionados: el peso de las tradiciones ideológicas, la gravitación del personal político con actividad previa en la constitución de los nuevos elencos, la vigencia de los actores sociales hegemónicos y la continuidad de algunas líneas directrices en las políticas y diseños estatales.

Los artículos sobre la provincia de Jujuy (Adriana Kindgard, “Ruptura partidaria, continuidad política. Los «tempranos» orígenes del peronismo jujeño”), sobre Salta (Azucena Michel, María E. Torino y Rubén Correa, “Crisis conservadora, fractura radical y surgimiento del peronismo en Salta [1943-1946]”) y sobre Mendoza (Yamile Álvarez, “En torno de los orígenes del peronismo mendocino”) ponen especial énfasis en el impacto de grupos provenientes del radicalismo en el peronismo de la primera hora. En cada provincia estudiada las luchas internas de la UCR –que en algunos casos son rastreadas hasta la década del 20– modificaron el escenario de mediados de los años 40 y las características de los grupos que apoyaron la candidatura de Perón en 1946. Los tres casos revisan liderazgos provinciales (Miguel Tanco en Jujuy, Lucio Cornejo en Salta, y José Lencinas en Mendoza), con propuestas y resultados disímiles. Para Kindgard, el “tanquismo” encontró en el peronismo una regia plataforma para su lucha contra el poder de la industria azucarera. Así, el proyecto político peronista ataba su legitimidad regional a otro, también carismático, pero de larga duración, en una “oportunidad histórica” que Tanco no había logrado dentro del radicalismo, desde su fugaz gestión como gobernador de la provincia en 1930. Para Michel, Torino y Correa, el afianzamiento de Cornejo –propietario de uno de los dos ingenios más grandes de Salta– co-

mo referente principal del peronismo provincial “afirmó el control político de la masa electoral de una fracción de los grupos políticos que reemplazó a otra dentro de un conflicto intraclase” (p. 250). Para el caso de Mendoza, Álvarez describe la suerte dispar que corrieron la UCR Junta Renovadora (“verdadero «partido de funcionarios»”) y el “lencinismo”, en el momento en que Perón decide apoyar al primero de estos grupos, desarticulando al movimiento “populista y antioligárquico” encabezado por Lencinas.

Una segunda coincidencia en este bloque surge a partir de las consideraciones en torno al laborismo. En Mendoza, Salta y Jujuy –así como en otros casos estudiados–, el Partido Laborista no tuvo una presencia contundente en el ámbito gremial, ni tampoco en el electoral. Las dificultades para aproximarnos a conclusiones, a partir de esas evidencias, son muchas. El estudio en profundidad del Partido Laborista es sin duda una de las tareas pendientes a futuro. El aporte de Gustavo Rubinstein (“El Estado peronista y la sindicalización de los trabajadores azucareros”) es, en ese sentido, sustantivo. El autor profundiza en el intrínquilis de la lucha política en Tucumán en general, y en la actuación de la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA) en particular. El alto grado de organización de la clase obrera, la notable legitimidad electoral que el Partido Laborista obtuvo en las elecciones de 1946 y los vínculos consistentes entre la organización obrera y la corriente interna peronista, son algunos de los hitos fundamentales que Rubinstein retoma para reconsiderar una de las arenas provinciales más conflictivas en la que el gobierno nacional debió operar. La intervención prolongada que sometió a la FOTIA en 1949 resiste, en el análisis que nos ofrece Rubinstein, cualquier explicación orientada exclusivamente a subrayar la voluntad centralizado-

ra y burocratizante del régimen: al revisar la contienda política más allá del plano discursivo o programático, el autor nos indica los límites de un proyecto capaz de articular una tradición de gremialismo clasista y prescindente y un caudal electoral inmejorable, bajo el paraguas de un partido naciente, masivo y carismático. La reflexión en torno a las “tenazas” que rodearon las prácticas gremiales y políticas de la FOTIA –debía sostener las instituciones que fueron base de su legitimidad pero también moldura de sus objetivos más autónomos– bien puede orientar nuevas aproximaciones al estudio del Partido Laborista, que nos permitan trasponer el territorio de la exaltación de su programa liminar, y el fantasma de la excepcionalidad para casos como el de Tucumán¹.

Dos investigaciones con foco en los procesos históricos que tuvieron lugar en los territorios nacionales de la región patagónica (Enrique Mases y Gabriel Rafart, “La patria peronista en la norpatagonia: notas sobre el origen del peronismo en Río Negro y Neuquén”; Juan Vilaboa y Aixa Bona, “El surgimiento del peronismo en Santa Cruz. Cambios y continuidades en la política y en la sociedad”) arrojan luz sobre algunas problemáticas de corte general. Uno de los logros de estos trabajos radica en reintegrar la especificidad de “casos” como los de Neuquén, Río Negro y Santa Cruz a un plano general, a partir de examinar procesos claramente diferenciados desde un cuestionario ampliado, con un grado suficiente de distancia por sobre el hecho local. En efecto, la “unidad” de análisis, la provincia, encuentra en dichos territorios su expresión más “disminuida”, sus límites conceptuales más visibles: tanto por sus estructuras socioeconómicas como por el grado de desarrollo de sus instituciones políticas, esos ámbitos tientan un análisis de corte evolutivo, una lectura apresurada de una asincronía

que el régimen peronista intentó aliviar sólo parcialmente. Los estudios que *La invención...* recoge conjuran esa improcedencia, al analizar el proceso de “politización ampliada” que tuvo lugar en el sur de nuestro país, con actores locales que dialogan y litigan con instituciones y proyectos de corte “nacional”. De ese modo, la investigación no sólo recupera la dinámica local sino que, también, pone en tela de juicio una concepción monolítica del Estado nacional y sus agencias territoriales y del Partido Peronista en tanto órgano “de derrame”. Liberado de las cadenas de la trampa societal que trabaja como el de Ignacio Llorente para la provincia de Buenos Aires supieron formular, el comportamiento político de los actores sociales recupera planos de análisis disímiles pero articulados (sociabilidad, arenas políticas municipales, esfera pública).

La importancia del Estado en la génesis de los peronismos provinciales es otra de las preocupaciones del libro. Noemí Girbal-Blacha (“Economía azucarera tucumana, empresario y crédito en tiempos del Estado peronista [1946-1955]”), Martha Philp (“La invención del Estado en el imaginario político peronista. El caso cordobés”) y Natacha Bacolla (“Política, administración y gestión en el peronismo santafesino, 1946-1955”) indagan sobre tal aspecto para Tucumán, Córdoba y Santa Fe, respectivamente. El trabajo de Girbal-Blacha nos permite acercarnos a las relaciones que el Estado provincial tucumano forjó con los empresarios azucareros –en especial con los grandes ingenios– a través de los créditos, uno de los más preciados puntales de los programas de gobierno. Leída a partir de fuentes específicas, la lógica en la distribución de créditos en la provincia revela, de acuerdo a Girbal-Blacha, por un lado, un acuerdo basal entre grandes empresarios y cañeros en pos de la “nacionalización” del problema del

azúcar, del cual no estuvieron ajenos los poderes públicos; y, por otro lado, un tratamiento estatal del problema que no altera la correlación de fuerzas sociales (favoreciendo a los grandes ingenios al subsidiar sus gastos). Problema estructural, en definitiva, que trasciende los diez años de gobierno peronista, pero que adquiere relevancia a partir del programa político de gobierno, presentado como disruptivo. Las conclusiones del artículo nos inclinan a reflexionar sobre el rol que al Estado benefactor de corte populista le cupo al sostener a los sectores más poderosos de la economía tucumana, con un resultado crítico –bajo una mirada de mayor aliento– en lo que respecta a la evolución económica regional y a la dependencia del Estado respecto a los poderosos grupos económicos.

Los artículos de Philp y Bacolla apuntan a analizar las intrincadas relaciones entre la dinámica político-partidaria y las políticas de Estado, en las cuales los diseños y programas previos al período ocupan un lugar preponderante. Para el caso de Córdoba, el modelo sabattinista interesa particularmente debido a su doble condición: federalista en su aspecto institucional, y de oposición en su “cara” política. El escenario que Philp analiza es complejo en cuanto a los actores participantes (partidos con representación legislativa, poder ejecutivo, líneas internas del peronismo) y en cuanto al “juego” político que dibuja: el proyecto de un nuevo Estado peronista debe circular en un entramado en el que el Estado nacional, el estado provincial y los poderes provinciales en su conjunto pugnan por cristalizar institucionalmente sus apuestas. Philp identifica, en ese sentido, dos períodos (1943-1949, 1949-1955), diferenciados en cuanto a los efectos institucionales de las luchas políticas: el primero sería un momento de “afianzamiento político”, con un peronismo pro-

vincial débil dada su conflictividad interna, reactivo a la herencia sabattinista; y el segundo, uno con cambios sustanciales en el diseño estatal (de alta “producción de instituciones”), con un Partido Peronista local disciplinado, sujeto a la tendencia centralizante del poder nacional.

También Bacolla identifica dos períodos análogos y de características similares para el caso de Santa Fe: un primer momento (“laboratorio de innovación y conflicto”), en el que un diseño con pretensiones de autonomía estatal friccionaba con las políticas centralizantes del gobierno nacional, y perdía fuerza a causa de la conflictividad interna del peronismo local. Debido a esto último, puede reconocerse la inercia de los moldes institucionales previos. En ese sentido, de acuerdo con la autora, la explicación de la tendencia centralizante del segundo período habría que buscarla también en la conflictividad política y en los cambios en el sistema de partidos, antes que en una creciente capacidad estatal para llevar adelante sus objetivos. El problema de la relación entre partido y Estado adquiere de ese modo un papel en el análisis institucional que Bacolla percibe apropiadamente.

Hay que señalar, de todos modos, que los enfoques que ponen el acento en la esfera estatal local deben batallar con una limitación *externa*: la escasez de investigaciones con idéntica rigurosidad que estudien los diseños del Estado nacional. La revisión de la tendencia centralizante del gobierno nacional –tendencia que las autoras reconocen como parte de los escenarios planteados (el modelo de “cajas chinas”, como una de ellas lo denomina)– es una cuestión pendiente, sin solución de continuidad desde estudios provinciales, y por lo tanto un desafío a los argumentos expuestos.

El estudio de las tradiciones que confluyen en el proyecto político encarnado en la

fórmula Perón-Quijano está inmejorablemente ejemplificado, para el caso de Santa Fe, en el artículo de Darío Macor (“Las tradiciones políticas en los orígenes del peronismo santafesino”). Para el autor, la configuración ideológica que bajo el rótulo de “Nueva Argentina” encarnaba el peronismo ponía en diálogo tradiciones provenientes de distintas “canteras”. Así, “su propuesta de una representación alternativa a la tradición liberal facilitaba la recepción social al activar, desde sus matices, nociones e imaginarios con los que los interlocutores estaban familiarizados” (p. 87). Tres núcleos ideológicos, con diferente grado de cristalización, son revisados en el artículo: la vertiente nacionalista, con presencia e influencia hasta el cambio de rumbo del gobierno militar en 1944; el radicalismo –analizado por encima de la clave yrigoyenismo/anti-personalismo–, en tanto proveedor de una nueva elite estatal, y con capacidad de legitimar una coexistencia de tradiciones disímiles a partir de su pragmatismo; y, finalmente, el activismo católico, con una presencia en la escena pública que madura en los años 30. Esta última “cantera” adquirió una importancia decisiva a partir de uno de sus rasgos más duraderos: el “solidarismo comunitarista”, en tanto respuesta a la cuestión social sin anclaje necesario en la libertad individual. La torsión que esta constelación ideológica –nada homogénea– le imponía al concepto “democracia”, al cuestionar su matriz liberal, condensa las modalidades emergentes de una cultura política en formación. La mirada perficiente de Macor sobre las fuentes periodísticas del período para reflexionar sobre tal problemática impone la distancia necesaria en toda investigación que considere dichos materiales, y es otro de los puntos a destacar del artículo.

Por su parte, César Tcach (“Obreros rebeldes, sexo y religión en el origen del pe-

ronismo cordobés”) analiza el peso de los factores tradicionales en la construcción del peronismo cordobés desde dos proposiciones correspondientes: la importancia del “patriciado” en los elencos partidarios y la derrota del laborismo en los comienzos del período estudiado. Para el autor, la caída del intento laborista de “ejercer la autonomía obrera en los orígenes del peronismo cordobés”, en la que el estado provincial jugó un rol decisivo, es otro elemento a considerar a la hora de dar cuenta de la construcción de un Partido Peronista con roles secundarios. Otro elemento en esa dirección, con mayor peso explicativo, es que el partido político no resultó un instrumento conducente para los caudillismos del interior, “fogueados en los viejos modos de hacer política”. El autor amplifica algunas expresiones de interventores partidarios en Córdoba, para considerar al Partido Peronista bajo el tipo “carismático puro”, en la tipología propuesta por Angelo Panebianco. Relativiza, además, algunos momentos de “mayor horizontalidad” en los estratos más bajos del mismo, ya entrada la década del 50, y finalmente sentencia la escasa afinidad entre el peronismo y un moderno sistema plural de partidos políticos.

Los conceptos sobre el Partido Peronista que Tcach presenta al final de su artículo contribuyen a una problemática que puede considerarse decisiva para todo el libro. Es otro denominador común de *La invención...* la referencia a la conflictividad en las filas del peronismo naciente. En gran medida, las batallas en el interior del partido mantienen su relevancia pese a los intentos por cristalizar correspondencias entre las luchas sociales y las que tienen como teatro las arenas políticas. El problema, aunque rápidamente advertido por los autores, permanece en un segundo plano de análisis, revelando de ese modo las “continuidades” entre las

tradiciones previas y la nueva tradición “extracéntrica” a la hora de confeccionar los cuestionarios historiográficos con los que abordar el peronismo *tout court*. De todos modos, ciertos elementos presentados en distintos artículos de la compilación, como ya indicamos para el caso de Tucumán, presentan nuevas miradas sobre el problema, incluso con diferentes implicancias respecto a lo formulado por César Tcach. La diversidad presente en la génesis de los peronismos provinciales, leída con foco en el partido, subraya la dimensión provincial como una variable importante en el proceso de institucionalización del Estado nacional, a la que los poderes centrales apenas iniciado el proceso en 1946 no le habrían negado entidad. De tal modo que, podría sugerirse, una evaluación temprana en los círculos más “altos” de planificación política definió una estructura partidaria plegada sobre el diagrama político-administrativo de las provincias. El proceso de construcción del partido –como lo revela el reciente trabajo de Moira Mackinnon, *Los años formativos del Partido Peronista*– implica más que un problema logístico (un peronismo “cansado”), y más que un problema de persistencias de elementos tradicionales en el *know how* electoral (que se verifica incluso en sistemas de partidos modernos “consolidados”).

La importancia del cuestionario historiográfico que se deriva de las líneas de investigación *extracéntricas*, de acuerdo con los editores, radica en que permite cuestionar la percepción colectiva –reforzada por las interpretaciones académicas ortodoxa y

revisionista– que concibe un peronismo vertebrado por la clase obrera y enfrentado a la oligarquía. Ciertamente, la composición de lugar que prefiguran los artículos que integran el libro es, por lo menos, “barroca”: las expresiones diversas de los peronismos provinciales, sus configuraciones disímiles, debilitan cualquier correlato entre consignas partidarias (expresiones lúcidas como por ejemplo “el subsuelo de la patria sublevada”) y análisis históricos. Sin embargo, este intento de iconoclasia erudita, este avance pedagógico sobre la materia de lo político, tiene menos para ofrecer a los imaginarios políticos que a las agendas de la investigación histórica. La apuesta de *La invención...* hace posible la evaluación de “los peronismos”, para una cada vez mejor intelección del hecho total, a partir de enfoques menos apriorísticos.

Con ese *handicap*, un libro como el que aquí revisamos debería aspirar a segundos tomos que confirmen la excelencia de los aportes que lo integran.

Nicolás Quiroga

Nota

¹ Un excelente desarrollo *in extenso* del escenario tucumano, con un enfoque menos tributario de los estudios de caso, puede leerse en Moira MacKinnon, “El protagonismo del movimiento obrero tucumano en la formación del Partido Peronista”, en Sergio Grez Toso, Francisco Zapata y Moira MacKinnon, *Formas tempranas de organización obrera*, Buenos Aires, 2003, pp. 93-121.



Saberes, terapias y prácticas médicas en Argentina (1750-1910)

Madrid, CSIC, Biblioteca de Historia de América, 2002, 372 pp.

María Silvia Di Liscia

En los tiempos que corren, ni la ciencia ni la medicina encarnan los ideales de verdad, racionalidad y universalidad que le adjudicó no solamente el credo positivista y liberal, sino también el marxista. Esto ha cedido lugar a estudios más localizados en diferentes temporalidades y geografías.

En este sentido, en la producción historiográfica europea y más recientemente en la latinoamericana, se han vuelto dominantes las líneas argumentativas que cuestionan las teorías difusionistas, según las cuales la ciencia médica de América Latina es considerada marginal y atrasada, originándose un proceso de importación y asimilación pasiva de “conocimientos” desde los países centrales a los periféricos.¹

El texto de Silvia Di Liscia está en correspondencia con la literatura que hace énfasis en los actores locales y examina los contextos sociales, culturales y políticos en los cuales se desarrollaron las prácticas médicas, asumiendo una posición crítica frente a la noción de la recepción paciente del conocimiento científico.²

Saberes, terapias y prácticas médicas en Argentina (1750-1910) analiza la región pampeana, por ende abarca las provincias de Buenos Aires, Capital Federal, La Pampa, Córdoba, Santa Fe, parte de San Luis y Entre Ríos. Se estructura a partir de considerar que tanto el pensamiento médico científico como la medicina indígena y la popular no son compartimientos estancos sino que

se construyen unos a otros, dando lugar a un proceso de interacción y movilidad permanente del conocimiento médico.

El trabajo se organiza en dos partes, en la primera (capítulos 1, 2 y 3) se indaga sobre la coexistencia, tensión, complementariedad, negociación y acomodación entre los conocimientos médicos indígenas y los saberes oficiales; en la segunda (capítulos 4, 5, 6 y 7) se enfoca la medicina popular y sus vinculaciones con la medicina científica, por un lado, y por otro, los lazos existentes entre la medicina y la formación del Estado nacional.

En la primera sección se muestra la desconstrucción simbólica de las creencias nativas, especialmente las mapuches, recurriendo para este fin a los antecedentes etnohistóricos que enmarcaron este proceso, lo que contribuye a apuntalar la argumentación del primer capítulo, que sostiene que la desarticulación del sistema de símbolos y creencias fue pensada como una vía para construir un sistema de apoyo tanto para la Iglesia y su proyecto evangelizador como para los propósitos militares.

Sin embargo, y a pesar de que se trató de pintar a las ideas autóctonas como un universo plagado de magia, espíritus y diablos, la autora demuestra que esto fue acompañado por cierto “deslumbramiento”, por parte de los españoles, en torno a las plantas medicinales utilizadas en la región pampeana. Tanto los jesuitas como los científicos que acompañaron las diferentes expediciones ilustradas organizadas por la

corona española a finales del siglo XVIII se proclamaron descubridores de esas hiervas y de sus virtudes curativas.

Esta apropiación es explicada en términos de un proceso de traducción de conocimientos locales y testimonios populares, a un discurso que pretendía perder su localismo y a la vez ser presentado como universal. Con esto se observa que el conocimiento médico de los habitantes de este territorio nunca fue reconocido como tal y fue, por el contrario, visto como una serie de creencias irracionales, las que fueron reinterpretadas y traducidas a un lenguaje acorde con los intereses y las creencias de la ilustración europea.

Silvia Di Liscia en su trabajo pone en evidencia no sólo la circulación de saberes entre los bloques indígena, oficial y popular, sino que también relata cómo se modificaron las formas de asumir y utilizar el conocimiento médico. Así, el segundo capítulo se sitúa entre 1829 y 1850, época en que se estructuró una nueva política indígena en la región pampeana. En tal caso ya no se trataba de apropiarse de las nociones del arte de curar aborígen, sino a la inversa, los principios de la medicina científica sirvieron al rosismo como elemento de dominación sobre la población nativa.

Dado que al no haber logrado, hasta entonces, despojar el territorio pampeano a los sectores indígenas, el rosismo debió aliarse con algunos de ellos, brindando protección médica a los aliados mediante la administración de la vacuna antivariólica. A la vez que generaba un polo de apoyo y admiración hacia su figura, el caudillo permitía la supervivencia de tribus amigas, su uso como fuerza laboral y la desaparición por “guerra bacteriológica” indirecta de los indígenas enemigos que no estaban vacunados.

La primera parte de la obra se cierra con los cambios que trajo aparejado el siglo

XIX, en torno a las preocupaciones por la conformación racial del territorio. Se centra en mostrar que las expediciones científicas de la segunda mitad del XIX estimularon un interés creciente por el medio ambiente pampeano-patagónico y por sus recursos, configurando en el imaginario nacional la concepción del habitante nativo como una reliquia fósil.

Esta historiadora considera que, una vez extirpados del territorio, en virtud de la tecnología bélica, dejaron de ser “peligrosos salvajes” para convertirse en objeto de estudio científico, lo que hacía posible apreciar los procesos degenerativos que podían producirse. Lo que en última instancia sirvió para justificar mediante el discurso hegemónico de entonces, el darwinismo social, la extinción de la población indígena por su debilidad intrínseca y por sus hábitos de vida, purgando a la sociedad blanca de cualquier tipo de culpa.

En la segunda parte de *Saberes, terapias y prácticas médicas...* el eje de análisis son las relaciones entre la medicina popular y la científica.

El cuarto capítulo se concentra en la descripción del universo de las prácticas médicas –no oficiales– de mediados del siglo XIX, que estaba compuesto por las terapias populares y las curativas, como las denominadas medicinas de Le Roy. Dicho universo, para Silvia Di Liscia, estuvo signado por la formalización de un pensamiento médico autónomo que progresivamente se separó de la influencia eclesiástica, y caracterizado por la heterogeneidad y la dificultad por controlar las prácticas curativas.

En tal sentido, y mediante un rico soporte de diversas fuentes documentales, se avanza en aspectos poco conocidos hasta ahora como son los componentes y los agentes que conformaron a cada uno de esos bloques. Explicando que la me-

dicina curativa a diferencia de la popular tuvo el afán de constituirse en un sistema médico paralelo y buscó su legitimación a partir del debate de los “puntos oscuros” de la medicina legal, por lo que se alcanza a comprender, ahora sí, las razones de su éxito.

Sin embargo es sabido que a partir de finales del siglo XIX la medicina científica se fue conformando como saber hegemónico en el territorio del Río de la Plata, disputándole el espacio a los otros saberes. Si bien esta disputa es más conocida por nuestra historiografía, el tratamiento que recibe en el libro de Di Liscia la vuelve original puesto que se concentra en indagar el tránsito de apropiación de aquellos elementos de la medicina popular y alternativa que pudieron resultar útiles para la académica.

Así, mediante una copiosa documentación, mayoritariamente de origen médico, se muestra cómo la medicación popular utilizada para curar por ejemplo el empacho, fue recuperada por la diagnosis y la práctica oficial, por lo que fue considerado como un remedio factible de ser aplicado por el médico diplomado. Esta apropiación de conocimientos ocurrió también con otras enfermedades, preparados y brebajes.

Lo expuesto tiene vinculación con lo abordado en el sexto capítulo, donde se inserta el debate sobre el futuro racial de la Argentina, el que era motorizado por el ingreso masivo de inmigrantes. A esta altura de la obra, el análisis realizado hasta el momento se problematiza aun más, porque ese proceso de circulación de saberes entre la medicina popular y la científica no es visto sólo como una simple apropiación, sino que recurrir al folclore curativo, encarnado por indios y gauchos, apuntaba a fortalecer y afianzar la identidad nacional, jaqueada por el cosmopolitismo.

La segunda parte se cierra (capítulos 7 y 8) con un recorrido que abarca la consolida-

ción de la medicina científica como práctica hegemónica a partir de diferentes estrategias discursivas que tendieron a desprestigiar básicamente a los curanderos y a construir un discurso opositor hacia la medicina homeopática, lo que fue acompañado por los avances de la bacteriología y la microbiología que marcaron beneficios concretos en el cuidado de salud de la población. Aun así Di Liscia considera que no puede hablarse de un éxito total ya que paralelamente a su consolidación existía la posibilidad de acceder a múltiples opciones, severamente impugnadas por la medicina científica pero no por ello abandonadas completamente.

Por último, es necesario señalar algunos aspectos relacionados con la ubicación de esta obra en el contexto historiográfico nacional. En primer lugar es dueña de una gran riqueza teórica, metodológica y documental, que la convierte en una de las más acabadas expresiones de lo que ha sido la renovación historiográfica de las últimas décadas y particularmente de la historia social. En segundo lugar, y vinculado con lo anterior, decididamente fortalece un campo reciente de trabajo y producción como es el de la historia de la medicina y las enfermedades, que hasta hace unos años, a nivel local, sólo conocía básicamente dos cultores: Diego Armus y Susana Belmartino.

En tercer lugar, los historiadores de la medicina y de las enfermedades debemos realizar un reconocimiento editorial al Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España (CSIC), puesto que los últimos tiempos ha publicado otra tesis doctoral,³ del mismo tenor, las que sin duda prestigian este enfoque, en un momento en que en nuestro país la tarea de editar este tipo de trabajos es una meta difícil de lograr.

Adriana Álvarez

Notas

¹ Arturo Escobar, *Encountering Development: The Making and Unmaking of The Tired World*, Princeton University Press, 1995.

² En la actualidad existe una abundante literatura latinoamericana de crítica a la idea de la difusión del conocimiento científico desde el centro hacia la periferia. Algunos de los trabajos más significativos son Nancy Stephan, *Beginnings of Brazilian Science: Oswaldo Cruz, Medical Research and Policy (1890-1920)*, Nueva York, Science History Publications, 1981. De la misma autora, *The Hour Eugenics: Race, Gender and Nation in Latin America*, Ithaca, Cornell University Press, 1992. Hebe Vessuri, “The Implantation and Development of Modern Science in

Venezuela and its Social Implications”, en J.J. Saldañas (ed.), *Cross Cultural Diffusion of Science: Latin America*, México, Sociedad Latinoamericana de Historia de la Ciencia y la Tecnología, 1987. Marcos Cueto, *Excelencia científica en la periferia. Actividades científicas e investigación biomédica en el Perú*, Lima, Concytec, 1989; del mismo autor *Saberes andinos. Ciencia y tecnología en Bolivia, Ecuador y Perú*, Lima, IEP, 1995.

³ Ricardo González Leandri, *Curar, persuadir, gobernar. La construcción histórica de la profesión médica en Buenos Aires (1852-1886)*, Madrid, CSIC, 1999.



Sociedades sin destino. ¿América Latina tiene lo que se merece?

Buenos Aires, Taurus, 2002, 251 pp.
Fernando López Alves

Fernando López Alves, profesor de la Universidad de California en Santa Bárbara, acomete una tarea casi imposible en este pequeño libro: situar el incierto presente latinoamericano dentro del cambiante proceso de globalización de los últimos veinte años. El autor centra su análisis de la situación mundial a comienzos del siglo XXI en el poder relativo que ejercen los bloques en los que se organiza el mundo: Estados Unidos, la Unión Europea, los países islámicos, Asia y América Latina. Basado en estas observaciones López Alves se lanza a elaborar pronósticos para las próximas cuatro décadas.

Estados Unidos es, y a juicio de López Alves seguirá siendo en el futuro cercano, la nación predominante. Su preeminencia se

mantendrá por su supremacía militar, una economía fuerte con un enorme mercado interno y la diseminación de su cultura popular en el mundo globalizado. Si bien estos dos últimos rubros son controlados crecientemente por poderosas multinacionales, el poderío de Estados Unidos no parece por ahora estar amenazado por ellas. Le siguen en jerarquía dos bloques de naciones cuyo desarrollo económico y poder nuclear les permite reclamar un lugar prominente en el nuevo sistema global, que en este sentido se parece mucho al orden anterior. La Unión Europea y los países del lejano oriente (con Japón y China en posiciones de liderazgo) encabezan este grupo. Las restantes naciones han sido las receptoras, en algunos casos no sin resistencia, del orden globalizado.

Entre ellas se cuentan las turbulentas sociedades latinoamericanas que hoy se enfrentan a una falta de destino, a una carencia de proyecto de futuro. Estas sociedades, algunas de las cuales conocieron épocas mejores en el pasado, parecen haberse quedado sin un lugar en el mundo globalizado a juzgar por la baja prioridad de la región en la agenda de las potencias y organismos internacionales. Esta falta de objetivos y metas se evidencia en el escepticismo y la desconfianza de la enorme mayoría de los latinoamericanos con respecto a sus gobiernos y a sus políticos, además de las endémicas dificultades económicas que padecen.

Para enfrentar esta falta de destino López Alves avanza dos propuestas claras pero contradictorias. La primera, que él considera inevitable, es un mayor alineamiento económico y político con Estados Unidos. El propuesto Tratado de Libre Comercio (ALCA), de llevarse a cabo, promovería esa integración. El autor apoya su afirmación en la exitosa participación de las economías mexicana y colombiana en el mercado norteamericano, a la par que en el relativo fracaso de la formación de bloques regionales (como el Mercosur) en promover la estabilidad y el crecimiento económico de sus miembros. Este argumento, que tiene buena prensa entre muchos políticos y economistas latinoamericanos, deja de lado el hecho de que, por el particular peso de México y Colombia en la agenda política de Estados Unidos (inmigración y drogas mediante), sus experiencias podrían ser irrepetibles para los otros países americanos cuyos bajos niveles de conflictividad no los hacen figurar por ahora entre las prioridades estadounidenses.

El autor también propone que para participar exitosamente de la economía global,

las sociedades latinoamericanas deberían seguir el modelo de los países asiáticos que combina la apertura a la economía de mercado con un fuerte control estatal que articula los intereses públicos y privados. La ausencia de un Estado fuerte en América Latina en los años 90, desmantelado por la ola de privatizaciones y desregulaciones, imposibilitaría su integración con el país más poderoso del planeta en los términos del modelo asiático. Hay otras dos características inherentes a los países asiáticos que López Alves casi no menciona. Con la excepción de Japón, los otros “tigres” (y en particular China) basan en gran medida su éxito económico en los míseros salarios y deplorables condiciones laborales de sus trabajadores. Y, también con la excepción de Japón, todos ellos tienen regímenes políticos más o menos autoritarios. ¿Es este modelo al que las sociedades latinoamericanas aspiran?

López Alves concluye vaticinando el declive de la ideología neoliberal y su reemplazo por un “seudoliberalismo”. Mezcla de libre comercio fronteras afuera y un Estado intervencionista hacia adentro (tal como lo practican las potencias globales), América Latina debería seguir esta tendencia. A tal fin el autor reclama la formación de un “nuevo tipo de Estado” que “deberá esforzarse por forjar místicas y embarcarse decididamente en la construcción colectiva del futuro”. Para esta tarea clave el autor no tiene propuestas que nos guíen hacia el ansiado destino. Tal vez sea más sencillo formular pronósticos para las estables potencias globales que para las convulsionadas sociedades latinoamericanas que no encuentran su rumbo en este libro.

Gustavo L. Paz



Los chicos del exilio. Argentina (1975-1984)

Buenos Aires, Ediciones El País de Nomeolvides, 2002, 252 pp.
Diana Guelar, Vera Jarach y Beatriz Ruiz

Hay quien no llora y quien vive en suspenso, hay quien ya no recuerda calles ni lunfardos y quien se empeña en encontrarle parecido a los bares, hay quien niega y quien afirma, hay quien putea y quien se resigna, hay quien hace mucho y quien hace poco, hay quien se abre y quien se cierra, hay de todo.

Pero no hay ni uno solo que olvide.

Una mujer, un amigo, los viejos, un gol, un equipo, un barrio, un bar, un colegio, una noche, un tango, una voz, una calle, un lugar, una esquina, un teléfono, una panadería, una plaza, un muerto, un cine, un partido, una pizzería, un dolor.

Uno mismo.

Carlos Ares, “Reflexiones de un exiliado voluntario externo”, *Humor*, N° 88, agosto de 1982, p. 84

Hecha de recurrencias y singularidades, de experiencias compartidas y sentimientos intransferibles, la historia del exilio durante los años 70 es una historia que todavía está por contarse. No hay dudas de que esa experiencia marcó la vida de miles de argentinos de un modo diverso, a partir de la superposición de trazos de la historia colectiva con fragmentos de lo más íntimo, individual e irreplicable de cada uno. No hay dudas, tampoco, de que esa experiencia alcanzó a militantes de diversas organizaciones y extracciones políticas, así como a intelectuales y profesionales de diversos campos que, perseguidos o sospechados, decidieron abandonar el país y cruzar mares y fronteras para radicarse en otros lugares. Lo que no resulta tan obvio es que algunos de quienes integran el universo de los exiliados eran, por ese entonces, apenas adolescentes de entre quince y dieciocho años que debieron exiliarse en primera persona, es decir, debido a su militancia política y social y no como consecuencia

de la decisión de sus padres. *Los chicos del exilio* trata, precisamente, de estos peculiares miembros del grupo de exiliados que debieron abandonar la Argentina para irse a “ser grandes” a otro lado.

Si bien es cierto que la figura del exiliado ha quedado relativamente desdibujada dentro de la jerarquía de los damnificados por la dictadura, que tiene entre sus primeras figuras a los *desaparecidos* y sus familiares, también lo es que en los últimos tiempos, tal vez luego de que la literatura testimonial, la producción artística, la investigación y la reflexión filosófico-política han quedado en parte saturadas de picanas y otros espantos, los exiliados han comenzado a perfilarse, tímidamente, como nuevo sujeto de interés para producciones tanto académicas como no académicas.

Sin embargo, ganarse un espacio como protagonistas genuinos de la historia reciente y, sobre todo, de ese vasto y amorfo campo denominado *memoria* no resulta fácil. Algunos de los testimonios recogidos en la

obra en cuestión dan cuenta de un extendido sentimiento de culpa entre estos “damnificados segundos” que sienten que las penas que cargan en sus espaldas no pueden ni deben ser emparentadas con los padecimientos provocados por la dictadura a las víctimas en mayúscula: “Sentíamos que la prioridad en el «deber de memoria» debía asignarle el primer lugar a los desaparecidos, los presos y los sobrevivientes de los campos, y que así nuestra propia experiencia del exilio pertenecía sólo a una instancia privilegiada en el contexto de aquella historia horrorosa” (p. 17).

Instancia privilegiada o no (el privilegio es siempre una cuestión relativa), lo cierto es que muchos adolescentes emprendieron, tiempo antes o tiempo después de aquel 24 de marzo, un viaje de ida que los sorprendió, al tiempo, como integrantes del universo de los exiliados políticos.

¿Qué implicó ser un exiliado político teniendo tan sólo quince, diecisiete o dieciocho años? ¿En qué se diferencia la experiencia de este grupo con la de otros exiliados que debieron enfrentar situaciones similares pero contando ya con algunos recursos prácticos y afectivos propios de la vida adulta? ¿Qué huellas o qué marcas ha dejado esta experiencia de salto simultáneo a una adultez prematura, al desarraigo, al corte violento de los vínculos cotidianos y a lo que podríamos llamar *síndrome del sapo de otro pozo*? ¿Qué recurrencias y qué singularidades se pueden aprehender a partir de estas experiencias?

Parte de estos interrogantes pueden ser recorridos a través de los múltiples testimonios recogidos en el libro en cuestión. Sin embargo, conviene aclararlo de antemano, la obra no se propone ni formular ni responder interrogantes sino, fundamentalmente, brindar un espacio de expresión y denuncia a algunos integrantes de este grupo de ex adolescentes exiliados.

El proyecto del libro surgió a fines de los años 90, en el contexto de diversos homenajes realizados a los alumnos desaparecidos de los colegios Carlos Pellegrini y Nacional Buenos Aires, que motivó el reencuentro de muchos de estos ex adolescentes e impulsó un intenso trabajo de reencuentro y rememoración.

Los chicos del exilio... se inscribe dentro de la tradición de la literatura testimonial y traza una filiación directa con los tópicos y valores de lo que podemos dar en llamar “memoria del Nunca Más”. Según sus propias autoras-compiladoras, la obra se plantea como un deber de memoria y, al mismo tiempo, asigna a ésta una función reparadora de los silenciamientos y las identidades robadas por esta historia hecha de violencias, muertes y exilios. En este sentido, salta a la vista su voluntad de intervención ética y de constituirse en vehículo para la elaboración subjetiva de la propia experiencia de quienes testimonian por sobre el deseo de producir conocimientos, reflexiones y nuevos interrogantes que permitan avanzar en la comprensión del fenómeno y sus impactos.

El libro se compone mayoritariamente de retazos de diversas vivencias, recuerdos y reflexiones de quienes, adolescentes y militantes en ese entonces, debieron encarar el exilio.¹ Acompañando a estas voces aparecen, fragmentadamente, las de otros actores afectados por esa experiencia: algún profesor del venerado Nacional Buenos Aires, la madre de una adolescente desaparecida (Vera Jarach –quien es, además, una de las compiladoras-autoras del libro–) y la hija de una pareja de exiliados que hoy tiene la edad que tenían sus padres cuando debieron abandonar el país...

Junto a estos testimonios, presentados en su gran mayoría en forma de entrevistas, pero también, minoritariamente, en forma de relatos en primera persona,² se entre-

mezclan fragmentos de canciones, de poesías, fotografías, extractos de diálogos de rememoración y hasta una breve selección de cartas que viajaron desde y hacia los países de exilio.

La estructura del libro es un tanto desconcertante. Dividido en una introducción, siete capítulos temáticos y un epílogo, pareciera que ningún capítulo logra abordar, profundizar, analizar y concluir los temas que se enuncian en sus títulos (militancia, resistencia a la partida, desarraigo, etc.), así como tampoco la introducción y el epílogo cumplen sus funciones de apertura y cierre. El libro parece tener, más bien, una estructura permanentemente abierta, inconclusa, transversal, donde todas las voces están habladas desde la primera persona (del singular o del plural), lo que otorga una prioridad a lo experiencial y subjetivo.

Otra característica del libro es que en él confluyen las vivencias y experiencias personales de exilio adolescente con el deseo de elaborar un proyecto intelectual sobre esa problemática. Esta confluencia deriva, entre otras cosas, en cierta falta de cuidados en la producción de los testimonios. Y esto no solamente porque Beatriz Ruiz y Diana Guelar pertenecen al grupo de adolescentes exiliados en cuestión y, como se mencionó, Vera Jarach es la madre de una adolescente desaparecida (a la sazón, compañera de colegio y de militancia de Guelar), con lo cual todas ellas pasan de ser entrevistadoras a ser testimoniadas sin mediar ningún tipo de control sino, y sobre todo, porque frecuentemente las preguntas que formulan están inducidas y las respuestas que obtienen están intervenidas con sus reflexiones, experiencias y opiniones personales. En este sentido, el rol de entrevistador y entrevistado parece ser intercambiable. Así, pareciera que es tan importante demostrar una comunidad de sentidos y de sentimientos

entre todas las voces que entretejen el libro como apuntar a la singularidad y a la experiencia en primera persona de quienes fueron convocados a compartir su historia.

Por otro lado, los criterios de selección del grupo de ex adolescentes que testimonia en ningún momento quedan establecidos ni aclarados. Sin embargo, está claro que se trata de un recorte “naturalmente” establecido por la propia red de relaciones de las autoras-compiladoras de la obra, lo que conforma un universo de sujetos bastante homogéneo que, además de compartir un conjunto importante de características sociales y culturales, en su gran mayoría eran y/o son amigos-conocidos (algunos, incluso, familiares) y sus historias se cruzan y se entretejen en una compacta telaraña: la mayoría proviene de familias judías de clase media profesional y nació pocos antes de 1960 en Capital Federal (o creció allí); muchos tienen o tenían hermanos mayores que los introdujeron, directa o indirectamente, en la militancia; la gran mayoría militó en el peronismo (UES, JUP) aunque no en organizaciones guerrilleras;³ salvo algún caso aislado, ninguno estuvo desaparecido ni sufrió torturas; muchos comenzaron sus exilios en Israel e, incluso, fueron al mismo kibbutz, etcétera.

Estos testimonios hablan de despedidas y rupturas, de encuentros y desencuentros, de identidades viejas y nuevas, de desorientaciones y aprendizajes dolorosos, de itinerarios a veces sinuosos antes del nuevo arraigo, de nuevos olores y nuevos idiomas, de largos procesos que sólo en algunos casos han concluido en el desexilio. A través de estas voces se pueden reconstruir retazos de la militancia juvenil y sus organizaciones –en algunos casos con un esbozo de crítica y autocrítica desde la mirada del adulto–, aspectos de los conflictivos vínculos entre padres e hijos –donde contrasta la autoridad

antaoñ desafiada con la actual añoranza de límites que en su momento no se supieron poner-, fragmentos de historias personales y familiares en los que se destacan los recuerdos de los hechos de persecución y violencia que impulsaron la decisión de la partida, frescos de época en donde se entrecruzan tomas de colegios y la caída de Salvador Allende con historias de amores y amistades adolescentes.

Todos estos temas desfilan por las páginas del libro junto con al *aprendí a ser formal y cortés...*, fotografías alegóricas y fragmentos íntimos de la vida cotidiana transcritos de cartas. Esta intertextualidad enfatiza el sentido de restitución ética que la obra se propone y acentúa, asimismo, una mirada algo romántica sobre esa juventud y esa militancia que se contradice con los visos de autocrítica y reflexión que cada tanto intentan aflorar a través de algunos fragmentos.

A pesar de los límites expuestos, juzgar el libro desde los parámetros de la crítica académica sería no sólo deshonesto sino poco fructífero. Seguramente puede leerse, ante todo, como un rico material que aporta abundante información y brinda la posibilidad de conocer experiencias particulares que permiten la formulación de interesantes preguntas e inquietudes sobre el fenómeno del exilio en los 70, tanto desde su dimensión privada y subjetiva como desde su dimensión colectiva. Efectivamente, la falta de academicismo no es, ni debe ser, una crítica que desconozca la necesidad y oportunidad de este tipo de emprendimientos y la pertinencia de sus resultados. En este sentido, puede considerarse un aporte para la tarea, aún pendiente, de escribir este pedacito de nuestra historia reciente.

Florencia Levín

Nota para los autores y colaboradores

Los trabajos con pedido de publicación deben enviarse a Cuenca 1449 (1416), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Los trabajos correspondientes a la sección "Artículos" deben ser originales y serán evaluados por árbitros externos, mientras las reseñas y las notas de la sección "Lecturas" serán sometidas a la evaluación de los miembros del Consejo de Redacción.

Los autores deberán observar las siguientes recomendaciones:

- a) Deberán enviarse dos copias impresas y un disquete.
- b) La extensión de los trabajos correspondientes a la sección "Artículos" no debe exceder los 65 mil caracteres incluidos los espacios en blanco, las citas y notas bibliográficas.
- c) Las citas y notas bibliográficas deben ubicarse de la siguiente manera: 1) nombre y apellido del autor; 2) título de la obra en cursiva (en caso de citarse artículo, éste irá entrecomillado y escribiendo en cursiva la publicación en donde fue incluido); 3) lugar de edición; 4) fecha.
- d) Los artículos deben ir precedidos de un resumen en castellano y otro en inglés que no debe ser menor de cien palabras ni mayor de ciento cincuenta.

Notas

¹ Del conjunto de los testimonios se destacan, por su riqueza narrativa y por su potencialidad conmovedora, los de Alejandro Cattaruzza, Daniel Korinfeld y Eduardo Blaustein.

² No creo que sea casual que los testimonios más logrados no están contruidos a partir de entrevistas sino de relatos.

³ En este punto hay que remarcar la restitución del vínculo entre exilio y militancia que se produce en estos testimonios. En este sentido, y contradictoriamente con la filiación a la tradición del Nunca Más, podríamos pensar que esa restitución está en concordancia con la sana y oportuna voluntad, cada vez más extendida, de repolitizar los abordajes del pasado reciente.



mora

Revista del Instituto
Interdisciplinario
de Estudios de Género

Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires N° 9 / diciembre 2003

Reverberaciones feministas, *Joan W. Scott* / Elementos para una crítica: la femineidad según Lévinas, *Moisés Barroso Ramos* / La pasión según Mme. De Stäel, *Adriana Amante* / El scoutismo en la educación física bonaerense argentina acerca del buen encauzamiento varonil (1914-1916), *Pablo Scharagrodsky* / ¿Por qué Antígona?, *Mónica Gluck* / Belleza femenina, estética e ideología. Las reinas del trabajo durante el peronismo, *Mirta Z. Lobato* / Feminismo desde la diferencia. *Entrevista a Rosa María Rodríguez* / Filosofía, política y feminismo. *Entrevista a Sandra Hardy* / DOSSIER DE LAS JORNADAS DE MONSTRUOS. Misoginia y monstruosidad. ¿Coordenada ideológica del corpus emblemático español?, *Juan Diego Villa* // Mirando el ojo que mira: biotecnologías de la identidad, *Mauro Cabral* // El cuerpo: escenario de batalla, territorio de memoria, *Silvina Merenson* / Reseñas



Para compra, canje y colaboraciones, dirigirse a: Instituto Interdisciplinario de Estudios de género (IIEGE), Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
Puán 480, 4° piso, Of 417 (1406) Capital Federal. República Argentina
Fax: (54) (11) 4432-0121. Dirección electrónica: rervmora@filo.uba.ar

estudios sociales

revista universitaria semestral

Consejo Editorial: Darío Macor (Director), Ricardo Falcón, Eduardo Hourcade, Enrique Mases, Hugo Quiroga, César Tcach, Darío Roldán

N° 25
2003

segundo semestre

ARTÍCULOS

JUAN RUSSO: *La alternancia imperfecta*

TEODORO KLITSCHKE DE LA GRANGE: *SOBRE EL "NOMOS" POSTMODERNO*

BERNAT RIUTORT SERRA: *Modernidad reflexiva y/o "tercera vía"*

VÍCTOR R. FERNÁNDEZ, JULIO C. TEALDO: *Entre las debilidades del crecimiento y el alejamiento del desarrollo*

SILVIA DUTRÉNIT BIELOUS: *Se cruzan los relatos: memoria personal y reconstrucción histórica*

MARÍA SILVIA DI LISCIA: *Locura y peritaje médico-legal. Acerca de la justicia en el interior argentino, 1890-1930*

COMUNICACIONES

José L. Bonifacio, Enrique Mases, Demetrio Taranda: *Procesos de constitución de los movimientos piqueteros en la provincia de Neuquén*

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

ESTUDIOS SOCIALES, Universidad Nacional del Litoral, CC 353, Correo Argentino (3000) Santa Fe, Argentina, e-mail: suspia@fcjs.unl.edu.ar

COMPRAS Y SUSCRIPCIONES: Centro de Publicaciones, UNL,
9 de Julio 3563 (3000) Santa Fe, Argentina,
e-mail: alencina@unl.edu.ar, www.unl.edu.ar/editorial

PUNTO

DE VISTA

Revista de cultura / N° 79 / Agosto de 2004

Políticas de la memoria: el Museo de la ESMA

Solanas y la historia argentina reciente

Sebald y la memoria alemana

Acerca del arte-más-contemporáneo

Miradas sobre el cine: Sokurov, Tsai Ming-liang, Mekas y

Sivan/Khleifi (a propósito del VI BAFICI)

Raymond Williams en castellano

Escriben: Vezzetti • Myers • Huyssen • Giunta • Silvestri •

Schwarzböck • Filippelli • Oubiña • Sarlo • Dalmaroni

Suscripciones: Argentina, tres números \$ 24 / Exterior, seis números, u\$s 50. Cheques y giros a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Suc. 49, Buenos Aires

DE VISTA

PUNTO